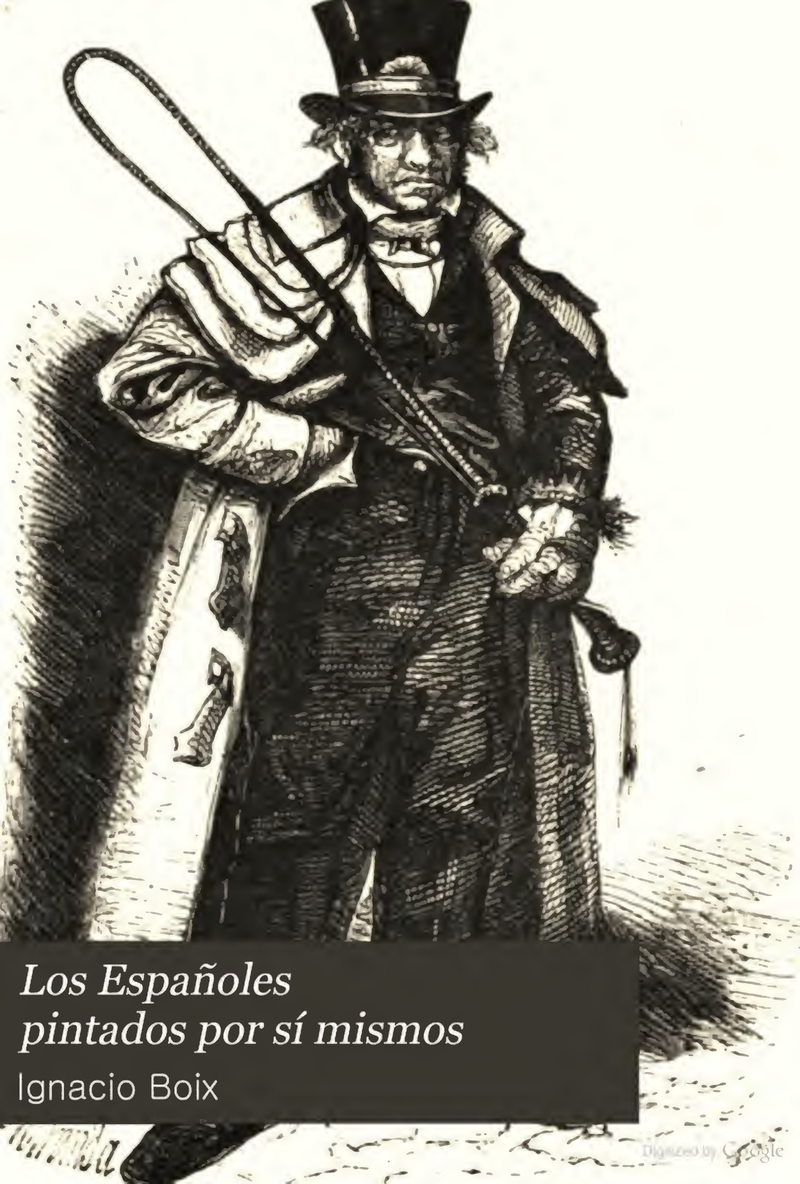
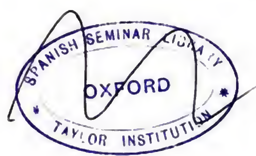
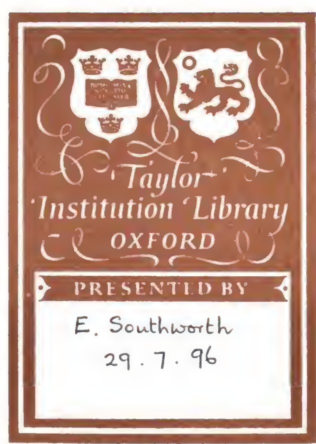
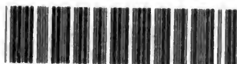


Los Españoles pintados por sí mismos

Ignacio Boix


SPANISH SEMINAR LIBRARY
OXFORD
TAYLOR INSTITUTION


Taylor
Institution Library
OXFORD
PRESENTED BY
E. Southworth
29.7.96



LOS

ESPAÑOLES.

LOS

ESPAÑOLES

PINTADOS

POR SI MISMOS.

TOMO SEGUNDO.



MADRID,

I. BOIX EDITOR,

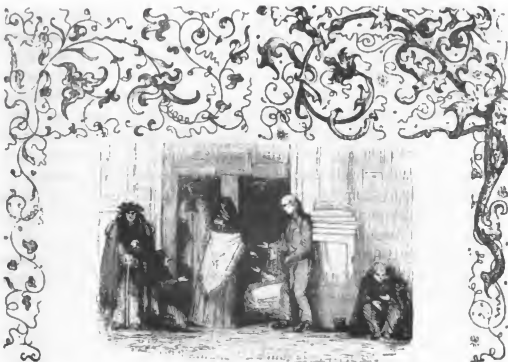
CALLE DE CARRETAS,

NUMERO 8.

MDCCCXLIV.


Esta obra es propie-
dad de D. I. Boix.





EL MENDIGO.



ARO *vice-versa* de las cosas humanas! El descocado y vocinglero Mendigo, que se burla de la sociedad, molestándola con su desaseo y sus clamores, es mirado con respeto, recibe agasajos y liberalidades, lo mismo en la cabaña que en el palacio, y ve pasar los dias de su vida sin tener que medir el tiempo, libre de temores y cuidados, pudiendo siempre decir á la vista de la riqueza y los festines del poderoso que del se compadece ó lo disculpa sino bebo en la taberna huélgome en ella, en tanto que el verdadero indigente que procura ocultar su triste estado, pasa por la amargura de verse despreciado sin hallar una mano bienhechora que le alargue un módico socorro. Pero ¿qué hay que admirar en esto? El hombre en todo es estremoso. Va todavia mas allá en su injusticia. No se contenta con echar una mirada desdeñosa y despreciativa sobre el vergonzoso y pusilánime necesitado. Se complace tambien en degradarle, y

siempre encuentra algo que censurar en su victima para halagar su propia vanidad. El vergonzante es deforme aunque sea un Adonís en hermosura; tiene condicion de tigre, aunque sea mas manso que un cordero; sus agudezas se llaman insulseces aunque le hayan educado las gracias; su actividad recibe el nombre de atolondramiento, aunque sea mas sesudo que Caton; y su prudencia es disimulo malicioso, aunque sea mas virtuoso que Sócrates..... Pero veo, lector delicado, que el preambulillo se te atraviesa y estás diciendo allá de botones adentro, ¿á qué conduce aquí este principio de sermon cuaresmal? Pues has de saber que tiene su *busilis*. El Mendigo español es una especie de alimaña que infunde miedo como lo comprueba aquello de cállate niño que viene el pobre, con que se nos asusta desde chiquitos. Ese miedo es la causa porque se le respeta pues nace de su independencia y de los recuerdos de su origen que ofrece la idea de la fuerza, y la fuerza es la reina del mundo, aunque haya quien sostenga lo contrario. Pero supuesto que no he principiado este artículo á tu gusto, á lo que esclusivamente debo atender sin meterme en otras honduras, veamos si te llena esta otra introduccion.

Si la sociedad hubiese siempre ausiliado al verdadero desvalido, que por su posicion tiene que recurrir á la conmiseracion pública, y hubiese perseguido al mismo tiempo esas tropas de vagabundos que tanto la afean é inficionan, habria llenado uno de sus principales deberes, sin incurrir en el desacierto de distribuir socorros que no alivian la verdadera desgracia, crean la mendicidad voluntaria, alimentan la pereza y dan pábulo á los vicios. Entonces no habria Mendigos ni cosa que lo valga; cada quisque pondria sus huesos en punta desde los primeros albores del dia para dedicarse á un trabajo provechoso al individuo y al estado, siendo el pauperismo una calamidad de circunstancias pasageras, con las que desapareceria siempre.... ¡Ola! aun vuelves á cabecear? Sobre que no hay como poderte contentar desde que asistes al Ateneo, al Instituto y al Liceo, y lees todos los dias esa porcion de periódicos literarios, henchidos de bellísimas producciones traducidas á las mil maravillas! Pues á fé mia que por esta vez estaba yo muy ufano con ese exordio de disertacion filosófico-político-económico, y creia hacerlo con tanta perfeccion como uno de los mejores oradores del salon de Oriente. Apurado es el lance. Si no temiere lo tomes por disculpa que encuentra el amor propio á mi torpeza, me atrevia á decir que toda la dificultad del acierto viene de la delicadeza del asunto que he tomado á mi cargo, mas veamos si por este otro camino puedo salir adelante.

El español Mendigo de profesion que sin padecer enfermedad alguna y sin faltarle en que trabajar se cubre de harapos, oculta su salud y sus fuerzas y bajo el aspecto de males que diestramente sabe fingir de mil modos, aparenta debilidad, huye de todo arte ú oficio, y se entrega á esplotar la caridad cristiana en nombre del Nazareno, pero cubierto con el manto de Diógenes, es el *caput mortuum* de la poblacion, y una especie de fenómeno social muy estraordinario que en todos tiempos ha llamado la atencion del observador. Su pensamiento dominante esclusivo, y la regla de

su conducta se encuentra muy exacta y bellamente esplicados en los siguientes versos de nuestro Espronceda.

Yo soy pobre y se lastiman
Todos al verme plañir,
Sin ver son mias sus riquezas todas,
Que mina inagotable es el pedir.
» Mio es el mundo, como el aire libre,
» Otros trabajan porque coma yo;
» Todos se ablandan si doliente pido
» Una limosna por amor Dios.»

En efecto, este moderno Bias, que con mayor razon que el sabio griego puede decir «todos mis bienes los llevo conmigo;» no aludiendo á la ciencia, sino al proverbio castellano *ese te hizo rico que te hizo el pico*, siempre escitará la curiosidad, ya sea que se le considere en su absoluta independencia, ya se le examine despues que perseguido por las autoridades viene á dar con su entera libertad en un hospicio, sujeto á la estrecha observancia de un nuevo reglamento que modifica sus costumbres, pero nunca tan profundamente que el uniforme que le disfraza no deje descubrir los restos de sus harapos, los vestigios de inveterados hábitos, y una porcion de especialidades que han quedado como grabadas en todo su sér.

Empero lo primero que salta á la imaginacion al ver ese ente incivilizado es lo difícil que es dar con la verdadera causa del pauperismo voluntario, planta tan indígena de nuestra península. Hay quien cree que se nutre y conserva mimada por la grande temperatura del clima, favorable á la molicie y á la pereza. Otros la suponen importada cuando las largas peregrinaciones á los santos lugares. Otros regada con la abundante riqueza que circuló por nuestro suelo en seguida del descubrimiento del Nuevo Mundo. Otros en fin, sostienen que es el producto de una impremeditada compasion, y de ideas religiosas mal concebidas. Como quiera que sea, estas causas no se escluyen unas á otras, y muy bien pueden haber concurrido juntas con los vicios de la legislacion á alimentar esta planta ponzoñosa.

Sin embargo, la mezcla que se descubre en nuestro Mendigo de profesion de cierta especie de rústico y aparente estoicismo, y de hipocresía religiosa con el cinismo mas impúdico y degradante da indicios de que estas semillas deben haber venido del Oriente. No es esto decir que nuestro Mendigo tenga la mas remota idea de Epiteto, ni de Antístenes, sino que las doctrinas de estos filósofos han llegado hasta él degeneradas y corrompidas de una manera tradicional, y con la inexactitud ó confusion que descienden todas las teorías á las últimas clases del pueblo. Tampoco afirmaré esté muy instruido en los consejos del Evangelio, pues acerca de este particular solo sabe tambien de oidas, que Jesus y los Apóstoles fueron pobres, y dejaron muy recomendada

la pobreza. Esto le basta, cuando la esperiencia le ha hecho ver por otra parte que las necesidades del hombre son pocas y fáciles de socorrer, y que la mayor parte de los males morales nacen del temor y la esperanza. De este convencimiento práctico sacan la regla siguiente como si se la dictara el mismo Boecio.

Si repulsas la alegria,
Y repeles el temor,
Se ausentará la esperanza,
Sin que sientas el dolor.

Colocado en esta situacion el ánimo del Mendigo, empieza á desprenderse de todas las relaciones sociales, y hace los mayores esfuerzos para amoldarse á este grado de indiferentismo. Pero sus conatos no dan por resultado la estuicion de perjudiciales afectos, porque esto solo es propio de almas grandes, no contaminadas por los vicios, sino cierta especie de entumecimiento moral, que no sabe discernir y que le conduce por la mano al olvido de toda decencia. Desde este momento ya ha entrado el Mendigo en el cinismo, en un cinismo práctico estravagante, tanto ó mas que el que escandalizó á la culta Atenas.

Pero lo que mas contribuye á afirmarle en sus propósitos, lo que le hace marchar firme y seguro por la ruta que ha escogido, es el abrigo que encuentra en parte de la misma sociedad de que tanto se mofa, y á la que presenta como titulos poderosos de su obligacion, los mismos sentimientos humanitarios y motivos religiosos que la impulsan.

No sin dificultad, como vés amigo lector, he podido lograr, que medio vislumbres el orígen del protagonista de nuestro drama, y darte á conocer las creencias, que son causa impulsiva de sus modales y costumbres. Ahora voy á sacarlo á la escena, ó diré mejor cuál el cazador activo persigue con empeño los animales dañinos que destruyen la caza de los montes siguiéndolos por la pista, iré á buscar en todas sus guaridas este animalejo ó vulpeja, por cierto mas perjudicial y bellaca, siempre en relacion con ladrones y con la canalla en todas sus diferencias.

Por muchos albañales vierte la inmoralidad en medio del edificio social esta inmundicia de la mendiguez voluntaria que lo apesta é inficiona todo.

Ese *coscon* que con su eterno movimiento de hombros y espaldas dá indicios de la inquietud que sufre su epidermis, y mal perjeñado con los restos del uniforme que llevó en las batallas de Bailen, Chiclana y los Arapiles, segun él cuenta, vaga siempre por la circunferencia de una gran ciudad, importunando á todo viajante que entra ó sale, es un Mendigo aleccionado, que sabe hacer muy bien su papel. Comisionista oculto de la compañía anglo-hispana, tan afecta á los aranceles como los gitanos al verdugo, y que tiene su escritorio en las playas de Gibraltar, sabe á punto fijo el dia del alijo, (quien dice dia dice tambien noche, porque no hay dia sin noche segun se espresa esta gente), y al punto que este se verifica es portador de esta útil noticia al mercader de la plaza mayor. Por

el buen servicio ha recibido unas cuantas monedas y una trenza del de Virginia del terne del caballo bayo con caireles encarnados, que bebe reposadamente un vasito de lo puro á la puerta de la venta distante un cuarto de legua de la poblacion. El mercader por su parte no se muestra menos agradecido, y amen de algunas columnarias le larga una maniqueta del habano. Nuestro veterano de blanco vigote, que ha adoptado aquella vida porque le fastidiaba la disciplina del cuartel, á la que nunca tuvo mucha aficion, mezcla las dos especies de hoja aromática, las pica y hace *pitillos*, que sobre barato y sin riesgo vá paulatinamente despachando á los arrieros y zagales de coche, y á la demas gente que camina á pié por mayor comodidad. Es cosa de ver el aire marcial que aun conserva el viejo servidor de Marte. «Muchachos, dice á los supradichos pedestres que preceden al viagero, ¿quereis buenos cigarrillos? La mejor posada es la del Mellado que está á la vuelta de esa primer calle de la derecha, ¿quién es ese señoron? Los mozos hacen feria en su mercancia y siguen su camino adelante, mientras el militar muda de tono, se pone algo alicaido, pero siempre con despejo marcial, y dirigiendo la palabra á los del coche, ó al que sentado muy á su placer en el fornido mulo, camina lentamente, porque el animalito viene algo mohino por el roce de las anchas posaderas de su carga, dice: «Compasivo señor ó señores, ved aqui un triste militar que tiene acribillado el cuerpo de balazos y estocadas, ha hecho morder la tierra á mas de cien *gabachos*, y por toda recompensa se vé hoy sin poder trabajar, espuesto á perecer de hambre si no le socorren las almas piadosas. Si vé que vienen tambien algunas señoras y niños, no omite aquello de «una limosna á este desgraciado militar para que Dios libre vuestros hijos de iguales trabajos; con otras plegarias por este estilo. Si son personas que salen de la ciudad para empezar su viage, entonces es otra la conducta que observa y muy distinto el lenguaje. ¿A dónde bueno muchacho? dice al criado regalándole un par de cigarrillos. Cuidado con el camino, que no hay muy buenas noticias. Si allá á la caida de la tarde antes de entrar en el monte se vé un pájaro de mala pluma, escopeta en mano y picar largo. Oye, buen mozo, en pasando el arroyo muy cerca de la Casa Blanca, te encontrarás un guapeton, que tiene una larga cicatriz en el lado derecho de la cara, y precisamente ha de andar por allí, dile de parte del pobre inválido, que su compadre Curro le aguarda mañana á comer en casa de los suizos. Dirigiéndose luego á los señores les desea buen viaje con mucha cortesanía, asegurándoles queda rogando á Dios los libre de todo tropiezo.

Asi pasa este perillan los últimos años de su vida, que principió haciendo algunas malas jugadas en su juventud, por las que para escapar de las manos de la justicia tuvo que sentar plaza. En el servicio se portó muy mal, sufrió varios recargos en castigo de sus deserciones, y al cabo de muchos años pasó á inválidos, donde podria conservarse tranquilo, sino prefiriese esas anchuras, siempre rodando de figon en figon y de taberna en taberna, hasta parar en el hospital donde termina su carrera.

Otro truchá de marca mayor, que tambien pertenece á la cofradía harapienta,

es aquel semi-estátua, que clavado en el crucero de dos caminos es una imágen viva del dios Término, chico de cuerpo, regordete, cutis mas tostado que el de un africano, y con un gran parche que le cubre la mitad de la cara, se le descubre gran parte de sus carnes por entre los trapajos destinados á taparlas. Este pobre algo taciturno reza mucho, pero bajo, y tiene siempre en la mano el mugriento y roto sombrero que presenta á todo viandante para recoger la limosna. Es él nada menos que el último huésped de una vieja venta, que en el año anterior entregó á las llamas una mano desconocida. En el incendio de esta Troya quedó aniquilada toda la hacienda del fugitivo ventero, y perdió el nido en que se abrigaba. Su venta era un punto estratégico para todos los salteadores de la comarca, y de ella partian los oportunos avisos y socorros. A falta de este apoyo el imperturbable ventero les sirve convertido en mendigo de vigia permanente, siempre provisto de noticias del movimiento de tropas, y del paso de viageros. Asi sobrelleva su última calamidad, comiendo de lo que le alarga el tímido caminante ó le regalan los *chicos* hasta que les juega una mala pasada, y uno de ellos le quita de un trabucazo las ganas de comer, ó la justicia instruida de sus nuevos milagros lo sepulta donde no vuelva á ver la cara al sol.

Tambien entre los Mendigos de esta calaña es preciso contar á la viejezuela boca de sumidero, nariz corva y barba puntiaguda, ojos mas despejados de pestañas que la haza del alcalde de malas yerbas que con unas muy remendadas naguas de frisa ó bayeta oscura, y otro cualquiera trapajo por mantilla, vá todos los dias desde muy temprano á estorbar el paso en la puerta de la iglesia mas concurrida. Cualquiera que la vea sin otro antecedente con aquel ademan gazmoño y compungido, la creerá verdaderamente en necesidad, y un dechado de humildad y devocion. Pues todo es una pura ficcion. Impúdica en su juventud trajo enredados en sus brazos mas mancebos que entre los suyos estrechó jamás la cortesana Taís. Sirvió despues de corrredora del oficio; cayó al cabo en manos de la justicia, que la dió el premio merecido, y habiendo habitado mucho tiempo en la casa de Pocopan, la llevaron al hospital donde escapó de las garras de la muerte por la singular casualidad de haber cambiado el enfermero las medicinas recetadas por el facultativo. Salió al fin de aquel último mal paso, provista ya de los profundos conocimientos prácticos, que hoy le sirven para hacer tan bien su negocio. Se puede apostar cualquiera cosa á que tiene cosidas entre los remiendos de su corpiño algunas monedillas de oro, ahorros no solo de la limosna abundante que recoge, sino de ciertas inteligencias. El dia lo pasa como he dicho, y por la noche tiene segura acogida en casa de alguno de sus antiguos conocimientos. En varias partes le guardan la comida, y por este medio despues del pequeño gasto ordinario de los dos cuartos de tabaco de polvo, y su traguillo del tinto, la moneda que llega á sus manos, no vuelve á salir de ellas sino en el caso de una reduccion indispensable.

Nuestra vieja no está ociosa á la puerta de la iglesia. Entabla conversacion con otra compañera, que la sirve para adquirir ciertas noticias interesantes. Alli sabe que la hija del comerciante rico que está para casarse con el hijo del oidor,

ha estado conversando toda la noche anterior con un jóven capitan del provincial, y al punto parte con la ligereza que puede á instruir del caso al futuro, que premia generosamente un aviso tan oportuno. Lleva billetes del estudiantuelo á Clarita, la hija del abogado, y recoje la contestacion de mano de esta cuando pasa por junto al entrar en la iglesia con su madre. Dá por este orden otros avisos á personas de ambos sexos, y se vé que no ha olvidado sus buenas mañas, aunque las ejerce con menos riesgo. En esta útil y honrosa tarea concluye sus dias al abrigo del pordiosero.

No son siempre las clases sujetas de la sociedad las que conducen á esta mendicidad voluntaria. Tambien descienden á ella muchos individuos, que nacieron en una esfera superior, y se han criado en finos pañales, como suele decirse. Todo el que se crió al abrigo de la abundancia sin haber aprendido á ganar su subsistencia con el sudor de su frente, y por casos inesperados viene á la mendiguez, si está exento de vicios es un pobre vergonzante al cabo de sus dias, y si se ha entregado á la crápula, rozándose con otros mas amaestrados en la gaudalla, principia por petardista importuno, y termina pidiendo limosna pública y descaradamente. En una palabra, es un Mendigo en forma, aunque no muy instruido, ó poco observante de todas las prácticas de este, pues alguna vez deja traslucir su procedencia mostrándose orgulloso y altanero. En esta seccion pauperina, ó llámese cámara alta, toman asiento el mercader fallido que todo lo perdió en el juego, y nunca volvió á levantar cabeza, el artesano bebedor, la modista despilfarrada y gastadora, el procurador que se entrega cuotidianamente á rendir culto al Dios Baco y otros de este jaez.

Por último, el Mendigo por escelencia, el prototipo de todos los Mendigos, el decano de la hermandad, fiel observador, y guardian de sus ordenanzas, es el hijo de Mendigo ó educado por este desde pequeño; personage de que tanto han hablado todos nuestros antiguos escritores de costumbres, y de cuya vida y sucesos leemos tan chistosas descripciones en *Guzman de Alfarache*, *Gil Blas*, Quevedo y sobre todo en las obras del inmortal Cervantes. Sujeto á una minuciosa ordenanza, que ahora llamariamos reglamento, la observa religiosamente porque sabe por las lecciones que le ha dado su prático é inteligente maestro en el arte, que en ella ó él están recogidas las máximas mas conducentes al buen desempeño de su profesion como que son el producto de una larga esperiencia. Por eso sabe distinguir los casos y circunstancias. Su trage siempre es el mismo, aunque varie algo el color, porque utilizan toda la ropa vieja que recogen, y la que les sobra la venden á los traperos y roperos de viejo. Cualquiera que sea el centro del vestido, que es de regla esté sucio y roto, la capa ha de ser muy remendada y llena de girones, y el sombrero por el mismo estilo. En la mano llevan siempre un fornido baston ó garrote, que les sirve para defenderse de los perros, porque estos animales están en guerra abierta con los Mendigos. Tienen perfectamente distribuido el tiempo, y saben á punto fijo en qué lugar y en qué hora han de presentarse cada dia, y el tono con que han de pedir la limosna, con distincion de frases

segun la condicion, sexo y edad de las personas, cuando conviene mostrarse serios y taciturnos, cuando han de esforzar el clamoreo, y cuando han de insistir en la peticion hasta llegar á ser algo impertunos, pero nunca del todo molestos, con arreglo á la exacta observancia del precepto «pobre porfiado saca mendrugo.

En resúmen, este Mendigo es el filósofo que ha pasado su vida entera absolutamente libre de todas las obligaciones sociales, y cuya vida envidiarian muchos si la conociesen á fondo, tiene á veces su compañera con la que vive en un continuado contubernio. Si esta le da hijos, lejos de servirle de carga onerosa le facilitan nuevos medios de recoger mucha limosna, por la mayor compasion que escita, los educa segun sus maximas, y les deja en herencia sus prácticas y sus consejos que son bienes inagotables. Los que no tienen hijos suelen recoger algun huerfanillo que instruyen en los propios términos, reportando de este trabajo la misma utilidad.

Como una de sus máximas favoritas es que lo bien ganado se pierde, y lo malo ello y su amo, gasta cuanto recoge en sus gustos y placeres, sin pensar en lo pasado, ni en lo futuro, puesta la vista solo en lo presente. Nunca se mete en vidas agenas, aunqne se instruye con exactitud de todo lo que ocurre en la poblacion mientras reside en ella. Disfruta de todo lo bueno con mas sosiego que el poderoso, se le ve en todas las solemnidades públicas, en las iglesias y procesiones, en las puertas de los palacios y en los teatros y paseos. Recorre las calles y pide de casa en casa. Como va seguro por do quiera, y se halla instruido de los usos provinciales, es un verdadero trashumante, que baja de Castilla á Andalucía, ó vice-versa, para aprovechar las buenas yerbas, y los mejores temporales. Asi es que tan pronto se le ve siendo frio espectador de un cambio político en la capital, como en la reducida aldea, durante la estacion en que se recolectan los frutos. Por conclusion nuestro Mendigo, dice muy bien Esproneceda, que es como el aire libre, y que existe feliz al abrigo de su cinismo práctico.

Ya tienes lector, amigo, retratado el verdadero Mendigo español, que premeditadamente se ha entregado al pordiosero. Parecia que recogido este lindo pájaro en el hospicio esperimentaria alguna metamórfosis; mas hasta el presente no ha sucedido asi, y á pesar de los esfuerzos que se han hecho estos últimos años, y de los nuevos establecimientos de beneficencia que se han abierto en algunas ciudades, no han correspondido los resultados á las esperanzas, mostrándose siempre recalcitrante este mendigo en sus inveterados hábitos, lo que tal vez pueda consistir en la imperfeccion de los reglamentos, pues como escepcion digna de imitarse estamos viendo y observando en esta córte todo lo contrario.

El *Asilo de Mendicidad de San Bernardino* creado en virtud de real órden de 3 de agosto de 1834, y que tan perfectamente ha sabido describir el autor de las escenas matritenses, con la soltura y gallardia de su estilo, es un modelo de perfeccion, que debe seguirse en todos los establecimientos de su clase, y por

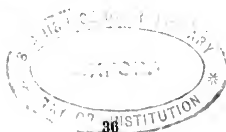
eso se ha conseguido realizar el pensamiento filantrópico que presidió á su creacion. El sábio y virtuoso patriota don Joaquin Vizcaino, marqués viudo de Pontejos, último corregidor de Madrid, supo con su activo celo allanar todas las dificultades ausiliado por la junta de caridad, y por la cristiana compasion del vecindario, quedando los Mendigos dentro del asilo el 10 de setiembre del mismo año, momento feliz en que se vió esta capital libre de esta inmundicia que la afeaba.

«El establecimiento, dice el autor citado, admite todas las personas que se presentan voluntariamente y recoje todos los Mendigos á quienes se encuentran pidiendo limosna por las calles, teniendo derecho á permanecer en él aquellos que llevan siete años de residencia en Madrid y los niños de 6 á 8 de edad. Si no tuviesen estas circunstancias, se les considera como forasteros, y despues de socorridos se les entrega su pasaporte para los pueblos de su naturaleza.

Contemplo que no conduce directamente á mi propósito entrar aqui en mas menudos detalles para comprobar el buen órden que reina en el establecimiento, y el bien combinado sistema de ejercicios, penas y recompensas, que como observamos diariamente está produciendo los mas ventajosos resultados. Lo cierto es que en la actualidad el pobre de San Bernardino es laborioso y bien morigerado, y se vé convertido en un sér útil á la sociedad, que le proteje en cuanto se lo permiten sus fuerzas, y muchos de ellos solo recuerdan los años pasados en la mendicidad vagabunda, para dar gracias á Dios que les libró de los peligros que les rodeaba y bendecir á sus protectores.

JOSE MARIA TENORIO.











EL COCHERO.



Si estuviera en mi mano tener talento, lector amigo, no dudes que la historia del Cochero fuera digna de ocupar tu imaginacion ó de entretener tu ocio; mas como no lo está, consuélate de no encontrar en ella lo que buscas, como yo me consuelo de no poder dedicarte lo que con tanta justicia pides. Sabe pues que asi como las provincias de España varian generalmente en lenguaje, costumbres y caractéres, varian tambien en sus útiles producciones. Agiles horchateros da Valencia; inimitables héroes Aragon; admirables vagos Madrid; graciosos toreros Andalucía, é ingeniosos artistas Cataluña. Mas entre tan rara fertilidad ninguna puede disputar á la inmortal Asturias la gloria de producir nobles cocheros.

Si has viajado alguna vez por este bello pais, al ver, como supongo habrás visto, al distinguido hijo de Pelayo sentado á la fresca sombra de algun frondoso carballo apacentar sus vacas ó las agenas, ocupándose en hacer producir á su flauta melodiosos sonidos, que halagados por el viento van á perderse en las altas montañas que le circundan, desde luego habrás adivinado no ser aquel su verdadero destino, y que la benéfica Providencia le depararia en la córte un

puesto mas alto, esto es, el del pescante, sobre el cual abandonando su paso tardio y confiando á sus propias manos y á los agenos pies la traslacion de su persona, concurriria á los sitios mas notables de la capital, en los cuales debia figurar públicamente.

Si tal imaginaste, no te has engañado, lector discreto, porque como para ser Cochero no se necesita estudiar, y basta solo conocer los números, reuniendo las bellas cualidades de ser algo callado, bastante sufrido y nada observador, hele agregado á una cochera acreditada, bajo la nueva direccion del *sota*, mozo fornido y de pelo en pecho, gran bebedor y fumador de á cuarto, quien le recibe estregándose las manos y disparando sendas y estrepitosas risotadas, envueltas en el negro y pestilente humo de su cigarro, preguntándole cariñosamente por su muger, sus vacas y sus hijos, entre la tumultuosa algazara de los demas Cocheros y lacayos que le abrazan y acarician, aplaudiendo sus razones, y prendándose de su torpeza, cual de envidiable cualidad perdida algun tanto entre las suyas por el distinto roce de la corte.

Pasado pues este dulce desahogo tributado con la mas pura verdad y sencillez á la amistad y paisanage; pasada igualmente la sorpresa que causa en el recien llegado el admirable lujo y apogeo en que encuentra á sus compañeros, dirígese á la cuadra para contemplar absorto aquellas momias con crines consagradas al servicio público, que á él se le antojan soberbios palafrenes, dignos no solo de un coche de alquiler, sino tambien de la carroza de un príncipe de Asturias. Los lacayos por su parte, no satisfechos aun de su obsequioso recibimiento, y tratando de iniciarle en el distinguido oficio, arte, profesion, ó lo que sea aquello á que vá á pertenecer, le muestran las guarniciones, la fusta, el sombrero de escarapela y la levita con boton dorado, raros y seductores objetos que le deslumbran, y que cautivando su voluntad, le hacen olvidar repentinamente la dulce paz de su hogar y la soledad tranquila del pintoresco campo de la patria

Por sério y grave que seas, oh lector, á quien no me es dado conocer, bien ocupen las horas de tu vida los públicos negocios del Estado, ó ya procures con afanoso celo descubrir los inagotables arcanos de alguna oscura ciencia, no habrás dejado de ser niño y por consiguiente alegre y revoltoso. Pues bien, ¿recuerdas aquel plácido tiempo, en que sonriendo á tu alrededor todas las bellezas de la vida, y en que libre tu mente de los continuos azares de una sociedad inconstante en su trato y relajada en sus costumbres, cifrabas tu felicidad en poseer un tambor ó un caballo de madera? ¿Recuerdas aquellos dulces momentos, en que entregado á una indecible alegría arrojabas por el balcon una usurpada baraja, recreándote en ver sus cartas esparcidas por el aire llegar al suelo titubeando, cayendo alguna que otra sobre el sombrero de tal ó cual transeunte, ó cuando á la luz de una bugía quemabas un papel interesante, contemplando despues con éxtasis las fugitivas y rojizas chispas que producidas por las llamas desaparecian entre sus cenizas? Pues... ¡oh debilidad asturiana! ¿qué valen estos goces infantiles comparados con el del Cochero, cuando descubre por primera vez ese biombo portátil que llaman coche, adornado de

muchas ventanillas con sus correspondientes bambalinas de sarga ó raso, forrado su interior de bayeta con matizadas bastas, y pintado esteriormente de vistoso ocre ó de purpúreo almagre? ¿Cuál de tus grandes regocijos será comparable con el de nuestro héroe, al contemplar aquel ansiado pescante, vestido de paño y decorado con distintos flecos, precioso y codiciado sillon ministerial, fantasma de sus dorados ensueños é ilusiones? Ninguno seguramente. Tal es nuestra mezquina condicion que en nada hallamos solaz, sino en aquello que obtenemos á fuerza de codicia, aunque despues, como sucede siempre, lo lloremos con lágrimas amargas.

Pero dejando ociosas digresiones, volvamos al alumno de tan ruidosa y cómoda carrera, quien despues que sabe encender los faroles, abrir y cerrar la portezuela, y tomar con el sombrero en la mano la órden del mal aconsejado y temerario aventurero que se decide, no á correr, sino á inmolarse en aquel maldecido quebrantahuesos, y luego que protegido de sus compañeros es examinado por el *Sota*, que cruzado de brazos vé con orgullo propagarse sucesivamente sus máximas y doctrinas, dignas en su concepto de un Cochero de gala, recibe de su gefe dos palmaditas sobre el hombro derecho en señal de aprobacion, con la feliz noticia de que el domingo próximo saldrá con toda pompa á figurar en la trasera del mejor carruaje de su mando.

Con tan fausto motivo se abandona á una loca alegria, y entre las sinceras enhorabuenas y general regocijo de sus amigos, marcha á la taberna en compañia de aquellos zurradores de esqueleto, quienes con el vaso lleno del sabroso líquido, destello adulterado del esquisito tinto de la Mancha, y único bálsamo capaz de mitigar las indecibles penas del Cochero, solemnizan rumbosamente el ascenso del jóven asturiano. (Como este pisa entonces el primer escalon de su fortuna, no hay que preguntar quien paga.)

Si alguna vez has esperado con impaciencia el apetecido instante de una cita, desde luego conocerás cuáles son los tormentos que sufre el Cochero, primer sinsabor de su halagüeña y próspera carrera, al contar los dias, las horas y los minutos que faltan hasta el momento señalado para su triunfo. Por desdicha suya, el tiempo corre veloz sin suspender su curso, y hé aqu que llega el sábado, víspera del anunciado dia, en que conducido por el *Sota* á un pequeño departamento, que pudiera llamarse mas bien armería del Cochero, por estar sus paredes engalanadas con guarniciones, mantas y bocados, sin que falten en ellas las sillas y las botas de los antiguos coches de pechera, le instruye su inmediato superior en los actos del servicio, recomendándole la cortesía y buena conducta que debe observar siempre con sus parroquianos, y concluye por manifestarle cuán necesaria es la limpieza al tratar con ellos: acto continuo saca seis cuartos del bolsillo de su chaleco con la mayor gravedad se los entrega al novicio y le envia á que le corten el pelo en la plaza del *Progreso* ó en el derribo de *San Felipe*.

Despues de este acontecimiento que considera como el mas importante de su vida, marcha entregado á serias reflexiones sobre lo que acaba de oir, hast

que encuentra á uno de esos Fígaros ambulantes, armado con su vacía de hoja de lata, y su trípode debajo del brazo; ajusta con él cuarto á cuarto su esquileo, y sentándose magestuosamente cara al sol y vista al público, deja en Madrid el pelo de la dehesa, entre la crítica de los transeuntes y la conversacion interminable del barbero. Restituido á su casa, esto es, á su cochera, acaba de matar el dia haciendo los preparativos para el siguiente, y limpiando la ropa que recibe del *Sota* con un como cepillo que así sirve para limpiarse ellos, como para limpiar ellos los caballos.

Decir que aquella noche duerme tranquilo el Cochero fuera disparate, pues no lo consigue en manera alguna, tanto por la novedad que nota en su cabeza, cuanto por el distinto y confuso tropel de ideas que asalta su imaginacion, aguijoneándole tenazmente el deseo de que amanezca pronto para vestir la librea, ó San Benito, y confundirse en su puesto, ó su suplicio, entre esa multitud de coches y Cocheros que atruenan nuestros oidos en todos los paseos y calles de la corte. Amanece por fin, y se lava lleno de contento en uno de los cubos destinados para dar agua á las bestias, y sonándose con todos los cinco, cálzase unas botas de cuatro suelas reforzadas con clavos y herraduras, y cambia su calzon pardo por un no solo usado sino transparente y raido pantalon de color, con sus tirantes de orillo. Pero ¡oh fatalidad! La prenda mas lujosa, la mas apreciada por los elegantes y por muchos que no lo son le hace retroceder: del corbatin hablo; tómale en sus manos y se horripila, y al contemplar la hevilla y las ballenas asoman á sus ojos por la primera vez desde su infancia dos lágrimas ardientes, que surcándole las mejillas son recibidas por su lengua con singular cautela y disimulo. Bien quisiera el cuitado pedir indulto de semejante trato, pero conoce la imposibilidad de conseguirlo, atendido el adusto carácter de su gefe: se convence de que es preciso, y aprovechando un momento de valor, somete su pescuezo al fiero corbatin, del mismo modo que el reo al fatal instrumento de su muerte.

Pero echemos un velo sobre tan triste escena, y acabemos de una vez la interesante *toilete* del Cochero, quien con gran resignacion y no poco embarazo se enfunda en un enorme frac, color café, con cuello de collera y faldon de ala de pajaro y calándose en el colodrillo un magullado sombrero, que no hay mas que pedir, se coloca confuso sobre la zaga de un derrengado bombé, tirado por un jamelgo perla ó pio, mal comido y bien estropeado, bajo de ancas, alto de pescuezo y tísico de estómago, cuyas orejas lacias y caidas revelan mudamente al observador sus innumerables años y servicios, no siendo el menos admirable de todos el de tenerse en pié. En tan gallardo tren, hé al Cochero asido con fiereza á los tirantes del magnífico mueble, que se deja caer sobre su cuerpo, viajar impávido con la frente erguida, merced al corbatin que le desuella, trémulo, medio desvanecido con el fatal movimiento de la infernal máquina, que le hace ver á Madrid girando á su alrededor, y oyendo los penetrantes gritos de los pilluelos que con graciosos gestos y ademanes le arrojan piedras y tronchos de verdura, llamándole á porfía, *Simon*, *estantigua* y *lame-platos*,

Tal es el noviciado del Cochero, hasta que llega por graduacion rigurosa á guiar un coche como un carro; noviciado en que absorve los meses y los años, con lluvias y cencerradas, agostando su juventud y perdiendo sus locas ilusiones. Pero luego que sabe *guarnecer*, *regir y cuartear*, y conoce todas las calles, callejones, plazas y plazuelas de la corte, inclusos sus arrabales y costanillas, sube por fin al pescante haciendo su salida del modo que voy á referirte.

Figúrate, no un mozo gordo, colorado y risueño, como parece exigirlo la clase á que pertenece ó el alto puesto que ocupa, sino un hombre angosto y largo como alma vizcaina, cuello de avestruz, semblante aceitunado, nariz de berengena madura, aspecto de senador, pelo canoso, patillas de chuleta, ojos taimados y gesto de autoridad, envuelto en un grasiento y empolvado *rus* de once cuellos, sin ceñidor ni ajuste, tornasolado ya por la intemperie, cubierto hasta las cejas con un chapin de suela acampanado, con los pies metidos en unas botas como maletas, y las manos como botas en unos guantes ó manoplas de estambre verde con su cenefa y fleco, sentado gravemente en el pescante de un respetable coche de alquiler, caja color de chocolate, montada sobre sopandas y sobre unas enormes ruedas que parecen antípodas del resto del carruaje...... Figúratele arrastrado lentamente por dos caballos ó dos sombras, con desapacible ruido, llegar á fuerza de fusta y de tiempo á la puerta de una tahona de *Lavapies* ó de una lojería de *Puerta de Moros*, entre la admiracion de todo el barrio que se sorprende, no acostumbrado á tales distinciones, sino en casos solemnes.

Efectivamente, una boda motiva esta novedad, y héteme al lacayo, mientras el Cochero atisba de reojo el flete que se prepara, poner en el suelo un banquillo, que sirve de escalon á los novios, sus padres, la madrina, una hermana suya con un niño de pecho, la peinadora, un cuñado de la novia y sus dos hijos, quienes sin saber cómo se empaquetan en aquel tormento; usando de su derecho todos ellos mandan desgañitándose al Cochero correr á *Santa Bárbara* á buscar al padrino, y vuelven á casarse á *San Andrés* ó *San Lorenzo* con el mesurado paso de aquellos mártires de cuatro patas; que no parece sino que los animalitos conocen el error que van á cometer los causantes de su malandanza y tratan de retardarle. Verificado este, ordenan al paciente Cochero que ande por donde quiera (que en el andar está el busilis del escote) y ya tenemos á este viajando por Madrid en dia festivo, tocando en todas las tabernas del camino, hasta que pára en la fonda de la *Europa*, donde ha de comer, no él, sino la colonia que conduce, la cual se apea bostezando con general contento y regocijo. Mientras come aquella gente, el Cochero ayuna y se entretiene en limpiar el sudor de los desfallecidos caballos, á los cuales habla y acaricia con el lenguaje propio de la amistad sincera que los une, y recorre las ruedas y los ejes del malhadado coche, que sufre cuando menos en cada movimiento un deterioro. A cosa de media hora sale la trulla con el bocado en la boca y obliga al Cochero á arrear á *Chamberí*, y él jura, maldice y mueve la cabeza á cada una de las descompuestas é infinitas carcajadas que salen del coche, y no pudiendo saciar su cólera en los

autores de tanto zarandeo enarbola la fusta con poderosa diestra y hostiliza severo á aquellos dos retratos de la muerte, que porque todo sea en ellos estraordinario y aun milagroso, sacan un trote de arranque de tres minutos, con gran aprobacion y recreo de los consumidores, los cuales estrepitosamente aplauden y victorean.

Llegados á *Chamberí*, aun cuando el Cochero no deba apartarse de su coche, deslízase obligado por el hambre, que no se cura con músicas ni danzas, cabizbajo y confuso, arrojando á cada paso un suspiro y á cada suspiro una maldicion sobre el primer coche que ha habido en el mundo: entra en un figon ó taberna y compra un panecillo y dos sardinas que sepulta en el estómago con singular destreza y rapidez, amen del forzoso y debido acompañamiento de una copa y un cigarro, no sin inquietud y sobresalto, á causa de los *chicos* que le insultan llamándole *chistera* y *sin levita*, y aun de los grandes que le corren, tratándolo de *papagayon* y *cirineo*; porque unos y otros le toman por blanco de su ocio y por feliz argumento de sus gracias.

Pero despues que oculta el sol sus vivos resplandores, vuelve á Madrid el Cochero, juguete privilegiado de la ingrata fortuna, animando con voz cariñosa á los caballos, quienes hincando las pezuñas, bajando la cabeza é hinchando las narices llegan por fin al teatro, en donde hallan su salvacion, y su reposo el Cochero, el cual se encuentra tan cansado de darles latigazos como ellos de andar y de sufrirlos. El noble astur suspira en tal instante; hiere su imaginacion el dulce recuerdo de la patria; limpia el sudor que inunda su frente; deja el sombrero y la fusta sobre la caja del coche, y acomodándose lo mejor que puede y envolviéndose en su histórico y raido balandran que han gastado mil gordos y delgados, se entrega al tranquilo Morfeo, que le acoje benigno entre sus brazos. Mitigadas algun tanto sus penas por tan dulce sueño, interrumpido á intérvalos por los muchachos, sus eternos perseguidores, que al salir de la academia asestan contra él toda su travesura, arrojando dentro del coche ó á las piernas de los famélicos caballos, ruidosas carretillas que los espantan y asustan al Cochero, no menos espantadizo que ellos, intenta, al concluir el cuarto acto, dar vuelta al coche con crugientes latigazos, y atronadores advertimientos, y vé salir al público del quinto sin haberlo podido conseguir, hasta que ayudado del lastimoso y aun lastimado lacayo, que ase por el morro á los entumidos cuadrúpedos, logra dar la vuelta deseada y conducir á su casa, no sin trabajo, á los descoyuntados novios y comparsa.

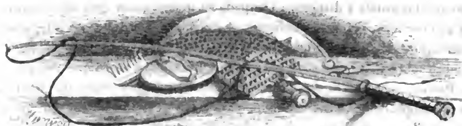
Logrado que há ver el fin de tanto traqueteo, vuelve á la cochera, á cuya puerta aguardan impacientes los amos de aquel arrastrado rastro, que siempre que sale de casa esperan no ver mas. El ama, que como muger es mas sensible, al divisar su hacienda tan mal parada, se enternece y se abraza á aquellos espiritados rocinantes, no deseosos de sus finas caricias y requiebros sino faltos de descanso y de cebada. El Cochero molido y barajado se baja compungido del pescante, sintiéndose asaeteado de agujetas, yerto de calambres

y roto del espinazo; sin poderse sentar ni sostenerse en pié, desunce, limpia y piensa, y trocando despues su malhadado oficio de Cochero simple por el de Cochero constructor, compone y reforma aquel carro ilustrado, maldiciendo su suerte, y envidiando la de tal cual mozo de cordel, vecino suyo, ó la de algun aguador, al paso que renuncia en aquel momento á su corbata y librea por los cordeles del uno ó el cántaro del otro. Por la mañana sale en mangas de camisa con sus compañeros á echar el aguardiente, contándose unos á otros en su provincial dialecto las aventuras del precedente dia, hasta que unce de nuevo sus galgos de herradura al desastrado coche, y vá, si puede, á la audiencia, á los ministerios, ó á alguna parroquia, en la cual se incorpora al fúnebre cortejo de un entierro, y hélo entusiasmado con la música darse tono é importancia señoreándose en el pescante con aquella cara de suela que se presta tan bien á todas las situaciones, revestida de la estúpida gravedad propia de un alquilon, que mira con desprecio á los que andan á pié, y considerándose un temible coloso que los asusta y dispersa. Ocupada su imaginacion con tales pensamientos torna á la cochera, come su puchero y se encamina á la taberna; allí, como buen bebedor, circunstancia imprescindible del Cochero, echa copa sobre copa, y requiebro sobre requiebro á su paisana la guisandera, hasta que llegada la tarde vá á *Portici*, á la quinta del *Espiritu Santo*, ó á *Carabanchel*, de donde vuelve tarde, estropeado y de mal humor, para pasar la noche al raso, esto es, á la puerta de algun baile de máscaras, sufriendo mal de su grado los gruesos canelones que le inundan con torrentes de agua súcia, y recibiendo en su rostro las nieves y granizos que se desatan en esta temporada al trasportar en su *ómnibus* un obrador de modistas disfrazadas en vestales, pasiegas, beatas y mallorquinas, por las cuales gasta las horas de sueño en reir, fumar, silbar, maldecir, pasearse, cantar la Manola y sentarse en el suelo, hasta que llega el dia y con el las aguardenteras, objeto de sus insulsos chistes y nécias bufonadas.

Estas son las ocupaciones del Cochero, que se suceden unas á otras, siendo víctima del comun regocijo y de las públicas funciones. El Cochero trabaja siempre; para él los dias y las noches son iguales; es hombre curtido por los rigurosos ardores del estío y por las crudas heladas del invierno: como de carne y hueso, tiene sus debilidades y ademas.... gasta su dinero en beber y fumar. Cansado de vivir en la corte, se retira en la vejez á su pais, en donde hace propósito de acabar sus dias tranquilo: pero ha de cumplirse su destino. Un dia se acuerda de que es Cochero; abandona su tranquilidad, su pais y sus amigos; sube de nuevo al pescante, y fusta en ristre hele otra vez surcando las calles perseguido de mayores inconvenientes. Su vista cansada, sus fuerzas perdidas y su convulsa mano no le permiten ya regir las riendas del coche. ¡Pobre Cochero! Una tarde va á los toros con ciertos calaveras, le obligan á correr, tropieza, vuelca, se abre la cabeza ó se revienta, é insultado públicamente por los autores de su desgracia, es conducido al hospital, donde se agotan todas sus desdichas muriendo con los dulces recuerdos de su pais y los lamentables de su infortunio.

Tal es la historia del Cochero en general: sin embargo, algunos mas afortunados ó mas diestros logran pertenecer á las casas de duques y marqueses, y son esos Cocheros colorados y rollizos, que lujosamente vestidos gobiernan los bonitos y elegantes carruages que llaman tu atencion en los paseos, dignísimos sucesores de los antiguos palanquines, sillas de mano y literas, de que los hombres, siempre inclinados á andar en pies agenos, se han servido.

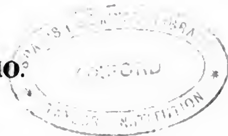
CIPRIANO ARIAS.







EL PRESIDIARIO.





De estar en presidio á ser Presidiario hay casi tanta distancia como de hacer versos á ser poeta, ó de ponerse á escribir á ser escritor; y á fé que ahora conozco la fuerza del dicho, aunque vulgar, «toda comparacion es odiosa» y casi me arrepiento de la ocurrencia por lo que puede afectarme. Queria decir solo que me parece muy conveniente por dicha razon, separar el primitivo del derivado, y bosquejar ligeramente aquel en su régimen interior, para hacerlo despues sin embarazo con el particular de este. Júzgase comunmente que el presidio es un lugar de correccion y castigo; pero es un juicio temerario como otros muchos, que ya no llaman la atencion en estos malhadados tiempos. Que debiera serlo, con facilidad se entiende; y que está mandado cuanto cumple á este propósito (aunque sin asignar fondos) téngase por seguro. Mas como del dicho al hecho hay gran trecho, y en especial cuando faltan esos conductores por donde la fuerza motriz ha de comunicar su impulso, no parecerá cosa estraña que despues de diez años de antigüedad, tengamos hoy á la órden sin destino ni aplicacion, ó entre el número de *cesantes*, que digamos, y gran parte lo son por el mismo idéntico motivo.

Los presidios en el dia se hallan planteados bajo el pié militar, aunque

sin perder su carácter de civiles; y si la cosa es un poco difícil de comprender, reservamos su esplicacion á los autores sobre la materia, pero creyendo con ellos haber aclarado mucho la cuestion si decimos que son militares en la *forma* y civiles en la *esencia*. Ello es que están presididos por un comandante á cuyas órdenes mandan tambien, el mayor, los capataces, cabos de vara, rancheros y cuarteleros, con algunos otros fuera de escala: y que se distribuyen los individuos en escuadras y brigadas con su correspondiente vanguardia y retaguardia, ó sean clases y secciones de *jóvenes presidiarios* y *notados de infamia*: esto sin contar con las oficinas y dependencias que no tan directamente se rozan con los sentenciados.

Hay ademas otra escala privada entre aquellas dos clases de rematados tan cautamente divididas del resto, la cual recorren por sí mismos pudiéndose afirmar que entran en la primera como aspirantes ó meritorios, y van ascendiendo con mas ó menos lentitud segun la disposicion del agraciado. Baste lo dicho, y parece inútil advertir que en ambas se trata de merecer, y cada cual en la propia se esfuerza por cumplir su obligacion: veremos quienes con mas acierto. Por ahora, dejemos á unos y otros aguardando la llegada de un nuevo alumno, y vamos á acompañarle desde su salida de la cárcel, que mucho lo agradecerá.

Desde luego y al partir á su destino, la sociedad cuida de arreglarle una patente en forma ó bien hoja de servicios con todos los requisitos apetecibles. En vano es ya que oculte su rostro encendido por la vergüenza, y en vano tambien que con hipócrita conducta mienta al menos virtudes en donde aprendan los que le miran, porque allí va muy menudamente consignado cuanto se necesita para comprender su nombre, patria, familia, profesion y hazañas: es ademas condicion indispensable que el gefe del establecimiento á donde se dirige, haya de añadir su *visto bueno* ó perfectamente visto, que por consecuencia se celen y escriban sus acciones con los premios ó castigos que le ocasionan; por tanto, no queda otro medio sino despojarse de inútiles preocupaciones, y sostener con firmeza su blason.

Los parientes, los amigos ó las relaciones de cualquier género, concurren por otro lado á una tristísima y agorera despedida, en donde los sollozos se mezclan con las exortaciones, y los regalos con los consuelos: todas las impresiones del corazon abren paso á la ternura y se borran ó enmudecen á su presencia; no se vé al criminal sino al desgraciado; no se lamenta el delito sino el excesivo rigor de la pena: una separacion dolorosa y larga, una série interminable de padecimientos para el objeto querido, esta es la sola idea presente que absorve y oculta á las demás. Todo ello conspira tambien á que él rematado vuelva sobre sí, á que se juzgue con blandura, á que se contemple ofendido y destierre de su espíritu toda inclinacion modesta. Con tal preparacion y su sombrero calañés sobre la oreja, su chaqueta de alamares, chaleco de terciopelo y bombacho pardo sembrados de filigranada botonadura, ancha faja de sarga carmesí, botin abierto y el pañuelo de seda atado en a

rodilla, marcha el Presidiario tan airoso y gentil, que le codician las mugeres y los hombres le envidian cuando al pasar esclaman «lástima de mozo.»

Durante su tránsito ningun incidente interrumpe el curso de sus reflexiones, porque la novedad de los compañeros y la inmediata vigilancia de los soldados apenas le permiten una ligera distraccion. Calcula cuanto importa al hombre presentarse con arrogancia y adquirir superioridad en el círculo que le rodea, sea cualquiera su rango y categoria; y bien resuelto en su plan de entrada asea el trage y pule la persona como conviene á un Presidiario aristócrata, guardando no obstante el fruto de sus ahorros en lo mas recóndito de su vestido.

Llegado en fin al término de su viaje, inmediatamente se apodera de él la escala ó linea de empleados que representa á la sociedad, ó mas bien la sirve; en lo cual lleva sin disputa una conocida ventaja á su contraria; pues sabido es que en punto á lucha, quien dá primero dá dos veces; y en materia de educacion las primeras impresiones son dificiles de borrar. Pero desde luego tambien se encuentra un tanto embarazado su gefe, en aquello de investigar la índole, oficio é inclinacion del presentado, para aplicarle á un trabajo análogo y conforme á sus circunstancias: porque dado que el establecimiento, gracias á la Providencia, tenga algun taller ó cosa equivalente donde hacer efectiva la disposicion legal, alcanza á saber que el mozo en cuanto á instruccion, posee medianamente el *caló*; respecto de oficio, no ha aprendido otro que hacer suertes de manos y escamotear las monedas del prójimo, pasándolas como por ensalmo del bolsillo ageno al propio, para lo cual, como suele decirse, le dá el naipe que es una maravilla: finalmente, su inclinacion única y exclusiva en materia de ocupaciones, es jugar al *cané* ó á la *chapa*, y para esto tambien se pinta solo.

Con semejantes elementos, no sabe muy bien el director á cual de los oficios le destinará con mas fruto; y si ninguno existe en sus dominios, ahorra el devanarse los sesos para acertar en la eleccion. Solo sí, repara que en el breve rato que ha tenido al inocente en su presencia, le ha faltado un boton de brillantes que acostumbra traer en la pechera; por cuya marcada muestra de aficion, no debiera vacilar en aplicarle á diamantista: pero cabalmente ese gremio no ha cundido todavia hasta el fondo de los presidios. Queda pues resuelto suspender por de pronto la determinacion, dejándole continuar en el depósito hasta que vuelva del campo la brigada á que le asigna, y se haga de él entrega formal á quien corresponda.

Por último, como no hay plazo que no se cumpla, llega el momento de bajarle á la *cuadra* y ponerle en manos de otros directores mas hábiles ó mas afortunados. En aquel instante empiezan á desprenderse lentamente sus doradas ilusiones, á vista de un recinto negro y desmantelado donde tienen su asiento toda clase de hálitos impuros, dañinos insectos y asquerosos reptiles; donde la luz del dia apenas llega desdeñosa al húmedo pavimento, y se quiebra á la altura de las ventanas cruzadas y casi cubiertas de enormes barras, que pugnan por



impedir la entrada á sus rayos mas compasivos; donde acuden, en fin, solicitas todo género de mortificaciones, y destierran la suave impresion del consuelo y de la esperanza.

Los festivos habitadores de aquella mansion, contémplanle de hito en hito con cierta sonrisa indefinible; mas á presencia de la autoridad, disimulan su pensamiento. Queda instalado el nuevo huésped sin contemplacion á unas ni otras composiciones de lugar, y el encargado se retira con aquella para traerle el uniforme de la casa. En este breve intérvalo va á ensayar su primer leccion el ilustre claustro.

Apenas se miran solos cuando la turba le cerca en derredor, espantando la maligna espresion de sus fisonomias mucho mas que pudieran sus insultos y amenazas, porque es la espresion del placer que están saboreando al atormentarle; y un formidable jayan á quien los demas respetan, sentándole pesadamente la mano sobre la nuca le dice con sardónica intencion.

—Vamos *changüi*, que por lo campechano le adevino que nos vá á pagar buena patente.

—Como que huele á rumboso y bien servío; añade otro aproximando atrevidamente la cara, y apartándole atrás su sombrero.

—Y muy hombre, prosigue un tercero, pá no quedar mal en cualquier apuro.

—Los *gálleri* y la ocasion, no hay que dejarlos *pirar*: se oye decir en tanto que el círculo se estrecha en términos de sofocarle.

—Métele mano, *gaché*, grita una voz, que el *chirós* es de *Otebél*, y como le *diña* le *ustaba*.

Diciendo así el instigador, zambulle la suya hasta el fondo del bolsillo que hácia su lado se encuentra: la misma accion se practica en el contrario, y dada la primer embestida agólpanse los restantes, le desnudan en un abrir y cerrar de ojos, y le registran mas allá que buenamente se requiere hasta dar con el miserable tesoro, objeto de sus cuidados. Obtenido, se retiran los ojeadores al ángulo de la estancia, donde agrupados con alegre gesto y satisfecha inquietud, lo cuentan y repasan. El infeliz despojado durante la operacion se aliña lo mejor que puede, bien resuelto á no dejar traslucir siquiera un síntoma de aquel desórden: pero abatido y pálido, acierta apenas con lo mismo que afanosamente quiere. Obsérvale uno de los esplotadores, y dirigiéndose al cacique le dice:

—Señor Reniega, unas estopas al *chavál* que se le *pirelan los buqué najando.*

—No hay cuidao, mocito, acude entonces el caporal; tóa mi gente es de caliá, y aquí se respeta á la presona: esto es una broma; *los jaté* se gastan á su salú, y usté será tambien de la compañía, que yo le convido.

Con esta cariñosa arenga vuelve un poco del susto el amedrentado paciente, quien dando gracias y haciendo de la necesidad virtud, responde en afable tono:

—Nunca mejor empleado.

—Que viva el garbo, gritan los demas. Uno entre ellos añade.

—Y pá que sea *el quelar* completo, yo *poquinelo* el resto. Ea, caballeros, se vá á *arinar* una chaqueta muy *varil*, que *sinela luché*. ¿Quién la puja?

—Un *choraló* si quieres, y te *diñelo* mas que *amola*.

—¿Quién *chivela buter*?

—Uno y medio.—*Un quelati* encima.—Veinte *calès* mas y al avio: proponer sucesivamente los licitadores, y no habiendo mejor postura, el vendedor la adjudica al último.

—Un *balune* de vuelta de grana ¿quién le *camela*?

—Cinco *chinorri* y es mio: responde con áspera voz un mal-encarado, que ha permanecido silencioso hasta allí.—Mas me cuesta, señor compadre; pero por ser á usté..... andando.—Todavia no sabes lo que te cuesta; y sobre tó, cuenta errá no es cuenta; y si vale mas se pagará.

Así se pregonan y venden una tras otra, todas las prendas del recien venido, que atónito y pasmado escucha lo que dicen sin acertar á qué alude: y finalizada la almoneda llégase cortesmente el rematante al poseedor, y le declara su intencion con esta breve, pero espresiva fórmula.

—Caballero; ya usté ve que estoy en compromiso; conque, á cada uno lo suyo y sinó en el patio no hace polvo.

Todas las miradas juntas cargan entonces sobre su interlocutor, permaneciendo fijas en él y pendientes de su respueta. El forastero recorre los semblantes, y crece su asombro al observarlos impasibles: para ellos el lance nada tiene de singular ni estraño; antes bien la cosa se ha hecho conforme á costumbre y sana razon entre hombres de buena ley, y nadie queda ofendido. Mas sin embargo, parécele que el mayoral tan compasivo antes, no mirará indiferente su cuita; y aventurando en él su confianza le dice.

—No lo siento por mi, sino por las manos que me lo dieron.

—Si te falta herramienta, replica aquel por toda contestacion, aquí está la mia.—Es que....—Y si no te cuadra, cualquiera te prestará la que escojas.—No la manejo bastante para.....—Pues entonces, corazon de alfeñique, has perdido la justicia.

Esta bella leccion de moral le queda profundamente grabada en la memoria. Ya empieza á entrever que en su nuevo estado no sirve el andarse por las ramas, sino que es preciso elegir en la forzosa alternativa de echar á un lado temores y reparos cuando llegue la ocasion, ó sufrir de lo contrario humillaciones y vejámenes sin cuento. A pesar de toda la repugnancia que siente hácia los grandes crímenes le impide arrojarse al primer estremo. Tal vez aquello es práctica arraigada; tal vez será distinto el rumbo de su conducta sucesiva, puesto que aun entonces han guardado cierta sombra de equidad constituyéndole en árbitro de su suerte: pero la duda solo es por estremo aflictiva.

El crujido de la puerta que se abre detiene el curso de estas reflexiones; el cabo se ofrece de nuevo á su vista trayendo el luto á su perdida libertad: un grillo pendiente de su gruesa cadena y sujeto al pié á fuerza de mazo, viene á sellar su desdicha. Ya no es licito quebrantarle, ni queda otro medio que la resignacion á dormitar sobre el duro tablado para amanecer un verdadero Presidiario en trage y en ideas: la metamórfosis es cruel.

Apenas asoma dudosa la luz del alba, siempre eclipsada y fúnebre en aquella mansion, cuando la señal de despertar le anuncia que ha cesado por entonces de perseguir al sueño. Levántase como le ordenan, para salir con la brigada al patio en donde le obligan á bañar el rostro con las limpias aguas de la fuente, y con su propio llanto que las enturbia

Armado sin dilacion de una piqueta sale del recinto á ensayar el quebrantado cuerpo en las labores que le preparan. ¡Cuán melancólica es la belleza de los campos, y cuán adusto el brillo del sol! Marchando va al compasado rumor de los hierros, y computando la duracion de su destino. ¿Qué hacer para soportar aquella enojosa vida?.... Sobreponerse á la fortuna; arrancar del oprimido pecho toda sensacion delicada; sustituir la estrepitosa algazara de la orgía á la apacible conformidad del arrepentimiento, y á su tranquilo sueño el letargo de los licores: parodiar la arrebatada felicidad cualesquiera que sean los medios para alcanzarla: en fin, como los otros; este es su sino.

Embebido en tales pensamientos llega al cabo de su jornada: páranse los conductores, y reparten el trabajo. Pero su trémulo brazo no rompe muchas veces la superficie de la tierra, sin que otro mas descansado y seguro, descargue rudamente seis palos en su agobiada cintura, que resuenan como otras tantas injurias en lo íntimo de su corazon. Allí está segunda vez el hombre social: el hombre que si bien elevado del seno de un presidio, ha entrado ya á representar la vindicta pública, y encargarse de la correccion del delincuente. «Trabaja con mas brio, holgazan,» es la suave amonestacion que acompaña al dolor de los golpes: sin embargo, la generalidad fuma en aquel momento, ó conversa entretenidamente con las desenvueltas mozas que acuden á llevar el desayuno á sus parejas: mas la generalidad está formada de sus antiguos compañeros.

Poco despues los alegres cantos de la multitud arreglados al sordo choque de la azada, miden á espacios el transcurso de las horas, y dan lugar á la de reposo. El rancho se prepara: cada cual consume en breve la frugal racion que le corresponde; quien la ameniza con frecuentes libaciones si el estado de su haber le permite costearlas, y quien brinda al mas cercano á participar de su bota: todo es contento y animacion, siendo imposible distinguir la sombra de un castigo á través de las carcajadas y retozos de los castigados. Concluida a comida vuélvese á emprender el trabajo con sosiego hasta que el sol empieza á declinar: entonces se suspende, y cargado el Presidiario con su apero, arrastra la cadena hácia la bóveda por el mismo sulco que trazó á su venida.

Alli vuelve á tomarle por su cuenta la gente del bronce: cuya clase bien meditado cuanto ha visto, le parece aun menos injusta, y mucho mas imponente y vigorosa que su antagonista.

Pasada la requisa de costumbre y abandonados á sí mismos los Presidiarios en el encierro, tratan de llevar á efecto la proyectada funcion. El señor Remega saca de debajo del tablado un formidable pellejo henchido hasta mas no poder; un solemne frasco de aguardiente le acompaña, y varios asados y fritos en seco completan su comitiva. Como ni cuando se ha introducido todo aquello, nadie

lo sabe; lo interesante y lo cierto es que se encuentra en el pabellon: y que sin cumplidos ni ceremonias toma cada uno la parte de terreno que necesita, para sentarse en derredor sobre los ladrillos, con las piernas tendidas ó encorvadas segun mas le place.

Reunidos asi en amistoso círculo, el zaque bien repleto, descubiertas las provisiones cuyo grato olor convida al apetito, y adornado el centro de aquel espacio que suple á la mesa redonda, si no con un gracioso ramillete al meno con la baraja y la taba que mucho mas cautivan la aficion, comienza un misterioso y animado festin, donde cada cual repasa con entera propiedad *entre cuero y carne* los asuntos reservados de la cofradía. Una rebanada de pan y una navaja sustituyen cómodamente á la mas opulenta servidumbre; el mosto á los platos de intermedio, y la buena disposicion á todos los esmerados preparativos de un entonado banquete.

—Vaya otra ronda Pacorro; que esta vida trabajosa, á tragos se ha de pasar.

—Allá va, señor Reniega, acude prontamente el invocado, tirando con la bota una visual á la bóveda del aposento: porque *sicobele* su paternida *sigó* de esta maldecía *estaripé*.

—No tardaré mucho con la ayuda de mi patron el Cristo de la Agonía y de la Garbosa, que su divina magestá conserve para bien de los probes presos. Corra la gracia é Dios.

—A que no se olvide su mercé del que pena; dice el segundo despues de reforzar el pulmon con el lastre de Baco.

—No hay que *tenelar duca* llegue yo á *sicobár*, y luego *birgindelen correlos*; que os puedo *chivar* mejor que el *porésquero*. Sobre tó el que sea *mamis* que se *pirel* conmigo.

—A que no haya tropiezo, compae Reniega.

—Y si le hay se le *moja* ¿pa que tengo la *sueti* de buena *arate*?

—A la salú de ustedes; brinda el recien venido á su turno.

—*Chivato*, le dice el principal, aquí se mira y se calla, y se olvida lo que se vé: vaya el trago porque hagas tú méritos pá entrar en la hermandá.

Con estos interesantes coloquios se vá dando fin al rancho de convite; y terminado, sin alzar manteles como se adivina ni cubrirlos con el tapete, se cruza un cané entre el humo de los cigarros y los vapores del vino que á menudo presenta quien mas á mano le tiene, diciendo «*camará, lampara sin unto mal alumbra.*» Nuestro héroe tambien despliega allí su habilidad armado con el dinero que generosamente le prestan sus allegados, porque en tales reuniones con la misma buena fé se dá y se quita, y á poco rato se alza con todo el caudal desparramado en aquel recinto, salva la parte cedida á un resuelto jaque que en ronco tono le dice; «*caballero, aquí cobro yo el barato.*»

No tardan en hacer su efecto el gás que despiden aquellas ambulantes bodegas, y el soporífero calor que añaden los miasmas del tabaco: y como todo lo que es neblina ó boira ataca directamente al cerebro, los de aquella amable tertulia se sienten progresivamente turbados y desvanecidos. En tal caso yá, empiezan los

balbucientes desatinos, las risas y desconcertados planes de pasatiempo. Cantares lúbricos, descompuestas danzas donde no se echa de ver la falta de las hermosas ni el peso de las cadenas, lascivos remedos, posturas livianas, dichos repugnantes y torpezas sin medida, mézclanse allí en informe conjunto; y el ruido y el polvo concurren á hacer insoportable aquel desórden. Los licores encienden al deseo, y la fatiga torna á llamar á los licores; la confusion se aumenta, el apetito se aviva, y toda aquella baraunda viene á parar en escenas mas dignas de lamentarse que de referirse.

Desmanes son estos, que al principio espantan al recíen llegado, pero con su repeticion insensiblemente le ofuscan, le entretienen, le aficionan y le dominan. Sin embargo, pasando dias y viniendo dias antes de llegar á tan miserable estremo, una chispa de nobleza que abriga en su alma, y otra buena dósis de temor al castigo, le deciden á dar con gran sigilo un paso que contempla muy meritorio; esto es, á descubrir cuanto sabe, vengando al propio tiempo la reciente injuria. Hé aquí nuevamente al condenado que se arroja en brazos de la sociedad. Esta, ó el director de su parte, le acoge con dulzura, agradece su revelacion, y conociendo que la recompensa es el mayor estímulo en las acciones de la vida, se la prepara tal que venga al servicio prestado como anillo al dedo; porque medita hacerle cabo de vara, ó sea inmediato celador de costumbres.

Así arreglado, y tomadas las precauciones oportunas, bájase bonitamente una noche con su patrulla, y sorprende á los *ternes in fraganti*, baraja en mano, bebiendo y picardeando á mas y mejor. Enviales al cepo sin rancho y con mordaza, depone al cabo por ocultador, y confiere su encargo á nuestro hombre.

Una semana entera transcurre sin novedad que de contar sea; los castigados en su arresto, y el delator en el pleno goze de sus derechos, aunque sin tener donde ejercitarlos. Al cabo de ella, vuelven las cosas á su estado normal, y los penitentes entran en la bóveda jurando vengar la mala accion; sin embargo falta saber quien haya sido el autor, y nuestro cabo se halla bien tranquilo sobre el secreto.

Parten los Presidiarios á su trabajo y observan al nuevo nombrado; murmuran entre sí y dejan llegar la noche. No es fácil descargar sus iras en la primera, porque el gefe de sala duerme separado y encerrado en una partija de ella, para husmear sin riesgo lo que en la misma sucede: pero en cambio se reunen en nocturno conciliábulo para fallar de la suerte del reo.

Siéntanse con gravedad sobre sus piernas encima del tablado, formando imponente semicírculo que corona el principal: cada uno tira de su disforme navaja, pica de un puro, y arrolla un corpulento cigarro apretando con el filo el borde del papel que ha de ser interior: el presidente echa yescas, enciende y reparte lumbre á los demas: brilla el fuego sacro en las bocas de los jueces; el humo del incienso se levanta en densa nube, y la consulta empieza.

—¿Qué pena merece el *chota*? pregunta el principal con tono severo.

—La de un traidor responde el mas inmediato.

—*Pintarle un jabeque* que se le rezume la *ochí*.—*Endiñarle* una de *curripenes* que diga soleá: proponen por su turno los siguientes.

—Señores, no hay que precipitarse: tóo lo icho tiene compromiso, y el que *se berrea* por primera vez, no merece tanto.

—Pues entonces, una *cherga.*—Una rueda al moscardón: se oye en la banda opuesta.

—Eso yá *sinéla* poco y de *chunga*, repone el Cacique con importancia; vaya otro *bámbano* y se pensará mejor.

Hácenle en efecto, y sigue el debate con la propia moderacion y cordura; defiriendo siempre los opinantes al dictámen del que una vez supo hacerse lugar y erigirse en gefe. Por último, queda acordado como suficiente castigo, que sufra tres carreras de baquetas, media hora de suspension por los pies, y la pérdida del destino.

—¿Y quién es el *chota* vuelve á interrogar el presidente, que no han de *poquinar* los que no *devisáran*?

—El *chibato*, responden en coro diferentes voces.—¿Que pruebas teneis?

—No hay mas que ver sino *querarle baró* sin *contisar* con la cuadrilla.

—Y á mas que no ha *chalao* con nosotros en él *la bruja*.—Ni con nosotros, ni con nosotros: repiten algunos miembros de las diferentes secciones de penitencia.

—Es verdá; está convito; pronuncia entonces el presidente, y el fallo queda irrevocable.

Entran luego en la eleccion de dia y hora, puesto que no son muchas las ocasiones de ejecutarlo: y señalan el primer domingo despues de la misa, encomendándose en ella de todo corazon á su protectora la Concepcion purísima, á fin de que interceda porque baste el escarmiento y no les frustre con una nueva delacion su plan de fuga; mas proponiendo firmemente matarle, si de otro modo acaeciere. Arreglado ya, abandónanse tranquilos en brazos del sueño, y dejan correr serenamente el resto de la semana.

La festividad llega; el sacrificio se atiende con mayor devocion que de costumbre, y concluido los rematados vuelven á su calabozo donde se preparan aguardando á la victima. Entra el agraciado bien ageno de la suerte que le espera, y en el acto se ve cercado por aquella turba infernal como el dia de su instalacion; mas ahora un silencio aterrador acompaña á sus acciones: sus ojos centellantes indican bien la ferocidad que les anima; la tirantez de sus facciones revela al desdichado la verdad de un cuadro tan espantoso; la rudeza de los ademanes, responde á la del sentimiento; la convulsion de sus manos traslada la agitacion de los espíritus, y el castañeteo de sus dientes la rabia y furor que les impelen hácia su presa. Ligan dolorosamente sus miembros con las ocultas fajas, tiéndenle boca abajo en el frio suelo, y haciendo en su espalda violento apoyo, saltan del uno al otro lado con el peso de los grillos y cadenas que agudamente se clavan al empuje. En vano implora compasion; tres veces repite y apura el incansable tropel su meditada venganza, dejándole exánime y moribundo sobre su rostro. «Alto yá, grita con fuerza una imperiosa voz, el hombre no puede mas, y el resto se le perdona.» Dóciles al mandato los atormentadores, deshacen las ligaduras, y le ayudan á ponerse en pié diciéndole: «otra vez será otra cosa.»

Este rasgo de generosidad en medio de aquella barbarie hasta cierto punto merecida, afectan en gran manera al mancebo, quien lloroso y arrepentido se propone guardarles mas consecuencia y promete cuanto le exigen. Lo primero es que deje el mando; pero mas entendidos que el director, convienen en que la dimision se haga de un modo aparentemente forzado: lo cual es sencillo denunciándose á aquel gefe un estudiado descuido de cualquier género. Pero el azar presenta coyuntura mas cercana y favorable que ellos pudieran discurrir. Y es el caso que á poco tiempo estando con los Presidiaros en su cuartel, se le acerca un sugeto de buen esterior, y llamándole aparte, le dice á media voz algunas palabras.

—Reniega, grita el incauto; el *Erai* dice que el domingo pasado le *nicabaron* el reló en misa: y si lo quereis volver, lo *poquinela* por entero.

—Mucho que si, le responde el nombrado acercándose y moderando el tono; que tambien se ha de tener su aquel con la gente de cortesia: ya sabes en casa de Chispas; envíale recado *que diga quien estuvo la semana pasá de iglesias*; y ese señor que vuelva por él mañana.

Se olvidó de calcular el bueno del ascendido, que tales asuntos no son para tratados con semejante publicidad; que uno de los capataces ó vigias de conductas con arreglo á ordenanza, ha podido oir y oido en efecto la propuesta, que amaestrado en la práctica se ha hecho cargo mas que conviniera de su contenido; y en fin, que yendo con el soplo al director de la casa, se encuentra degradado cuando menos lo piensa, con la adicion de un mes de cepo, y nota en su relacion de méritos.

Entonces vuelve de lleno á la masa de donde salió; entra á participar de su confianza y costumbres, y se forma el Presidiario en toda la estension de la palabra.

Empieza por adoptar su divisa, grabando con pólvora en el morcillo del brazo la imagen de la *Soledad* para escribir luego debajo el nombre de su querida: perfeccionarse con prontitud en el idioma y esgrima, ó sea manejo del arma, y no tarda en familiarizarse con sus desordenados entretenimientos é identificarse en un todo con sus ideas. Para él, es en breve cosa corriente encaramarse á la bóveda del calabozo escalando sus muros, ó descolgarse fácilmente por un cordel; y aun hecho trasgo, se introduce por los apretados hierros de una ventana, ó se arroja de su altura sin otro ausilio que un arma punzante clavada en la muralla, ó un peligroso salto. Conoce con perfeccion el arte de fingirse tullido hasta el punto de que por tal le declare el mismo Proto-medicato; de levantarse una forzada calentura y de abrirse una llaga cuando el caso lo requiere. Ninguna repugnancia siente en horadarse la piel, para convertir en saco de noche lo que es tonel de dia, encerrando allí su dinero y sus prendas mas preciosas: ó bien á las veces para ocultar la prohibida navaja en aquel raro estuche, ya que no en algun otro parage de su cuerpo que la previsora naturaleza haya indicado como á propósito. Hombre de ingenio y de escelentes disposiciones físicas, cultivadas por el ejercicio y adiestradas

por la necesidad, llega á aventajar á sus propios maestros en las habilidades que le enseñan, mereciendo repetidas veces en cada uno de los ramos, los honores de invencion. Cómodamente lima sus grillos con un cacho de teja ó loza, ó saca de ellos entrambos pies dejándolos intactos: funde llaves adaptadas con la mayor exactitud á cerraduras que no ve, sin mas elementos que el hueco entre dos ladrillos por molde, un pedazo de tocino para encender fuegos, y otros de su camisa por todo combustible. Agujerea las paredes y los suelos con la ayuda de sus uñas, ó cuando mucho de su navaja, y aunque no cuida gran cosa de aprender á escribir, hace grandes adelantos en el secreto de borrar letras para falsear un pasaporte ó licencia de salida.

Entonces ya se le declara digno miembro de la corporacion, y apto para figurar en un golpe de mano ó acaso para dirigirlo. Solo un requisito le falta, aunque accesorio indispensable al Presidiario de buena raza: y es la sombra de una beldad á quien tributar sus glorias y de quien recibir cariñosas atenciones. La adquisicion no es dificil, y la monotonía del encierro aguija el ansia de su logro. Verdad es que no conoce otras á donde encaminar sus flechazos y chicoleos, sino las propias que diariamente acuden á ver ó cuidar á sus respectivos cuyos: pero como esto no sea hoy un grande obstáculo aun interviniendo legitimo matrimonio, decídese por fin á dirigir una carta esplicando su atrevido pensamiento, que termina con esta sentida y amorosa posdata:

Tres veces cogí la pluma,
Tres veces cogí el tintero,
Tres veces se me cayó
El corazon en el suelo.

De tan suave manera *se calza* á poco tiempo con una descocada y mal agradecida Nereida, que sin piedad abandona á su primer *gachon*, (puesto que las circunstancias la impiden *hacer cara* á los dos mancomunadamente) y acepta y paga sus tiernos suspiros.

Tal conducta á vista y ciencia del acusativo, que digamos en aquella oracion, tal desacato en sus barbas, como no puede menos de ser, trae sin remedio á su espalda las consecuencias que buenamente se dejan presumir. El despreciado amante reta á mortal duelo, para lavar su afrenta, á su dichoso rival: este no puede menos de admitir el desafio, porque en otro caso dejaria de serlo; por consiguiente aprovechan el dia para afilar sus armas, y aguardan á la hora oportuna.

No hay cosa tan horrible como el aire friamente socarron y burlesco que dá esta gente á sus acciones y palabras en lances de tal naturaleza. Nada del fogoso ardimiento que les caracteriza entre las clases mas elevadas, ni de las acaloradas contestaciones que les preceden, ni del ruidoso aparato que hasta ellos media. Su rencor es sordo y oculto, su mirar desdeñoso y su acento recargado. Hablan tasadamente y con pausa, ahuecan la voz, se rascan ó apoyan la mano sobre

la cadera en sosegada postura; y su valor toma un aspecto tan ladino como sus frases y personas.

—Compadrico ¿quién le mete á Vd. donde no le llaman?

—Yo á naide doy cuenta de mi gusto.

—Es que en esa hembra mando yo.

—Eso será si á mí me acomoda.

—Con que sí ¿eh?

—Y náu más.

—Pues lo veremos despues de requisa.

—Lo veremos.

Son las únicas razones que se cruzan entre dos *ternes* para arrimar á un lado la existencia, y libres de su peso, tomar como quien no dice nada el camino de la eternidad. Sin embargo, no esquivan su rey de armas que coteje las preparadas y asista al combate.

A la hora de requisa y verificada esta, sálense al patio con la misma parsimonia, y sin otra formalidad elige cada cual el terreno que estima conveniente. Tiran de sus navajas, y abiertas, empuñan las cachas, apoyando con firmeza la yema del pulgar contra la hoja. Esto, y el humedecer su punta de saliva, tomada del labio inferior con el índice izquierdo, influye notablemente en el éxito de la pelea.

Arreglados ya, el calañés por escudo, el arma tras de su copa, retirado el pie derecho, el cuerpo agachado cargando adelante, las miradas fijas en las miradas y la intencion en la intencion, aquellos campeones se miden, se observan y se hostilizan inmóviles en su puesto. Por fin el mas audaz acomete, la lucha se traba, cruje la arena bajo sus pies, la navaja brilla y centellea en la oscuridad, el atento afan se redobla; un salto provoca una huida, y una embestida otro salto de retirada; menudéanse los amagos, caen á rajas los sombreros; los alientos resuenan de fatiga, brota el sudor en sus frentes y la sangre en sus vestidos, crece el furor, olvídase la cautela, se estrechan, se obligan, se acosan; y al apartarse, un ¡ay! lastimero y la caida de un cuerpo en tierra, anuncian al desafiado su victoria, preparan al retador su muerte.

Era lo único que faltaba á nuestro héroe para terminar la carrera del crimen; ahora le queda solo recorrerla y ensanchar sus dimensiones, para lo cual tiene ya mucho adelantado, porque los ensayos felices, dan por fruto siempre *inclinacion* y *arrojo*.

La impunidad concurre á alentarle, pues de contado se sepulta en el silencio toda muerte de buena ley: en vano son las pesquisas y procedimientos del foro; nadie lo ha visto, nadie lo sabe, el matador queda libre del castigo, y el vencedor coronado de laureles.

Cumplido este deber, y limpio ya de polvo y paja, sus proyectos tienden esclusivamente á abandonar aquella mansion para él pequeña, y á ejercer con mas anchura y ventaja sus talentos adquiridos: Poniéndolo en ejecucion, merced á sus adelantos y buen ingenio, se nos vuelve al seno de la sociedad tan corregido,

tan suave y tan otro, como hemos visto, y como esta se prometió sin duda al encerrarle. La fuga le proporciona algunos años de recargo en su destino; sus proezas, la formacion de nuevas causas y la imposicion de nuevas condenas que á una suma, esceden con mucho al término regular de su vida; cuya poderosa razon le obliga á hacer bancarrota, guardándola para sí, y dejando que en *ausencia* y *rebeldia* se sustancien las primeras, y se apliquen y apuren las segundas.

Sin embargo, no ha olvidado por completo la educacion moral que en su hospedaje le inculcaron. Recuerda que son tres los géneros de obligaciones en la criatura; y conserva respecto á Dios, que le es muy agradable ver espurgar del lujo su santo templo; respecto á sus semejantes, aquella sublime máxima, *quiere para ti cuanto sea para tu prójimo*; respecto á sí mismo, que debe aspirar á la mayor perfeccion *apropiándose cuanto bueno observe en los demas*. Finalmente, conoce bien en su humildad cristiana que nadie es responsable de que haya entrado por donde le metian, ó elegido entre lo que le presentaban; por eso el mal aventurado jamas se atreve á desplegar su boca alegando descargos en este punto y si alguna vez os detiene, (amables lectores) navaja en mano á la vuelta de una esquina, se contenta con deciros en mudo lenguaje. «Aqui estoy yo porque he venido.»

BONIFACIO GOMEZ.







EL CALESERO.



Ni en versos hábil, ni en la prosa ducho
¿cómo dejar la gente satisfecha?
Juzgo que de la cruz hasta la fecha
yerro si de otros el consejo escucho.
¿Echo á cara ó á cruz?—Arriba, ¡chucho!
¿Cruz? Bien está; me luzco de esta hecha:
de mis versos acudo á la cosecha
que como es fruto malo abunda mucho.
Yo bien conozco, y lo diré de paso,
que me hundieran con pullas maliciosas
si acá volvieran Lope y Garcilaso;
Mas oidlas que cuento varias cosas
y lo que es de la forma no hagais caso
que allá se van mis versos y mis prosas.

—

¡Uste! que es tarde y llueve, no mas prólogo
que no consiente fárrago el opúsculo,
como esos grandes, eternales cánticos
que otros entonan con acento impúdico
ya celebrando en las doncellas cándidas,
la ardiente faz y los luceros fúlgidos,
ya revelando con pasion carnívora

la intensa llama de su amor sulfúrico.
Tampoco ha de quejarse el arte métrica
de preferencias, que si en rancio púlpito
lo mismo en poesía que en política
las predican apóstoles estúpidos;
hostil yo siempre á las chocheces clásicas,
aunque sepa que en esto soy el único,
daré á todo reglista sistemático,
tajo va y tajo viene sin escrúpulos.
¿Por qué solo de reyes y de príncipes
digna la octava ser? ¿Por qué su número
de versos y de acentos y de sílabas
no cuadran bien al Calesero rústico?
Todos somos iguales ¡fuera fórmulas!
quiero de metros hacinar un cúmulo,
que viene bien en pasatiempos líricos
de compases variar como los músicos.
Desde el alejandrino, casi el máximum,
hasta el verso unisílabo mas súbito;
de la alta octava á la plebeya décima,
la seguidilla ruin... todos por último
sirven á quien se rie de la cháchara
de severos censores energúmenos.
Y pues me va cansando el son monótono
mas propio que de jácaras de túmulos,
basta ya de romance endecasílabo
otra decoracion, no mas esdrújulos

—

De trocar la tonadilla
la facultad concededme
ya que melosa y sencilla
se presenta la quintilla
que está diciendo: comedme.
Tres metros se han ensayado
con este que empiezo junto
y ni siquiera en un punto
con la cuestion he tocado
conque... vamos al asunto.
Como sabeis, caballeros,
que sin principios no hay fines
debeis cual yo convenceros

que no hubiera Caleseros
sino hubiera calesines.

Y asi mi pluma traviesa
(válgame Dios cuanto ripio)
sabe bien que la interesa
empezar por el principio
es decir, por la calesa.

Del carruage es escusado
encomiar la utilidad
y es prodigio bien mirado
cuanto en esto ha adelantado
la humana comodidad.

Entre la gran parentela
que preserva de los barros
y frios, si llueve ó hiela,
descuella la CARRETELA
que es la reina de los carros.

Sigue en lujo pertinaz
á invencion tan peregrina
el COCHE, guerrero asaz,
que aunque el tiempo esté de paz
jamás sin armas camina.

Para la gente elegante
está el TILBURI bizarro
tan veloz como flamante,
que mas parece que carro
una luneta ambulante.

A estos sencillo y ameno
sigue el BOMBE correton
que, consúmame un veneno
sino fué el tal invencion
de Hipócrates ó Galeno.

Como hay vagos infinitos;
para esta gente holgazana
hay OMNIBUS pintaditos
que hacen por Madrid pinitos
muriéndose de galvana.

Hay otro coche ramplon
que dá al que le monta esplin,
y por servir de alquilon
aunque sea de Fermin
siempre le llaman SIMON.

De transporte hay por mayor.
La DILIGENCIA responda,
que es cuádruple conductor
con su *cupé*, su *interior*,
su *berlina* y su *rotonda*.

Dos mil TARTANAS se véu
invadir las carreteras
donde hay GALERAS tambien
que supo lo que hizo bien
el que las llamó *galeras*.

Y si es mejor ir á pata
que no en la galera ingrata,
tampoco dá muy buen rato
su marido el CARRO-MATO
es decir, carro que mata.

Esas gentes que á rabiar
están en viéndose quietas
habrán visto al viajar
una tras otra chillar
veinte, ciento y mil CARRETAS.

Y ese funesto chillido
que no es la voz de Rubini
vale mas, bien entendido,
que haber en Madrid olido
los carros de SABATINI.

Mas hablo á troches y moches
de carros y ya me pesa.
Lector, aunque lo reproches,
¡no mas carros! ¡fuera coches!
donde campe mi CALESA.

Y lea versos ó prosa
para averiguar un hombre
con eficacia estudiosa
por qué la dieron el nombre
de calesa y no otra cosa.

Yo las razones no doy
que es mi ciencia reducida
y bien estoy como estoy,
ni etimologista soy
ni pienso serlo en mi vida.

Mas si mi cholla no yerra,
la razon que aqui se aguza,

es la razon que se encierra
en llamar tierra á la tierra
y á la merluza, merluza.

—

La quintilla castellana
está visto, no se presta.
Creo mas propio el romance
para describir calesas;
que es metro muy español
y tambien hay quien apuesta
que la Calesa es la nata
de los carros de mi tierra.
Bien pudiera describirla
con todas las voces técnicas
de convexidad y sólidos
base... rádio... paralelas...
Pero es mas claro y mas breve
suponer que se asemeja
á una sarten con dos mangos
tumbada sobre dos ruedas.
Engalanada por dentro
con talco, borlas y seda
que está diciendo: manolos,
viva la sal madrileña.
Sobre un cajon el asiento
donde meten la merienda
que parece contrabando
por lo oculto que se encuentra.
Y hacerle contrabandista
no es calumnia, ó muchos pecan;
porque muchos aseguran
que el cajon contrabandea.
Enrollada inútilmente
tosca cortinilla ostenta,
que aunque á su altar suben ángeles
nunca gustan de tinieblas.
Pintada por el respaldo
no ha de faltar sandunguera
puesta en jarras una dama
de las que la liga enseñan;
O un torero echando suertes,

ó un gaché con su vihüela
y una pareja bailando
las seguidillas boleras.
Si es caballo el que la tira
suele ser de aquellas piezas
que aunque se las coja en caza
tienen espinas de pesca.
Matada está siendo mula
y no estrañeis que aun se tenga
porque hay diferencia y grande
de estar matada á estar muerta.
Pero carne ó bacalao
matadas ó no las bestias,
cuando ellas quieren no ceden
á postas y diligencias;
Que la voz del Calesero
¡huy! ¡zagala... coronela!
torna sus patas de galgo
y de avispa sus orejas.
Y aqui mismo la pintura
del Calesero comienza
cuyo parecido acaso
de mucha verdad carezca
¿Mas que ha de ser el bosquejo
si para hacerle no prestan
su inspiracion los Madrazos
y sus pinceles Alenza?
El trage del Calesero
no es tan rico que se pueda
comparar al de los siervos
que guian las carretelas:
Ni alcanza al de los cocheros
ni al de los lacayos llega
Y hasta al *Simon* muchas veces
cede en rango y apariencias;
Mas si el de aquellos el signo
de vil servidumbre lleva
el del Calesero grita
¡que viva la independencia!
Calzado todo español
pues sabe que en su faena
zapato ruso ó inglés
vale poco y mucho cuesta.

Buen pantalon de ancha trampa
con botones á docenas
á veces de plata todos,
y otras de cobre ó de suela.
Faja limpia y bien ceñida
chaleco de pana verda (1)
por corbatin un pañuelo
que le sirve de chorreras.
Suele echarse una zamarra
entre otoño y primavera,
y de primavera á otoño
sencillamente chaqueta
U otra mejor de alamares
que parece cuando nueva
un poco mas que manola
y algo menos que torera
El sombrero calañés
ajustado á la cabeza,
que aunque es ave de ala corta
con poco viento se vuela.
Látigo pegado á un fresno,
de larga y tejida cuerda
que mas le duele al caballo
que el peso de la calesa
Y para acabar en fin,
pondré en su boca entreabierta
un mal puro con mas humos
que doscientas chimeneas.
La Calesa y Calesero
yo diré como se emplean
pero esto es cosa de octavas;
ahi tiene V. la primera.

—

No de inquirir lo ageno soy amigo
pues atrevido preguntar pensaba
si para no dar creces al hombligo
mi lector apreciable frecuentaba
por la *Plaza Mayor*... pero ¿qué digo?
de la Constitucion, no me acordaba
y la *Plazuela de Descalzas Reales*
miento, de las Descalzas Nacionales.

(1) Se dice verde, pero el asonante se empeñó en que habia de ser verda.

Estos y otros lugares concurridos
al lector de Madrid no estoy ageno
de que le deben ser bien conocidos;
y en este caso suponer es bueno
que le habrán abrumado los oidos
una y mil veces al cruzar sereno
asi con cierta tentacion traviesa:
»*mi amo*, ¿quiere usté un coche, una calesa?»

Y tú, lector «aprecio su bagaje»
contestado le habrás, si bien recuerdas;
y él ha instado y tú has vuelto con coraje
un *no*, *repito*, á sus palabras lerdas:
ya porque te hace daño el carruaje,
ya porque quieres estirar las cuerdas,
ó porque no hay un real que es poca cosa,
dero es una razon muy poderosa.

Mas despues del que *nones* le responda
supondremos que ha habido caballero
que ha querido dar vuelta á la redonda
por varios pueblos y volver ligero:
ó ver el rio, ó visitar la ronda,
y este le ha contestado al Calesero:
seguramente que el andar me empacha
ponga Vd. pronto la calesa en facha.

Ajusta, da un real mas para tabaco
y el Calesero esclama ¡arriba plomo!
quita la manta al enlutado jaco,
le tienta el rabo, le sacude el lomo
y monta y dice: aunque me valga un saco
de oro, no doy la bestia que yo domo.
¿Qué puerta? vera Vd., nada la agobia.
¿Bilbao, Toledo, ó Alcalá ó Segovia?

El otro elije sin intriga y guerra
que en esta parte concederle quiero
derecho electoral, pues en mi tierra
cualquiera es elector por el dinero.
Y aun mas hondo misterio aqui se encierra:
el elector mas mulo y majadero
vale por cuatrocientos bien seguros,
con tal que tenga cuatrocientos duros.

Pero esto no es del caso, lo del caso
es emprimar al tonto en el ajuste,
y el Calesero por salir del paso

mete una bola que parece embuste.
«Jamás nos queda para echar un vaso,
dice: puede Vd. darme lo que guste:
soy criado y el amo en lo que saca
nunca me dice *toma*, y siempre *daca*.

Y ya vé Vd. lo que ganar podria
si un hombre no tuviera su concencia
mas yo no tuerzo la concencia mia.»
Y á juzgar por la cándida apariencia
cualquiera por el tal responderia:
pero sabe á bien poco su infidencia
quien vá con él, aunque tenaz se alabe,
y el amo, en mi opinion, tambien lo sabe.

Mas el que dice cuando entrega impío
de carro y mulas el jornal ganado,
que fué cargado y que volvió vacío,
cuando vino tal vez doble cargado:
quien dice: ahí van tres duros, amo mio,
quedándose con dos que ha reservado
despues del puro y de la atroz carpanta,
el mandamiento sétimo quebranta.

Y es de observar al Calesero pillo
con un cuidado que á maldad trasciende
cada vez que se acerca un ventorrillo
esclamar: ¡qué tabaco aqui se vende!
¡y qué vino, es un bálsamo!—Y sencillo
quien va con él si la indirecta entiende,
dice: pues pida Vd. y háganos daño
mas saquemos la tripa de mal año.

¡Y qué bien huele! que estarán calculo
haciendo de comer á sartenadas;
Añade, y con talento y disimulo
torna hambrientas sus gentes desganadas.
Él diz que se chulea y que es un chulo,
y que está con furor por las chuladas
mas dá demostraciones muy completas
de que está mucho mas por las chuletas.

En los caminos su elocuencia brilla
luciendo de geógrafo su ciencia.
Tiene pueblo por pueblo en la cartilla,
(y pinta á los que escuchan con paciencia)
todas las carreteras de Castilla
de Galicia, de Cádiz y Valencia;

y si los que oyen ignorantes son
habla hasta de Turquía y del Japon.
Sabe medir á palmos el terreno
bien que por esperiencia y por instinto
le hiciese Cristo, de impiedad ageno,
inclinado á lo blanco y á lo tinto;
Y como suele consumirlo bueno
en el que llaman parador de Pinto;
aunque camine por Zamora ó Toro
siempre se halla entre Pinto y Valdemoro.
Puertas recorre y rondas y paseos
si contrabando trae de tela ó gente;
cual coqueta que miente devaneos,
como ladron que acecha al penitente,
y lo mismo que yo gasto rodeos
para decir á ustedes solamente:
harto estoy, vive Dios, como de un potro,
de este metro fatal: vamos con otro

—

Y la razon es sencilla.
Cambio porque viene á punto
para redondear mi asunto
la redonda *redondilla*.
Puede nuestro Calesero,
y esto es muy justo y cabal,
lo mismo que cada cual
ser casado ó ser soltero.
Su esposa aqui bien mirado
ni daño ni bien reporta,
por eso nada me importa
que esté soltero ó casado.
Siempre ha de tener por suerte
si no es mezquino y tacaño
una moza ó mas al año
cuando hay peligro de muerte.
Conque, á su capricho queda
sin disturbios ni bolinas
gastar despues sus propinas
como quiera ó como pueda.
La inversion, vive Jesus,
que no la entiendo á no ser

en *puros*, *vino*, *muger*
y echar cien manos al *mus*.
No es por eso un perdulario;
antes vá haciendo remesa
para comprarse calesa
y llamarse propietario
Y remando dia y noche
con estraño calesin
viene á encontrarse por fin
con propia calesa y coche.
Entonces nadie le niegue
la frase con que le llamo
ya es *propietario*, ya es amo,
ya tiene quien se la pegue.
Dejad que otro coma y baile
á su costa, y no haya ruido
él se hará cuenta que ha sido
cocinero antes que fraile
No hagamos mas comentarios
de sus virtudes ó vicios
y refiramos propicios
sus dias estraordinarios

—

Por Santiago mata-moros
enganche usté la calesa
que hoy es lunes é interesa
llevar la gente á los toros.
Raa... pulia... á la funcion
tente... pára... que te tundo
¿te quieres marchar del mundo?
¡lástima de torozon!
¡Huy! tente! cudiao me llamo;
la corrida empieza ahora
¿busca usté coche, señora?
¿quiere una calesa, mi amo?
—Si señor.—Vamos volando,
á ver si alguien nos iguala:
monte usted ¡arre zagala!
que está Montes esperando.
Oooh! pára!.. pa que se baje
su mercé con bercebú,

que Dios le dé á usté salú
voy á echar otro viage.
Y antes de poco se vé
conducir á igual destino
por idéntico camino
á una *já* con *su gaché*.
Ya Montes con su capota
engaña á la astuta fiera
¡chica! suene la pandera
¡compadre! ¡venga esa bota!
Y mojando la garganta
entre el bullicio y estruendo
marchan para sí diciendo
como quien murmura y canta.
«¡Charpa suelta el caballo
que es una furia:
Mira que te se ahoga,
dile que escupa.
¡Ay Charpa, Charpa!
te veo y no te veo
¡arre zagala!!!
Montes! salta al trascuerno,
y alza la pierna
no te encaje las puas
donde te duelan.
¡Ay!! banderillas!
banderillas y perros
¡arre pulía!!!!!
¡Oooh! para pa que se baje
la gente con belcebú.
Ea, muchachos, salú
voy á echar otro viage.
Y dando de celo traza
pasa los lunes en esto
desde la plaza á su puesto,
desde su puesto á la plaza.

—

Hay un dia bullidor
en que alza Madrid el grito
que es el dia del bendito
San Isidro Labrador.

El señor almivarado
el manolo, el fabricante,
literato, comerciante,
el artista, el empleado
¿Qué digo? Madrid entero
este dia de alborozo
dá con entusiasmo y gozo
de comer al Calesero.
Echa al potro sueltas riendas
torciendo arroyos y esquinas,
por atrapar cien propinas
y probar de cien meriendas.
Está lozano y valiente
con tanta especie de grasas
y los torrados y pasas,
ponche, noyó y aguardiente.
Tanto llenando la piel
que aunque charle á troche y moche
no seré yo por la noche
quien quiera cuentos con él.

—

Si yo no comprendo mal
no estará mal recordada
la festiva temporada
que llaman de *carnaval*.
El cartel es el reclamo
que al hombre ocasion ofrece
de gritar cuando amanece
¿quiere una calesa, mi amo?
Y es de ver la niña guapa
saliéndose del festin
¡qué ojos echa al calesin
cuando el hocico se tapa!
Y al amante, que sin blanca
apostaba en el salon
á competir con Safon
y Remisa y Salamanca,
Viéndola sonar los dientes
de frio y él sin dinero
¡qué ojos echa al Calesero
tan foscos y maldicientes!

Y el Calesero acertando
la causa que le devora
dice ¿vá á pie esa señora?
Mire usté que está nevando.
Y estos lances son precisos;
porque es la pura verdad,
que una vez por voluntad
y muchas por compromisos:
El Calesero de trueno
sin mirar al que dirán,
consigue ganarse el pan
y esto es muy santo y muy bueno.
Aqui de mas desatinos
quiero remediar el daño
pero esta sino me engaño
es mano de alejandrinos.

—

Mas ay! que alejandrinos los hago tan perversos!
que casi estoy tentado por responder que no.
¡Brindar mi pobre numen alejandrinos versos
por fuerza es mi enemigo quien me lo aconsejó.
Direis que os enamoran, que son muy peregrinos,
mas ya veis por la muestra que no los debo hacer
¡fuera con mil demonios versos alejandrinos!
veré si con tercetos os puedo complacer.

—

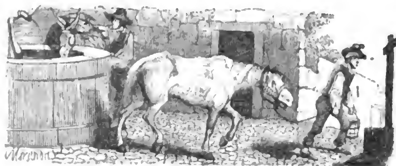
Está visto, no salgo del aprieto.
Yo que ajusto mi marcha á la del dia
engolfarme en el clásico terceto!
¡Resucitar aquella algaravía
tan atroz, tan eterna, tan pesada!
¡ay que horror ¡ay que espanto! ¡que heregía;
¿Mas que me toca al fin de la jornada?
¿Pedir como en comedias, neciamente
con una decimita una palmada?
No es final, que digamos, muy decente
pero por si los hados son adversos,
esa encajo, quien quiera que la cuente:
seguro de ella estoy, tiene diez versos.

Y si el público recela
que este parto es de luzbel
eche la culpa á Espinel
que inventó una vagatela,
Nada dice esta *espinela*
la mejor de mi baraja;
mas pienso que bien encaja
la insulsez de que os atraco,
porque es la décima un saco
que solo consiente paja.

—

A mi me basta un romance
con el asonante en *é*
para decir: me despido;
que ustedes lo pasen bien.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.







EL DOMINE.



Con qué humor tan negro cojo la pluma! Está visto: antes de emprender el retrato necesito desahogar la bilis, y la comezon pendenciera que me abrasa. Estoy como pueblo que quiere pronunciarse, dispuesto á armar camorra con el prójimo, y cual aquel poeta que cantaba

Tengo las calabazas puestas al humo,
Y al primero que llegue se las emplumo.

Tocaráles la china á los que encuentro mas á mano, á mis colaboradores y al editor. Sí, señores mios: voy á disputar con vds., á reñir en forma, acerca de lo que llevamos hecho y está anunciado de la obra; que á mí no me cuadra pintar las faltas y deformidades agenas, y dejar las nuestras en el tintero por esceso de amor propio y sobra de injusticia, que son los pícaros vicios del linage humano, y de todos los linages.

Dos obligaciones se ha querido imponer, é imponernos el ciudadano editor, que ni cumple, ni cumplimos, ni es posible que cumplamos él, ni nosotros; y vive Dios que se lo he de contar á los suscritores y leyentes, pese á quien pese. Lo que yo vea contra razon y conciencia lo he de decir sin morderme la lengua,

clarito como el *b a ba*, y sin ahorrármelas con Papa, Rey ni Roque (Entre paréntesis: este Roque que siempre está paralelo al Rey, y contrabalanceándole, debió ser algun regente durante la menor edad del monarca). Protesto, pues, contra las dos obligaciones antedichas, porque las ha tomado el jefe sin acuerdo de su consejo de escritores responsables; porque son opuestas á la ley fundamental de la sana lógica; y porque es una de tantas decepciones proclamar tales principios y obrar á la inversa. *Item* mas, pido la responsabilidad de los funcionarios que han obedecido un mandato no firmado, cual exige el artículo 61 del pacto social. Salvas estas premisas de protestacion y demanda, continúa la disputa.

Háse ofrecido que la obra se dividiria en dos partes, comprendiendo el primer tomo los retratos de la capital de la monarquía, y el segundo los de las provincias. Mas ¿dónde está ni hallarse puede semejante línea divisoria? El *Torero* es mas peculiar de Sevilla y de Jeréz, que de Madrid. Los *Indianos* están desparramados por todas las provincias peninsulares, amen de los muchos que hay en Burdeos, Bayona y otras partes estrañas. La única afinidad que tiene el *Charran* con la corte es el haber en esta como en Málaga un barrio llamado Perchel, y el haberse pronunciado Málaga diferentes veces, y Madrid en setiembre. Solo en una cabeza redonda cabe que el *Ama del Cura* sea personaje madrileño, cuando los cardenales de Santiago, los canónigos de Toledo, los pavordes de Valencia, y quince mil párrocos de todas las diócesis, nos ofrecen ejemplares á pedir de boca. Pues á nadie que no comulgue con ruedas de molino, se le hará tragar que en las provincias no hay *Coquetas*, *Criadas*, *Santurronas*, *Sacristanes*, y *Alcaldes de Monterilla*: como que los mismos retratistas han formado sus cuadros tomando rasgos de esta y de la otra comarca.

A clasificar lo que va publicado en las dos partes consabidas no era floja la ensalada de párrafos y de periodos, que habia que hacer. Parecerian los artículos espurgados por el santo oficio; y á fé que pocos quedarian sin espurgo si la inquisicion volviera, que ya verán vds. como no vuelve. ¿Y qué prueba esto, sino que la tal division es un disparate?—Si á mis dignos colegas les pareciese dura la calificacion, traduciréla en blando, diciendo, que es prurito de clasificar lo que no tiene demarcacion propia; mania de dividir lo que no es conveniente separar para ningun fin bueno.—Para cumplir con la oferta de la particion fuera indispensable pintar coquetas cortesanas, aparte de las coquetas provinciales: retratar por separado al sacristan de Móstoles, y al del Buen Retiro: dedicar un artículo al empleado que pasea por la Rambla de Barcelona, y otro al que se distrae por la Fuente Castellana de Madrid: discernir en el primer tomo la criada del diputado que asiste á las sesiones, y en el segundo volúmen la misma criada cuando vive con su amo en provincia durante el entre córtes; y pardiez que no faltan entres y salgas, aperturas y clausuras, suspensiones, prórogas y disoluciones.

Pero bien conocida es la causa de la aberracion que impugno, y no se me ha de pudrir en el buche. Calculáronse cien retratos, como pudieron echarse

cincuenta ó trescientos: se presupuso (en los presupuestos siempre se vá á ojo de buen cubero) que harian dos tomos; y no creyéndolos bastante separados con que cada cual tuviese su cosido, su encuadernacion, su cubierta ó su pasta, ocurrió el capricho de distinguir el mismo contenido, como aquel que esplicaba las tres personas de la unidad divina por la corteza, la carne y las pipas del melon. Mas asi como no faltó quien dijera al dogmatizante que entre los tres agregados nunca sacaria otra cosa que un melon completo, tampoco ha de faltar quien objete al editor, que por mas que divida tomos, la obra será única, sin otra verdadera diferencia que los números primero y segundo puestos al canto en el tejuelo de la cámara baja.

Ea pues, compañeros de pluma y de carteles, imitemos de hoy en adelante, á los periódicos y á los partidos constitucionales. Ellos dicen ya no hay mas que españoles y Ayacuchos: digamos nosotros, ya no hay mas que españoles pintados, sin diferencia de volúmen. Y enmiéndense las cubiertas de las entregas, y sigamos dando brochazos, y cuestion acabada.

Otra oferta se ha hecho solemne y sustancial: que los tipos serian *esclusivamente españoles*. O esto quiere decir que los españoles son españoles, que es una necedad, ó quiere decir otra cosa, y entonces lo mismo se cumple esta que aquella: ofertas de Mendizabal. ¡Presentar al *Barbero* indígena de España, donde no embargante la abolicion capuchina, hay mas barbones que entre los moscovitas! Ni mas ni menos que fingirnos dueños de las *patronas de huéspedes*, siendo asi que el oficio, las personas y aun el nombre han venido de Ultrapirineos. Se dirá, porque todo se dice, que entre el *Pretendiente* de un empleo en París, y el que lo solicita en Madrid hay tales y cuales diferencias, nacidas de las costumbres, carácter y estado social; pero esto no constituye un tipo esclusivo de nacion alguna. No hay dos hombres, ni dos cosas cualesquiera absolutamente iguales, y todos los individuos no son tipos. Convendré, porque ya se me ha pasado el esplin, en que el *Torero* y el *Charran* pueden considerarse españoles por naturaleza y vecindad; mas otros retratos que veo y leo, son, con perdon de vds., cosmopolitas perfectos.

Basta ya de digresiones prévias y de reñidores episodios, que voy á tardar en emprender el dibujo mas que un congreso en constituirse y contestar al discurso de la corona. A bien que no es chico el pedazo de artículo que he ensartado para introducirme, y de chanza ó de broma, nunca viene mal un retazo á los que trabajamos con medida.

Ahora voy á presentar un retrato que es español á machimartillo, castellano neto, compatriota por los cuatro costados, paisano á prueba de bombas de Monjuich, y mas castizo que los potros de Ubeda, y las merinas segovianas. El *Dómine* nació, ha vivido y está para morir en España, y nada tiene que ver con los aliados. Es la independencia nacional en cuerpo y alma, tan agena de las casacas encarnadas como de gallos y tricolores. Es, en fin, el españolismo por esencia, presencia y potencia, que jamás ha pisado otra tierra que la tierra de garbanzos. Una prueba es que todos los apellidos de su familia son castellanos

rancios, sin mezcla de secta, como *Lucas Berrío*, *Cabra* y *Chuchumeco*: tan esclusivamente nuestros como el *maestro Quiñones*, el *licenciado Vidriera*, el *capitan Araña*, y el *rey Perico*. Pregunten vds. á los literatos estranjeros por todos estos personajes de nuestra patria, y con tanta historia y geografía como revuelven, se quedarán al oirlos con las mandíbulas en ángulo de cuarenta y cinco grados: es decir, que ignoran lo que nuestros patanes manosean en sus diarios coloquios.

Y no como quiera es el *Dómine* tipo meramente español: tiene ademas la circunstancia agravante de ser el original que mas ejemplares ha producido: el que ha dado los fundamentos de su gloria á la república literaria; el que ha llenado el mundo de borlas, birretes, cogullas y capirotes: y si no respóndaseme á estas preguntas. ¿Qué teólogo, qué jurisconsulto, qué canonista, qué médico ha existido en nuestro pais, á quien no haya dado el *Dómine* las primeras lecciones de hablar y escribir correctamente? ¿qué tribunal, que universidad, qué púlpito, qué coro, qué botica puede envanecerse de no haber pagado tributo al indispensable *Dómine*? Sin este agente universal de las carreras literarias, se hallaria vacía la mitad de los estantes de las bibliotecas; faltarian los principales glosarios de nuestros viejos códigos; habrian quedado desiertos los noviciados de los monasterios; y careceria nuestras conversaciones de los salpicados bilingues que las florean ó las barbarizan. Diréle de una vez y mas en grande: el *Dómine* es el Adan de cuantos saben donde tienen su mano derecha, el Ataulfo de los príncipes de las letras, el Mentor de todos los que declinan y conjugan, y el primer móvil de la omni sapiencia.

Pero hay otra observacion, que sobre todas descuella, y hace ver, no solo que el *Dómine* es tipo peculiar de nuestra nacion, sino que, los españoles todos han estado sometidos á su influjo. España entera ha sido gramática por naturaleza y gracia, y la universalidad de sus habitantes fué clasificada en dos grandes secciones: los que no sabian *gramática latina*, tenian *gramática parda*; ejemplo que no presentará nacion alguna, por aventajada que se crea en letras humanas. Un pueblo de gramáticos ni se conoció en los tiempos fabulosos, ni lo recuerdan los anales de la India, de Grecia ni de Roma.

Acaso no falte quien objete, (la oposicion es tan dulce y comun como la venganza) que siendo tan español el *Dómine*, ¿por qué fué á pedir nombre prestado á las orillas del Tiber? Mucho se pudiera alegar contra este escrúpulo, pero baste saber que la lengua castellana tiene en sí misma las voces de *preceptor* y *maestro de gramática* para designar este individuo, y que la de *Dómine* se ha familiarizado por la propension de los españoles á hablar latin desde que á ello se ponen. Asi es que aprenden el idioma en el idioma mismo, por un arte escrito en la lengua que van á estudiar, y al segundo dia de concurrir al aula un chico de diez años sabe ya llamar al maestro *Dómine*, y preguntar *¿Licet mihi per te?* Hay mas: un barbero sangrador antes de saludar el arte escribe corriente *Récipe*; un notario romancista encabeza sus escrituras *In Dei nomine amen*; una monja, sin mas estudio que cojer un diurno sabe cantar *Dixit Dominus Domino orino*, corrigiendolo profano del testo; un ministro de Hacienda,

que ni el forro de los libros conoce, obra en hebreo y maya en latin el *mutandas mutandas*; y hasta las beatas y los chiquillos saben el *Gloria patri*. ¿Se quiere mayor demostracion de que el *Dómine* y su arte son conaturales en España?

Todavía hay mas que alegar en abono de mi propósito. Donde los conocimientos son exóticos hay dificultad en apropiarlos y mantenerlos, y los hombres mas eminentes apenas logran su aclimatacion. En Castilla sobran para perpetuar el latin las personas mas baladíes y lisiadas, las que no pueden servir para otros estudios. Tirso nos ha descrito el *Dómine* de Marta la piadosa en estos sencillos términos.

.....Un licenciado
en gramática, ordenado
de grados y de corona.

Y es que por lo comun se dedican á maestros de latinidad los que, yendo para clérigos ó letrados, cortan ó les atajan la carrera; ya ahorcando los hábitos y casándose; ya de resultas de quedar señalados por la mano de Dios en pena de una diablura que los deja cojos, mancos ó irregulares; ya porque perdieron el tio que les daba estudios; ya porque les tocó soldados.

Dedúcese de aqui que el oficio de preceptor no se enseña ni se aprende: todos llegan á él sin pensarlo, sin saber cómo ni cuándo. El que empezó á estudiar creyendo ser canónigo, ó corregidor, ó pulsista, se encuentra *Dómine* en la flor de su edad por arte de birli birloque, ó sea por el signo de los españoles á ser gramáticos y latinos. Puede decirse que el *Dómine* no existe en la naturaleza, ni en el orden regular; si no que aparece por una combinacion estraña, como el ganado mular; ó como los estambres de la rosa cultivada se convierten en pétalos; ó como el pedazo de barro que iba para olla y se trueca en jarro en manos del alfarero; ó cual trozo de madera, del que el escultor dice.

Si sale con barbas será San Anton
y si no la pura y limpia Concepcion.

Véase la causa porque yo no puedo entrar á describir el orígen, patria y educacion del *Dómine*. Hay que tomarle ya formado y cual aparece, supuesto que hoy lo es, el que ayer no lo era, el que anteayer se creia cosa bien diferente.

Apenas se hallará pueblo mediano en nuestras provincias que no haya tenido cátedra de latinidad. En pocos faltó un eclesiástico de campanillas, un ricote venido de Ultramar, una solterona acomodada, ó un concejo concienzudo, que fundase esta obra pia. Porque es de saber que los *Dómines* no dependian del plan general de enseñanza, si no que en esta materia habia accion popular, que ejercitaba cualquiera, cuándo, dónde y cómo le acomodaba. Ya se vé, era una fragua indispensable para forjar tantos capigorrones y frailes como salian de los pueblos, y era ademas requisito para ser abogado, médico, boticario y cirujano latino, y hasta para ser monja de coro, sacristan, capiscol y salmista. Y obsérvese

que de los pueblos donde habia mas facilidad de concurrir al estudio latiniparlante, se poblaban los conventos; y si no díganlo Toro, Budia y muchos lugares de la Mancha.

Si se me pregunta por la figura corporal de mi héroe daré el testo de Quevedo, retratando al *Dómine* de Segovia: «él era un clérigo cerbatana, largo solo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo, los ojos avecindados en el cogote, la nariz entre Roma y Francia, la habla ética, la barba grande, comedor de una comida eterna sin principio ni fin.» O me remitiré al *Dómine* de Villamandós del P. Isla, que «era un hombre alto, derecho, seco, cejijunto y populoso, de ojos hundidos, nariz adunca y prolongada, barba negra, voz sonora, grave, pausada y ponderativa, furioso tabaquista.» Lo de ser enjutos, zanquilargos, anquisecos, acartonados y cariacontecidos, con las demas señales de flaqueza y espiritualidad, procede sin duda de que apacientan mas el alma que el cuerpo; pues como viven entre muchachos hambrones y ansiosos á la par que enredadores é inquietos, su existencia se reduce á comer galopeado, á dormir en taquigrafía, y á cavilar en progreso rápido, lo cual los constituye en la demarcacion de las clases pasivas.

Los que participan de este temperamento son, segun los fisiólogos, nervudos y rijosos, pero como el estado unas veces, los trabajos mentales otras, y la escasa fortuna siempre, suelen apartar al *Dómine* de la coyunda matrimonial, queda por lo comun del género neutro, y cuando mas espuesto á tentaciones y lances de honor. Suelen decir las señoras de talento, que los hombres estudiosos son malos para maridos y buenos para amantes; porque quieren de tarde en tarde, pero quieren bien. Tal vez seguia esta máxima aquella dama de quien dice la copla vulgar.

La bendita Dorotea
que por el balcon se esconde,
es el orinal en donde
el *Dómine labia mea.*

Por lo que toca á la vida y hechos del *Dómine*, espondré lo que me ocurra en resúmen, que es como si dijéramos á paso de Luchana.

Cuando es casado, la esposa ha de ser marisabidilla, de las que el refran equipara á las mulas cozudas; y los chiquillos parlanchines y redichos. Los pupilos internos ayudan á los quehaceres de la casa en razon inversa de sus contingentes y regalos. Con los menos contribuyentes se ahorra la *Dómina* de criada, de niñera y de mozo de mandados; que por dejar el aula y que les disimulen la holganza harán los escolares todos los recados del mundo, por ruines que sean. Rarísimo es que los *Dominiquillos* hereden el magisterio de su padre por mas que este los ponga de mayoristas y pasantes: cansados de pelear con estudiantes aviesos y de reconocerles el transparente, suelen apetecer otra profesion de menos ruido y mas provecho.

La mesa del preceptor siempre es alegre y esbelta: nadie padece alli

indigestiones, ni se embota los sentidos. Un sopicaldo, y un cocido en que los garbanzos parecen islas flotantes, y un cuarteron de carne que hace de vasto continente, ni compromete á pedir el ausilio del doctor, ni ha menester lugar escusado. Alli se come para vivir, y no se vive para comer; y si no se obra el milagro de multiplicar los panes y los peces, se resuelve el problema matemático y físico mas difícil, de distribuir la menor cantidad de materia posible en el mayor número de dósis posible.

Salvas honrosas escepciones, los *Dómines* son dados á sentenciudos, tienen el gusto estragado y adolecen del carácter pedantesco. Los macarrónicos estravagantes y las sentencias que retumban y hacen eco, son para ellos de mas estima que los mejores trozos de Virgilio y de Ciceron. Muchos saben de memoria la carta de Pablo Merula, en que se cuentan las maravillas de España en un latin castellano: otros recitan el soneto del mismo genero, que Rengifo pone en su arte poética; y pocos hay que ignoren el epigrama compuesto en el siglo pasado á la virgen del Pilar de Zaragoza que empieza:

Sublimes admitte pias gratissima gentes,
Instaura célebres Sacra María choros.

¿Y qué preceptor de nombradia estuviera ignorante de los mas comunes laberintos, acrósticos, equívocos y macarrónicos? Uno relata entusiasmado aquello de Iriarte

Quod salamanquinis idioma retumbat in aulis

Otro recuerda con gloria la pepinada de la guerra de la independencia y principia

Currite Matritum, Versilia currite pronté,
Et Pepo de parte mea facitote mamolam

Y los mas tienen fruicion en celebrar hasta las nubes aquellos altisonantes de Nebrija

His dtacem, pánacem, cólacem, styracémque, facémque.
Ambigo, currique furo, sátajo, quæso, hisco, fatisco.

Dije al principio que el *Dómine* estaba para morir, y se hace preciso esplícar esta frase, no se vaya á creer que le mata su régimen dietético ó los malos ratos. Se muere, porque de hoy mas sera inútil ó hará poca falta. Sin capellanes y sin capillas; con los libros elementales puestos en castellano; y con buenos códigos puestos en romance, ¿de qué servirán los preceptores latinos? Sobrarán las escuelas de las universidades, institutos y seminarios. Y esto lo ven con calma las gentes y no lo lloran los literatos! ó ingratitud! Recreaos en vuestra obra, novadores; ya habeis acabado con el *Dómine*; pero cuenta que de hoy en adelante echareis

muchas cosas de menos. Voy á indicaros algunos resultados de vuestra *dominante* revolucion.

En primer lugar se irá desterrando del lenguaje esa porcion admirable de palabras que tanto lo enriquecen, y apenas habrá quien sepa estampar el *infrascripto* quedándonos reducidos al abajo firmado.

Veremos si hay escribanos que dén fé de la *non numerata pecunia*.

No se encontrarán políticos que hablen del *salus populi*, aunque con candil se busquen.

Ni los cómicos saldrán al *proscenio*, ni los soldados al *extramuros*, ni el monaguillo al *Via-crucis*.

Los avaros desconocerán el *in utroque felix* de las medallas que ahora leen y releen.

¿Y habrá viejas fervorosas que recen, como quien lo entiende, *Turris ebúrnea* y *Virgo potens*? *Nequaquam* (Y busque V. entonces esta sonora respuesta, á que jamás llegarán el raquítico *no* ni el *mil veces no* de los modernos.)

Por último, cuando haya muerto el *Dómine*, estarán Dios sabe donde los españoles que hoy se pintan solos, entre ellos su servidor q. b. s. m.

FERMIN CABALLERO.







EL EXCLAUSTRADO.



BENIGNO lector: Si hasta ahora la mayor parte de los retratos que se te han presentado en esta galería pudieron dar ocasion á que se ejercitase en ellos la festiva pluma de sus autores, y á que tú te solazases un rato con la maligna pintura, has llegado hoy á uno en el cual tienes que renunciar á tan halagüeña esperanza; y si no quieres, por el contrario, afligirte, vuelve la hoja y pasa al articulo siguiente; que no he de emplear las armas del ridículo cuando se trata de un ser, epílogo y cifra de las miserias humanas, y á quien la suerte, á pesar de su carácter venerable, ha condenado á sufrir todas las calamidades que puede lanzar sobre la frente de un hombre la mano airada de las revoluciones. Aunque mi pluma tuviese la punzante causticidad del malogrado *Fígaro*, aunque el *Curioso parlante* me prestase la suya alegre y juguetona, me guardaria muy bien de emplearla para escarnecer el hábito sagrado del sacerdote, ni las respetables canas que adornan á la vejez desgraciada; que si en algun tiempo me aconteció tambien el sacar á la escena, entregando á la execracion pública, pasiones y crímenes de hombres que encerrára el claustro, cedí tal vez con harta facilidad al torrente que entonces nos arrastraba á todos, hallábase todavia mi ánimo preocupado

con la idea de su antigua prepotencia, y sobre todo no habia visto á esos infelices cubiertos de andrajos, muriéndose de hambre, ó implorando en las calles la caridad de los mismos por quien se veian arrojados de su antiguo y pacífico retiro. No esperes, pues, reir, ó lector, en este artículo; y antes bien te diria que te aprestases á llorar, si fuese yo capaz de dar en esta ocasion á mi estilo, el verdadero color que el asunto requiere.

Y al empezar mi tarea, dígote en verdad que no sé lo que debo decirte, ni como hacer un bosquejo, aunque imperfecto, del tipo que me ha sido encomendado; tipo peculiarísimo en el dia de nuestra nacion, tipo en ella de reciente fecha, y tipo, en fin, que desaparecerá en breve no dejando detras rastro alguno. Esto es decir que este tipo no es realmente tipo; que no nace de costumbres mas ó menos arraigadas en el pueblo; que no ha podido él mismo formarse hábitos particulares, y *sui géneris*; y que no se le debe considerar sino como un fenómeno casual y pasagero, como un estado transitorio desde otro estado que existió hasta la muerte; en fin, como la negacion de todo estado, de toda posicion social, el juguete de la mas adversa fortuna.

En otro tiempo, á pesar de sus infinitas variedades, un fraile era entre nosotros un verdadero tipo; y sin descender á pormenores. se podian señalar ciertos caractéres generales de la especie, con que formar un cuadro verdadero y animado; pero un fraile que no es ya fraile, y que no ha pasado á ser otra cosa; un hombre acostumbrado largos años á un método de vida el mas regular y constante, entregado de repente á todas las vicisitudes de la mas angustiosa existencia; que vuelve á la sociedad despues de haberla abandonado, sin conocerla ahora, sin haberla conocido tal vez nunca; estraño enteramemte á los hábitos de la vida comun; sin parientes, sin amigos; sin poder abrazar mas que una sola carrera, y esa humillada, pobre, perseguida; este ente, en suma, anómalo, indefinible, ¿cómo le he de describir, cómo he de hacer de él un retrato parecido? ¡Imposible! Y así, señor don Ignacio Boix, al repartirme este tipo que no lo es, ó ha cometido V. un error, ó se ha dirigido á quien no puede servirle. Exclaustrados hay, y no legos, á quienes hubiera V. podido dar con mas acierto este encargo, y que le desempeñarian á pedir de boca: porque al fin nadie pinta mejor sus miserias que uno mismo; y asi como dió V. con su hombre cuando me encargó escribir el *Cesante*, puesto que lo soy, asi debiera haber ido á caza de algun *Exclaustrado*, que á la fé no anduviera V. mucho sin encontrarlo, siendo especie que no escasea. Mas ya que no tuvo V. tan buena ocurrencia, yo he sido mas feliz; pues pensando en el modo de complacerle, la suerte me ha deparado la ocasion de saber la historia de uno de estos desgraciados por boca del mismo interesado; y asi es que me limitaré á contarle á V. lo que me sucedió una de estas noches pasadas.

Discurria yo por esas calles, sin objeto, y cavilando como me suele suceder, cuando llegué á uno de esos derribos que tanto abundan en Madrid, y en los cuales un ancho y desierto solar, ha reemplazado al suntuoso convento que antes en él se elevaba. La noche estaba serena y clara;l a luna, en su mayor

creciente, ostentaba su plateado disco en la bóveda celeste, y hallábase como suspendida en medio del solar que iluminaba con sus rayos, á manera de una hermosa lámpara, proyectando no obstante sobre el suelo las sombras de las casas contiguas y de los montones de escombros que aquí y allí se veian. Paróme tan solemne espectáculo, y púseme á contemplarlo. Mi imaginacion enardecida, pintábame lo que habia sido aquel lugar, lo que podia ser algun dia. Reconstruia en idea el derribado edificio: sus anchos muros, sus labradas puertas, el dilatado claustro, la suntuosa iglesia y los adornados altares. Veia lucir en estos las encendidas luces delante de la imágen venerada, y al austéro religioso haciendo en ellos su oracion, ó recogido silencioso en su celda, ó entonando en el coro sus místicos cantares. Creia oir el sonido grave y prolongado del órgano uniendo sus acentos al monótono himno de los cenobitas, y los ritos religiosos desplegaban á mis ojos su pompa, infundiendo en mi ánimo el temor profundo de la divinidad. En seguida, como en mudable kaleidoscopio, se presentaba á mi fantasía otro cuadro muy distinto. Al antiguo y ennegrecido convento, reemplazó un moderno palacio brillante con todo el lujo que pueden reunir las artes nacionales y estrangeras. Lucian al través de los anchos cristales numerosas bugías, y sonaba el animado acento de música deliciosa, interrumpida con los alegres gritos de los convidados. ¡Qué contraste, me decia yo á mí mismo! Donde antes se alzaba la pacífica morada del solitario, oprime el suelo ahora la mansion bulliciosa del poderoso. El estrépito ha reemplazado al silencio; la orgía al ayuno, la licencia al recogimiento; las danzas á la oracion; y los báquicos cantares á los himnos religiosos: ya no se eleva á los cielos el humo santo del incienso; sino los vapores del vino, el perfume de los manjares condimentados con las mas aromáticas especias; no discurren por esos ámbitos toscos sayales, sino ricos trajes de oro, seda y pedrerías; no arden los corazones en el amor divino, sino que están abrasados con todas las pasiones mundanas; y acaso entre el festin y la algazara, se engendran planes de esterminio, crímenes y catástrofes. ¡Ah! quizá los refinamientos de las artes habrán ganado en esta transformacion, pero ¿le ha sucedido lo mismo á la religion y moralidad de las sociedades?

Embargado mi espíritu con esta idea, no habia echado de ver la figura pobre y estenuada de un infeliz, que sentado en una piedra, en medio del solar, lanzaba tristes ayes y alzaba las manos y los ojos al cielo. Sus lastimeros suspiros llamaron por fin mi atencion; parecióme que lloraba; y de repente le vi que se postró arrodillado; cruzando ambas manos, apretándolas contra el pecho, y multiplicando sus sollozos, esclamó: «¡ Dios mio, Dios mio, piedad, compasion de mí!» Acerquéme enternecido, y hallé que era un anciano como de setenta años, cuyas canas, ancha calva, y arrugado rostro le daban á la vez un aire desvalido y venerable. Su aspecto me movió á compasion, y acercándome á él le dije:

«Buen hombre, qué tiene usted?—Ah, señor, contestó, una limosna por el amor de Dios á este pobre Exclaustrado.—¡Es usted Exclaustrado! esclamé —Sí, señor.—Y anda vd. pidiendo limosna!—Esta es la primera vez... Pero mi miseria ha llegado al estremo: la he sufrido hasta hoy... Hoy me faltó ya

todo recurso. Vivia en una miserable boardilla, y su dueño me ha arrojado de ella porque no podia pagarle el alquiler... Soy viejo, no puedo trabajar, en ninguna parte encuentro asilo ni amparo... Há cerca de dos dias que no pruebo bocado... Esta noche resolví implorar la caridad pública... Mas al llegar aquí me sentí desfallecer, y tuve que sentarme en una piedra. En este sitio estuvo algun dia mi convento... Creí que mi hora postrera habia llegado, y rogué á Dios que la abreviase; contento con morir donde tantos años habia vivido dichoso, donde siempre pensé exhalar el último suspiro.»—Al decir esto, nuevo desmayo acometió al infeliz: tuve que sostenerle, y con dificultad le pude hacer entrar en una tienda inmediata, donde merced á los ausilios que se le suministraron, volvió en sí, y cobró algunas fuerzas. Luego que estuvo ya en disposicion de andar; «venga vd. conmigo, le dije: esta noche la pasará en mi casa; y mañana veremos si hay algun medio de aliviar su suerte.—Ah! señor, contestó, Dios le recompense á vd. tanto beneficio! Y haciendo mil estremos de gratitud, me siguió. Hícele servir una ligera cena y preparar una cama donde se acostó quedándose á poco profundamente dormido. Por la mañana, cuando me levanté, me maravilló el verle ya vestido.—No le admire á vd. esto, me dijo; nosotros los frailes tenemos hecha la costumbre de madrugar mucho, y en rayando el alba, ya no podemos aguantar la cama.» Halléle bastante repuesto, y entonces pude fijar la atencion en el trage que llevaba. Nada en él indicaba el sacerdote. Una levita negra muy vieja y raida, pero que habia cepillado cuidadosamente, le cubria el cuerpo flaco y estenuado: harto ancha para su escuálida figura, daba á conocer á la legua que no habia sido aquel su primitivo dueño; y utilizados los pocos botones que la quedaban, estaba abrochada hasta arriba, para tapar juntamente con un pañuelo del propio color que mugriento y roto rodeaba el cuello, lo sucio de la camisa que por falta de compañera no se habia mudado en mucho tiempo. Los zapatos, ya se puede inferir el estado en qué se hallarian, y el muy escaso servicio que harian al pié, el cual por otra parte, no conocia el uso de la media, pareciéndose sole en esto el actual equipage del ex-fraile á su antigua vestimenta. Nada diremos de los pantalones, ni del derrengado sombrero, pues en ambos se echaba sobre todo de ver la miseria del que los llevaba. No quise que el buen Exclaustrado permaneciera mas tiempo en tan inmundos trapos; y á pesar de lo que resistía, reemplazaron sus harapos otras ropas mias que, aunque viejas tambien, parecian, comparadas con las suyas, que acababan de salir de los talleres de Utrilla. Hecha esta mudanza, hice servir el almuerzo, concluido el cual, manifesté á mi huésped, mi deseo de conocer su historia; y él complaciéndome al punto, empezó de esta manera.

«Soy natural de un pequeño pueblo de Castilla la Vieja, y nací por el año de 1770; es decir á vd. que paso ya de los setenta años. Mis padres eran unos pobres labradores, y tenian cinco hijos, de los cuales yo era el menor: de estos, el primogénito debia quedar con ellos para ayudarles á labrar su escasa hacienda; otro se metió soldado, otro pasó á Salamanca á seguir los estudios, mientras servia á uno de los catedráticos; el cuarto se embarcó para América á probar

fortuna; y á mí me destinaron á entrar en un convento; pues ya sabe vd. que antiguamente, como el hábito merecia tanta veneracion y respeto en España, y á veces conducia á muy altos puestos y honores, pocas familias numerosas habia en los pueblos que no procurasen tener un hijo fraile, porque siempre era esto para él una colocacion ventajosa, y para los demas parientes una honra ó un motivo de proteccion y de futuros medros. Llamáronme, pues, desde niño, en mi pueblo el *fraile*; vestíanme de hábitos, y siendo mas grandecito, de negro, con lo cual iba familiarizándome con la idea de mi futuro estado. A los doce años, sabiendo ya leer y escribir de corrido, pasé á Sepúlveda, en uno de cuyos conventos tenia un tio tambien religioso; y al amparo de él, estudié latin con el Dómine de la ciudad. Habia yo sacado tal cual ingenio, y no me faltaba aplicacion: asi es que no defraudé las esperanzas que se formaban de mí, hice bastantes progresos, y me hallé en disposicion de que al llegar la edad competente pudiese entrar de novicio en el mismo convento de mi tio; y cumplido el año, profesé con gozo general, así mio como de mis parientes. Ustedes que no tienen idea de las costumbres de aquel tiempo, que estan hechos á juzgar de las cosas por sus teorías modernas, y para quienes un fraile es por lo comun, sino un objeto de horror, por lo menos de desprecio; no pueden concebir ese júbilo que entonces se apoderaba de toda una familia cuando un individuo de ella tomaba el hábito religioso. Pero lo profundo y firme de la creencia, el aspecto de santidad que rodeaba al profeso, la paz temporal que su nuevo estado le aseguraba, los bienes espirituales que le prometia, todo presentaba esta felicidad como una de las mayores que se pueden apetecer, y engendraba ese gozo puro y ardiente que teniendo algo de celestial, no se parece á ninguno de los que procuran los bienes de este mundo.

«Entré, pues, en la religion, y desde entonces solo pensé en cumplir exactamente con las obligaciones que aquella me imponia, en adquirir la instruccion necesaria para merecer los altos puestos de la órden, y en hacerme apreciar y querer de mis superiores. Logrélo, con efecto; y como por ser jóven entonces, sentia mi alma los naturales impulsos de la ambicion, confieso á usted que mas de una vez soñé con que por fruto de mis afanes, me veria algun dia honrado con una mitra, siendo el padre de una diócesis dilatada, sentado tal vez en la silla primada de España, cubierto de distinciones debidas á mi rey y al Pontífice, y viendo mi nombre celebrado en la patria y fuera de ella. ¡Vanas ilusiones, que pronto se desvanecieron, y que el tiempo y la revolucion han convertido al fin en espantosa miseria! No, porque al pronto, no sonriese la fortuna á mis ambiciosos proyectos. Cobré fama con mi saber y mis virtudes, virtudes que si no llegué á tener en el grado que el mundo las creia, procuré al menos adquirirlas: el púlpito y la cátedra me dieron nombre; este nombre corrió por las muchas casas de la órden; mis superiores me hicieron pasar sucesivamente á varias de ellas; fuí elegido prelado en algunas; y últimamente, veia delante de mí el mas brillante porvenir, cuando la invasion francesa vino por primera vez á lanzarnos de nuestros conventos. Vivia entonces todavía mi hermano mayor;

y hallé en su casa un refugio donde pasé toda la guerra, concluida la cual, y restablecidos los conventos, me tocó pasar al de Madrid, donde emprendí de nuevo mis ejercicios de predicacion, logrando siempre atraer numerosa concurrencia de fieles. Ya en aquella época, la edad habia entibiado algun tanto mis deseos ambiciosos: en el tiempo de mi exclaustracion, haciendo votos al cielo por el triunfo de la patria, prometí, en el caso de que me restituyese á mi convento, renunciar á todo cargo dentro y fuera de la órden, limitándome á los ejercicios de simple religioso; y así lo cumplí, aunque el aprecio de mis hermanos y del monarca me brindó con los honores cuya idea tanto habia halagado mi juventud. No tuve que arrepentirme de ello. La paz del alma, el contento interior, y la satisfaccion de mí mismo, fueron la recompensa de mi conducta. Los austéros deberes de la religion, llegaron á ser para mí, no solo una costumbre, sino tambien un placer; y el estudio y la oracion, me hacian feliz, llenando cumplidamente mis afanes. Tal era mi abnegacion, que á penas sentí el primer periodo revolucionario; y como ni mi órden ni mi convento, fueron de los suprimidos en aquella época, continué en el mismo método de vida, y segui, despues de la vuelta del rey, cada vez mas retraido del mundo, cada vez mas olvidado de todos. Ya la vejez habia encanecido mis cabellos y menguado mis fuerzas: con mas de sesenta años, solo pensaba en prepararme á la muerte que en mi concepto no podia tardar, pero que Dios ha querido sin duda alejar todavia para purificarme con no conocidos trabajos. Un dia, hallándome en mi celda, entregado á una mística lectura, oí de repente un rumor estraño: llegaron hasta mi feroces alaridos, golpes horribles, tiros de fusil, y griteria como de pueblo amotinado. Sali para informarme de lo que era, y vi á todos los religiosos correr despavoridos por los claustros: cual procuraba buscar un secreto asilo donde esconderse; cual acudia á los altares á abrazar las sagradas imágenes; cual herido por mortífera bala, caia ensangrentado á mis pies. Perdí el sentido á tan horrrendo espectáculo, y quedé exánime. En tal estado pasé muchas horas, al cabo de las cuales volví en mí, y me encontré en una cama. Supe entonces por los que me asistian, que una cuadrilla de hombres furiosos habia penetrado en el convento, profanando la casa de Dios y asesinando en nombre de la libertad á sus ministros; que yo habia sido encontrado entre un monton de cadáveres; mas que notando los que me llevaban que no estaba herido, y que respiraba, me habian colocado en aquel lecho. Recuperado de mi desmayo, y cobradas las fuerzas, sali favorecido por la noche y por uno de los que me asistian, que era miliciano, de aquella santa casa donde tantos años pasára una vida pacifica y donde pensaba dejar en eterno reposo mis huesos. El miliciano me llevó á la suya, y le debi larga y benéfica hospitalidad; pero el fruto de nuestras discordias civiles le alcanzó tambien: habiéndose movilizado, perdió la vida en una emboscada; y yo me ví abandonado, sin amparo alguno, ni mas recurso que la escasa pension no pagada que nos señaló el gobierno. En vano he buscado algun arbitrio, todos me han faltado: mi edad y miseria me cierran todas las puertas; apenas algun dia que otro consigo decir una misa,

cuyo escaso producto se concluye al siguiente. He solicitado un curato, pero me han dicho que soy ya demasiado viejo: mi débil voz no me permite subir al púlpito; lo deteriorado de mi ropa me hace rechazar por todos aquellos en cuya casa me presento para servir de ayo de algun niño; pudiera regentar alguna escuela, pero jóvenes mas audaces é intrigantes se llevan siempre las que pretendo; tenia esperanzas de que un grande me admitiese de capellan, mas disminuidas sus rentas por la supresion del diezmo, ha tenido tambien que suprimir esta plaza: á donde quiera que vuelvo la vista, no encuentro mas que abandono; y por fin, mi miseria ha llegado al punto que Vd. ha visto ayer noche.

«Esto es en cuanto á los trabajos corporales, y penalidades de la vida. Pero cuánto mas es lo que sufren mi corazon y mi espíritu! ¡Ah! no sabe vd. lo que es arrancar á un hombre anciano de la condicion en que ha pasado toda su vida, y con la cual ha identificado todo su sér, para pasar á otra que le es totalmente desconocida, que está en oposicion abierta con sus costumbres, sus ideas y sus esperanzas. Figúrese Vd. al desterrado que desde el cielo dulce y templado de Andalucía fuese trasladado á los climas helados del Norte; que acostumbrado á respirar el perfume de las flores, el aura suave que corre entre los bosques de granados, viese solo en torno de sí, sombríos pinos y apretadas nieves, sintiendo todo el rigor de las escarchas: ¡cuán dolorosa seria para él tan horrible mudanza! ¡cuán llena de penalidades correria su existencia! Pues no es menor la diferencia que hay para el mísero Exclaustrado, desde el mundo pacífico y religioso del claustro, al bullicio de este otro, mansion de crímenes, pasiones y miserias. Semejantes al emigrado, suspiramos siempre por volver á nuestra cara patria, á esa patria que nos habia adoptado, y en que estábamos como de paso para otra eterna y de inagotable bienaventuranza. Aqui todo es nuevo, estraño para nosotros; todo contraría nuestros gustos, nuestras inclinaciones. Echo de menos mi celda, aquella celda pobre, desnuda de adornos, sin mas muebles que una tosca mesa y dos sillas mal labradas, sin otra comodidad que una cama dura; pero mansion apacible que me habia acostumbrado á mirar como mi palacio; cuyo aseo era estremado; cuyas paredes ofrecian las imágenes de mi veneracion; y que si por dicha llegaba hasta ella el humo del incienso, ó en tosco barro, brillaba la flor recogida en el huerto, me ofrecia una fragancia para mí de dulzor inefable. El rumor que continuamente asorda mis oidos, me hace mas sensible la pérdida de aquel nunca alterado silencio, en que mi alma se recogía para entregarse á las dulzuras del estudio ó á los extasis de la oracion ferviente. Las horas de la noche en que me solian llamar á los ejercicios piadosos, las paso ahora en dolorosa vigilia, durante la cual huye el sueño de mis ojos y solo encuentro lágrimas en ellos. Ya no voy á cuidar del altar preferido, ni de la imágen que era mis amores, ni enciendo ante ella la lámpara que ardia con una luz celestial. Si oigo una campana me entristezco; porque no es ya la que arreglaba las acciones de mi monótona, pero apacible vida. Hasta el grosero sayal, si bien me servia á veces de cilicio, era una gala lujosa

comparada con los harapos sucios que suelen cubrir ahora mi cuerpo descarnado. El alimento me parecia entonces el maná que el cielo me enviaba para prolongar mi vida consagrada á su servicio, llegando á horas marcadas, sin que me acosase nunca la idea de su falta; y actualmente, atormentado sin cesar con el afan de buscarlo cuando menos puedo hacerlo, ó no le tengo, ó le debo solo á la caridad agena. Últimamente, muertos todos mis hermanos, sin parientes, sin amigos, sin una persona que se interese en mi existencia, me veo solo en medio de este torbellino de gentes que se agita al rededor mio como una horrible pesadilla; y mas poblada estaba á mis ojos la soledad del claustro, donde veia séres que estaban identificados conmigo, que tenian mis ideas, mis costumbres, que entendian mi lenguage y me hablaban conforme á mis creencias, que me asistian en mis enfermedades, estando seguro que rogarian por mí cuando pasase á mejor vida. ¡Ah! yo me habia acostumbrado á ver en ellos á mis únicos parientes y amigos: ellos reemplazan en mi corazon á mis hermanos muertos: su sociedad me era grata; su conversacion me distraia y enseñaba; juntos dirigiamos nuestras preces al Eterno, juntos comiamos, juntos nos paseábamos: las misticas discusiones eran nuestro recreo, las festividades religiosas nuestros espectáculos, los ecos graves y magestuosos del órgano nuestros conciertos. Cuando el altar resplandecia con mil y mil luces, cuando le habiamos adornado con verdes hojas y numerosos ramos de las mas bellas flores, cuando el incienso llenaba el ámbito de la iglesia, y aquellos acentos resonaban con religiosos himnos, y nuestras voces se mezclaban á la suave armonia, y veiamos á todo un pueblo humillarse ante el Eterno, entonces éramos felices, y no nos acordábamos de ese mundo que habiamos abandonado, y sus pompas y vanidades nos parecian despreciables. En el dia, separados, dispersos, perseguidos; muertos los unos, y estos son los mas dichosos; entregados los otros á la suerte mas adversa; solo nos queda el consuelo de que Dios tomará en cuenta nuestros padecimientos, y nos recompensará en la otra vida los males que por su amor padecemos en esta.»

Así habló al anciano, y dos abundantes venas corrieron por sus mejillas. Conocí entonces hasta que punto debian llegar las penas de aquel desgraciado. Yo habia visto su miseria; pero no imaginaba siquiera los dolores de su alma, hasta que esta se hubo revelado á mis ojos. Consideré cual seria mi estado si privado de repente de mi muger, de mi hija, de todos los objetos de mis afecciones, de mi patria, y hasta de mis ocupaciones mas gratas, me viese arrojado á estraña tierra y en espantosa soledad; y midiendo por el mio la intensidad de su dolor, no pude menos de concederle una lágrima, maldiciendo la razon de estado que le redujera á él y los suyos á tan triste situacion, y culpando á los que no habian sabido ó querido hermanar los deberes de la humanidad con lo que esa razon y las circunstancias exijian. Templé no obstante mi dolor pensando que en una nacion religiosa como la nuestra, la caridad particular habria hecho lo que el gobierno descuidaba; que no á todos los infelices Exclaustrados les habia cabido una suerte tan lastímosa como el que

tenia delante; que si bien muchos le acompañaban en su miseria, otros habian sido recogidos por parientes ó personas caritativas; que algunos mas jóvenes podian ejercer las varias ocupaciones que prescribe el sacerdocio, ó las que no son incompatibles con su sagrado ministerio; que no pocos pueblos los han admitido por sus párrocos; que la educacion de la niñez ha dado empleo á otros; y que todos, hasta los mas desgraciados, hallan consuelo y esperanzas en las creencias de una religion divina. Restábame solo buscar un medio de aliviar la suerte del que la Providencia habia traido á mi casa como para confiarlo á mi solicitud; y ya que mi escasa fortuna no me permitia encargarme de su manutencion, tuve la dicha de hallar un colegio dirigido por un amigo mio, donde fué admitido para enseñar latinidad. Dedicado desde entonces á esta ocupacion penosa, mas para él agradable, ha sabido grangearse el afecto de todos; y los niños, á quienes considera como sus hijos, le quieren y respetan. El director está muy contento con él; y confio ya en que el pobre Exclaustrado, cuyas necesidades son pocas, podrá concluir en dulce quietud y cómoda medianía los pocos dias que le restan.

ANTONIO GIL DE ZARATE.





EL MEDICO.

Amicus Plato, magis amica veritas.



o llevarás á mal, amabilísimo Doctor mio, que se perfile en estas ocho páginas mortales, cantidad designada por el editor á cada uno de los tipos variados y caprichosos que se hallan esparcidos por esta tierra de beduinos con guitarra y puñal (como dicen allende de los Pirineos) Algo homeopática es la dosis; pero se empeñan algunos en que sea la Medicina del dia, y hasta los ministros se hallan contaminados y son discipulos del Aleman en materia de pagar los pobres cesantes, viudas y retirados.

Todos los españoles son iguales ante la ley, segun cierto artículo del código que *poco* felizmente nos rige, y no debe el Médico barrenar con sus pretensiones





la ley fundamental del 37. Haz esfuerzos por reducir tus muchas originalidades, y si note encuentras perfecto, perdona mi escaso talento, y disimula en pago de los muchos *imperfectos* de tu clase que tolera la sociedad.

El Médico representa la Medicina, y esta el verbo latino *medicari*, que debe traducirse por *traer algun remedio*: necesidad que ha debido sentirse en todas épocas y lugares; porque segun la doctrina cristiana, nuestros males vienen desde Adam y este señor es antiquisimo para los cristianos apostólico-romanos. Y aun creo yo que la dichosa manzana que nos ha privado del dulce placer de hacer piruetas en estado natural y de otras mil lindezas que contaban mis abuelos, ha producido tantos estragos á falta de un *Orfila*, que hubiese aplicado al bueno de *Adam* un *antídoto* contra el veneno que ella contenia.

Es pues evidente que la Medicina y el Médico son antiguos y necesarios, y que su importancia deriva de la mucha que siempre ha dado el hombre á su salud; *el mayor de los bienes*, como decian los egipcios segun *Luciano*. Y esto ha quedado tan impreso en el corazon, que el bravo *Pyrro*, rey de *Epiro*, solo pedia al cielo *salud*.

Los romanos se saludaban con el verbo *vale*, y terminaban sus cartas con la espresion de *bene valete*: los griegos *Xaire* que es lo mismo, y los que pintamos varios aficionados, con la palabra: *¿cómo está V.*? Etc. para las otras naciones.

En cuanto al ejercicio ó práctica de ella, ha recorrido toda la escala social, desde los santos y emperadores, hasta el mortal que os habla.

Asi tenemos al Dios Serapis, á San Eusebio, San Cosme y Damian, el emperador Wan-Chocho, el rey Mitridates y el Papa Pablo II, con otros mil que han tenido á la Medicina como don del cielo. *Nisi á Deo*, decia San Agustin. Vaya ese pedazo de historia contra los que la creen plebeya y mal nacida, y cuenten á sus hijos lo que valió.

Ahora los tiempos son otros, y la profesion está en poder de la *mesocrácia*; pues raro es el marqués que entra en esta grey.

Aquí está lo dificil del paso. Son tantas las *idiosincrasias* médicas de la capital, tan variadas sus formas, que ofrecen á cada paso originalidades que apuntar. En otro tiempo cuando los españoles éramos tales y sin mezcla *gabacha* ni *británica*, bastaba describir el trage, el modo de andar y saludar para conocer al Médico y su gravedad. Hoy dia se confunde y mezcla con toda la sociedad, y hasta el baston que era el símbolo casi esclusivo de su autoridad se ha convertido en ligero junco ó bambú del Senegal. ¡O tiempos aquellos en que la fé y veneracion, el respeto y admiracion del vulgo consideraban á los medicamentos como *Deorum manus*, manos de Dios!

Los modernos necesitan un *dilettanti* de ambos sexos que seduzca y cautive la atencion; que sea comadron y sangrador, hervorista y boticario, palabrero y qué sé yo. Pocas personas hay que creen en los Médicos instruidos, de conciencia, y que han nutrido sus ideas en los libros y hospitales. En todos los grados de la escala social hallarás el hombre enfermo, *crédulo*, *inconstante* y *supersticioso*. Los medicamentos caseros son el fruto de esta enfermedad del género humano.

Sino se cree en las curaciones milagrosas de los antiguos reyes de Francia ó Inglaterra, en sortilegios y otras especiotas; si reimos de la influencia de *Saturno*, *Marte* y *Venus*, de las memorias de *Dangeau* cuando dice: «El Rey ha tomado medicina, la toma todos los meses el último dia de luna, etc. Ellos á su vez reirian ahora de nuestro *magnetismo*, *sonambulismo*, *homeopatia* y otras necedades del *sábio* siglo que nos rige. Dispierta *Paracelso* y admira este siglo *homeopático*; en el que muchas personas creen que un diez-millonesino de grano de medicamento tiene una sorprendente virtud para curar. En una palabra; que un grano de quina disuelto en el agua del estanque del Retiro ó el lago de Ginebra, es una escelente bebida para curar las tercianas. Coje un frasquito de esa maravillosa agua, muévela de abajo arriba, y de derecha á izquierda unas doscientas veces, y puedes sin temor habitar en la vega de Aranjuez ó en la campiña de Roma, seguro de llevar contigo el antídoto de la fiebre.

Sin griego ni latin ni castellano,
Te hallarás convertdo en Avicena,
Con los glóbulos de Hannemann en la mano
La tisis curarás y la gangrena.

Y á fé mia que toda esta baraunda ymas que vendrá es culpa de la sociedad por aquello de que «de Médico, Poeta y Loco todos tenemos un poco.» Y como decia Calímaco el príncipe de los poetas elegiacos de la antigüedad en su himno en honor de Apolo: «todos quieren tener el poder de retardar el instante de la muerte.» No estrañes pues, lector, sino conoces ahora al Médico en la calle ó en la alcoba, porque á mí me ha sucedido verlo convertido en *faldas* administrando los polvos de la Madre Olivencia, y en ex-claustrado facilitando los glóbulos microscópicos de la homeopatia. Pobre vulgo como te tratan y mastican á dos carrillos con tu inocencia! No retrocedo á los tiempos de calzon corto, zapato con hevilla, casaca y sombrero apuntado, porque las ceremonias eran casi las mismas que á últimos del siglo pasado.

En la época de mis abuelos, el Médico grave y honrado vestia levita, pantalon y zapato negro, chaleco y corbatin blanco, camisa con chorrera alguna vez, sombrero de copa, baston y guante de hilo de Escocia, uno puesto y otro empuñado. Grave y circunspecto, bien mirado, limpio de barba y el cabello corto y mirando un poco al cielo. Se anunciaba en las casas como el rey, pero por medio de la criada ó criado; y la familia salia á recibirle como el Angel que llevaba la salud al desdichado que postrado en cama esperaba el consuelo de su inteligencia y cuidado. Observaba al enfermo con el brazo en la mano izquierda, le hablaba con serenidad y desembarazo, recetaba en *latin*, advertia en la casa el cumplimiento de lo mandado, hacia un ademan con la cabeza indicando á la familia el estado del paciente, colocaba la mano en ademan de recibir el *estipendio* de la visita, y se marchaba mas pensativo que habia entrado, despues de haber

presenciado una escena melancólica en que solo se habia oido su voz y las respuestas que él habia demandado.

Entonces habia fé en el arte y en el que lo profesaba; el Médico ordenaba y el enfermo se resignaba aunque fuera *quina* ó *asa-fétida*. Solo asi puede ejercerse esta ciencia con provecho de la humanidad y tranquilidad del profesor. Entonces si Rousseau pedia *á la Medicina sin el Médico*, los Médicos le respondian; que les diera el ciudadano de Ginebra *la enfermedad sin el enfermo*.

Mas hoy que la sociedad no tiene creencias de ninguna especie, que su filosofía es un telégrafo en movimiento, que sus deseos y caprichos están montados á lo *dandy*, supeditados á la voluntad del editor de la *Moda*, ó el *Correo de las damas*, las formas y ademanes de los que se rozan con la sociedad varian como la sociedad misma. Solo en las villas se vé alguno que otro *Doctor* que conserve las tradiciones de los buenos tiempos de Valencia y Salamanca. ¡O tiempos virginales en que el *embrion* del Médico cubierto con el harapo llamado *manteo*, el sombrero de tres picos, que habia servido á tres generaciones, atravesado alguna vez por la *cuchara* de palo, y el *puchero* de la sopa colgado del cordon y debajo del brazo, constituia el *frondoso retoño* qne mas tarde representaria á los Lagunas y Servet, á los Piqueres y Morejones! ¡O bulliciosos veranos que presenciábais las cuadrillas de estudiantes recorriendo la España con la música y algazara de aquellos benditos tiempos! Pasemos al año 43 del sapientísimo siglo diez y nueve.

Este siglo de indiferencia, dificil y variable en sus pensamientos, dicen quiere ver y saber; el exámen ha reemplazado la fé. Señor público que teneis mas espíritu que *Fèijoo*, no lo probais en este momento, porque nunca el charlatanismo en todo ha presentado mas atrevimiento y astucia para seducir y engañar la credulidad pública, y lo consigue á cada instante. Rara vez la llamada *razon* domina con su verídica voz vuestros pensamientos. Las vociferaciones y el clamoreo ahogan su aliento y dominan sin misterio en la calle y en la plaza, en los salones y cuerpos científicos. Vivan las preocupaciones populares y *qui vult decipi decipiatur*.

El Médico viste ahora como la sociedad con mas colorines que un pavo real, con todos los atavíos de un *fashionable*, y no se distingue de los que le acompañan, sino por llevar la palabra para responder á una consulta de *amistad*. Debe poner mas cuidado en saludar y dar el tratamiento (al que le tenga) que en el arte de recetar. Ser fino, elegante, y admirador del bello sexo, filósofo con las recelosas mamás. No faltar á los bailes y sociedades con el *botiquin* bien provisto, porque allí hay muchos..... soponcios que curar. Ser soltero por si..... alguna viuda quisiera tomar estado. Recetar agua de *tila*, *culantrillo* y *flor de naranja*, que es la mas urgente necesidad del dia, y no pedir el pago de las visitas porque ya es *moda* no pagar.

El Médico de palacio parece un *gefe político* por su uniforme, y no es poca la policía que necesitarán algunos santos..... lugares que alli se cobijan. Lo colegios visten casaca á lo gefe de seccion y han perdido hasta el modo de *andar*

¡O sagrado templo de Hypócrates! adopta por Dios tu trage doctoral que compatible es con el régimen representativo. Y si no, vuelve la vista á París y Montpellier y verás la toga doctoral grave y circunspecta en todo acto é ceremonia escolástica.

Nace el Médico en Barcelona, Cádiz ó Madrid, y no habla de las universidades que tan bien dán á luz Médicos ilustrados, porque el doctísimo *Solanot* se ocupa (aunque el parto vá muy largo) en clasificarlas. Tiende su vista cuando sale de la fenicia Gades ó de las márgenes del *Llobregat* hácia el tranquilo *Manzanares.*

Allí está el puerto de grata esperanza y el último grado de la escala galénica; pero ¡ cuántos escollos y malezas, cuantos naufragios antes de llegar á él! Al salir de la escuela de enseñanza se acomoda en una aldea donde le pagan sus honorarios, una parte en metálico y dos en trigo de *superior* calidad, si á la cosecha no toca el purgon.

Pasa la infancia del arte entregado á la mas profunda melancolía esperando el astro que debe guiarle á la córte, porque ya está cansado de la villa ó aldea, de la despótica voluntad del alcalde de monterilla, de las pandillas de Güelfos y Gibelinos aristócratas con el pelo de la dehesa, del tresillo y el solo en casa del cura ó boticario, y de la constante murmuracion pan de cada dia en aquel bendito rincon. Algunos ahorros, su buena reputacion entre los condiscípulos, ó una cura maravillosa al titulado marqués de aquella villa que pasa los veranos en ella, le traen al puerto que columbra desde sus primeros albores. Ya llegó á la capital. Habita un cuarto tercero con una familia honrada, y ocupa su tiempo en darse á conocer. Encuentra algunos condiscípulos, á quienes cuenta su deseo de establecerse en la córte. Estos le responden con melancólica voz..... Amigo mio, has errado el camino, aqui somos tantos como enfermos, los tiempos van malos, gastarás tus ahorros y volverás desengañado á tu rincon. Sin embargo, su determinacion está resuelta, no hace caso de sermones, y ya le tenemos práctico de la capital. Adquiere relaciones y por ellas el conocimiento de la nueva tierra que pisa, las idiosincrasias médicas, el nombre y ciencia de *varios* de la que hay mucho que decir y mucho mas que callar. Dá principio su clientela por *cesantes*, *viudas*, *militares retirados* y alguna muger.... de la vida airada. Camina siempre á pie, cualquiera que sea el estado de la atmósfera, gracias á nuestros económicos ministros. Pero la edad todo lo permite: la filantropía, está en la juventud que tiene pocas obligaciones que cubrir y muchos méritos que alegar. Siempre la conservará Dios para consuelo de las clases que están en al *limbo* por falta de *fondos*, y alivio de las piernas de nuestros maestros que pasaron su noviciado y dieron buenos consejos á los que hoy tenemos la torpeza de críticarlos y la satisfaccion de respetarles. Porque bien puede ser lo uno hijo de lo otro como la *endocarditis* del *reumatismo*.

Habia vivido contando todos los dias las visitas, que aunque muchas en número tenian al pobre bolsillo con la extrema-uncion; pero su reputacion ha crecido y divisa el momento de pasar al número dos.

Llega por n á visitar un *gentil hombre* cesante, un *literato* de reputacion, ó una vieja que ha pasado por todos los hijos de *Avicena.*

Estudia y se afana sin cesar, consulta cuanto sabe la Medicina francesa y alemana, y entabla con feliz éxito su plan; pero como el *gentil hombre* es *caprichoso*, el *literato incrédulo*, y la vieja *rebelde* á mitad de camino pasan sus enfermos á manos del charlatan. Triste y meditabundo raciocina sobre el estado y caprichos de la sociedad, y dice: ¿cómo es posible que hombres ilustrados crean *que se puede saber lo que nunca se aprendió?* pero está visto; la Medicina y el arte de gobernar á los hombres son una escepcion. Todo el mundo se cree en este caso discípulo de Hipócrates y Aristóteles. Un relojero compone relojes y un zapatero hace zapatos; pero la máquina humana puede ser entregada al primero que llega con tal que tenga audacia y serenidad; y como dice el poeta..... *verbosis adquisivit famam strophis.*

Siempre el zapatero de la fábula de *Fedro*; se entrega la vida *cui nemo calcaneandos commisit pedes.*

Recuerda para su consuelo y calma del agitado corazon la historia de los tiempos, y halla en *Plutarco* al famoso Periclés entregado á un preservativo rodeado al cuello para curarse de su mal; á *Bacon* que llamaba al nitro espíritu de la tierra, á *Maquiavelo, Leibnitz, Alfieri* envenenados por drogas ridículas; y hasta *Malebranche*, el autor de la *Investigacion de la verdad*, aconsejando á las mugeres preñadas frotarse la parte superior de las estremidades inferiores para que sus hijos no naciesen marcados con los caprichos que ellas pudieran tener. ¡O miseria humana! El gran filósofo estaba en esto á la altura de aquella *comadre* que afirmaba que si el cardenal *Duperron* era tan sábio se debia á que su madre estando embarazada tenia siempre capricho por una biblioteca.

Con este y otros sinsabores análogos llega por fin al número que codiciaba, en el que sus consejos y visitas producen mas y valen tal vez menos. Su clientela se compone de *propietarios*, *comerciantes*, *artistas* de toda clase y *empleados activos*. Sus réditos le proporcionan el placer de alquilar un cabriolé de cuando en cuando ó un modesto *Simon* en los dias de mucha agitacion. Ya tiene 36 años cumplidos, vive en cuarto segundo con campanilla á la calle para mayor comodidad de los vecinos de las doce de la noche en adelante, sale por la mañana despues de tomar chocolate, y vuelve á su casa á la hora de comer, y como no tiene todavia hora fija para consulta, se levanta de la mesa cinco veces antes de concluir. Su fama crece y se desarrolla, el entusiasmo y el fanatismo le ensalzan á la vez y hasta entonces su reputacion *fundada* comienza á ser *fabricada*, como dice el padre Griffet. Se cuentan maravillas de su habilidad, y hay persona que le recomienda á un rico banquero que padece del higado diciéndole ser tan hábil, que ha descubierto el hígado á una persona, le ha quitado un tumor, lo ha limpiado como quien limpia un gabinete, y el enfermo ha quedado en completa salud. Con pocos elogios como el actual poco tarda en pasar á primera graduacion. Traslada su habitacion á cuarto principal, y recibe consultas en un bonito gabinete, en cuya antesala se suelen encontrar alguna



vez el marido y la muger, el amante y su querida, que por distinto camino el uno viene á consultar un *dolor*..... de muelas, la otra una *jaqueca*, *pesadilla* ó *vaidos* que le dan á media noche, y cuando están dentro el Médico y ellos saben á *qué vendrán*. Cuantas escenas cómicas presencia aquella silenciosa habitacion de cuyo fondo no salen jamás las palabras que se pronuncian, ni se reflejan el pudor y honestidad. Pasa su visita en cabriolé, y la clientela se compone de *Ministros, Duques, Condes, banqueros* y contratistas. La córte, los politicos y los filósofos le necesitan, á todos dá consejos, tiene entrada franca á todas horas en sus casas y un cubierto en la mesa. Si encuentra algun melancólico politico le cuenta lo de Voltaire que decia «tengo mucha confianza en el *Esculapio-Tronchin* que vé en los cuerpos como Dios en los corazones; vivir es el solo placer que me resta para mortificacion de los que me pagan rentas vitalicias: cuando padezco indigestion, conspiro contra ella con el ruibarbo y la dieta. Asi vivió este hombre ilustre 84 años, y este consejo pueden tomar muchos sábios.

Nuestro *Médico célebre* come generalmente tarde cuando lo hace en casa, asiste á la sesion que celebra la Academia, y juega al tresillo en casa de la marquesa de C. El teatro es rara vez el lugar donde se encuentra al menos desde el principio de la funcion, y rara vez la vé concluir con tranquilidad.

Suele no estar exento de que molesten su sueño á las dos de la mañana y entonces son los apuros y malos ratos. Solo la filantropia, paciencia y amor á la humanidad pueden arrancar de la cama al mortal que transportado en aquellos momentos al empíreo se levanta y marcha con el silencio de la noche á visitar algunas veces un simple *calambre* que alborotó la vecindad.

Suele la critica ensañarse con estos *nobles doctores* diciendo que pasan algunos por sábios y grandes Médicos, aunque no lo son; como hay ministros que nunca debieron serlo. Que todo lo componen á fuerza de tecnologia ensartando con serenidad y desembarazo nombres y frases ininteligibles para el mismo *Fæsio*. Que toman el pulso con el relój por gala y ostentacion, aunque sea en una úlcera del pie, y gastan con énfasis un cuarto de hora para recetar *emulsion de goma arábiga*. Llaman dolor de costado á lo que es un simple catarro. Mas el vulgo conoce á estos malos representantes de la sublime medicina, y si cambian el vil metal que la sociedad codicia por la corona de siempre viva que adorna la frente del anciano de Cos, con su pan se lo coman.

Algunos años de práctica en clientela tan ilustre colocan al Médico en la dulce posicion de retirarse poco á poco de los trabajos y miserias de la vida, acabando sus dias entre el luto y dolor de la familia, solicitando un pase pasa visitar los muchos amigos á quienes dió pasaporte en época mas feliz.

El *charlatan*. Este solo merecia un articulo aparte por su originalidad. En esta idiosincrasia coloca, amado lector, los que lo son y muchos de los que no lo parecen; porque no hay monja, sacristan, viuda, hechicera y señora que pertenezca á clase elevada de la sociedad, que no tenga unos polvos para opiladas; un colirio para todos los ojos malos, aunque tengan *cataratas*, una yerba para las lombrices de catorce varas; parches para la jaqueca de *solteras*, *viudas* y *casadas*;

anteojos para todos los cortos ó largos de vista, y mil mejunjes de la mas alta y acrisolada reputacion.

El charlatan de oficio no ha pisado los umbrales del tiempo de *Esculapio*. Ha sido escribano, carretero, pastor, militar ó criado de algun Médico de quien ha copiado alguna receta que la hace servir para toda enfermedad *especifica* ó de antiguo y remoto orígen. Porque es preciso tener presente que el *charlatan* solo se dirige á los enfermos *crónicos*, vulgo desahuciados, ó los que se curan con algun medicamento especial. Son farmacéuticos al mismo tiempo, porque toda la virtud del medicamento consiste en el secreto de la composicion aunque sean píldoras de *miga de pan*. Se anuncia en el Diario todos los dias del año con algun nombre de *facultad*, con pompa y aparato, con remedio sencillo opuesto al que dá generalmente el Médico, aunque luego despues sea arsénico ó sublimado corrosivo, ó el mismo que daba el profesor. Recibe consultas gratis, pero cobra por el frasco, la caja de píldoras ó polvos, lo que podria costar toda la enfermedad á duro por visita. De modo que aunque no vuelva el enfermo él ha sacado su pacotilla. Concierta por un tanto la curacion; pero sin olvidarse de cobrar dos plazos de tres adelantados por si la naturaleza del enfermo es rebelde. Llena las esquinas de anuncios y pone comunicados en los periódicos de enfermos curados que nunca han padecido, con firma de nombres que no existen. Debe ser perseguido por la autoridad y subdelegados de Medicina, quejarse del mal trato que recibe y viajar de cuando en cuando al estrangero aunque no haya pasado nunca de Fuencarral. Tiene en su casa jarabe *panquimagogo* de Crolius, mistura *anti-cistophlegmático hydrogenésico-ascitica*, píldoras de *phlogistico* de Kirwan, polvos *nephrolotico nephremphaxico* de Plouquet, y ungüento *pampiniforme paronychito* de Andernach: y con esta farmacia ambulante no hay temor que le falte de cuando en cuando algun *reputado sábio* ó *filósofo* partidario de Paracelso. Suelen acontecer escenas graciosas, y mas de una podrá servir para entretener al lector. Yo me acuerdo de cierta señora que padecia un tumor en el pecho, á la que dieron por remedio que se rapara la coronilla, y todos los dias se frotára dos veces al dia con *aguardiente coñac* y *sal*, remedio del Doctor Wallance. La pobre señora se quedó calva de tanta frotacion.

Hace pocos dias se anunció en el Diario un tal *Taglei* que poseia un líquido para las quebraduras. Llegó á las once de la mañana á casa de un jóven rico y elegante (que se apellidaba lo mismo que el charlatan) un infeliz que padecia una *quebradura*. Llamaron al señorito que estaba barnizando sus botas y ambos se sentaron en el sofá. El doliente esplicó lo que creyó conveniente; y el señorito creyendo ser una burla y no una equivocacion de casa, le dió un *frasco de barniz* para que se frotára en la *ingle* como único remedio que poseia. Figúrese el lector la risa del señorito y la familia, cuando á los cuatro dias vuelve el paciente diciendo: que estaba curado de la *quebradura*, pero que habia quedado *charolado* el sitio sin poderlo despegar. Escenas como estas pasan todos los dias en la capital de la monarquía.

Réstanos el *físico*, nombre que se dá á los que forman parte del cuerpo de sanidad militar. De los cuales solo diremos..... *«respeto á las glorias militares»*

Recójalos Atocha cuando descansen en paz.»

Aqui concluimos nuestra tarea con aquellos versos de Iriarte.

A todos y á ninguno
mis advertencias tocan:
El que haga aplicaciones
Con su pan se lo coma.

LICENCIADO JOSE CALVO Y MARTIN.







EL PATRON DE BARCO.



Asi como los animales terrestres se diferencian mucho de los peces en organizacion, instintos y figuras, asi tambien la gente de la mar dista mucho en sus costumbres y caractéres de los que vivimos en estos socuchos desiguales é incómodos que se llaman pueblos y pudieran denominarse con mas propiedad cuevas ú hormigueros. La mar, ese movible y dilatado Océano llamado elemento hasta hace poco por una equivocacion de la ciencia, con sus olas azules y plateadas y sus blancas espumas, no puede menos de influir en los seres que surcan su superficie marcándolos con un sello peculiar y distinto, si hemos de dar crédito á lo mucho que en este siglo de progreso se escribe sobre influencias de las ciencias en las artes y en las costumbres, de la legislacion en el teatro, del teatro en la moral, y de la moral en la física, en lo que suele hallarse alguna que otra verdad y sobra de fantasía.

Es preciso, pues, que á mi tambien se me conceda la influencia del mar en todo lo que toca para que pueda escribir un artículo que se llame hoy filosófico, ya que se dá este nombre á todos los escritos en que se trata de influencias, por mas que ni Aristóteles, ni Platon conociesen este nombre prodigioso, emblema de la filosofía moderna. Suponiendo desde luego la

influencia del mar ó del diablo, que tanto vale el uno sea como el otro, lo cierto es que el Patron debe ocupar un lugar muy distinguido entre los tipos españoles por ser original en sus usos, trato y carácter, como se verá en este bosquejo que ofrezco al público.

No es mi ánimo molestar á mis lectores dándoles á conocer el origen del tipo que intento describir; notorio es, que se pierde en la oscuridad de los tiempos mas remotos, pues por lo menos es tan antiguo como Noé el primer Patron del mundo, á quien no pueden negarse los honores de la inteligencia en este ramo, cuando en tormenta tan deshecha como el diluvio supo conducir una nave de aquel tamaño.

La infancia de los que se dedican á la marineria es poco mas ó menos como la infancia de los demas hombres, con todas las miserias y ventajas de la edad, si se esceptua la pobreza en que suelen aquellos criarse; pobreza nada agradable, pero que los hace ágiles y fuertes para el trabajo. Mas apenas llegan á la niñez, cuando en vez de entretenerse jugando en los barrios con los de su edad, acostumbran dedicarse á coger en las playas algunos mariscos para comerlos, aficion primera y natural que pasa luego á ser una especulacion mercantil como otra cualquiera, vendiéndolos por las calles, cuando creciendo en años y en necesidades el niño, se vá ensanchando en rededor el horizonte de sus deseos.

Allí, en las solitarias orillas del mar, al rugido de las olas y de los vientos es donde se engendra la verdadera aficion á las navegaciones: lenta y sosegada en su origen como todos los sentimientos humanos, se convierte luego en una pasion irresistible que decide el porvenir de la vida. Reunido el niño en la playa con otros compañeros, descalzo y casi desnudo entre las rocas halla en aquellas arenas todo su universo. Los mariscos entretienen su hambre, ínterin llega la hora de la frugal comida que en su casa le preparan; los guijarros del mar le sirven de armas, y muy en breve le enseñan sus compañeros á manejarlas con destreza; las piedras le dan asiento, y la custodia de algun barquichuelo que deja el dueño en la orilla al muchacho, le dan el derecho á pedir un pedazo de pan, cuyo valor solo conoce el que ha sabido ganarlo en las soledades de las playas. En ellas es donde se desarrollan los miembros del niño con las continuas carreras y violentos ejercicios, y donde se adquiere aquel temple de alma que se necesita para luchar brazo á brazo contra las borrascas.

Los baños frecuentes que se dan sin previo dictamen facultativo, mal que pese á Hipócrates y Galeno, son otros tantos ensayos cuyo ejercicio asegura algun dia su salvacion en medio de los mayores peligros, y el arte de nadar se aprende allí sin arte por solo los impulsos de la naturaleza. Estos niños que pasan en el agua una gran parte del dia en las estaciones templadas, carecen ordinariamente de aquellos principios de educacion que reciben las clases mas pobres. Sus planas son las arenas donde trazan algunas líneas y muñecos con algun chinarro, y sus libros el espejo cristalino de las aguas que nada dice á

sus jóvenes inteligencias, si bien habla mucho á sus corazones con la ferocidad de sus rugidos.

Asi pasa la niñez de los marineros, si se esceptuan algunos que teniendo padres adelantados en la profesion, aprenden á leer y á escribir mal, y esta es la aristocracia de la clase marinera; que tambien existe ese poder en la baja clase, á semejanza del mar donde se encuentran largas ballenas y mezquinos camarones; sin que obste este ejemplo á los naturales é imprescriptibles derechos del hombre tan defendidos por algunos encopetados publicistas. Feroces, desmoralizados por lo comun dan una idea clara de lo poco que valen los instintos sin educacion, verdad que se aprende en todos nuestros puertos, y que como tal la publicariamos, si el célebre romanticismo no lo prohibiese á boca llena.

Pero al fin mientras que el genio sin ayuda de las reglas disparata que dá gusto oirlo, vá creciendo el marinero y ya empieza á navegar bien en el barco de su padre, si lo tiene y es Patron, ó en el de alguno que lo recibe, digamoslo asi como meritorio de aduana. Entonces comienza para él una nueva época: ya zagalon, como vulgarmente le llaman, entra en el aprendizaje por medio de los cortos pero frecuentes viages, y vá tomando alguna parte en las faenas á medida del aumento de sus fuerzas. El sube á echar rizos á la punta del palo cuando es necesario, saca el cubo á la gente que se marea, y se encarga de hacer algun mandado cuando se salta en tierra, lo que le vale unos cuantos cuartos para gastarlos en la taberna. Con una mala camisa, un pantaloncillo de paño burdo que apenas le baja de las rodillas, una descomunal faja y gorro encarnado, desnudas las piernas y descalzo, sin mas abrigo en lo bajo que la influencia atmosférica, á guisa de perro de aguas, se va ensayando con un remo de muchas varas en la mano, y semejante á algunos de nuestros oficinistas siempre registrando papeles que no saben leer, no hace cosa que de provecho sea á pesar de la gran cantidad de fuerza que pone en juego para producir el movimiento del barco.

De aquí en adelante, creciendo en años y en inteligencia, y añadiendo nuevos trabajos á los antiguos se hace marinero, y ya se observa en su fisonomia y en su trage el aire particular que á esta clase distingue, hasta que la suerte próspera, sin mas razon que la casualidad ó el capricho, lo levanta de la miseria, como otros muchos que nada deben á la mar, y con un capitalito reunido decide comprar su barco.

No todos los que se dedican á esta profesion llegan a ser Patrones, como tampoco todos los empleados de renta llegan á ser intendentes, ni todos los diputados ministros, ni todos los revolucionarios dictadores. Hay muchos marineros viejos que amarrados al remo, como lucéldo á la roca, pasan su vida siempre en *boga*, puesto que no cesan de bogar, y su fin suele ser la miseria ó la entrada en alguna casa de misericordia como existen empleados cesantes, diputados sin esperanzas de ser ministros, y tribunos que mueren en los cadalsos. Pero al fin el que llega á ser Patron ya puede contar con una

suerte mas descansada, si existe algun descanso en la miserable condicion humana

La vida de estos hombres es muy variada segun los diversos rangos que no en la sociedad, sino en la mar ocupan, dedicándose unos á la pesca, otros á la conduccion de efectos y algunos á llevar pasageros en cortas travesias. Estos últimos, como que tienen ocasion de tratar con personas tan diversas en sus continuos viages, son los que ofrecen mas variedad en sus costumbres, especialmente en Andalucia, donde compite la gracia que allí llaman *zalero* con el calor y viveza de una fantasia siempre exaltada. Ninguna de las personas que jamás haya salido de Castilla ó de estas provincias del centro de España, acostumbrado á ver la gravedad y silencio con que se van acomodando nuestros pasageros en las diligencias, pudiera formarse una idea del bullicio y algazara que acompañan á los viages por mar del puerto de santa María á Cadiz en la corta travesía de dos leguas.

No bien llega al muelle cualquier pasagero, cuando se vé cercado como por encanto de una multitud de marineros que le dán prisa para que se embarque, empleando cada cuadrilla todos los medios que están á su alcance para llevárselo consigo, mientras los Patrones están en segundo término, y solo salen á la escena cuando se presenta alguna familia numerosa ó gente de alta alcurnia, de la que espera un buen flete ó agasajo. Los medios, las industrias que allí se ponen en juego para llevarse al transeunte, son mas bien para vistas que para contadas, acomodándose fácilmente á la clase y capacidad de los viageros. Si es una señora viuda, ó viene sola, se lleva casi como por fuerza con cierto aire de galanteria, le dan la mano al bajar el muelle á satisfaccion de la interesada; si un señor marqués ó un buen capitalista, se le llama padrino aunque sea un renegado; si es algun exclaustrado, se le trata con una gravedad que raya en devocion, mientras el Patron con voz sonora dice á los marineros fingiendo gran prisa «muchachos, vámonos que ze bá er biento»: á este grito se nota gran movimiento en los marineros que estan dentro del barco; unos toman las palancas y otros recogen los remos, lo que dá un rayo de esperanza al paciente viagero que se lleva aguardando dos y mas horas embarcado esperando el momento de la marcha, que con tanto estrépito se anuncia y segun tarda nunca llega. En esto van los marineros embarcando á todo el que pueden, y apenas aparece alguno que tiene trazas de viagero, cuando grita desde la proa un muchacho ágil y de escelentes pulmones que hace medio dia está con la palanca en la mano en ademan de votar el barco «á Cai mos bamos, á Caí: anden oztes zeñores que ze ba er barco y ze quean en tierra.»

A fuerza de las repetidas quejas de los pasageros comienza el barco á moverse hacia adelante, mas á cada bulto que aparece en el muelle, vuelve aquel atras para recogerlo entre el descontento y las voces de los que ya se creian en marcha, hasta que al fin se embarca el Patron y todo camina con mas ó menos rápido progreso segun sopla el viento; lo que tiene alguna conexion con nuestro desgraciado pais, donde progresan mas ó menos las fracciones políticas segun soplan los vientos de los destinos.

Vestido el Patron con un chaqueton de paño burdo, con su sombrero calañés y faja encarnada, y medias y zapatos, poco comunes en los marineros, marcha sentado en la popa con el timon en la mano dirigiendo la maniobra. Su aire es grave, su hablar sentencioso, tomando muy poca parte en las animadas conversaciones de la reunion, como hombre de gran importancia, y dejándose caer de vez en cuando con alguna decision oportuna sobre el asunto de las generales discusiones. Continuamente preguntado sobre la duracion del viage, la bondad ó malicia de la mar y algunos pronósticos del tiempo, que caen bajo el dominio de su inteligencia, contesta á todos con oportunidad, pero sin estender sus palabras mas allá de lo que exigen las preguntas, y usando siempre de las voces técnicas de su oficio, como el Médico á palos que hablaba en griego para mayor inteligencia de sus oyentes.—Diga vd., señor Patron, prorumpe la exánime señora en tono compungido, ¿estaremos á las ocho en Cádiz?—Segun el *marage*; si sopla el sudoeste llegaremos cuando Dios quiera, á no sé que entremos antes é lo rigulá de bolina.—Pero Patron, todavia falta una hora para las ocho. A esta pregunta nada contesta, pero su misterioso silencio dispierta el interés de la interpelante: ¿Y á las ocho y media?—Con Dios: vamos, curro, *toma* un *rizo* y tú, Pepe, *caza er trinquete* que tenemos viento.

Despues de haberse hecho algunas preguntas que no han merecido respuesta del aristócrata Patron, echa un cigarro y comienza á tararear alguna cancion marina con mas calma que oido y buen gusto. Cuando se acaba el viage que suele durar poco mas de una hora, sin contar los ratos que se pasan en el barco antes de la marcha, el Patron se encarga de dar la mano á las personas mas notables para que salten en tierra saludándolas con cortesía, é indagando como quien no quiere la cosa si piensan regresar pronto para conducirlas á la vuelta. Toda la indolencia y apatía de los Patrones para la salida en busca de los nuevos pasageros, se convierte en una celeridad increible cuando algun caballero ó familia que trae prisa le fleta el barco. Entonces, á la mas leve insinuacion del viagero se pone en movimiento la tripulacion; siendo tan grande la agitacion general de los marineros, cuanta diferencia hay entre una peseta que paga cualquiera á dos duros que cuesta el flete segun costumbre.

Los Patrones no son aficionados á l s riñas; sin embargo, una vez metidos en danza, no ceden tan fácilmente: su lenguaje es áspero é incorrecto, pero siempre grave y aristocrático. Sus casas que mas bien parecen embarcaciones segun los muchos cordajes, garruchas, remos, palancas y demas útiles que del oficio allí se encuentran, son pobres y de mal aspecto, siendo muy contados os Patrones que llegan á hacerse ricos. Desprendidos en demasía y aficionados por lo comun á lo que llaman *trifulcas*, gastan con facilidad en las tabernas o que les produce el pasage; allí suelen naufragar muchos marineros con mas frecuencia que en el agua; que tambien se naufraga en tierra y no pocas veces en la original Andalucía. A estos gastos deben agregarse los que se consagran al culto que se tributa á esas diosas en cuyos altares se quema oro en vez

de incienso, y que son tan numerosas en aquellas tierras, si hemos de dar crédito á los dichos del vulgo.

Los Patrones mantienen generalmente una dilatada familia, pues como poseedores de un capital, se entregan con frecuencia á las dulzuras conyugales. Sus hijos siguen casi todos la misma profesion, que no es una cosa cualquiera, adquiriendo tambien la honradez de su padre, quien por tener áspero trato y grotescas maneras no carece de cierto fondo de pundonor que le caracteriza, si se escesptúan los engaños é intrigas que trae consigo la carrera; ni son de estrañar semejantes modales que se avienen mucho con los movimientos y rugidos del mar, el que á pesar de tantos siglos como lleva observando las populosas ciudades que nacen, se civilizan y mueren en sus orillas, todavia permanecen en su estado natural y salvage, y seguramente no le faltará alguna razon para ello.

A imitacion del dilatado Océano, no varía el Patron tan fácilmente sus usos; las mismas costumbres de ayer son las de hoy: para ellos no son los siglos herederos de los conocimientos de otros siglos; pues siempre permanecen en el mismo estado á pesar del tiempo y las costumbres. No se viste el Patron los dias festivos como el albañil, ni celebra los lunes como los zapateros; siempre en movimiento, es raro el dia en que no viaja, por lo que la buena ropa queda reservada para una semana santa ó un *Corpus Cristi* en cuyas fiestas salen á volar todas las notabilidades que existen en los armarios. Entonces se pone el Patron un pañuelo punzon al cuello, pantalon ancho y zapatos de becerro blanco con una chaqueta y capa nuevas de paño azul, si es invierno, y que suele durar algunos soles como dura en el mundo todo lo que poco se usa. En esos dias se visitan mas de una vez las tabernas, pues un par de docenas de cañas de manzanilla son condiciones *sine qua non* de la celebridad de ciertos actos. Los dias mas notables perderian para los Patrones toda su solemnidad si no lo revelara el agradable calor del estómago promovido por el hirviente vino. y el no menos agradable retintin del choque de los vasos en los brindis de ordenanza. Por supuesto que en tales ocasiones no se come en casa; es forzoso disfrutar de los amigos, y partir con ellos la mesa en alguna tienda ó ventorrillo.

No es el Patron tacaño en sus correrias, antes bien, gasta cuanto tiene alegremente con sus compañeros, como toda la gente de mar, lo que es una cosa bien maravillosa cuando tanto trabajo cuesta gastar un ochavo á nuestra gente de tierra. Seguramente el mar debe ser muy desprendido, pues que tan buenas lecciones dá á sus habitantes, y así lo justifican las nacaradas el prodigiosas conchas que lanzan sus olas en la ribera.

En medio de esas numerosas reuniones consagradas á la santificacion de as fiestas segun las rancias costumbres de la gente marina, es donde reluce carácter de los Patrones. Grave pero agradable, chistoso sin viveza, complaciente sin afectacion, y amigo sin lisonja, se entretiene con la conversacion de sus camaradas, como les llama, hasta el punto de olvidarse de sí propio, con una

sonrisa tranquila en los labios donde se reflejan todas las simpatías de su corazon. Al estruendo de los vasos y botellas giran mil animadas conversaciones entre los que se pronuncian los nombres de sus *jembras* con aquella emocion que sienten los hijos ardientes de la hermosa Andalucia.

No siempre son hombres solos los que se reunen; algunas veces lleva cada uno su *gachona*, y entonces las comidas son mas animadas y duraderas. Curioso es por demas oir las palabras de los marineros en una de sus solemnes reuniones.—Camaraás, esclama el que entre ellos hace cabeza que por lo comun es el Patron mas antiguo, sacando un peso que hace sonar sobre el mostrador: Toabía tengo yó aquí seis maraveizej é plata pá está echando combiaáj jazta que demoj á la bela.—Oiga ozté, replica una moza tirándole de la patilla: la combiaa le toca á zeñó Cayetano, y sino aquí eztan una moneas que aunque é luto jarán bení laj cañaj.—¡Biba é rumbo salero! esclaman los mozuelos entusiasmados.—Miuzté, prenda, que aonde eztá er Patron Juan Perez naide fondéa er borsiyo; montañej, la combiaá por mi cuenta.—Puej bengan laj cañaj.—Bengan de ai.—Poco á poco, dice un mozuelo deteniendo á los que ya se preparan á empinar los vasos. Naide lo güela jazta que la Maria no noj diñe una rasion de música.—Bueno questá, contesta el condescendiente Patron; éa, muchachoj, bamojayá. Y al choque de los vasos y al estruendo de las palmadas entona Maria unas sentidas playeras, arrancando con ellas mas aplausos en la taberna del tio Miñarro, que la Malibran en el teatro de la gran ópera italiana en París. El fin de todas estas jaranas es el sueño mas ó menos prolongado, segun la cantidad de licor que cada uno tiene en su estómago, lo que se llama en términos técnicos dormir la *mona*, y no pocas veces pagan las mugeres propias, al llegar á sus casas los marineros, las culpas y desdenes de las estrañas. Mas hoy que la paz de los matrimonios, como antigualla que no está en uso, solo se encuentra en los libros de moral, y no hay cosa mas comun que la entrada de un marido borracho por su casa tirando los trastos á su muger, no ofrece esto novedad para un artículo de costumbres.

Donde verdaderamente se comprende el carácter del Patron, donde se admira toda la estension de su genio, no es en las tiendas de vinó, ni en un viage de mar en calma; es preciso verlo y estudiarlo en la tempestad para saber apreciar todo su valor y entusiasmo. Cuando el huracan furioso levanta un mar en cada ola, cuando cargado el cielo de nubes parece juntarse con la tierra, entonces el Patron, semejante á un sér fantástico, sobrenatural, aparece en toda la estension de su original carácter. De pié en la popa, y llevando el combatido timon en ambas manos, repasando las espumosas olas con los ojos desencajados, que parece sondear los abismos del Océano, espresando en su atezado rostro los sentimientos del alma, se aumenta su denuedo y osadía á medida que vá creciendo el peligro, y sin desmayar un momento, mantiene con sus furibundos y desentonados gritos á toda la tripulacion horrorizada. Firme como una roca en medio de los contínuos vaivenes de la embarcacion, manda toda la maniobra

con los ojos, los gestos, y las voces; y cuando el miedo va sobrecogiendo todos los ánimos, impávido y sereno alza al cielo la frente mas severa y encolerizada que el mar que le rodea. A cada rugido de las olas responde con un grito espantoso; él habla á los aquilones, á los mares, á los cielos, y al inflamarse su frente con la luz del relámpago, al escuchar el estampido del trueno, el silbido del rayo que se precipita á sus pies entre las espumas, desafia lleno de cólera á todos los elementos. Las aguas le arrebatan el timon y la arboladura del barco; le estrellan contra los escollos; deshechos fragmentos vagan á merced de las ondas, y en medio de las voces y gemidos de los náufragos, habla, lucha brazo á brazo con la muerte, hasta que una montaña de agua le sepulta para siempre, ó mas afortunado llega á fuerza de trabajo á la desierta ribera.

En este último caso ofrece su carácter otro cuadro tan digno de estudiarse como el anterior. Apenas toca la tierra, la besa con entusiasmo, y recostada sobre las arenas, con la mano en la mejilla, el rostro pálido y macilento, los ojos melancólicos y fijos en los últimos restos del bagel que sobrenada á lo lejos, demanda á las aguas su perdida fortuna, y una sonrisa amarga entreabre sus labios al ver desaparecer el lejano fragmento de su barco. «A Dios»!!! esclama entonces, y un raudal de lágrimas recorren sus mejillas al pensar el triste porvenir que aguarda á su amante esposa y sus queridos hijos. En esta situacion es donde repasa en su memoria los trabajos y fatigas que le proporcionaron aquella aniquilada fortuna, los contínuos peligros de las navegaciones, las privaciones de una existencia consagrada á tan penosa profesion, su edad que ya toca regularmente en el último tercio de la vida, la dificultad de volver á poseer un nuevo buque, y en lo mas profundo de aquel corazon insensible á las mas récias tempestades se derrama toda la hiel de los dolores, y acusa al mar de bárbaro porque no le sepultó para siempre en los abismos.

Mas esta desesperacion pasa como pasan todas las violentas pasiones; como pasan los hombres unos tras otros sin dejar apenas señal de su existencia, y despues de haberse consolado en los brazos de su familia, vuelve á la mar á los pocos dias trabajando de marinero otra vez lleno de las mas lisonjeras esperanzas. El claro espejo de las aguas ya tranquilas le hace olvidar sus pasados tormentos y el instinto irresistible que arrastra al desgraciado á las navegaciones, le mantiene siempre en su ejercicio sufriendo los duros contratiempos de la suerte.

Son pocos los Patrones de barco que llegan á acumular grandes riquezas, ya por el desprendimiento con que esta gente gasta lo que gana, ya por las pérdidas y averías que sufren en sus viages. Su vejez es generalmente tranquila por la union que reina en la gente de mar, que les prohibe desatender á los suyos en sus frecuentes necesidades. Retirados entonces á sus casas y viviendo de sus ahorros, si los tienen, ó de la caridad de sus compañeros, van pasando sus postreros dias en la oscuridad de una vida retirada. Mas es tanto el influjo que ejercen en el hombre los hábitos adquiridos, que es muy raro el dia en

que no vayan estos infelices á echar sus paseos al muelle, viéndose algunos que en medio de sus muchos años, y sostenidos sobre dos muletas, se entretienen en mirar los barcos que salen y responder á las consultas de los jóvenes en casos imprevistos y dudosos.

El respeto que les tributan los marineros los pone á cubierto de ser el juguete de los pilluelos de calle, siempre en contradiccion con la ancianidad doliente, y las alabanzas de los suyos les hacen merecedores del aprecio públicos.

Este es uno de los fines mas halagüeños á que conduce la navegacion; algunos Patrones perecen en el mar, otros quedan inútiles á fuerza de trabajo, y muchos se vén obligados á recurrir á la caridad pública acabando su triste vida en los hospitales. Contados son los Patrones que abandonan su profesion; el mar es el verdadero elemento de estos hombres: solo una absoluta escasez de trabajos en la marina los puede obligar á que la abandonen, y es muy frecuente verlos volver á sus antiguas tareas apenas cesan las circunstancias que los separaron de ellas.

SEBASTIAN HERRERO.





EL HOSPEDADOR DE PROVINCIA.



UIEN podrá imaginar que el hombre acomodado, que vive en una ciudad de provincia, ó en un pueblo de alguna consideracion, y que se complace en alojar y obsequiar en su casa á los transeuntes que le van recomendados, ó con quienes tiene relacion, es un tipo de la sociedad española, y un tipo que apenas ha padecido la mas ligera alteracion en el trastorno general, que no ha dejado títere con cabeza? Pues sí, pio lector: ese benévolo personage que se ejercita en practicar la recomendable virtud de la hospitalidad, y á quien llamaremos el *Hospedador de Provincia* es una planta indígena de nuestro suelo, que se conserva inalterable, y que vamos á procurar describir con la ayuda de Dios.

Recomendable virtud hemos llamado á la hospitalidad, y recomendada la vemos en el catálogo de las obras de misericordia; siendo una de ellas dar posada al peregrino, y otra dar de comer al hambriento. Esto basta para que el que en ellas se ejercite cumpla con un deber de la humanidad y de la religion: y bajo este punto de vista no podemos menos de tributar los debidos elogios al Hospedador



de Provincia. Pero ¡ay! que si á veces es un representante de la Providencia, es mas comunmente un cruel y atormentador verdugo del fatigado viagero, una calamidad del transeunte, un ente vitando para el caminante. Y lo que es yo pecador, que escribo estos renglones, quisiera cuando voy de viage pasar antes la noche al raso ó

En un pastoril albergue
que la guerra entre unos robles
lo olvidó por escondido
ó lo perdonó por pobre

que en la casa de un hacendado de lugar, de un caballero de provincia, ó de un antiguo empleado, que haya tenido bastante maña ó fortuna para perpetuarse en el rincon de una administracion de rentas, ó de una contaduría subalterna.

Virtud cristiana y recomendada por el catecismo es la hospitalidad, pero virtud propia de los pueblos donde la civilizacion ha hecho escasos progresos. Asi se vé que los paises semi-salvages son los mas hospitalarios del mundo; y se sabe que en la infancia de las sociedades, la hospitalidad era no solo una virtud eminente, sino un deber religioso, indeclinable, y de que nacian vínculos indisolubles, entre los individuos, entre las familias y entre los pueblos.

La hospitalidad de los españoles en los remotos siglos está consignada en las historias, es proverbial; y que no han perdido calidad tan eminente, y que la ejercitan, con las modificaciones empero que exigen los tiempos en que vivimos es notorio, pues que los que la practican merecen con justa razon ser considerados cual tipos peculiares de nuestra sociedad, como verá el lector benévolo que tenga la paciencia de concluir este artículo. Artículo que nos apresuramos á escribir porque pronto la facilidad de las comunicaciones, la rapidez de ellas, lo que crecen los medios de verificarlas, y el aumento y comodidad que van tomando las posadas, paradores y fondas en todos los caminos de España, disminuirán notablemente el número de los *Hospedadores de Provincia*, ó burlarán su vigilancia é inutilizarán su bien intencionada índole; ó modificarán su cristiana y filantrópica propension, hasta el punto de confundirlos con la multitud que vé ya con indiferencia, por la fuerza de la costumbre, atravesar una y otra rápida aunque pesada y colosal diligencia por las calles de su pueblo; ó hacer alto un convoy de cuarenta galeras en el parador de la plaza de su lugar.

El tipo pues de que nos ocupamos es conocidísimo de todos mis lectores que hayan viajado, ya hace cuarenta años, en coche de colleras ó en silla de posta con compañero á partir gastos; ya ahora en diligencia, en galera ó á caballo agregados al arriero. ¿Por qué cual de ellos en uno ú otro pueblo del tránsito, no habrá encontrado uno de estos tales, que andan en acecho de viageros, y en espera de caminantes para obsequiarlos? ¿cuál de ellos, no habrá sido portador de una de esas cartas de recomendacion, que como á nadie se niegan, se le dan á todo el mundo? ¿Cuál de ellos, en fin, ó por su particular importancia, ó por sus relaciones en el pais que haya atravesado, no habrá

tenido un obsequiador? Sí, el *Hospedador de provincia* es conocido por todos los españoles, y por cuantos estrangeros han viajado en España.

Vá uno en diligencia á Sevilla, á despedir á un tio que se embarca para Filipinas, ó á Granada á comprar una accion de minas, ó á Valladolid, ó á Zaragoza á lo que le dá la gana, y tiene que hacer los forzosos altos y paradas para comer y reposar. Y hé aqui que apenas sale entumido de la góndola, y maldiciendo el calor ó el frio, el polvo ó el barro, y deseando llenar la panza de cualquier cosa, y tender la raspa en cualquiera parte las tres ó cuatro horas que solo se conceden al preciso descanso; se presenta en la posada *el Hospedador*, solícito que al cruzar el coche conoció al viagero, ó que tuvo previo aviso de su llegada; ó porque el viagero mismo cometió la imprudencia de pronunciar su nombre al llegar al parador, ó por que hizo la sandez de hacer uso de la carta de recomendacion que le dieron para aquel pueblo.—Advertido en fin de un modo ó de otro, llega pues el *Hospedador*, hombre de mas de cuarenta años, padre de familia y persona bien acomodada en la provincia, preguntando al posadero por el señor D. F. que viene de tal parte y vá á tal otra. El posadero pregunta al mayoral y este dá las señas que se le piden, y corre á avisar al viagero que un caballero amigo suyo desea verlo. Sale al corredor ó al pátio, el cuitado viajero, despeluznado, súcio, hambriento, fatigado, con la barba enmarañada, si es joven y la deja crecida, ó con ella blanquecina y de una línea de larga si es maduro y se le afeita; con la melena aborrascada, si es que la tiene, ó con la calva al aire, si es que se le oculta y es conde cartísticamente, ó con la peluca torcida si acaso con ella abriga su completa desnudez, y lleno de polvo si es verano, y de lodo si es invierno, y siempre mustio, lagañoso é impresentable. Y se halla frente á frente con el *Hospedador* vestido de toda etiqueta con el frac que le hicieron en Madrid diez años atrás, cuando fué á la jura, pero que se conserva con el mismo lustre con que lo sacó de la tienda, y con un chaleco de piqué, que le hizo Chassereau cuando vino el duque de Angulema, y un cordon de avalorio al cuello y alfiler de diamantes al pecho y guantes de nuditos, en fin, lo mas elegante y atildado que ha podido ponerse, formando un notable antitesis con el desaliño y negligente traje del viagero.

No se conocen, pero se abrazan y en seguida *el Hospedador* agarra del brazo al viagero y le dice con imperioso tono: *venga Sr. D. fulano á honrarme y á tomar posesion de su casa.* El viagero le da gracias cortesmente y le manifiesta que está rendido, que está impresentable, que no se detiene la diligencia mas que cuatro horas; pero el *Hospedador* no suelta presa, y despues de apurar todas las frases mas obligatorias, y de prohibir al posadero que dé á su huésped el mas mínimo auxilio, se lo lleva trompicando por las mal empedradas calles del lugar á su casa, donde ya reina la mayor ajitacion preparando el recibimiento del obsequiado.

Salen á recibirlo al portal la señora y las señoritas, con los vestidos de seda que se hicieron tres años atras cuando fueron á la capital de la provincia á ver la procesion

del Corpus, y la mamá con una linda cofia que de allí la trajo la última semana el cosario, y las niñas adornadas sus cabezas con las flores de mano que sirvieron en el ramillete de la última comida patriótica que dió la milicia del pueblo al señor gefe político. Y madre é hijas con su cadena de oro al cuello formando pabellones y arabescos en las gargantas, y turgentes pecheras, llevando ademas las manos empedradas de sortijones de grueso calibre. Queda el pobre viajero corrido de verse tan desgalichado y súcio entre damas tan atildadas, por mas que le retoza la risa en el cuerpo notando lo etereoclito de su atavio; y haciendo cortesias, y respondiendo con ellas á largos y pesados cumplimientos, lo conducen al estrado, y lo sientan en el sofá, cuando él deseara hacerlo á la mesa. Al verse mi hombre en tal sitio vuelve á pensar en su desaliño y desaseo, y trasuda, y pide que le dejen un momento para lavarse, y.... pero envano: el obsequiador y su familia le dicen que está muy bien, que aquella es su casa, que los trate con franqueza, y otras frases de ene, que ni quitan el polvo, ni atusan el cabello, ni desahogan el cuerpo; pero que manifiestan que está mal, que aquella no es su casa, y que ni hay ni asomo de franqueza.

Entran varios amigos y parientes del obsequiador, el señor cura y otros allegados; nuevos cumplimientos, nuevas ofertas, nuevas angustias para el viagero. Llena la sala de gente, el *Hospedador* y su esposa desaparecen para activar las disposiciones del obsequio. Y mientras retumba el abrir y cerrar de antiguas arcas y alacenas, de donde se está sacando la bajilla, la plata tomada y la manteleria amarillenta, resuenan los pasos de mozos y criadas que cruzan desvanes y galerías, y se oyen disputas y controversias, y el fragor de un plato que se estrella, y de un vaso que se rompe, y el cacareo de las gallinas á quienes se retuerce adeshora el pescuezo; y se percibe el chirreo del aceite frito, perfumándose la casa toda con su penetrante aroma. Una de las niñas de casa se pone á tocar un piano. ¡Pero qué piano, ánimas benditas!.... ¡qué piano! La fortuna es que mientras cencerrean sus cuerdas sin compás ni concierto una pieza de Rosini, que no la conociera la misma Colbran, que sin duda no se le debe despintar ninguna de las de su marido, el señor cura está discurriendo sobre la política del mes anterior con el pobre caminante, que daría por haber ya engullido un par de huevos frescos, y por estar roncando sobre un colchon toda la política del universo.

Concluye la sonata, y un mozalvete, que es siempre el chistoso del pueblo, toma la guitarra y canta las caleseras, y luego hace la vieja, con general aplauso, y luego para que se vea que tambien canta cosas serias y de mas miga, entona tras de un grave y mesurado arpegio, la Atala, el Lindóro y otra pieza de su composicion. Y gracias á que saltaron la prima y la tercera, y á que no hay ni en la casa, ni en la del juez, ni en la del barbero, ni en la botica, ni en todo el pueblo, cuerdas de guitarra, aunque se le han encargado ya al arriero; que cesa la música súbitamente con gran sentimiento de todos, y pidiendo repetidos perdones al viajero, que está en sus glorias, creyendo que este incidente dará fin al sarao, y apresurará la llegada de la cena. Pero está en el



salon el hijo del maestro de escuela, que acaba de llegar de Madrid, y que representa maravillosamente imitando á Latorre, á Romea y á Guzman, y todos á una voz le piden un pasillo. El se escusa con que está ronco, con que se le han olvidado las relaciones, porque hace dias que no repasa sus comedias, y con que no está alli su hermana que es la que sale con él para figurar. Pero insisten los circunstantes. Y ya el cómico titubea anheloso de gloria. Y al verle poner una silla en medio del estrado, para que le sirva de dama, una de las señoritas de la casa, por mera complacencia, se presta á hacer el papel de la silla, y se pone de pie entre el general palmoteo. ¡Silencio! ¡silencio! gritan todos, los criados y criadas de la casa, y hasta los gañanes y mozos de la labor se agolpan solícitos á la puerta de la sala; las personas machuchas que rodean al obsequiado le dicen, sotto voce, ¡verá vd. qué mozo! ¡verá vd. qué portento!!! Y el hijo del maestro de escuela con tono nasal y recalcado sale con una relacion del Zapatero y el Rey, estropeando versos y desfigurando palabras, y con tal manoteo y tan descompasados gritos que el auditorio, *nemine discrepante*, le proclama el Roscio, el Talma, el Maiquez de la provincia. Piden en altas voces otro paso, y el actor se descuelga con un trocito del Guzman, que tiene igual éxito. Y porque está ya ronco y sudando como un pollo, se contentan los concurrentes con que les dé por final algo de la Marcela. Concluida la representacion cree el obsequiado que cesará el obsequio, y en verdad que fuera razon. Pero como aun no está lista la cena, el obsequiador y su esposa, qne ya han concluido el tomar disposiciones, y que ya han dejado sus últimas órdenes á la cocinera y al ama de llaves, vuelven al salon. Y empiezan á enredar en laberinto de palabras al huésped, contándole lo bueno que estaba el pueblo el año pasado, y lo mucho que se hubiera divertido entonces, porque habia un regimiento de guarnicion, con una oficialidad brillante. El soñoliento, hambriento y fatigado viajero, bosteza y responde con monosílabos, y pregunta de cuando en cuando.... ¿cenarémos pronto? y el patron le dice, al instante, y sigue contándole cómo se hicieron las últimas elecciones, los proyectos que tiene el actual alcalde de hermosear la villa, y otras cosas del mismo interés para el viajero; cuando ve entrar al sobrino del señor cura, y en él un ángel que le ayude á divertir al obsequiado mientras llega la cena, que se ha atrasado porque el gato ha hecho no sé qué fechoría allá en la cocina. Efectivamente, el sobrino del señor cura es poeta, improvisa, y en dándole pié se está diciendo décimas toda una noche. Entra en corro, las señoritas de la casa hacen el oficio de la fama patentizando al huésped su clase de habilidad. Todos le rodean, le empiezan á dar pié, y él arroja versos como llovidos. Ya no puede mas el cuitado viajero, ¡qué desfallecimiento! ¡qué fatigas! ¡qué vahidos!... Cuando afortunadamente vuelve á la sala la señora, que salió un momento antes á dar la última mano al obsequio, y dice: *vamos á cenar si Vd. gusta, caballero.* ¡Santa palabra! grita la concurrencia, y todos se dirigen al comedor.

¡Espléndida, magnífica cena! veinte personas van á devorarla y hay racion para ciento. ¡Qué botellas tan cucas! de vidrio cuajado con guirnaldas de

florecitas y letreros dorados que dicen *vira mi dueño, vira la amistad.* Una gran fuente redonda ostenta entre cabezas de ajos y abultadas cebollas veinte perdices despatarradas y aliabiertas, cual boca abajo, cual panza arriba, cual acostadita de lado, dando envidia al aburrido viajero. En otra gran fuente ovalada campean seis conejos descuartizados prolijamente, allá perfuman el ambiente con su vaho, veinte y cuatro chorizos fritos, acullá exhalan el aroma del clavo y de la canela ochenta albondiguillas como bolas de billar; ¡qué de menestras! ¡Qué de ensaladas! Servicio estupendo, aunque muchas cosas estan ahumadas, otras achicharradas, casi todo crudo por la prisa, y todo frio por el tiempo que se ha tardado en colocarlo en simetría grotesca.

Náuseas le dan al pobre viajero de ver ante sí tanta abundancia, y mas cuando todos le ostigan á que *coma sin corted ud porque no hay mas*, y cuando la señora y las niñas de casa le dan cada una con la punta del tenedor su correspondiente finecita. Y cuando el Hospedador le insta á repetir y comer con toda confianza, y se aflige de lo poco que se sirve, olvidando que

comer hasta matar el hambre es bueno
y hasta matar al comedor es malo.

¿Mas quién encaja este axioma en la mollera de un *hospedador de provincia* por mas que lo recomiende Quevedo?...

Los platos se suceden unos á otros como las olas al mar embravecido, al de las perdices arrebatado por una robusta aldeana alta de pechos y ademan brioso, le substituye otro con un pavo á medio asar. Al de los conejos, levantado por los trémulos brazos arremangados de una viejezuela, otro con un jamon mas salado que una sevillana. Y ocupa el puesto de los chorizos, la fruta de sarten, y el de las menestras, mostillo, arrope, tortas, pasas, almendrucos, orejones, y fruta, y calabazate, y leche y cuajada y natillas, y... ¿qué sé yó? aquello es una inundacion de golosinas, un alubion de manjares, que parece vá á añadir una capa mas á nuestro globo. Y ya circula un frasco cuadrado y capaz de media azumbre de mano en mano derramando vigorosísimo anisete. Y el cantor de la tertulia entona patrióticas, y el poeta improvisa cada bomba que canta el misterio, y el declamador declama trozos del Pelayo, y la señora de la casa se asusta porque su marido el Hospedador trinca demasiado y luego padece de irritaciones, y las señoritas fingen alarmarse porque hay un chistoso que dice cada desvergüenza como el puño, y todo es gresca, broma, cordialidad y obsequio; cuando por la misericordia de Dios, la voz ronca del mayoral, gritando en el patio *al coche, al coche, hemos perdido mas de una hora, no puedo esperar mas*, viene á sacar al viajero de aquel pandemonium, donde á fuerza de obsequios lo tienen padeciendo penas tales, que en su cotejo parecerian dulces las de los precitos.

El amo de la casa aun defiende su presa en los últimos atrincheramientos, empieza por decirle con voz de cocodrilo que deje ir el coche, que en la gondola venidera proseguirá el viaje. Pero como halla una vigorosa repulsa, tienta al mayoral de todos los modos imaginables con halagos, con vino, con aguardiente, con dinero en fin, y nada, el mayoral se mantiene firme contra tantas seducciones; y salva á su viajero, y lo saca de las manos del Hospedador, como el ángel de

la Guarda salva y saca de las manos del encarnizado Luzbel á un alma contrita.

Cuanto dejamos dicho que acaece con el viajero de diligencia, ocurre con el de galera ó caballería, sin mas diferencia que dilatarse algo mas el obsequio con una cama que compite con el cielo, y cuya colcha de damasco, que ruje y se escapa por todos lados como si estuviera viva, no deja dormir en toda la noche al paciente obsequiado.

Tambien tiene el obsequio de los *Hospedadores de provincia* sus gerarquías, y si es intolerable y una desgracia para un particular; es para un magistrado intendente ó gefe político una verdadera desdicha: para un capitan general, diputado influyente, ó senador parlante una calamidad: y para un ministro electo, que vuela á sentarse en la poltrona, un martirio espantoso, un azote del cielo, una terrible muestra de las iras el Señor, un ensayo pasajero de las penas eternas del infierno.

Aconsejamos pues al viagero de bien, esto es, al que solo anhela llegar al término de su viaje con la menor incomodidad posible, que evite las acechanzas de los *Hospedadores*, de sus espias y de sus auxiliadores; y para lograrlo no fuera malo se proveyese de parches con que taparse un ojo, de narices de carton con que desfigurarse, ó de alguna peluca de distinto color del de su cabello que variase su fisonomía, ya que no está en uso caminar con antifaz ó antipara como en otro tiempo; y con tales apósitos debería disfrazarse y encubrirse á la entrada de los pueblos donde tuviese algun conocido. Usando de estas prudentes precauciones, amen de las ya sabidas y usadas por los prudentes viandantes de no decir su nombre en los mesones y posadas, y de no hacer uso, sino en casos fortuitos, de las cartas de recomendacion.

Pero si los *Hospedadores de provincia* son vitandos para los viageros de bien pueden ser una cucaña, una abundante cosecha para los aventureros y caballeros de industria, que viajan castigando parientes y conocidos, como medio de comer á costa ajena, de remediarse unos dias, y de curarse de la terrible enfermedad conocida con la temible calificacion de hambre crónica.

A unos y á otros creemos haber hecho un importante servicio llamándoles la atencion sobre esta planta indígena de nuestro suelo: á aquellos para que procuren evitar su contacto, á estos para que lo soliciten á toda costa.

EL DUQUE DE RIVAS.









EL CARTERO.



UIEN fué en el mundo el primero,
Y de qué pueblo oriundo?
Pero yo pienso, y me fundo,
Que antes que hubiera un Cartero
Ya hubo cartas por el mundo.
Por cierto es duda cruel,
Aunque por razones hartas
Que hoy me asaltan en tropel,
Creo que antes que las cartas
Debió inventarse el papel.
Y tambien tengo razones
Para publicar en suma,
Que antes que tinta, algodones
Y las letras y renglones
Debió inventarse la pluma.
Mas volviendo á otra verdad,
¿Quien fué su autor verdadero?
La que inventó al mundo entero,
La horrible necesidad
Fué inventora del cartero.
Y si ofenden mis razones
De carteros al enjambre
Les daré satisfacciones,
Allá van; fuera alusiones;
La necesidad no es hambre.
Todas las artes ú oficios
Innovaciones ofrecen,

Cambian, ó desaparecen,
Mas los iguales servicios
De este arte, jamas perecen.
Arte dije! á los Carteros!...
Oh lector! no lo resistas!
Aunque hoy dia las modistas,
Los sastres, los zapateros
Todos se llaman artistas.
Sin ventajas verdaderas,
Sin ascensos que mitiguen
Sus ambiciones *carteras,*
Los que estas carreras siguen
No toman malas carreras.
Siempre falto de saliva
En su continuo trabajo,
Apenas el suelo liba,
Que el correr, aun cuesta abajo,
Se le hace muy cuesta arriba.
El Cartero y jugador
Aunque tan distintos fueren
De tal manera se quieren
Que ahogados por el sudor
Los dos entre cartas mueren.
Y lo mismo que el cajista
Aunqne el saber no le asista
Tú sus arcanos penetras,
Y dices, «no seré artista
Pero soy hombre de letras.
Con las mejoras sociales
Tambien ellos van conformes,
Que por sus cambios legales
Visten sin ser generales
Generalmente uniformes.
Y no crean se mancilla
Aunque no tengan blasones
El oropel con que brilla,
Que las armas de Castilla
Las llevan en los faldones.
Gasta sombrero, y no importa
Que con limpieza se porta
Aunque va hecho un Juan danzante,
Que es su casca mas corta
Que la paga de un cesante.

Copiaré sus distintivos;
De *oro* los galones son,
Encarnados son los vivos,
Y van ostentando altivos
En cada vuelta un galon.
¿Quién duda de tu poder
Cuando en tu empleo tirano
Tanto mal puedes hacer?
De tí que sueles tener
Nuestra fortuna en tu mano!
Y qué corazon ansioso
Cuando te vé no se alegra,
Y mas si gime amoroso,
Y sabe que su reposo
Lo traes en tu caja negra!
De ella, qué males no lanzas!
Tal vez al verla sucumba
Quien rie en juegos y chanzas,
Por que tu caja es la tumba
De millares de esperanzas!
Todos ansían el verte,
Y en tu caja confundida
Va con la vida la muerte,
Y en ella junta la suerte,
Dos estremos, muerte y vida!
Si con el llanto las fiestas
En ella enlazadas vemos,
No es estraño que pensemos
Siendo cosas tan opuestas
Que se junten en los estremos.
Ni estraño, si juntos van
Estremos tan desiguales,
Que siempre en el mundo están
Y entrelazados irán
Desdichas, bienes y males.
Y aunque los males tambien
De tu mano recibamos,
Al verte nos alegramos,
Y es natural, porque el bien
Es lo que siempre esperamos.
¿Quién en el mundo diria
Que llevas en una caja
El placer y la agonia;

A los unos la alegria
Y á los otros la mortaja!
Cuál en ella se retrata
Nuestro bien ó mal profundo!
Allí la fortuna ingrata
Al mundo, dá vida ó mata,
Con otro callado mundo!
Sí, porque allí un mundo va,
Que allí hay dichas, ilusiones,
Y esperanzas, y pasiones;
Pero... es un mundo que está
Encajonado en renglones.
Y pues Jesus soberano
(Permite que te lo diga)
Lleva el mundo en una mano,
Eres cual él, que otro ufano
Llevas sobre la barriga!
Y por esta razon sola
Mi pobre razon alcanza
Sin calentarme la chola,
Que es mucha tu semejanza
Con el niño de la bola.
En los cuernos de la Luna
Yo vi maridos eternos,
Ya tu llegada importuna
Los vi hundirse! su fortuna
Solo les dejó los cuernos!
A cuantos que en su dolor
Maldicen su suerte impia
No truecas en su favor
Las lágrimas de dolor
En lágrimas de alegria!
A un italiano al cantar
Le llevas algun pesar,
Y por ti maldice el arte,
Pues se tiene que largar
Con la música á otra parte.
La música! dije bien,
Que en su destino tirano
Es el único sosten,
Y adonde vá un italiano
Vá la música tambien!
Es una máquina, un grillo,

Que siempre cantando está;
Solo pensando en *hoy* vá
Si es *artista* de organillo,
Y mañana, Dios dirá.
Quizá el *mañana* ha llegado
Y su dicha no se labra,
Que para este desdichado
Dios es hombre muy callado
Y no dirá una palabra!
Aunque no tengas, cartero,
Políticas opiniones,
Tu eres quien obra el primero
Tal vez en el mundo entero
Las grandes revoluciones.
Mas tambien sueles pecar
En faltas y no pequeñas,
¿Quién pudiera adivinar
El mal que puedes causar
Equivocando unas señas?
Don Alegato que adora
Las gracias de una beldad,
Cuando sueña en su Señora,
Sabe por casualidad
Que le fué á su amor traidora!
Y de este cambio ligero,
De esta peripecia atroz,
¿Quién fué el atroz mensagero?
Yo lo diré en alta voz,
Algun error del cartero!
La familia de un cesante
Que está de hambre medio muerta
Y yá gime agonizante
Tocando el ultimo instante
De su sepulcro á la puerta,
Cuando oye un dulce, tilin!
Han llamado! abran ligero,
Letra!!.. mas quien lisongero
Trae de sus ansias el fin?
Quien ha de ser, el cartero!
Feliz vive un matrimonio,
Aunque son pocos felices,
Cuando ella en su dulce insomnio
Zaz! sabe... por el demonio

Del marido los deslices.
Y quién el demonio fué
Que dijo mal caballero
Todo, de la letra al pié?
Sin rebozo lo diré,
Quién ha de ser? el cartero!
Mas tambien la causa son
De que con dulces abrazos
Se haga santa alguna union;
Pues unen amantes lazos
Es de cura su mision!
Y tambien por sus locuras
Desunen los matrimonios;
Luego hacen mas que los curas!
Tú eres fuente de diabluras
Cartero de los demonios!
De asuntos malos y buenos
No siendo tuyos, te hartas
Eres curioso, ó al menos
Por qué dime, tomas cartas
Siempre en asuntos agenos?
Y pues Jesus soberano
(Permite que te lo diga)
Lleva el mundo en una mano
Tu eres cual él, que otro ufano
Llevas sobre la barriga.
Y por esta razon sola
Mi pobre razon alcanza
Sin calentarme la chola
Que es mucha tu semejanza
Con el niño de la bola.

EDUARDO ASQUERINO.






ORTEGA



EL ELEGANTE.



EDLE ahi! Ese es! El mismo que años atrás, allá en vida de nuestros abuelos, se llamaba *señorito de ciento en boca, pirraca* y *paquete*; el que mas tarde, y cuando nuestros padres enamoraban, trocó estos nombres por los de *petit-maitre* y *currutacos* el mismo en fin que aun nos acordamos de haber oido apellidar *lechuguino* en época no muy lejana por cierto.

Hoy esta nomenclatura de *El Elegante* ha progresado admirablemente; hoy, merced á lo que el idioma de Mariana, de Leon y de Herrera *se ha enriquecido*, el antiguo *pirraca*, el moderno *lechuguino*, puede escojer entre una porcion de títulos, á cual mas pintoresco y castizo, como *Dandy, fashionable, leon*, ó por mejor decir, *lion*, si hemos de hablar técnicamente: pero asi como diz que el hábito no hace al monge, tampoco el título importa un bledo para

el tipo, que con el transcurso de los años ha cambiado de traje, mas ni un punto solo en sus inclinaciones, costumbres, ideas, *mision* y carácter.

Hay voces en nuestra lengua á las que no se les dá comunmente su acepcion propia y natural: *Elegante*, segun el diccionario de la Academia, quiere decir *hermoso*, *galan*, *bien hecho*; y soberanos chascos se llevará el que tomando esta esplicacion al pie de la letra, busque todas esas cualidades en los séres que bullen en nuestra sociedad, y á los que se les aplica el adjetivo en cuestion.

El *fashionable*, *el leon*, puede ser alto ó bajo, feo ó bonito, espigado ó rechoncho, tuerto ó jorobado, moreno ó rubio, sin que por eso deje de pertenecer á la especie indicada: lo que importa es que se dedique dia y noche á justificar el dictado con que se honra y envanece; lo que importa es que no falte á ninguno de esos preceptos de la elegancia, que al revés de las constituciones, sin hallarse escritos, son fielmente cumplidos y observados. Asi, el que reune á las ventajas fisicas las materiales, eso es miel sobre ojuelas, y podemos calificarle de rey de la tribu, ó de presidente de república tan homogénea como compacta.

Yo tengo para mi que el Elegante desciende por linea recta, de aquel Narciso famoso que cuentan se pasaba las horas muertas comtemplándose en la limpida corriente de los rios, por no haberse descubierto todavia en Venecia ese objeto tan útil y querido de las hermosas, como odiado de cierto linage de gentes que suelen verse en el de la manera que los pintó Iglesias en uno de sus festivos epígramas. Y tornando un poco atrás, es decir, cojiendo el hilo desde antes de esta digresion, que sin saber cómo se me ha venido á la pluma, voy á apuntar algunas de las razones que me ocurren para justificar esta tal vez maliciosa é infundada sospecha, de la afinidad de mi tipo con el que tuvo el mal gusto de enamorarse de sí propio. Para esto forzoso es que me siga el lector á la vivienda del Elegante, á la calle, al Prado, á las sociedades, á todas partes.

Lo primero que hace el *hombre de buen tono*, (que tambien por esta castiza metáfora se le conoce), en cuanto amanece para él, que no ha de ser antes de las doce del dia, es pedir un espejo. En él observa si sus bigotes se han desrizado, si el cabello está lácio y descompuesto, si algun pelo de su barba se atreve á sobresalir mas que los otros. En seguida, y aunque en bata y pantuflas, se contempla delante de otra luna de cuerpo entero, que reproduzca el suyo en toda su esbeltez y donosura, si tal fortuna logra. En el gabinete, en la sala, hay espejos por do quier; en la chimenea, en el tocador, sobre las mesas, y hasta en los peines con que alisa sus bucles sedosos y perfumados. Despues de la prolija operacion de vestirse, en que suele emplear no mas que tres horas, sale erguido y rozagante, ansiando por reflejar su perfilada imágen: los cristales de las tiendas sirven maravillosamente para este fin, y el Elegante se mira con delicia ó con dolor al pasar, segun que le satisfaga ó no aquel rápido examen. Si entra en una guanteria, en una peluqueria, ó en un café, nuestro

hombre se estasia en la admiracion de sí mismo; si se para delante de una hermosa en algun baile, es para que le sirva de disculpa á las miradas que dirige al tremol inmediato, y que muchas veces le presta una osadia inesplicable. Por último, no es estraño ni sorprendente encontrar *dandys* que lleven un diminuto espejo pegado en la copa del sombrero por su parte interior, ni otros qüe se examinen en la sombra, si cosa mejor no encuentran á mano.

Justificado el estremo que me propuse, hora es ya de describir logica y ordenadamente mi tipo en todas sus diferentes faces: tarea ímproba por cierto y no nada propia de fuerzas tan débiles y escasas, aunque tanto se presta el asunto, que pienso sino salir airoso, no quedar al menos de todo punto desairado.

El Elegante es el hermano legítimo de *la Coqueta*: bastará para probar este aserto con asentar que una de sus primeras cualidades, la que mas le lisongea y le solaza, es la de *Coqueton*; mas cúmpleme poner en evidencia los demás puntos de contacto que los dos entre sí tienen: ambos son esclavos de la moda, ambos la tributan el mas rendido culto; uno y otro tienen iguales deberes, idéntica vida y semejantes ocupaciones. Ella como él se consagran al placer en todas sus variadas formas; él como ella usan á las veces de los mismos medios, si bien no para lograr el mismo fin.

El verdadero *dandy* no es empleado, militar, contratista, banquero, ni abogado; no es mas que *dandy* pura y simplemente, y asi deberia constar en el padron del alcalde del barrio. Con frecuencia es un misterio la historia de su lujo y de su boato; y quizás alguna dama vetusta, de esas que aun se acuerdan del reinado del gran Cárlos III, pudiera narrárnosla, si en voluntad le viniese. No es esto decir que no haya elegantes propietarios ni títulos; al contrario, si mucho abunda la especie que antes hemos indicado, no escasea tampoco la última, que es la legítima, la *pur sang*, como diria alguno de sus individuos en ese lenguaje convencional, ni francés ni castellano, y que es uno de los distintivos de mi tipo. Asi, á cada palabra española une otra que aprendió en sus viajes, ó que leyó en algun libro, no siendo estraño que cometa algunas incorrecciones, tales como:

—Hoy hace un calor *desolant*.

—La Marquesa está bonita como una *pepinière*.

—El Conde de C... ha muerto de *migraine*.

Hay una obra longuísima, y rebosando filosofía, en que se intenta probar (y yo no sé si prueba) que el hombre verdaderamente feliz es el que desengañado del mundo y sus vanas pompas, toma el portante y se vá a sembrar patatas ó coles, en algun rincon lejano, donde tenga por sociedad las cabras y los ciervos, por música el canto alegre de los pájaros, por lecho la fresquísima yerba, por techo la bóveda celeste. Nárranse y se encarecen allí los goces y fruiciones del alma, y háblase de la quietud del espíritu, de la tranquilidad de la conciencia, y de otras muchas cosas que llamamos ya antiguallas en nuestro siglo. Yo creo que esa casta raza de filósofos

de la especie de S. Gerónimo, vá desapareciendo por dias, y que ahora el hombre verdaderamente feliz que existe en la tierra, es el conocido por **dandy**, *fashionable*, *leon* ó como nos plazca llamarle.

Por supuesto que uno de los preceptos de la elegancia es no tener penas, ó por mejor decir, ser insensible á ellas. Asi Eduardo, Julio, ó Enrique (nombres indispensables) sabe con resignacion estóica la muerte de su padre ó de su hermano; y en cambio se desespera si Utrilla ó Borrel le sacaron ancho un frac ó estrecho un pantalon: así, lée sonriendo el billete perfumado en que Amalia ó Eloisa le retiran su amor despues de tres años de relaciones, y se aflige y rabia si por ejemplo el estirado guante amarillo forma una imperceptible arruga. El Elegante hace, pues, profesion de escéptico y de positivo, ainda mais, de seductor y de irresistible. Si por casualidad alguna mujer no acoge benévolamente sus pretensiones, dice á todo el mundo con envidiable candor: «Es estraordinario! Sin duda me han puesto mal con ella, ó no me ha mirado bien!»

La vida del *fashionable* es lo mas divertido que puede darse; á las doce se desayuna; en seguida se viste y á las tres sale, si es invierno al Prado, si es estío á la calle de la Montera á oir lo que se miente, ó á tomar parte activa en tan sabrosa ocupacion. Esta es la hora tambien de las visitas, de esas deliciosas conferencias, en que el calor y el frio se discuten con una variedad y una elocuencia pasmosas. El Prado!... Hé ahí uno de los sitios donde mas á sus anchas campea y brilla mi tipo: ya guiando un ligero tilbury ó una preciosa *briska*, hace admirar su soltura y su gracia; ya muellemente recostado dirige miradas fulminantes á las notabilidades femeninas, mientras su *jockey* conduce el carruaje, y le hace volcar con la mayor gracia del mundo: ya en fin cabalga al lado de una elegante carretela, enviando por la ventanilla dulcísimas frases de amor envueltas entre el polvo que levanta el coche, ó entre el humo que despide su cigarro.

Hay cosas que un Elegante no se permite nunca, y una de ellas es pasear por otro lado que por el que se llama *París*. Fuera verdaderamente un acontecimiento y una degradacion, que hasta los periódicos consignarian, que se olvidase de su decoro hasta el punto de *traslimitar* de una manera tan escandalosa; fuera en fin tan grave como si entrase en el teatro antes de la mitad del primer acto á lo menos, ó por casualidad comiese algun dia á las cinco menos dos minutos. En esta escrupulosidad para cumplir las leyes de la elegancia, es en lo que consiste principalmente la reputacion del *fashionable*.

El *leon* consagra algunos momentos antes de tomar el cotidiano alimento de la tarde, á descansar en los blandos divanes del casino, ó á hojear tal cual periódico, que suele ser el *Diario de avisos*, para enterarse de las funciones que hacen por la noche en los teatros. Escusado es decir que es sóbrio en sus comidas; porque ¿no se confundiría con un gañan ó con un hortera el que tuviese buen apetito? En seguida se digna aparecer en el coliseo;

pero no se olvide que cuando la comedia ó la ópera estén comenzadas. Esto tiene un doble fin; primero el de ostentar esa indiferencia que tan bien cuadra al Elegante; segundo, que le flechen hasta dos docenas de anteojos las que ocupan los palcos. Feliz él si al pasar oye: —«Qué buen mozo es Fernando! —Con qué gusto se viste!— Qué bien se pone la corbata!—Es un hombre modelo!— Es un modelo de hombre!»

Estas esclamaciones suelen alternar con otras de diferente género.—Caramba! que me ha hecho Vd. ver las estrellas! dice el militar á quien un furioso pisoton viene á sacar de su éxtasis.—Diantre de pisaverde! murmura un viejo á quien derriba el sombrero al pasar.—Qué peste á almizcle! esclama una señora nerviosa tapándose las narices con el pañuelo.—Ay! mis gafas!.. grita uno de esos médicos que las usan sin duda para conocer mejor las enfermedades, al ver que se las lleva enganchadas entre los dijes de su cadena el Elegante.

Y entretanto imponen silencio unos; se impacientan otros; ármase una especie de motin, y nuestro hombre impávido y triunfante arriba á su luneta habiendo conseguido su primordial objeto; el de llamar la atencion, el de *hacer efecto* en la sala. Pero aunque instalado en su asiento, no por eso cesan las tribulaciones de sus vecinos. El *dandy* es *dilletante* hasta la médula de sus huesos; generalmente no sabe una nota de música, pero delira por ella, y tararea con algunas inexactitudes, verdad es, todos los *spartittos* de Bellini y de Donizetti. Asi, mientras la prima donna ejecuta la *Casta diva* de la *Norma*, ó la polaca de los *Puritanos*, el Elegante le hace el duo, con gran desplacer de los que se hallan inmediatos. Otras veces interrumpe á los artistas con estrepitosas esclamaciones, ya lanzando un *bravo*! cuando todos callan, ya prorumpiendo en estas ó semejantes palabras:

—Oh! Giulia Grissi! si tú estuvieras aquí!

—Qué diferencia de Rubini!

—Qué degollacion tan espantosa!

—Oh París! *mon Paris cheri*!

Porque es de notar que París es el gran recurso del *fashionable*: el que no ha estado en aquel emporio de la elegancia, no ha hecho sus pruebas para ser admitido en la clase. Además, á ese le faltan los grandes recursos de desdeñar todo lo que no sea francés; de enternecerse con los recuerdos de por allá, con la memoria del *Boulevard* y del coliseo italiano, de las Tullerías y del sastre Ragneau, únicas cosas que de la inmensa capital suele conocer el *dandy*.

Dos ocupaciones gravísimas acostumbra tener tambien este en el teatro: aparentar fastidio é indiferencia, ó dirigir visuales á diestro y á sinestro, ya enderezando sus miradas hácia un palco bajo, ya alzándolas no menos que hasta la tertulia. Antes lo dije: el Elegante es *coqueton* sobre todo. Y ¡cómo se huelga y se solaza, cuando dándole una palmadita en el hombro, le dice algun amigo:

—Seductor! Bribonazo! que cuentas por docenas tus amadas!

Para justificar tan envidiable reputacion, desliza frases de serpiente por los oidos de las incautas é inocentes jóvenes, de esa raza que pronto será una tradicion en la sociedad actual. El *leon* debe contar siquiera siete amantes. ¿Qué menos? Una para cada dia de la semana. Y por Dios que injustas son si se quejan, pues él á todas las ama igualmente. Haciendo parte del número siete, ó fuera de él, que esto importa poco, ha de tener precisamente *una querida*, escojida entre la clase de las guanteras, modistas, etc. para enseñársela á sus amigos como un objeto mas de lujo, como un mueble precioso é indispensable. Con no menos frecuencia suele abandonarla tambien, y entonces siempre le queda á la muchacha el recurso de buscar otro mas constante, ó si la echa de sensible, sorberse una noche un pomo de veneno, ó dar un salto por la ventana. Aqui mi cualidad de verídico me obliga á decir en descargo de la conciencia del Elegante, que este último estremo pertenece á la categoría de los fenómenos.

Si el Elegante cuenta tres ó cuatro de esos lances escandalosos en que son víctimas los maridos, para pavonearse en los salones con la aureola de Lovelace, magnifico! Si dos mujeres se le disputan y arman un alboroto públicamente por él, sublime! Si despues de esto abandona á los dos rivales, merece que se le erijan estátuas!

¡Qué es verle en las reuniones, ó en las *soireés* y en los *raouts*, como él dice siempre, volar cual ligera mariposa, de flor en flor, buscando la mas bella y la mas lozana, soltando aqui una palabra dulce, allá una reconvencion, mas lejos un elogio, alli una invectiva sangrienta ó un sarcasmo, que á veces sobra para descomponer unos amores de tres años! Por ejemplo, Julia tiene por amante á uno de esos hombres sin pretensiones, que llevan una levita hasta que se rompe y un sombrero hasta que se engrasa. Pues bien, el *fashionable* aprovecha un momento en que el candidato para marido se aleja, y dice á la hermosa con tono incisivo y punzante:

—¿Quién es el sastre de Florencio? Decidle que me le envie mañana, para hacerme un frac de pico de pato como el suyo.

El amor en las mujeres resiste á la ausencia (aunque esto sea casi fabuloso) sobrevive quizás á la muerte del objeto querido (á pesar de que raye en lo increible), no se estingue sin duda con la miseria (en cuyo caso se llama heroicidad); pero muy raras veces es superior al ridículo. Así, Julia comienza á hallar grotesco á su amado desde aquel instante; se sonroja si alguno le mira, y acaba en fin por dejarle plantado, y por perder un casamiento ventajoso, quedándose probablemente soltera. Y todo por la sátira de un Elegante! Véase si esta especie tiene poco influjo en la moderna civilizacion!

El *dandy* mide la importancia de las personas por el traje que llevan, y en su consecuencia les otorga ó no su amistad y su aprecio. Lo primero que hace con todo individuo que se le aproxima, es revisarle de los pies á la cabeza. Desgraciado de él si su chaleco no es *á la derniére*, ó si lleva guante oscuro! Infeliz si se permite presentarse sin botas de charol, ó con un *paletot* antiguo!

Entonces el pobre hombre recibe un gesto de desden, se le saluda friamente, y se le vuelve la espalda. Por el contrario, si es un *dandy* perfilado y pulcro, desde el momento se le alarga la mano, se le jura *devouement* y cariño eternos, y se le concede intimidad y confianza. Solo una escepcion puede haber en esta regla general; que el uno tenga *celos* del otro, porque le aventaje en esbeltez, en invencion, ó en boato.

Mas llega un dia en que comienzan para el *dandy* los pesares y los disgustos; cuando el talle principia á encorvarse, cuando los dientes fluctúan entre las dos quijadas, cuando el cabello blanquea, ó desaparece enteramente. Entonces las horas de tocador son un suplicio para él; entonces suspira amargamente al encajar en su boca los objetos que tan diestramente fabrican Rotondo y Monasterio, ó al usar ya el aceite de Boujican, ya los casquetes de Pelaez. Entonces es lector asiduo del *Diario* y del *Avisador* con el fin de ver donde anuncian mejores cosméticos para desarrugar la tez ó poblar las calvas: entonces por último, *fashionable* jubilado, nota al pasar las sonrisas burlonas de los jóvenes que no le admiten en su círculo: oye los sarcasmos de los viejos que tampoco le aceptan, y de quienes él no quiere ser aceptado, y sufre los desaires de las mujeres, que odian de corazon al individuo que cumple los cuarenta sin estar casado. Porque el verdadero Elegante ha de vivir y ha de morir soltero: algunos hay que se arrepienten, y suelen ser buenos esposos y escelentes padres; pero esto es la degeneracion, el envilecimiento de la especie.

Tanto como son alegres y placenteros los verdes años del *leon*, son tristes y amargos los postreros de su existencia. Sér indefinible, que ni es jóven ni viejo; que vive sin presente y sin porvenir, que se alimenta con el recuerdo de sus glorias, es como esos monumentos de la edad media, que hoy queremos remedar ó recomponer, despojándoles de su belleza pasada y de su belleza actual. Lo mismo pues, es el hombre que aquellas maravillas de los remotos siglos; cuando los años le roban su frescura y su esplendor, nada tan magestuoso, tan imponente como una blanca cabeza y una arrugada frente; nada tan magnifico ni tan poético como las ruinas de un templo antiguo ó de un palacio suntuoso, cuyas piedras vá arrancando una á una la mano invisible y poderosa del tiempo!..

El último período de la vida del Elegante se refunde casi enteramente en la de otro tipo que no es solo español, sino universal: el solteron. Pasan para él los dias uno tras otro sin goces y sin esperanzas; hállase aislado de todos y de todo: aquellas canas que cuidadosamente tiñe, en vez de veneracion, inspiran desprecio. Entregado á manos mercenarias, no tiene quien se siente junto á su lecho y vele en sus noches de dolor; ni quien venga á derramar en su alma ese bálsamo dulcísimo del consuelo, que cierra las llagas del corazon, que fortifica las creencias, que aviva la fé, que hace renacer los sentimientos, que sostiene y prolonga la existencia. Y luego el dia en que sus ojos se apagan para siempre, no hay nadie que le llore, nadie que le ame, nadie que grabe un recuerdo de cariño ni deposite una flor sobre su tumba abandonada!

Y todo por no obedecer esas leyes inmutables de la naturaleza, que á cada época de la vida asignan sus deberes y sus obligaciones; que á la juventud perdonan el aturdimiento, la veleidad, la ligereza: que á la edad madura prescriben la sensatez y el juicio; que á la ancianidad imponen la dignidad y el decoro!

RAMON DE NAVARRETE.






ARCA
NOE
TITO



EL ANTICUARIO.

«Señor; este animal no responde, ni dá noticia de las cosas que están por venir; de las pasadas sabe algo.....»
(Palabras de maese Pedro hablando de su mono en la *Historia de Don Quijote de la Mancha*, escrita por Cide Hamete Ben Engeli, historiador arábigo.)



PRETERITO, presente y futuro son las tres grandes épocas en que los gramáticos dividen los tiempos; y yo que ni de crítico me precio, ni de destructor presumo; cuando encuentro bien las cosas ó cuando nada me vá ni me viene en ellas, respeto lo existente (con perdon sea dicho del señor Mendizabal nuestro contemporáneo). Disputánse el porvenir clases numerosas y respetables de la sociedad: los políticos y las gitanas andan al morro sobre quien acertará..... á decir mas y mayores desaciertos: apuéstanselas entre sí los pretendientes y los judios, aguardando estos el Mesias que vino y pasó, y aquellos el destino que no pasará porque no vendrá. El presente nos

pertenece á los españoles que gozamos del hoy, sin que nos conturbe el mañana, si bien ni aun entre nosotros falta quien lo tema, como los albañiles cuando no están en el hospital, los ladrones mientras andan por sendas y vericuetos, los toreros en víspera de corrida, y los regentes constitucionales durante las minorias. El pretérito es un tiempo desconsolador; múestrasenos como un arenal de infortunios de donde solo se levantan amargos recuerdos que emponzoñan la vida. Allí en lontananza crée el esclaustrado distinguir la sala *De profundis* de su convento, y un poco mas adentro la sustanciosa olla y la rica chanfaina: las viejas su hermosura y sus amantes: el cesante las mesadas que cobró y se acabaron.... ¡Ay del que tiene que volver la vista á lo que fué! Sin embargo, no hay que afligirse, pues asi como un predicador que logró enternecer á las viejas de su auditorio en una plática de semana santa dijo luego para consolarlas: «No lloren: no lloren, que lo que acabo de decir hace mucho tiempo que pasó, y puede que sea mentira:» tambien estoy yo en el caso de poder asegurar que no todos los que miran atrás lo hacen por el raro capricho de aumentar sus males presentes comparándolos con sus bienes pretéritos. Y aquí viene como de molde que saque yo mi tipo á la espectacion pública.

El *Anticuario* no pertenece á la época en que vive; y si admitieran parodia aquellas sublimes palabras *regnum meum non est de hoc mundo*, podria decir á su vez *vitam meam non est de hoc século*; y digo que *podria* espresarse asi porque para ello era necesario que supiera latin, y esto seria empezar exigiéndole demasiado. Es pues el *Anticuario* una partícula heterogénea del cuerpo á que está adherido, un sér estraño á la sociedad en que vegeta; es lo que en un vaso de agua una gota de aceite que conserva su forma y su color sin confundirse ni mezclarse con lo que la circunda; su espíritu vaga en las regiones de lo antiguo; emanan sus ilusiones de lo pasado; nútrese de recuerdos; pulsa cual puede todos los trastes del diapason de los siglos: aseméjase á la ley *aquilia* en que tiene los ojos en el cogote, al cangrejo en que camina hácia atrás; es en fin el verdadero retrógrado de la época, y á estar en su mano, poco seria detener la marcha del mundo, hiciéralo retroceder á las edades que hablando en términos eruditos ó de parte militar se pierden en la noche de los tiempos ó en la escabrosidad del terreno. Como todos los *Anticuarios* se parecen entre sí tanto como las bellotas de una misma encina, para dar á conocer á la clase basta retratar un individuo; y yo me propongo hacerlo asi, procurando que la exactitud del parecido sea tanta como si el retrato estuviera sacado al daguerreotipo.

El prójimo con quien vamos á habérnoslas nació al mismo tiempo que la revolucion francesa, pues la naturaleza sabia en todas sus creaciones, al levantar aquel terrible huracan, aquel recio torbellino que amagaba destruirlo todo y que hizo tiritar de miedo á cuanto existia, quiso descendiese al mundo un recolector de antiguallas, á fin de que si unos destruian las cosas el otro recogiera los pedazos. Figúratelo á tu antojo, lector amigo, soltero, casado, ó viudo. Si le supones soltero será porque no encontró ninguna muger que contase doscientos abriles; si casado porque creyó topar una que frisaba en ellos, y si viudo porque la mató

á pesadumbres en cuanto descubrió que no lo s tenia. Pero ya se conserve célibe, que es lo mas general, ya pertenezca á la cofradía de san Marcos, ya al gremio de los que matan á su consorte, y quedan con el suficiente seso para no contraer segundas nupcias, es condicion precisa que no tenga prole. Un niño en casa de un Anticuario seria una aberracion espantosa, un insoportable anacronismo. Por razones análogas, y que el lector penetrará sin duda, prodiga sus limosnas, cuando es caritativo, para el cuartel de inválidos ó para el hospital de incurables; pero echa un nudo mas á su bolsillo cuando le piden para el hospicio ó para la inclusa.

Así mismo te doy permiso para que te lo representes como mejor te cuadre, alto ó bajo, flaco ú obeso, segun Dios ó la naturaleza lo hayan hecho; mas no transijo respecto á lo de bien conservado, porque el artículo de conservar las cosas de otro siglo lo entiende *como nadie* (otro diria: *mejor que todos*) Te consiento igualmente, que aunque no seas sastre, lo vistas como gustes, con tal que le cales sombrero en figura de sorbete y le pongas chaleco con honores de chupa, le cuelgues de los hombros levita con grado de gaban, de los tirantes pantalones de campana, y nada de travillas, que ademas de ser estas de invencion moderna para que él las use, aun dado caso que lo intentara habia de armarse estrepitoso escándalo entre las dos últimas prendas de vestuario sobre el derecho de llevarlas; y nuestro amigo no lo es de las guerras civiles ni de las discordias intestinas. Ya que le tienes vestido de pies á cabeza no te dejes guiar por las apariencias para tacharlo de falta de aseo, pues si alguna vez le encuentras cubierto de polvo como sobrestante de obras, consiste en que apenas tiene noticia de un derribo, allá se lanza entre los albañiles y los escombros, por ver si surge de entre estos alguna momia ó cosa que lo valga, y espónese muchas veces á perecer entre cascotes como los filisteos contemporáneos de Sanson; y si adviertes su calzado sucio y gredoso como el de un agrimensor práctico, culpa será de lo mucho que frecuenta los vertederos de estramuros en busca de preciosidades, por aquello de que donde menos se piensa salta la liebre.

Así como el distintivo de un pirroniano es dudar de todo, el de mi tipo es creer á puño cerrado, no solo lo que le dicen, sino cuanto inventa ó délira, y si la fé ha de salvar á alguno, bien puede asegurarse que no ha de ser él quien vaya á ver la pata coja y el rabo largo de maese satanás. Su genial es calmoso como un *Omnibus*, y su lengua suelta y vivaz como un calesin en dia de toros; su memoria aunque no tan feliz como la de Orígenes que sabia desde la cruz á la fecha el antiguo y nuevo testamento, como un chico el yo pecador, ni como la de Xérxes que conocia nominalmente á los dos millones de soldados que componian su ejército (*relata refero*) todavia es suficiente para retener los nombres de todos los monarcas, capitanes, poetas y artistas que verificaron su tránsito por el mundo hasta hace dos siglos.

Aunque aficionado á la antigüedad y aunque vive fuera de nuestra época, no por eso se crea que es intolerante. Nada de eso; oye y escucha con paciencia

todas las opiniones que están conformes con las suyas; y al decir opiniones todos comprenderán que no hablo de las políticas, porque claro es que un *Anticuario* no puede tenerlas. Viviendo fuera de este siglo, ¿qué le importa lo que en él sucede? Quédense en buen hora estos cuidados para los que se ocupan del hoy ó cuando mas del mañana. Los que así piensan, genios apocados que no aciertan á salir de un círculo estrecho y mezquino, cortos de vista que no pueden dirigir lejos sus miradas, aves torpes que no se atreven á levantar el vuelo para contemplar lo que hubo en edades remotas, no merecen otra cosa que compasion.

«La noble antigüedad solo es sublime»

Y nuestro amigo lánzase en el intrincado laberinto de las cosas pasadas seguro, como él dice, de que no le faltará mientras viva,

ni papa que le escomulgue
ni rey que le mande ahorcar.

Como las etimologías estan tan enlazadas con la antigüedad, el *Anticuario* ha de ser por precision aficionado á ellas; y el que aquí voy retratando ha consagrado ante todo sus afanes á buscar la de su nombre bautismal. Llámase Pandolfo; y despues de complicados cálculos y de sinuosos raciocinios, entre los que con frecuencia salia á relucir la caja de Pandora, solo por empezar con las mismas letras, no pudiendo avenirse con que brotára la raiz de su ascendencia de aquel calamitoso instrumento, acaba por deducir que *Pandolfo* es voz corrompida de *Pindolfo*, y que sus mayores fueron oriundos de una aldea, sita á la falda del *Pindo*, militando despues en las falanges de los *Guelfos*. Por un método análogo procede en sus investigaciones, respecto á la fundacion de las ciudades, á sus pobladores, al sitio en que existian las que han desaparecido, y á los demas casos en que juega la etimología uno de los principales papeles. Partiendo de la base de que Roma tomó este nombre porque la fundó Rómulo, dice que Atila puso la primera piedra de Avila, que Numa dió el nombre por igual razon á Numancia, que Malaca fué descubierta y poblada por un malagueño, que Nabucodonosor desembarcó en el puerto de Navacerrada, que en las inmediaciones de Sahagun está el sitio donde se levantaba la gloriosa Sagunto; y con pasar un dia en Pozuelo de Aravaca se persuade de haber visitado el territorio que los pueblos Arevacos ocuparon, aunque la historia los colocó en los confines de la Celtiberia, no lejos de la moderna Soria.

Si por acaso se encuentra un *Anticuario* afecto á viages habrá surcado las rebeldes olas que separan á Palencia de Valladolid, y á Zaragoza de Tudela de Navarra. Cuando camina por tierra cabalga en poderosa pero vieja mula, y á cada tropezon del cuadrúpedo se apea por si topa algun escombro de insigne monumento. Tal vez recorriendo el espacio en que Guadiana serpentea oculto alcanza á ver en la llanura una leve cima coronada por algun pedernal imperceptible para ojos menos escrutadores y penetrantes que los suyos, y desde luego dá por seguro que pertenece al minarete de una mezquita ó á la cúpula de una sinagoga que allí descollára en otro tiempo y en el recinto de una ciudad con mil puertas que cegó el curso del rio al sepultarse por consecuencia de un terremoto.

Pero todo lo que sea examinar al *Anticuario* fuera de su casa es andarse por las ramas, ó por mejor decir es buscar el corazon en los talones. En su casa y solo en su casa es en donde ha de considerar á mi tipo el que quiera conocerlo por entero. Disponte, amigo lector, para entrar en ella, pero con la indispensable circunstancia de que has de permanecer serio como general que hace una declaracion de estado de sitio, grave como rector de doctrina, silencioso como devoto en las cuarenta horas, preparado á sofocar la risa dentro de tus labios por grandes que sean los dislates que de los suyos salgan, y pronto á confesar que crees cuanto te dice, por mas que la razon y la historia se *pronuncien* en contra. Con estos preparativos puedes ya entrar en la mansion enciclopédica, en el arca de Noé de cosas inanimadas, en el valle de Josafat de objetos movibles, en la *vera efigies* de la mas completa anarquía, en la casa en fin del *Anticuario* que no contento con franquearte generosamente la puerta llevará su condescendencia hasta el punto de servirte él mismo de *Cicerone*, esplicándote artículo por artículo cuanto ha podido recoger en sus repetidos y minuciosos paseos por el rastro y por las prenderías.

« Se jacta la armería real, te dirá, por ejemplo, de poseer en la espada de Pizarro el primer oro estraido de las minas del Perú, vanagloriase la catedral de Toledo de tener en el viril de su custodia la primera porcion que de dicho metal vino de las Américas; pero aqui vé Vd. el primer oro que se sacó de las minas de Ofir, antigua casa solariega de la familia del célebre Orfila, segun la relacion que entre uno y otro nombre existe. En el monasterio del Escorial se conserva una hídria ó ánfora que sirvió en las bodas de Canaan, pues yo poseo en ese vaso un poco del agua convertida entonces en vino, y que á fuerza de siglos va volviendo á su primitivo estado; y el vaso es nada menos que el que sirvió para que suministráran al príncipe de Viana un veneno de órden de su madrastra, que al fin murió de un cáncer, y por cierto que si diera yo con ese cáncer, lo habia de pagar á peso de plata, porque me gusta tener las cosas correlativas.»

Probablemente no darias en tres semanas con el mérito que el *Anticuario* atribuye á un cuarto segoviano que te enseñará con mucho énfasis; pero oigámosle: «Este es uno de los óbolos que los antiguos ponian á los muertos debajo de la lengua para que pagasen la travesia del Letéo; y no fué poca mi fortuna en hallarlo una tarde cerca del campo santo de la puerta de Toledo.» Si en la moneda descubres el año de su acuñacion, y crees coger en renuncio y confundir al *Anticuario* te equivocas, porque cuando tú le digas «¿Ve Vd. aqui estos números que sin duda indican que este óbolo se hizo en 1648?» Te contestará él con todo el aplomo y toda la decision de un dómine. «Sí señor, del año 1648, pero es de la creacion del mundo.» A esta asercion nada te quedará que contestar.

En seguida te mostrará una herradura que se le cayó al caballo de Santiago en la batalla de Clavijo al dar una coz al de Mahoma, con quien tuvo que habérselas cuerpo á cuerpo, porque tambien este quiso salir á la defensa de los

suyos. Cerca de esta herradura estarán unos anteojos descomunales y redondos que dice haber servido al viejo Tobias. Y concluirá la relacion de esta sala enseñando un gran barreño donde tiene reunidas arenas de todos los rios del mundo desde el Jordan hasta el San Lorenzo, desde el Ródano hasta el Manzanares, desde el Tiber hasta el Nilo; mas si las tales arenas tuvieran el don de la palabra denunciarian en alta voz su procedencia y clamarian por volver á San Isidro del campo de donde fueron traidas á la corte en un miserable esportillo.

Constitúyete luego en el salon á que dá el nombre de *Armeria*, y alli verás infinidad de objetos tan raros como su dueño, ya esparcidos por la estancia, ya colocados en forma de trofeos; pero no des asenso á tus ojos sino á tus oidos, porque aquello que parece una albarda maragata es la que usó la celebrada burra de Balan; el sombrero de tres picos que se presenta en figura de quechemarin sirvió para cubrir la cabeza al rey que rabió; un coleto de charro salamanquino es una de las primeras lorigas que usaron los romanos; aquellos estribos que en tu concepto han podido pertenecer á un párroco de aldea son los que llevaba Escipion en el sitio de Troya; ese clarin de llaves que le vendió un músico de Luchana es la impertérrita trompa de la fama. Bien ageno estarás tu de creer que la escopeta de piston que yace arrimada á la pared y el espadin de escribano su vecino son la carabina de Ambrosio y la espada de Bernardo; y todavia te sorprenderá mas reconocer en la divisa de un toro de Veraguas la banda de don Palmerin de Inglaterra, y en la cabeza disecada de un carnero uno de los arietes á cuyo golpe cayeron los muros de la ciudad santa. Esa marmita de batallon que ves en medio del suelo es una de las famosas ollas de Egipto; lo que te parece una garrocha de baquero es el robusto lanzon de don Quijote; ese guarda-brazo sembrado de cruces fué la cimera de Almanzor; aquella celosía de alambres el arpa de David ó la lira de Orfeo; y finalmente aquel pedazo de lona, que tu jurarias haber podido servir para traer de Galicia envuelto un fardo de vivero, es la gavia del buque en que los primeros argonautas fueron á la conquista del bellocino de oro.

Falta todavia que examinar otra seccion que es acaso la que mas riqueza contiene de cuanto en casa del *Anticuario* existe: esta es la condecorada con el pomposo título de *Museo de pinturas*. Alli encontrarás lienzos colosales suciamente embadurnados, y que á juicio de algunos valen hoy menos que cuando salieron de la tienda del mercader: el mas pequeño de ellos no baja de seis pies de altura por cuatro de ancho ó *viceversa*, porque su poseedor no ha podido jamás llegar á convencerse de que ningun artista célebre haya empleado sus pinceles en cuadros de menor tamaño, ni aun para formar sus bocetos. En frente de la puerta de este salon se vé un disforme mamarracho, que pudiera pasar sin grande esfuerzo por obra de Orbaneja. «Vea Vd.; vea Vd., te dirá señalando al tremendo chafarrinon. Ahí tiene Vd. un retrato de Felipe V, hecho por el Ticiano (cuidado con reirse, porque si la historia dice que el pintor murió un siglo antes que naciera el monarca, la historia se

equivoca) Repare Vd. ese colorido de la escuela veneciana; ¡que ropas esas! ¡qué actitud! qué semejanza! Es un tesoro inapreciable.» Si dudas de la verdad de sus espresiones, ó si tu franqueza se resiste á confesar lo que no crees, echará la culpa á la luz, cerrará el balcon, lo abrirá de nuevo gradualmente y en muchas veces, y despues de mil viajes de este al cuadro y del cuadro al balcon, cuando crea perfectamente proporcionada la claridad prorumpirá en mayores admiraciones y alabanzas. Pero acaso no baste esta nueva prueba para vencer tu incredulidad y obligarte á que reconozcas la obra del Matusalen de los pintores: entonces el *Anticuario* te cojerá de la mano, y conduciéndote con aire entre misterioso y triunfante á la inmediacion del cuadro, y mostrándote en él unas letras formadas con albayalde ó con betun de zapatero, y tan mal trazadas como la figura, te dirá con tono sarcástico: «Lea Vd. ese letrero señor incrédulo.» Alli se lee *Feliciano*, nombre sin duda de algun pintor de brocha gorda que se metió (no importa saber la época) á emborronar lienzos contra la voluntad de Dios y de las artes; pero el *Anticuario* que todo lo convierte en sustancia arqueológica, dá la siguiente interpretacion del susodicho vocablo: «eso quiere decir F. *fecit Liciano* ó *Ticiano* que no hemos de reparar en que la *t* tenga ó no travesaño,» A tan concluyente esplicacion nadie puede ya replicar lo mas mínimo.

Mostrarte ha luego un pais portentoso, en su boca, aunque á despecho de tus ojos, y solo porque acierta á encontrarse en él un rosal florecido, atribuye la obra á Salvador Rosa, que vive Dios era tan aficionado á flores y cosas amenas como Mahoma á los jamones de Avilés y al tinto de Valdepeñas.

Situándose luego nuestro hombre en el centro del salon, y asiendo una caña larga, que dice ser la que sirvió á San Pedro para pescar antes que dejára el oficio, te esplicará uno por uno todos los cuadros que cubren las paredes de la sala. El retrato de un torero será Felipe II vestido de majo; Garcilaso de la Vega aparecerá bajo la forma de un fraile benito anciano y achacoso; Andrea Doria con uniforme de resguardo; un moro tuerto será el retrato de Tarif, y á no ser por el traje te lo presentaría como el del hijo de Filipo de Macedonia; pero pondrá el colmo á sus anacronismos tremendos, á sus heregías artísticas, y á sus terribles calumnias diciendo que un cuadro, que tal vez quiere representar á Adan y Eva en el paraiso, es el retrato de los reyes católicos pintados al natural por Mengs. Escusado es decir que todos los lienzos que alli existen estan firmados por los maestros de todas las escuelas, verdad es que la mitad lo fueron el dia antes que el *Anticuario* los comprára, y la otra mitad al dia siguiente de haberlos adquirido, que á no ser asi mal podria comprenderse que á la vuelta de cada esquina encontrára mi hombre hoy un Dominiquino, mañana un Herrera el viejo, al otro un Correggio, y asi sucesivamente las obras de los autores mas raros y de mas mérito. Pero debo añadir que si los pintores cuyos nombres aparecen en los cuadros pudieran levantar sus cabezas y mirar lo que les atribuyen, volveríanse precipitadamente

á los sepulcros por no verse tan atrozmente injuriados y con tanta injusticia cubiertos de baldon.

Hasta aqui, amigo lector, el tipo general, el carácter distintivo de la clase; pero justo é indispensable es confesar que entre sus individuos suelen encontrarse algunos de juicio claro y de imaginacion despierta; mas sin embargo de estas dos circunstancias acontéceles lo que á don Quijote, que se mostraba cuerdo y sesudo en todo género de materias, y solo perdia los estribos de la razon cuando se tocaban los puntos de la andante caballería. Asi los *Anticuarios* con juicio (perdóneseme el violento enlace de estas palabras) discurren atinados en cuanto á nuestra edad concierne; pero en hablándose de cosas de los siglos que pasaron bamboléanse en la silla del entendimiento, y asómase á su boca y á sus ojos la infausta monomanía que por donde quiera los persigue.

Como es posible que si hasta ahora no has tropezado real y verdaderamente en el mundo con un *Anticuario* te halles con él algun dia de manos á boca, quiero repetirte aquel consejo de que no le repliques ni pongas duda en nada de cuanto te diga, porque sobre ser esto causa de que te tenga por un ignoranton y te profese un odio eterno, lo será tambien de que comience á revolver papeles, y te presente testimonios inmensos de escribanos en justificacion de sus asertos. Si se trata de unas tablas que dice haber servido de tálamo en la boda de Tetis y Peleo, y no das entero crédito á sus palabras, sacará un proceso de papel sellado en el que estará escrita la historia mitológica de aquella madera, dando fé y firmando el testimonio algun Pedro Fernandez, escribano de Zalduendo que tal vez fué el mismo que se las vendió.

Esta circunstancia te pone en el caso de poder hacer del bolsillo del *Anticuario* un objeto provechoso de tus especulaciones. Llévale, por ejemplo, un pergamino que haya servido de forro á algun Flos Sanctorun, y con que le presentes un certificado que tú mismo puedes hacer, seguro de que el comprador no ha de reparar en la forma ni en la letra, lo tomará por uno de los ejemplares del voto de Santiago, y despues que le haya adquirido dirá magistralmente que los agujeros que el encuadernador hizo en el pergamino para sujetarlo al libro sirvieron para colgar los sellos de plomo que en otro tiempo atestiguaron su autenticidad.

Algunos *Anticuarios* hay que se dedican á recoger autógrafos de personajes célebres, y estos son una mina rica y abundante. cuyo filon está siempre al alcance de quien aspira á explotarla. Si sabes de alguno que compre este género puedes llevarle, sin riesgo de que ponga la menor duda, un escrito chino ó japonés por el libro de los Cantares, un papel con notas taquigráficas por el Alcoran que escribió el apóstol de los musulmanes, el libro de paja y cebada de un meson por las cuentas del Gran Capitan. Pero para que lo compre es indispensable que acompañe á estos autógrafos algun testimonio, alguna semi-prueba, que si para el vulgo, es decir, para los que no somos anticuarios, estos testimonios valen tanto como las bulas para los difuntos y las indulgencias

para los protestantes, para un *Anticuario* son aquellos documentos otros tantos artículos de fé, de cuya veracidad no es posible dudar.

Para que los lectores de este artículo no crean que no hay verdad en cuanto acabo de esponer retratando al *Anticuario*, séame permitido citar aquí un hecho positivo que probará no estar recargados los colores. En 1616 (y nótese de paso que hasta el tipo del *Anticuario* es muy antiguo) se vendió en Londres un diente del célebre Newton en la friolera de 700 libras esterlinas, ó lo que es lo mismo unos 62,000 rs. y á los pocos dias se anunciaron en venta como otros 800 dientes del famoso físico que debió tener unas mandíbulas descomunales y una boca con mas andanadas que las de un tiburon; porque no hay que dudar de la certeza de que todos aquellos dientes le habian pertenecido, mediante á que cada uno de ellos llevaba su testimonio. Y lo mas estraño es que segun publica la fama todos aquellos dientes se vendieron, aunque no á tan subido precio como el primero.

Antes de concluir, y en agradecimiento, amigo, benévolo y cachazudo leyente, de haberme seguido hasta aquí, quiero darte un consejo que puede servirte de grande utilidad. Si tratas á algun Anticuario puedes llevarle sin temor ninguno á tus visitas y galanteos, porque como nunca falta al lado de una jóven una vieja que estorbe, tu compañero, en tanto que tú te entretengas con la niña, cuidará por instinto y aficion de entretener á la anciana, que para él solo hay belleza donde hay antigüedad.

MANUEL D. ILARRAZA.





EL APRENDIZ DE LITERATO.



GNORO carisimos lectores, si tendré la suficiente habilidad para trazar fielmente el tipo cuyo titulo teneis á la cabeza; porque para trazar un tipo se necesita, no solo habilidad, sino cierto descaro, un corazon franco, poco miedo y... no mucha conciencia en mi concepto. Tener un verdadero conocimiento del carácter del tipo á quien se retrata con la pluma (instrumento muy semejante al pincel, pues como él, unas veces saca exacto el parecido y otras hay que poner abajo *retrato de fulano* para conocerlo, segun quien la maneja.) Tener ese mismo conocimiento de sus costumbres, trages, ocupaciones, etc. etc.

Ignoro tambien si me se tachará de fastidioso y exagerado; porque en estas dos faltas es muy fácil incurrir por dos razones: la una porque hay ciertos lectores demasiado exigentes, que todo les fastidia, que en todo encuentran aumento y exageracion. (Suelen ser estos regularmente, los mordidos por el implacable aguijon de los escritores) y la otra porque los escritores poseen con efecto, aunque no todos, estas relevantes cualidades. (Tal vez sea yo de este número.)

Ignoro en fin, si acertaré á llenar todos vuestros deseos. Este es el punto mas dificil por la sencilla razon que todas las personas no tienen el mismo gusto, ni el mismo modo de pensar; y en esto de llenar todos los deseos debe uno andar con mucho tiento, sobre todo cuando escribe articulos de costumbres, y retrata



fiel ó infielmente caractéres, pues á los individuos á quienes toca alguna parte, suelen llegarles estas descripciones á lo mas vivo del corazon y del amor propio. Para escribir estos retratos se necesita un tacto... pero ¡qué diablos!.... los que lean esto creerán que es el prólogo de un *arte de hacer tipos*, y seguramente que ni es esa mi intencion, ni me ha pasado por las mientes semejante idea. Dios quiera que yo salga bien librado!... en fin, no sé si sabré hacer lo que en mi vida he hecho... y sin embargo, lectores mios, no abandono por esto la empresa.

A pesar de cuanto he hablado tengo para mí que algunos enemigos me acarreará este ligero articulito, y que muchos me aborrecerán sin conocerme, porque las tres cuartas partes de este pícaro mundo se compone de aduladores, y la restante de personas que gustan ser aduladas; que comen y engordan con la adulacion; porque seguramente esta es tan dulce como el caramelo, y la verdad franca y pelada, tan amarga á veces como la hiel. Pero tampoco por esto me desvío de mis intentos. Por tanto escuchadme con atencion que voy á comenzar, sino hablando *como un libro*, á lo menos como hablan las *Entregas de los Españoles*.

En la época en que vivimos, *época brillante*, (á pesar de ser la de las revoluciones) abunda, mas que ninguna otra, el *Aprendiz de literato*. Este se ha hecho tan comun que en todas partes se halla. En los paseos, en los cafés, en los teatros, (cuando es aprendiz que puede gastar 12 rs. y 8 mrs. en una luneta, ó 6 con 8 idem en una galería). En fin, es tan general que las dos terceras partes de los jóvenes del dia cultivan este *sublime arte*.

A los 12 años comienza el objeto de nuestro tipo (despues de haber aprendido á leer medianamente, y cuando empieza á escribir *en falsilla*) á dar muestras de sus disposiciones. Se ocupa en leer las poesías de Zorrilla ó Espronceda, y en poner en la cubierta de la *Escuela de moral* ó del *catecismo* del abad Fleuri los modernos y escelentes versos

Si este libro se perdiese,
Como suele suceder, etc.

alterándolos á su manera y acondicionándolos á su nombre y circunstancias como por ejemplo:

Es de Juan Antonio Fernandez
que lo quiere para leer.

De esta y otras varias maneras vá haciendo rápidos progresos, y es tanta la aficion que tiene á la poesía que suele quedarse sin comer en la escuela seis veces á la semana por haber preferido hacer *un ciento de cuartetas* á estudiar la leccion de gramática, innecesaria segun su sistema.

Si el padre del susodicho es un hombre medianamente racional, se desazona todos los dias al recibir las continuas quejas del maestro por su desaplicacion, y dirige al muchacho justas reprensiones; pero este no hace caso de ellas, y ni el castigo ni las amonestaciones son suficientes á hacerle desviar ni un ápice de

la senda que con tanto entusiasmo ha elegido: lo único que suele responder á su padre cuando este le hace dulces reflexiones, es:

—Papá, yo he nacido para poeta y no sé por qué quiere usted contrariar mis inclinaciones. Inútil es, pues, que yo estudie, porque para ser *poeta* ó *literato* (que segun él es una misma cosa) no es necesario estudiar. El poeta nace y lo demas es cuento.

El padre suele responder á esto asentando la pun ta de su bota en las nalgas del precoz *aprendiz*, ó cuando menos dándole un fuerte pescozon. Pero cuando es un padre (que como hay muchos) tiene sus cinco sentidos en su *hijo único*, y no tiene todo lo de Salomon, se regocija y se le cae la baba al contemplar á su hijo hilando una *décima* ó un romance, y le cree mas sábio que el *Tasso* ó que el *Petrarca*: accede á las súplicas de su hijo, le quita del estudio de las matemáticas, en el cual ha hecho muy pocos progresos, y le zampa en una oficina cuando apenas ha cumplido quince años. ¡Entonces sí que el muchacho se encuentra en su elemento! Con la pluma en la mano, un cigarrito de papel en la boca (para darse tono) y embadurnando papel á troche y moche. Escribe sus versos en casa *las horas que tiene libres*, y aun en la oficina suele hacer alguno que otro *en los ratos de descanso*. Hasta esta época de su vida sus composiciones son dedicadas á su papá en sus dias, á su mamá idem, y todo lo demas á unas cuantas chicuelas de su edad á quienes *hace el amor*. Pero ya van pasando dias y dias y su *ambicion de gloria* vá aumentándose con la edad. Ya no se limita á componer décimas á su papá, ni cuartetas para *las novias*, ni otros varios versos que hacia anteriormente con el mismo objeto á todos los que lo solicitaban. Ahora las *orientales* y los sonetos sustituian á las décimas y las cuartetas, y ansiaba ya ver su nombre en letras de molde. Tiene por fin una ocasion de insertar una composicion suya en un periódico y entonces su satisfaccion no tiene límites. La víspera de su publicacion no duerme de impaciencia. Amanece por fin, y vuela á la imprenta para que le dén un ejemplar, porque el repartidor lo lleva á su casa demasiado tarde. Corre con el periódico en la mano y conduciéndolo como en triunfo. Se pára á cada momento y lo lee. Vá repitiéndolo por la calle de memoria. Mira y remira cien veces su nombre para cerciorarse si está completo y si tiene cabales todas sus letras, y por fin llega á su casa. Si sus *amados papás* están todavía en la cama los despierta para enseñarlos su primera produccion impresa, y grita lleno de júbilo:

—Sí, míralo bien, está en letras de molde..... y mi nombre con todas sus letras... y todo el mundo lo leerá, etc., etc., etc.

Sus amados papás lo leen tambien y le toman la cara sonriéndose.

—Vas á ser un gran poeta, le dicen.

—Ya verán Vds. si me hago célebre. ¿Y sabes papá que ya tengo relaciones con Breton de los Herreros, y que ya he hablado un ratito con Ventura de la Vega?

— Si? me alegro, hijo mio; esos *distinguidos literatos*, te pondrán en carrera.

Así se va pasando el tiempo y con él los años de nuestro *Aprendiz*. Cada

dia que pasa crece su entusiasmo poético y su ambicion. Cambia de aspecto, de trage, de costumbres, de carácter y aun de figura. Su aspecto antes natural, risueño y nada chocante, ahora es un tanto feroz, triste y original: su trage antes sencillo pero bien ordenado, ahora se compone de un jaique puesto á la *negligé* sin abotonar; de un pantalon ancho puesto con mucho *descuido*, sin tirantes y sujeto á su cintura por un voluminoso cordon de seda que remata en dos colosales borlas; la corbata con un nudo flojo y mal hecho, dejando tremolar sus puntas como la bandera del *congreso de diputados*; y últimamente, unas largas y *descuidadas* melenas que ondean tambien á manera del *pabellon nacional*. Sus costumbres antes diabólicas y *amuchachadas*, ahora son austéras. Su carácter antes dulce y alegre como el ruiseñor en la primavera, ahora es áspero, desabrido y melancólico. Siempre con los ojos clavados en tierra, moviéndolos alguna vez para dirigirlos al cielo. Siempre con el dedo índice sobre la frente: siempre marchando con desigualdad y desconcierto. Por último, he dicho que hasta su figura era diferente, porque antes era grueso, colorado y rollizo, y ahora es seco, pálido y lánguido como la flor marchita por el *impúdico rocio* de un perro atrevido é insolente. Todo es languidez y *desgalichamiento* (como dicen los gitanos). Su figura afectada para parecer interesante, suele sin embargo ser... muy tirana.

Ya se va acostumbrando *mi Aprendiz* á ver publicadas sus composiciones, porque como *todo se imprime* se imprimen tambien los versos de este *interesante* individuo. Si va por la calle contoneándose, pensativo y con los ojos bajos como ya hemos dicho, dándose toda la importancia susceptible de un *poeta*, y si encuentra un amigo que le pára para hablarle le responde con aire tónico.

—Chico, no puedo detenerme, pues hoy tengo que hacer mas que nunca. A Dios.

—Pero escucha, tanta prisa tienes?

—Mucha.

—A que hora estás en casa?

—Es muy dificil encontrarme en ella. Figurate que la mayor parte de los dias tengo que corretear todo Madrid: á la oficina, á la redaccion del S.... á casa de Garcia Gutierrez, á hacer una visita, ó bien á Harcembusch, ó bien á Gil y Zárate que me aprecia en estremo.... y luego esta noche voy á ver que tal es la comedia de mi amigo Asquerino.

—Hombre, sabes que ese Asquerino es muchacho que lo entiende? Tiene gran disposicion.

—Cá! nada de eso....todo es superficial. Conque á Dios.

—Ya nos veremos por ahí.

—Sí, ves á buscarme á la oficina.

Aquí se separan los dos amigos: el uno creyendo que nuestro Aprendiz sabe mas que Martinez de la Rosa, y el otro por su parte creyéndolo tambien á sí mismo.

El Aprendiz de literato suele aborrecer por lo comun á todos sus colegas,

los desprecia porque los cree *pigmeos* á su lado; asi es que cuando lee alguna composicion ó ve alguna comedia de los demas dice como de Asquerino:

—Qué cosa tan mala!... cuántos defectos!... y todo este talento es *mera superficialidad*.

Ya dice que no hay poesia en las obras que él no hace; ya que no tienen buen castellano; y es de advertir que si se le manda conjugar un verbo ó declinar una palabra, ó decir cuántas son las partes de la oracion, seguramente que se queda atollado como las ruedas de un carro cuando atraviesan un lodazal; y sin embargo de esto es indecible su amor propio.

Pero cuanto llevamos aquí referido no es nada en comparacion de lo que queda por referir. La penúltima época de su carrera poética es la mas digna de atencion. Como que por lo regular al *Aprendiz de literato* le da el fuerte por lo trágico y sublime, y muy pocas veces por lo jocoso. Cuando llega á esta época, el *Aprendiz de literato* ya no se tiene sino por *múy* maestro, y se lanza á una nueva empresa. ¿Pero qué empresa creen Vds., carísimos lectores, que acomete nuestro orgulloso *paladin poético?* Ya lo habrán Vds. adivinado sin duda alguna; pero lo diré sin embargo. Este genio intrépido, genio que todo lo allana sin reparar en pelillos; va á componer una tragedia. Pero no crean Vds. que su obra tiene un argumento sencillo y de fácil desenlace. No; elige el que le parece de mas espectáculo. Regularmente supono la accion en tiempo de los moros. Emprende una verdadera *tragedia de tramoya*. Cinco actos y dos ó tres docenas de interlocutores (sin contar moros, cristianos, guerreros, pueblo, cortesanos, esbirros, verdugos, etc. etc. etc). Pero nuestro *Aprendiz* tiene tanta *vena*, tanta facilidad de componer que en seis dias concluye su tragedia, que para hacerla de moda la precede de un largo é interesante prólogo. Una vez concluida la coge con entusiasmo y la conduce al teatro del Príncipe sin consultar con nadie; entrégasela al empresario del teatro, mediando regularmente y sobre poco mas ó menos entre ambos el diálogo siguiente:

—Beso á V. la mano.

—Para servir á V.

—Vengo á dar á V. esta tragedia por si le parece que podrá ponerse en escena.

—Hombre una tragedia! Y tan jóven... mucho emprender es.

—Y qué quiere V?... Hace uno todo lo posible por adelantar... por adquirir reputacion.

—Está bien. (luego examinando la cubierta) Cinco actos y precedida de un prólogo! Esto debe ser eterno.... y luego en verso y prosa....

—Mucho espectáculo sobre todo.... pero ofrece bastante interés....

—Bien.... en fin, allá veremos. Se leerá y.... puede V. pasarse por aquí á principios del mes que viene.

—Está muy bien; beso á V. la mano.

—Beso á V. la suya.

Y aquí nuestro *Aprendiz* sale de la casa y se dirige á la suya muy satisfecho.

Dá cuenta á *sus papás* del paso que acaba de dar, y estos se muestran muy complacidos al pensar que su hijo puede hacerse célebre con sus obras literarias.

En cuanto al último no diré mas sino que su tragedia le desvela indeciblemente y que cada dia que pasa se le hace un siglo. Ya se le figura ver anunciada su obra en los carteles con el epíteto de *original de un jóven de corta edad*; ya que está en el teatro ocupando con su familia un palco principal, ya que se levanta el telon y que desde el principio el público empieza á dar muestras de aprobacion. Que se acaba el prólogo entre bravos y palmadas, y que corre presuroso entre bastidores á conversar con los actores, causando admiracion y envidia. Que á tal ó cual escena los espectadores aplauden con entusiasmo, é informados de quien es el autor todos dirigen hácia el palco sus satisfactorias miradas; y en fin que concluye la tragedia entre aclamaciones, aplausos y voces de *¡el autor!* y que saliendo á las tablas le arrojan coronas y ramilletes de flores, llegando el entusiasmo hasta el punto de desprenderse las señoras sus alhajas y joyas para arrojárselas á la escena. Estas y otras muchas ideas (que si se fuesen á citar no bastaria un volumen en fólio para ello) agitan constantemente la imaginacion del *Aprendiz*, que repite hasta en la cama algun trozo favorito, como el que sigue, de su admirable obra dramática.

Un tiro de caballos te presento
De lo mejor, señor, que se conoce.
Gran Soliman, admítelos contento
Que son de casta rápida y veloce. (1)
Ellos te ayudarán al escarmiento
De tu enemigo bárbaro y feroce,
Al cual le traerás como *Ecce-homo*
Sujeto y amarrado sobre el lomo.

En esta octava real, una de las mas hermosas de su *colosal tragedia*, se deja traslucir el castellano mas castizo y la gramática mas refinada; y su autor ansia oirla de boca del actor con toda la energía de que es susceptible.

Llega por fin el dia que tiene fijado para escuchar su sentencia, y despues de acicalarse y componerse, parte velozmente *á su negocio*. Sube la escalera con el corazon palpitante y el alma en un hilo; llama, entra y saluda á *su juez* con afectacion.

—Amigo mio, (le dice este meneando la cabeza) su obra de V. ha sido altamente desaprobada.

—¡Altamente desaprobada! dice el jóven con balbuciente voz, y pálido como la muerte, Y cómo?...

—Es muy inverosimil.... y luego tiene un lenguaje...!!!

—Pues el lenguaje esta todo sembrado de *flores retóricas*....

—Sí, tendrá todo lo que V. quiera; pero el voto de los inteligentes....

(1) Es tan aficionado á estas licencias poéticas, que las desmenuza con profusion en todos sus versos.

—Oh! Yo lo respeto mucho. Pero es una obra de un género particular y tal vez.... En fin, puesto que ese es su parecer no hay mas que conformarse.

—Ah, es claro; y que esto sucede muy frecuentemente aun á los mas *esperimentados literatos*. Por lo tanto no hay que desanimarse. Ahí tiene V. su original.

—Pues señor, gracias por la molestia.

—No hay de qué; es nuestra obligacion.

—A la orden de V.

—Páselo V. bien, caballerito.

Y el mismo que dias atrás llevaba en la mano con aire de triunfo la obra que él creia *sin igual*, sale de la casa mohino, cabizbajo y pensativo. Sin embargo, los movimientos que le agitan son movimientos de rabia, de furor y de despecho; porque no solo no conoce el poco mérito de su obra, sino que crée que los que se la han reprochado han obrado así por ignorancia y por envidia; últimamente nuestro aprendiz está intimamente persuadido que su tragedia vale mas aún que el *Pelayo* de Quintana. Así es que á los mismos á quienes antes habia dicho: —Tengo una tragedia dada al teatro; ya te daré billetes para que vayas á verla, ahora les dice.—Chicos, no me pregunteis nada sobre este asunto. *Ni hay en Madrid cómicos que la desempeñen*, ni *los literatos del dia* tienen *el suficiente talento* para darla *la calificacion que le corresponde.*

Esta es la opinion del *Aprendiz de literato* en semejantes casos. Jamás conoce sus yerros, jamás sus defectos, y cree, que lo que varios hombres sensatos le dicen relativo á que *sin el estudio nada se consigue*, es una solemne necedad, porque los poetas cuando vienen al mundo vienen ya estudiados y poseidos de lo que llaman *vena*, y en disposicion de componer un *poema épico*. El que nace con esta necia y ridícula vanidad, la conserva por desgracia hasta la muerte, y así abundan tanto los *Aprendices de literato*, y hay tantos que se dan ya por *oficiales* sin saber la gramática castellana, ni el significado de la vigésima parte de las palabras del diccionario de la lengua, porque componen cuatro versos de mala muerte que se imprimen *porque todo se imprime*.

En suma, *el Aprendiz de literato* es la plaga de España en la época en que vivimos, y que contribuye no poco á que se vea tan ajada y marchita la literatura española.

¿Y en qué acaba el *Aprendiz de literato*?.. ¿Alguno de mis lectores se figura acaso que el tiempo le hace ducho? Nó; el tiempo lo que hace es darle á probar continuos desengaños, al cabo de los cuales se convence (no siempre) de que ni ha nacido para *poeta*, ni ha estudiado para *literato*. Si se convence de esto abandona *el arte sublime* que tan fácil le pareció en otro tiempo, y oculta todo lo posible que hubo una época en que hizo versos contando las sílabas *por los dedos* ó medidos con la *vara* para este efecto; viviendo como puede; es decir, sin que cuando le falta se le pase ni remotamente por la imaginacion el volver á ser *literato* ó *poeta* para ganar con que mantenerse. Esto hace el *Aprendiz* arrepentido.

Si por el contrario no se arrepiente ni se convence (á pesar de los mortales y repetidos golpes que ha sufrido) de su poca inteligencia, ó por mejor decir, de que no sabe una palabra *de nada*, viéndose ya sin recursos para vivir y maltratado de las *musas*, denigra á estas hasta el punto de dar á vender *á dos cuartos* sus dulces y celestiales inspiraciones, empleadas en *tiernísimos trovos nuevos para cantarlos con acompañamiento de vihüela.* Estos comunmente se dividen en primera y segunda parte ó sea *finísimas quejas de un galan á su dama y la espuesta que le dá ella*; teniendo ademas su correspondiente *estribillo*, que puede cantarse *en coro* si se quiere. En cuanto á la armonia de los versos no hay nada que decir; y para que Vds., carísimos lectores, se convenzan de que seria poco todo elogio, ahí vá para concluir, una parte aunque pequeña, de los *trovos* que ha concluido hace unos dias cierto *Aprendiz* para que se impriman y vendan *á dos cuartos*; pero como aun no han visto *la luz pública*, ni oido los penetrantes y estentóreos gritos de los *honrados ciegos madrileños*, se lo ofrezco de todo corazon á mis lectores como una verdadera novedad.

Hermosa del alma mia,
Dueño de mi corazon,
Junto á mí eres agua fria
Y yo encendido carbon.
Ven para que se apague
Tanta candela
Por que el rio sonante
Poca agua lleva.
Un tronco de cuerpo tienes
Que deja por tí rendido;
Por tí de amores perdido
Cuando te vas y te vienes
Tienes cada carrillo
Como una bomba
De aquellas que cayeron
En Barcelona.
Dicen que Medusa tiene
Serpientes y no cabellos;
Y á mí me roen el alma
De tus ojos los destellos.
Quítame la cadena
Que por tí arrastro
Para que á tí me llegue
Pegando un salto.

Estos magníficos y armoniosos fragmentos acabarán de dar á conocer á mis lectores todo lo que vale el *Aprendiz de literato*, y conocerán tambien que su fama no debe quedar oscurecida; todo lo contrario, debe pasar á la posteridad, para que *los Aprendices futuros* tomen ejemplo de *los presentes*, y las generaciones se

trasmitan unas á otras la *vena sublime*, el *gusto poético* y las *divinas inspiraciones* para los *trobos*, por todos los siglos de los siglos.

Alguno habrá que al leer la firma de este insulso y mal pergeñado artículo, y conociéndome, dirá no sin algun fundamento, que yo tambien soy *Aprendiz de literato*; pero debo advertirle, despues de darle *la razon*, que hay dos clases de *aprendices*: la una es la que acabo de bosquejar, y la otra, á la cual pertenezco, me la callo, porque habria mucho que decir sobre el particular; y seria muy poca mi modestia si despues de haber fastidiado tanto á mis lectores con la poquísima gracia de mi artículo,

me espusiera de nuevo
á hacer un mal retrato
delsegundo *Aprendiz de literato*.

LUIS LOMA Y CORRADI.







EL CONTRABANDISTA.



CARGA pesada se echa sobre sus hombros quien intente pintar un tipo tan general, tan diverso, tan multiforme; pero al mismo tiempo tan profundamente original como aquel cuyo nombre vá al frente de este artículo. Por de contado que la obra sería enteramente imposible si se hubiesen de representar las diferentes variedades del Contrabandista español, y hacer mencion de todos los hábitos, mañas, arterias con que se sustenta y vive á costa de la hacienda pública y del comercio de buena fé. El contrabando se propaga tan maravillosamente en nuestro suelo, gracias á cierto abono que llaman *Arancel* de una virtud sin igual, que describir la marcha y los progresos de esta planta indígena, seria retratar la historia de toda nuestra administracion pública y privada, de todo cuánto se dice y hace el ramo de las rentas públicas. ¿A dónde iriamos á parar si hubiésemos de esplicar uno por uno el *Contrabandista-ministro*, el *Contrabandista-embajador*, el *Contrabandista-intendente*, el *Contrabandista-escribano*, el *Contrabandista-oficial de rentas*, el *Contrabandista-general*, el *Contrabandista-carabinero* y los otros individuos de este nuevo género del reino vegetal que se le escapó á Linneo, y que merece sin embargo llamar tanto la atencion de los hacendistas botánicos? Vamos pues á reducir la cuestion á fin de proporcionarla á nuestras débiles fuerzas, y concretémonos especialmente á describir uno de los tipos principales del Contrabandista español, el del Contrabandista por escelencia, el del Contrabandista andaluz.

Carácter estraño y singular por cierto es el que le distingue. Valiente y cobarde á un tiempo, religioso é impío á la par, ya socorre al infeliz que encuentra desvalido y sin apoyo, ya roba sin escrúpulo cuanto puede si se le presenta una buena ocasion. Si su oficio, como todos saben, es defraudar la Hacienda pública, en cambio no hay quien pague con mayor puntualidad los impuestos (que no sean derechos de aduanas.) El Contrabandista es ademas buen padre, y afecta por lo comun ser buen marido al lado de su esposa; pero cuando corre los montes y vericuetos en sus espediciones, nunca escasea el dinero para jugar á los naipes ó gozar los placeres del bello sexo. Su condicion, en fin, es una mezcla de las cualidades mas opuestas y una amalgama de las mas encontradas costumbres.

El Contrabandista que aqui retratamos, es solo uno de los individuos del género, porque se conocen bajo el mismo nombre otros muchos consagrados al mismo ejercicio, y cuya cooperacion es tambien indispensable. Entre aquellos sin embargo que hacen el contrabando ninguno se espone por lo regular mas, ni gana menos que aquel que transporta los géneros ilícitos de los depósitos de fuera á los almacenes de dentro del reino, y este es el Contrabandista de que hablamos. En desquite ninguno tiene una fisonomía tan característica, ni ofrece mayor materia al estudio. Vamos á referir las bases y vicisitudes de un contrabando que se introduce, y con esto quedarán perfectamente esplicadas las especies del Contrabandista que nos importa apuntar. Empezaremos por el Contrabandista en comision, por el Contrabandista por medio de su capital, por el Contrabandista que en este ramo de industria es á los demas lo que el fabricante es al simple trabajador, lo que al capitalista holgazan es al no capitalista laborioso, y forma lo que pudiéramos llamar la aristocrácia del contrabando, aristocracia que, si no se funda en títulos muy honrosos, vale á lo menos tanto como otras aristocracias que no pueden alegar los mejores. Figúrense nuestros lectores que se trata de emprender una operacion del oficio, es decir, de hacer una remesa de escelentes percales, muselinas, pañoleria, y magníficos cigarros; la primera operacion de nuestro honrado defraudador de la Hacienda, es pasar al ayuntamiento por un pasaporte para que nadie le pueda poner impedimento en su viaje sin fundado motivo. Sabido es que estos documentos son siempre un embarazo para los pícaros, y una garantia para los hombres de bien, con lo que queda esplicada la perdicion de nuestro hombre.

Claro está que se le ha de conceder sin réplica, sobre todo, cuando se sabe que no le faltará al alcalde el vestido para la señora alcaldesa, ni al secretario el manton para su mujer, ni el pañolillo para la chica del maestro de escuela. Para abreviar trámites, el pasaporte no se dá directamente para Gibraltar, centro de operaciones de los contrabandistas de toda la Andalucía, parte de estremeños, y manchegos, sino para uno de los pueblos limítrofes, como lo son San Roque, los Barrios ó Algeciras. Una vez alli nuestro héroe sabrá muy bien como componérselas.

En esto de buenos servidores no hay gobierno en la tierra que pueda hablar

mejor que el nuestro. Los del campo de Gibraltar son un modelo por todas razones. Otros que estuviesen menos ilustrados sobre sus verdaderos deberes, pondrian tal vez dificultades á que pasase á aquella plaza una persona que á ciencia cierta saben que es Contrabandista; pero ellos conocen demasiado bien las ventajas del comercio para no desear que se haga el mayor posible bajo cualquiera forma, y maldito el reparo que encontrarán en facilitar el pase necesario, mediante veinte y ocho, treinta y seis, á cuarenta reales vellon, segun la distancia que medie del pueblo del Contrabandista, à la línea del campo de Gibraltar, mas para el tesoro público redúcense cualquiera de estas cantidades á cuatro reales, y se le marca en la licencia como vecino de uno de los tres puntos indicados. Es muy justo que la Hacienda pague lo que va á ganar con la ocasion que proporciona. Gracias pues á los empleados del Campo, el Contrabandista pasa la banqueta con su papeleta en el bolsillo, recorre el campo neutral y llega á la línea inglesa y de esta se presenta en la casilla de los inspectores, donde nunca faltan agentes de todos los almacenes dispuestos siempre á salir fiadores de cuantos llevan negocio de contrabando, le facilitan por fin la entrada en Gibraltar.

Quien deseare ver la imagen exacta del enredo y del tumulto mercantiles, no tiene mas que dirigirse á aquella ciudad. Gibraltar es una pequeña Babel donde se hablan cien lenguas diferentes para engañarse de cien maneras distintas. Ya se ve á un judio queriendo embaucar á un cristiano, y encontrándose con que este es en sus tratos mas hebreo que Moisés, ya se observa á un tendero charlatan haciendo esfuerzos inauditos por vender una pieza de percal averiado, y al comprador consentir en recibirla para poder despues llevarle media tienda á crédito; ora se oye á un ingles avinagrado maldecir de la España y de los españoles, y no conoce sin embargo otra moneda mas agradable á sus ojos, que las peluconas, y los duros columnarios; ora se advierte á un genovés asqueroso y mugriento que viene á ofrecer cien quintales de tabaco labrado, y otro tanto en mazorcas, ó lechugas; aqui otro que tiene veinte pipas de Virginia, y mil corachines que á pesar de estar podridos los propone como frescos, y de buena calidad. En medio de esta barahunda anda el Contrabandista entretenido varios dias en sus compras hasta que hace sus cargas, muchas veces entre los improperios de los judios, y mercachifles á que se contenta replicar con unas cuantas *tremendas* y baladronadas, como quien dijera *si te pillára en España...*, esto divierte á los espectadores, y mi buen Contrabandista reserva para mejor ocasion sus valentías, pues en este sitio cuesta muy caro el hacer el menor uso de ellas.

Ya está corriente por último el avio, y solo faltan que comprar las frioleras de encargo para cumplir con los amigos que pudieran hacer mucho daño, y que no lo hacen. Aqui se presenta la segunda operacion del contrabando; á esta interviene un nuevo personaje que se le conoce por el nombre de corredor, y que por la naturaleza de sus funciones tiene que ser al mismo tiempo un temeron, un perdona-vidas y un hombre de confianza. Para llegar á esta dignidad

es preciso haber hecho algunas hazañas en España, tres ó cuatro muertes por ejemplo, no importa ni la manera ni el motivo por que se hicieron, lo esencial es que sean muchas, y esto le sirve de recomendacion para entregarle doscientas ó trescientas cargas de géneros que garantiza poner en el parage que se le designe bajo su responsabilidad, pagándosele en premio un tanto mas ó menos sabido por cada carga, segun el riesgo y el valor corriente de los seguros y fletes. Con esto ha concluido la mision de nuestro viagero en Gibraltar, y dá la vuelta para su casa á esperar allí el resultado de sus negocios, de la cual sale tan luego como tiene aviso de nuestro nuevo personaje, es decir del corredor.

¿Tendremos necesidad de decir que hace este viaje con la misma felicidad que el primero y sin encontrar mas tropiezos en el camino? Sale por la puerta misma que entró; llega al pueblo de la línea para donde llevaba el pasaporte; este prevenia que le presentara en todos los pueblos donde pernoctase, pero no habiéndolo hecho en ninguno de los 15 ó 20 dias que permaneció en Gibraltar, pudiera venirle de aqui algun embarazo, si alguna gratificacioncilla no lo allanase todo poniéndosele al respaldo. «Ha permanecido y sale para....» Con el objeto de ahorrarse ademas dimes y diretes, tiene buen cuidado de sacar un par de pesetas en cada uno de los destacamentos de carabineros que encuentra al paso, y que no le piden el pasaporte porque saben de donde viene. Por la propia razon no le registran las alforjas ni el aparejo del caballo, cortesía que no deja nunca de ser pagada con unos cuantos puros de superior calidad. De este modo acaba de recorrer toda la costa, hasta que llegado al pueblo de su vecindad aguarda tranquilamente el resultado de su negocio bebiendo, fumando y jugando, pero haciendo por otra parte una vida sosegada y tranquila. ¿Qué es lo que podria temer en efecto? ¿La pérdida de sus cargas? Pero estas las tiene aseguradas hasta ponérselas en el cargadero, y si hasta su venta corren algun peligro, mayores son los riesgos que pesan sobre el fabricante ó sobre el armador. Que el uno pudiera conjurar una crisis comercial ó el otro un viaje perdido con la misma facilidad que el Contrabandista los quebrantos de su oficio, y veríamos si ambos no se considerarian completamente dichosos. Desgraciadamente para ellos, no todos los obstáculos se parecen á la vigilancia de un comandante de carabineros, que teniendo una inclinacion admirable para dormirse al ruido de la plata, hace la posicion del productor del género «contrabando» mas ventajosa que la de todos los productores de la tierra.

Mientras que el afortunado comisionista descansa de sus fatigas entreteniéndose en calcular sus ganancias entra en juego la plebe de los contrabandistas, los obreros que concurren mas directamente á crear el producto, y que llevando sobre sí todo el peso del trabajo se lleva sin embargo la peor parte del beneficio, cuando las cárceles ó los presidios le dejan libres, ó alguna escarriada bala de pantomímica escaramuza no le saca de esta vida. Estos son como hemos dicho, los contrabandistas mas interesantes. Cuando están de huelga y en espera de alguna espedicion, pasan ordinariamente su vida en la taberna, (donde nunca faltan sílfides de navaja en pecho.) Al apuntar alguna carta, bien á la banca,

ó cané, dicen: «*la pesta ra po esta já, que terela los sacais mas ocloyes que la májari dun-divel» ay está: trinquelo sume y apande los jayes en el foso; ay saré carapatané diñeme un chupendo y vamos á vever*. De esta inocente diversion se pasa despues á otras, no menos inocentes, teniendo ya los estómagos bien reforzados de sendos vasos de vino, dirigiéndose mútuamente espresiones ya picantes, ya chocarreras, las mas veces chistosas, en que el carácter andaluz abunda, como asimismo de pendenciero, jactancioso y charlatan; pero siempre vivo y alegre, lo cual le hace resaltar notablemente. A cada instante parece que se van á echar fuera las tripas, y en el momento todo se vuelve humo, hojarasca y palabrería. Esta existencia dura hasta tanto que se recibe aviso de estar el alijo pronto en la costa, en cuya época cada cual se pone en movimiento y se prepara á salir. Véase como pasan las cosas.

Dejemos al corredor de los contrabandistas encargado en Gibraltar de hacer llegar las cargas á su destino. Este hombre, despues de haber formado su cálculo bajo la base de diez cargas mas ó menos, busca uno de los buques destinados á este tráfico, y le fleta de su cuenta. Estos buques no faltan nunca en aquella plaza, pues hay muchos que no hacen otra clase de viages. Antes y á su oportuno tiempo ha cuidado ya de mandar un pliego cerrado ganando horas al comandante de carabineros, del punto en que se ha de hacer el *negocio*, diciéndole el dia y sitio del alijo, y con la contestacion que gracias á lo estipulado del tanto por carga, raras veces deja de ser favorable, es decir, que responde no encuentra inconveniente en dejar obrar en paz, con cuya noticia mi buen corredor empieza la operacion de su embarque, y se preparan con anticipacion los *porteros*, nombre que se da á los que con sus bestias conducen las cargas á la parada, así como los *cargueros*, que son los que conducen desde el rebalage los tercios á hombros, hasta el cargadero.

El dia del desembarque se observa un movimiento estraordinario en el pueblo interesado; en todo el dia no se ven mas que grupos de hombres á caballo, que de diferentes puntos llegan, y que todos se dirigen á un lugar determinado donde se reunen á las inmediatas órdenes del corredor ó de uno que hace cabeza entre ellos. Esta reunion se llama el *aguardo*. Luego que llega el momento crítico, el comandante de carabineros pasa aviso al de los contrabandistas, y puestos ambos jefes de acuerdo, dan principio á sus respectivas maniobras. El primero empieza demostrando su fidelidad al gobierno á quien sirve, mandando su gente á un punto opuesto del teatro de las operaciones, mientras que el segundo al frente de la suya, la guia al parage donde ha de arribar el buque. Es preciso advertir que hasta este momento nadie tiene conocimiento de él, fuera del capitan del barco y de los dos jefes terrestres. Por fin se advierte en el mar una señal, y si es la convenida anticipadamente en Gibraltar, todo el mundo se pone á ocupar su puesto. Entonces principian las lanchas á aproximarse á tierra, y á pedir la contraseña, y cuando han convenido, principia el alijo. Sanciónale] muchas veces la presencia del capitan de carabineros que concurre acompañado del hombre de su confianza, con el

objeto de contar las cargas ó inspeccionar de qué son, pues hay una distincion para el pago, de las que son de tabacos, á las que son de ropa: hecho en su totalidad el alijo, el barco se hace á la vela, y el comandante de carabineros se retira por el rebalaje, con el ojbeto de indagar si algun cabo ó sargento ha podido penetrarse del suceso, para si un dia hay algunas resultas, cargarle el muerto á aquel infeliz, en aquel negocio inocente. Entretanto nadie fuma ni respira porque los destacamentos vecinos no se impongan de lo que se está haciendo. Para reducir la gente á silencio, no faltan nunca palos, y los gritos del corredor que recorriendo con su caballo la línea, hace las funciones de un general en jefe. La maniobra de cargar produce una confusion estraordinaria. Aquí cae un caballo, allí se levanta un hombre; este abre una sera de tabaco y esconde lo que puede; aquel agarra un fardo de géneros y lo hace propio; en este sitio falta gente para cargar, en aquel sobra; y suele tambien haber quien se introduzca de fuera, y que al favor de la oscuridad desaparezca con alguna pacotilla, ó con algun fardo. En medio de este desórden viene el dia, y los Contrabandistas marchan á la parada, ó punto de entrega donde se hallan ya los dueños del contrabando, y cada cual se hace entrega de su hacienda, distinguiéndose las cargas por números ó marcas que cada uno puso en Gibraltar para evitar equivocaciones. Entonces cesa la intervencion del corredor que hasta aquí responde de cualquiera falta ocurrida en la baraunda del alijo, y en este concepto no ha abandonado los géneros un momento, volviéndose en seguida á pagar su seguro si es que no lo pagó en la playa, que suele suceder cuando el comandante de carabineros es novicio, ó desconfia del corredor; de una manera ó de otra cumple religiosamente con los servidores de la Hacienda pública, y regresa á su casa donde espera los avisos de otros parroquianos como los que acaba de servir, y marcha de nuevo para Gibraltar á emprender una nueva operacion.

Tenemos ya entregados de sus géneros á nuestros Contrabandistas, que hacen su espedicion marchando en carabana nocturna, y haciendo alto de dia en las cortijadas, y muchas veces en los pueblos, *para que nadie los vea*. Las justicias del tránsito protegen con el mayor celo á los expedicionarios que pagan por ello la cantidad designada en Arancel; este dinero se reparte entre el alcalde, el comandante de armas, si lo hay, el estanquero y demas comparsa. Bajo esta seguridad prosiguen su camino hasta llegar al vendedero donde termina la espedicion.

Las mas veces llegan con toda felicidad y sin encontrar el mas leve tropiezo. Otras, y son las menos, tienen lo que ellos llaman un *encuentro*, que es cuando dan con alguna partida de carabineros ó tropa que no esté comprada. Suele en estos casos trabarse el combate; pero si encuentran resistencia, lo que no es frecuente, cortan las sogas, tiran las cargas y salen de huida, quedando el suelo sembrado de escopetas, sombreros, mantas, alforjas, y otros efectos. Su interés en estos casos es salvar, como ellos dicen, el bicho; pero no siempre tienen que venir á este estremo. Casi siempre hay composicion, y sacrificando unos

cuantos duros, y algunos regalillos.... continuan tranquilamente su marcha hasta los pueblos de la campiña donde hacen su venta; los mismos estanqueros les compran su mercancías para espenderlas de su cuenta, contando con la tolerancia del comandante de carabineros, escribano de rentas, y subalternos de la ronda establecida en la poblacion.

Suponiendo que nuestro Contrabandista haya evitado todos los riesgos, y que, cogido *in fraganti*, no haya muerto en un tiroteo, ó tenido que purgar en una cárcel ó en un presidio el mismo delito que los empleados de Hacienda expian cobrando sueldo del Erario, se encuentra ya libre de zozobras por algunos dias, y en esta feliz disposicion de ánimo se restituye á su hogar contento y satisfecho, y bien provisto el bolsillo. No deja en este intermedio de consagrar algunos dias á la vida solaz y festiva; siempre, siempre de buen humor, no hay pueblo en que no haga su pequeña estancia para visitar á su *ja* ó querida, mandando de vez en cuando al compadre por una poca de *bebia*, y quedándose entretanto con la comadre.... «So endinote, le dice esta, tioste malas paltias, que el viage pasao no quisoste paeser poaqui.» «Quitoste sol real salero, le responde, esas son cluecas que mestaste diñando; ea, ya saboste que la camelo».... Con lo que se quedan los compadres en una paz octaviana, y cuando vuelve el marido se remoja la palabra y pelitos á la mar. .. Se despide mi hombre y hasta otra vuelta. Lo mismo van haciendo por todas partes hasta llegar á su casa, donde guardan la formalidad de un cartujo delante de su muger y de sus hijos, ante quienes no querrian aparecer mal padre ó mal esposo por todo el oro del mundo.

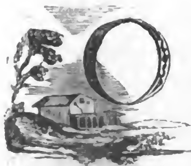


El Contrabandista hace por lo comun grandes provechos, y sin embargo de esto muere pobre y miserable, porque lo que gana, ó lo gasta en comilonas y borracheras, ó lo pierde de una vez al juego, ó se queda como suele decirse entre músicos y danzantes. Fuera del Contrabandista en comision de que hablamos al principio, todos los otros hacen en general una vida desastrada, que los placeres vienen solo á animar de vez en cuando. Frecuentemente paran en ladrones ó bandoleros para cuyo oficio el contrabando es una escelente preparacion. Y mientras tanto, los funcionarios civiles y militares, los comerciantes, los mercaderes, todos cuantos participan de los beneficios del Contrabandista, terminan tranquilamente su existencia sin que los presidios los amenacen nunca y lo azares de la profesion los alcancen casi nunca. Ninguno pues mas digno de compasion, ninguno cuya suerte deba inspirar tanto interés entre todos los que sin llevar el mismo nombre hacen el contrabando.

JUAN JUAREZ.



EL DEMANDA Ó SANTERO.



FRECE este personaje, ente, ó pajarraco estraordinario, que unos llaman Santero, otros Demanda, y no pocos Demandador ó Demandante, un tipo esclusivamente nacional, tan antiguo entre nosotros como nuestra devocion supersticiosa; tipo que ha sufrido en el fondo muy poca alteracion, á pesar de nuestra estupenda y para siempre memorable regeneracion social. He pensado pues que su retrato debe ocupar un lugar muy señalado entre los demas retratos de los Españoles contemporáneos, y llevado de esta idea me he decidido á bosquejarlo, ya que no con absoluta perfeccion al menos de modo que no sea desconocido, ni necesite una esplicacion al pie como los cuadros del pintor Orbaneja, advirtiendo á quien corresponda que en esto no hay jactancia, pues hartas ocasiones me han ido proporcionando en el discurso de mi vida, que no es ya corta, oportunos colores, de que tengo asaz bien provista mi paleta. Sé muy bien que este engendro no me valdrá una comida de cincuenta platos de tortugas, ni una brillante plaza en el Instituto, porque no vivo en Lóndres ni en París, sino acá en el pueblo mantuano, donde se obsequia de otro modo á los ingenios. Siempre tendré, no obstante, la inesplicable satisfaccion



de haber seguido el consejo de Confucio: podré decir *erexit monumentum*; he contribuido á evitar á las generaciones futuras el trabajo de andarse quemando las pestañas y devanando los sesos para adivinar las maneras, usos y costumbres de los españoles hácia la mitad del siglo XIX, así como el aleman Nihebura para vislumbrar algun tanto la enmarañada alcurnia de Numa Pompilio.

El Demanda ó Santero es hoy lo que era hace cincuenta años, con muy pequeñas variaciones. Ha mudado algo de vestido y de lenguaje, pero sus ideas, sus ocupaciones y sus manejos son siempre los mismos, fenómeno que para mí resuelve por si solo una antiquísima y larga controversia, dejando burlados á los orgullosos modernos directores del linaje humano. Desde la mas remota antigüedad han disputado obstinadamente los filósofos sobre la perfectibilidad del hombre, sosteniendo unos que este llegará por una escala de perfeccion sucesiva hasta el sumo bien, mientras otros se aferran en que desde Adan acá siempre se le ha visto dentro del mismo círculo, combatido por su debilidad y por las pasiones que turban su razon, haciéndole caer en los mas crasos errores. No será el hombre un animal sin plumas y con dos pies como un gallo, será si se quiere un pozo de ciencia; ¿pero qué especie de sabiduría es esta, que no le ayuda en esa perfectibilidad ascendente tan decantada? Sus costumbres y sus creencias suelen modificarse alguna vez, tomando nuevas formas; mas en el fondo son siempre las mismas, de lo que es un reciente y vivo ejemplo nuestro Demanda ó Santero.

Cosa es muy sabida que toda la España ha estado plagada hasta fines del último siglo de hermanucos y Santeros, que por lo regular vestian traje frailuno, con sus barbas postizas, su capuchon, y en la una mano el báculo, llevando en la otra la *demanda* con la imágen de algun santo milagroso. Con semejante disfraz andaban por las calles y plazas embaucando á la multitud, siempre crédula y fanática; con él corrian de pueblo en pueblo aparentando penitencia y mortificacion, contando mil patrañas y comiendo á dos carrillos á costa del prójimo, en términos que la vida feliz de estos morlacos llegó á ser envidiada de muchos. Tomaban de todo cuanto les daban los devotos y devotas, variando la colectacion segun las diferentes producciones y usos de cada provincia, segun las estaciones del año y la especie de patrocinio que prometian en nombre del celícola.

Mas como nada hay estable en este mundo, cuando menos lo esperaban vino una nube de soldados estrangeros á turbarles su dicha, porque en las mochilas de aquellas tropas venia envuelto en unas casacas el espíritu de reforma que nos ha regalado la revolucion que tanto nos hace correr. Espantados entonces los fingidos santuchos, huyeron de sus ermitas, dejándolas desamparadas; mudaron de camisa como las culebras, sustituyendo al saco cada cual el traje comun de su respectiva provincia, y se refugiaron á la iglesia, que con su lenidad pasa por todo. Por eso se les vé ahora casi siempre en ella ó muy cerca, ejerciendo sus buenas mañas. En sus puertas piden para el tutelar, con lo que continuan

manteniéndose casi en la misma abundancia, consumiendo el tiempo sobrante, como cada hijo de vecino, en sus diversiones y placeres.

Es un hecho constante y observacion general de todos tiempos que los objetos vistos de lejos imponen, así como tratados de cerca y habitualmente llegan hasta á causar menosprecio. Por eso se ha dicho siempre que no hay hombre grande para su ayuda de cámara. De aquí procede que los sacristanes toman tanta confianza con los santos que llegan á manejar sus efigies con irreverencia, sucediendo lo mismo al Demanda, el cual se pone en estado de completa incredulidad en cuanto á los milagros de su poderdante, y si los pondera y refiere á cuantos topa, son de su propia invencion para esquilmar al público, estafándole bajo un nombre respetable y con un título piadoso.

El Demanda de san Antonio Abad distribuye campanillas de metal, que sirven para preservar á todos los animales de distintas enfermedades. El postulante para san Lázaro lleva un remedio eficaz en sus tabletas, haciendo con ellas ruido para ahuyentar los demonios. El que pide para san Blas, á cuya proteccion se acojen los que padecen males de garganta, reparte cordones de seda que han estado al cuello de la imágen del santo, talisman que buscan con ansia las ninfas del trato, como mas propensas á padecer en esa parte de su cuerpo. Ellos refieren á la vieja rica que vive sola, los muchos casos de otras á quienes el santo libró de ladrones porque eran sus devotas: al comerciante que tiene sus caudales espuestos á los riesgos del mar, les hablan de los muchos buques salvados de naufragios y de piratas, porque pertenecian á sugetos que eran de la afeccion de su tutelar: al labrador rico le cuentan el caso del pegujalero cuyos sembrados quedaron libres de todos los males temporales, y especialmente de una gran plaga de langosta que asoló los campos inmediatos, dejando intacto el del protegido de aquel otro santo, por lo que siempre vió henchidos sus graneros: al viagero le predicen que llegará sano y salvo de toda avería: al enfermo el mas pronto y completo restablecimiento: á la jovencilla fortuna en sus amores; y en fin á cada uno lo que mas desea y por lo que se muestra inquieto, para lo cual procuran tomar noticias exactas anticipadamente. Estas promesas, apoyadas en ejemplos milagrosos, llevan siempre la condicion implícita de que los agraciados no sean escasos en la limosna que por este medio recogian antes á manos llenas. Hoy si vale decir verdad, como no es tan grande el número de los crédulos, porque las ideas religiosas se han depurado del grosero fanatismo en que las envolvió la ignorancia, han disminuido las utilidades de estos espertos truchimanes.

Empero si se quiere saber lo que son en el dia á pesar de esa tan decantada ilustracion, Santeros y Demandantes, es preciso fijar la atencion en las provincias del mediodia, y especialmente en las alegres poblaciones de Andalucía, bajo cuyo hermoso cielo ponen en juego esos camanduleros todos los ardides de una imaginacion risueña para estimular á un pueblo fácil á entusiasmarse. Andaluz y sevillano, voy pues á dar todas las noticias, y á referir las anécdotas que recogí en mi mocedad y he conservado en mis cartapacios, del *modus vivendi* de esta casta de gente en aquella antigua capital de la Bética, llamada por antonomasia pueblo

Mariano, á causa de su devocion á la virgen y á todos los santos de la corte celestial. Por aditamento daré tambien las mas recientes que me acaba de facilitar un amigo, de cuya veracidad no puedo dudar.

Una tarde de san Juan, ya á punto de ponerse el sol, cuando se acercaba la hora en que las amables sevillanas reunidas en la Alameda vieja, paseo entonces predilecto, cuya descripcion tan bien ha sabido hacer el duque de Rivas, se entregaban al donoso chichisveo que llaman pelar la pava, sin duda porque algunos salen completamente pelados de las amorosas contiendas, me dirigia á la velada deseoso de meter tambien mi cuarto á espadas, soltando algun requiebro á mis paisanas, porque si bien he sido algo afilosofado desde jóven, bullia entonces en mis venas el fuego de los primeros años, fuego que no es bastante á apagar la mas rigurosa filosofía. Una voz enronquecida, que se hacia oir entre la confusa algazara de los vendedores, me hizo abandonar mi primitivo propósito, escitando mi curiosidad. Salia la voz del centro de un gran círculo de gente, parada ante el retablo de la Virgen de Europa, que se halla á un lado del mismo paseo. Acerquéme á aquella reunion, y divisé en medio de ella una mesa con su cubierta de damasco carmesí, sobre la cual habia varios platos con flores y una bandeja llena de tortas y frutas confitadas, adornada de banderillas de papel de varios colores. Delante de la mesa aparecia un hombre enjuto de carnes, ya entrado en el otoño de la vida, y vestido con pantalon, chaleco y frac negros, prendas tan antiguas y raidas que las tuve por los primeros modelos que de ellas hubo en el mundo. Sin corbata, y el cuello de la camisa doblado sobre los hombros, descubria un largo y negrísimo pescuezo, guardando consonancia su calzado con lo demás del traje. En la mano izquierda presentaba al público una toronja de dulce, clavada en un trinchante de hierro muy parecido al tridente de Neptuno, y con la derecha daba animacion á su original elocuencia para esforzar la puja de aquella toronja.

»En tres reales! gritaba; en tres reales está ya la toronja de la virgen!, ¿nó hay quien dé mas por el *azuquita?* «Vaya, señó on Juan Colchon, decia despues enfrontándose con un viejo ropillento que llevaba un capote de durancillo muy remendado, y se habia colocado en la primera fila de los espectadores; haga V. un esfuerzo en los dias de su santo, que es limosna pa la virgen, que da siento por uno y despues la gloria.... ¿No hay quien dé mas?... Ea, señó on Juan, con fé (y le tiraba del capote) pa nuestra madre y señora de Europa!... Cuatro reales en plata dan por la toronja: señó on Juan, aunque duerma V. en el suelo, que en estas noches de verano se desea el fresquito.»

Sobradamente amostazado y corrido tuvo que retirarse el viejo, y el astuto Demanda terminó aquella puja entregando la toronja al mejor postor. Tan grotesca escena hízome recordar los siguientes versos de Samaniego:

A un Santero le manda que se acerque,
Le pilla la demanda,



Y allá con sus hechizos
La convirtió en merienda de chorizos.

«La devocion, dije para mí, sirve aquí de móvil á la mas refinada truanería: bueno será observar mas de cerca á esta gente para descubrir los misterios de su vida.» Y este laudable anhelo ó curiosidad fructífera, me hizo recorrer en muchos dias consecutivos todas las iglesias, capillas y retablos que hay en aquella ciudad de cien campanarios, asistir á procesiones y novenas, preguntar, indagar y hacer apuntes y observaciones.

Muy singulares son por cierto las costumbres del Demanda sevillano, si bien sus maneras no son tan inurbanas como las del antiguo santero. Con todo, aquí se cumple el refran: «el hábito no hace al monge,» porque al fin el Demanda moderno es tan hipócrita como el santon antiguo, y heredero de todos sus vicios, con la sola diferencia de que su superchería está nivelada á la cultura del siglo. Es un verdadero parásito, una sanguijuela que se ocupa esclusivamente en chupar el jugo y la sangre de sus conciudadanos, es un fullero que ejerce el arte de robar con uñas sagradas, como decia el P. Vieira.

Entre estos demandantes los hay que fueron zapateros remendones; otros sastres de lo viejo; algunos cardadores de lana, y los demás que ejercieron oficios de igual laya. Como estos oficios por su ninguna importancia, y otras mil causas de todos bien conocidas, están pensionados con largas interrupciones, para librarse de la indigencia que es consiguiente, acostumbrados por otra parte á la holganza, cayeron en la tentacion de abandonarlos y acojerse á profesion mas lucrativa. Por eso hace muchos años que se dedicaron á esplotar la rica mina de la falsa devocion, que les produce cuanto apetecen. Sentaron pues plaza en el rejimiento de la tuna, y ni reminiscencia conservan del último jornal que ganaron trabajando en su respectivo artefacto.

A esta metamórfosis ó cambio de posicion social, siguióse por consecuencia forzosa una modificacion completa de hábitos, costumbres y modo de pensar. Dejó el remendon de zapatos el cerote y el tirapié con que solia dar de vez en cuando á su consorte una grata prueba de su afecto; dejó el semisastre de apurar su ingenio para rejuvenecer la levita que estrenó un usía y habia llegado por escala descendente á ser propiedad de un testigo alquilon; dejó el lanero de dar carda á los vellones; dejaron otros, en fin, sus asquerosas ó mezquinas tareas, y abandonando pensamientos mecánicos y apocados, adquirieron repentinamente las funciones de administradores de la contribucion que cada cual se dedicó á recaudar en nombre del bienaventurado que le pareció ser mas del gusto de la multitud, dando á estos fondos la inversion que les place, como si estuviesen autorizados con poder general de su patrono, y como si ese poder contuviera la cláusula famosa de «libre y franca administracion.»

Ha desaparecido pues el menestral, y asi como el proyectista hambriento cuando llega á ser ministro de hacienda, pasa los dias enteros, y aun las noches, en profundos cálculos económico-rentísticos, y pensando en los millones que puede recaudar no se acuerda de cuando era un pobrete escritorcillo que apenas

tuvo para pagar al impresor los folletos que le elevaron á aquel puesto, del mismo modo el Demandante ha olvidado su orijen, entregado á sus placeres, y haciendo continuamente nuevas combinaciones sobre la distribucion que dará á los pingües frutos de su piadosa farsa. Es indudable llegaria á figurarse ser una persona muy necesaria en la sociedad, si esta en su continua fluctuacion de ideas no le advirtiese á cada paso que tiene que impetrar de ella un nuevo voto de confianza, y esto es precisamente lo que han hecho los Demandas sevillanos despues de la tormenta revolucionaria.

En cada parroquia de las que hay en aquella ciudad existian varias hermandades con diferentes advocaciones, ya de santos, ya de la Virgen, sucediendo lo mismo en toda España. En estos últimos años tenia cada cofradia ó hermandad su Demandador, que aunque de ordinario vestia traje comun, solia cubrirse en los dias de funcion, ó de la festividad del santo, con el talar de los clerigos, es decir, la sotana: ahora solo lleva frac negro. Si en las parroquias habia muchas hermandades, pedian para todas en virtud de un convenio con los hermanos mayores, obligándose á entregar una cantidad determinada, ó dar el aceite para las lámparas, la cera para el altar de su imagen, y la limosna ó estipendio del clérigo que dice en el mismo la misa todos los dias festivos, quedando en beneficio del Demanda todo el sobrante de la cuestacion.

En vano las leyes han suprimido estas hermandades y prohibido estas cuestaciones: los Demandantes siguen y seguirán en su afanosa tarea para aumentar el *superavit* que les facilita su subsistencia, sus comodidades y sus placeres. Ellos agotan todo su ingenio en inventar nuevos estímulos á la devocion de los adeptos al Santo, con cuyo patrocinio brindan á manos llenas en uso de sus presuntos poderes, y si el fervor se entibia, ó disminuye el número de los crédulos, sin dejar nunca su lenguaje misterioso, ponen en juego otros alicientes, porque la devocion del vulgo anda siempre unida con la sensualidad.

Este es el verdadero origen de la socaliña de las pujas de tortas, dulces y frutas que llamaron mi atencion, pujas que son frecuentes en todas las puertas de las capillas y delante de los retablos, pujas, en fin, que dan un producto incalculable, porque mueven y estimulan la golosina de los muchachos, y de los idiotas que creen tambien contraer un merito haciendo subir el precio de un confite, casi siempre enmohecido, á lo que podria costar el mas regalado plato.

Recientemente han puesto en práctica, para llenar el *deficit* que dejaba la disminucion de limosnas, el arbitrio de una suscricion voluntaria, en que entra solo la clase mas infima de la sociedad: las lavanderas y sus maridos, los pozeros, barrenderos de calles, peones de albañiles, oficiales de menestral, palanquines, alhameles, y otros de este jaez con sus mugeres y familias. Los fondos de esta suscricion están destinados á lo que llaman *la distribucion de noche buena*. Cada devoto ó devota concurre todas las semanas con la pequeña suma que ha prometido, la cual nunca llega á ocho cuartos. Estas cantidades quedan depositadas todo el año en el Demandante, hasta que llega la pascua

de navidad, dejándose traslucir que el depositario da movimiento á estos fondos, curándose poco ó nada de las rígidas leyes del depósito, y que en el tiempo intermedio le han producido los susodichos fondos un crecido interés; pero esto nada tiene de particular, porque ¿quién no hace hoy otro tanto?

Llegada la pascua, convoca el Demandante á todos los contribuyentes para hacer la distribucion, verificándose la junta, por lo regular, en la morada del mismo Demandante un dia ó dos antes de noche buena, y es tanta la concurrencia y la algazara que no solo se llena el local, sino que la gente no cabe en la calle. En una sala adornada con flores y colgajos, se coloca una mesa con avios de escribir y un gran libro abierto, que contiene el registro general de todos los contribuyentes, los cuales van entrando por el órden que los llama el Demandador á recibir su parte, ó *prevencion de noche buena,* que suele consistir en algunas legumbres para un potaje, una racion de bacalao, castañas, nueces, peros, batatas y turron, mas ó menos abundante, segun es la distribucion establecida. Se reparte ademas lo que llaman el *aguinaldito*, que es un estraordinario ya de uvas frescas, ya de tortas, ya de ramos de naranjas, habiendo ocasiones en que algunos Demandantes han repartido á cada devoto un cuarto de gallina y aun de pavo. Todos los años es diferente el aguinaldo, dando márgen la novedad que esto proporciona á rivalidades ó emulacion entre los Demandas, produciendo escenas singulares entre los de la bandería.

»Paca, decia una lavandera á su comadre la muger de un guifero; el hermano Antonio se ha portao este año: qué noche güena tan abundante y lusía ha repartío! toito era superió.... Pues y el aguinaldo? eso ha sio lo mejó: ¡qué buen genio el del hermano Antonio! es mucho lo que se afana pa que no se enfrie el culto del Patriarca san José Bendito! ¡Santo mio! ca ves estoy mas contenta de ser su devota, sobre too desde que el hermano Antonio pide pa él. ¿Cómo querrás creer, Paca, que ha tenio la güena ocurrensia de dar de aguinaldo un gran rasimo de uvas frescas de las e Málaga, que le habian costao un ojo de la cara?.. Por sierto que ocurrió un lanse singulá, que hiso reir á toos los concurrentes. Luego que vió la tia Tomasa, la muger de ese inválido que trae la pata de palo y la casaca coloraá... ¿Sabes quién digo? el Morlaco... que el aguinaldo era de uvas, y las uvas tan ricas, saltaba e contenta. Tomó su provision y se marchava con too hasia el cuartel; pero el tio Morlaco y su hijiyo el manilargo, le salieron al paso, empeñaos en que ayi mismo se habian de comé las uvas. La Tomasa no queria se tocase á una siquiera hasta enseñarlas á las vesinas, y por reservarlas tambien pa la noche güena. Resultó de esta contienda que el tio Morlaco dio sendos gorpes á su muger, y esta gritaba desaforamente. Pa acabá pronto, toá la probision que llevaba en una esportilla y las uvas liás en el pico de la mantilla se esparsieron por la caye; el tunante del hijo se arrojó á las uvas, cogiendo la mayor parte del rasimo, que metió en su gorriya bieja de cuartel, dando á corré en terminos que no se le vian los pies....»

Así se esplicaba la Inesilla, á la que hace el amor Malasmañas, quien ahora

se ocupa en vender pájaros despues que volvió de presidio. La Paca, que estaba suscrita por hermana de la Pastora en la parroquia de Santa Marina, y se hallaba disgustada del último reparto hecho por el tio Crispin, su Demandante, aseguró iba á inscribirse para el año próximo por devota del Patriarca. Asi es como la piedad muda fácilmente de objeto, cuando entre estas gentes groseras está alimentada por los intereses mundanos. Este es el hombre por mas que digan los optimistas.

¿Se quiere ahora saber en qué consumen los Demandas el tiempo que les dejan sobrante el cuidado del Santo, las pujas y cuestaciones? Nada mejor que en solazarse en la taberna. Allí, en aquella otra ermita se reunen para adorar á Baco, al cual profesan un afecto verdadero. Beben siempre de lo puro y de lo añejo, y esto los trae mucha cuenta, porque el dios de las cepas les da fuerzas para sus correrías por la ciudad, y los ilumina para que se muestren elocuentes, decidores y fecundos en la inventiva. Congregados asi una gran parte de los procuradores de los habitantes en las celestes moradas, ajustan sus cuentas, refieren ocurrencias peregrinas, murmuran á sus anchas de los devotos, se quejan de las novedades que crean obstáculos á sus manipulaciones, y proyectan nuevas trapacerías.

«Compadre! esclama un vejete de cuerpo pequeño pero mas redondo que una cuba, revolviendo sus bulliciosos ojos: ¡qué tiempos tan distintos de los que yo he conosido! ¿cómo querrá Vd. creer, compadre, que en todo el mes pasao no llegué á juntar tresientos reales con la demanda de nuestra Señora de Barbanera, y pa eso tube que romper tres pares de sapatos? Cuando yo me hise cargo de pedir pa esta imagen salia el Rosario todas las noches, y era rara la que no entraban mas de cuarenta en la demanda. Entonses si que se le daba culto á la Virgen! Despues del alumbrado de sera y aseite, ropa limpia pa el altar y otros gastos, me quedaba siempre lo bastante pa cubrir todos mis gastos peculiares y un eseso pa cualquier caso de honra. Apenas puedo hoy costear la puchera, de modo que mi muger se ha dedicao á lavandera, y á mi Periquiyo le traigo por esas calles de Dios vendiendo arropias.... Pero, tio Manuel, porqué nos tiene Vd. tan olvidaos? á llenar los vasos que se nos secan las fauses; venga ahora de lo duro.

—Camaráas, dijo un zanquilargo mas enjuto que un bacalao; todo eso tiene su intríngulis. ¿Va á que no faltan devotos que vayan á beber en el casco del glorioso san Roman?.... Esta semana he recogio tantos milagros de sera que pesan mas de media arroba. ¿Quiere Vd. cambiarla por aseite?...

—Cuidao que no son borras;» repuso un mozalvete barbilampiño, de mirar modesto, voz templada y tranquilo ademan. Aunque nuevo en la farándula, era sobradamente combinador y despierto, y habia sabido dar en la tecla pidiendo para santa Lucía, abogada de los que padecen de la vista, por lo que recogia mucha limosna, pues son infinitos los que hoy tienen cataratas en los ojos.

Terminado el coloquio, despues de haber contado cada uno el estado de

su negociacion, y formado todos nuevas combinaciones ó mejora de estrategia, apuraron el último vaso, despidiéronse del tio Manuel, y se retiraron muy contentos para entregarse á las dulzuras del sueño, que asi cobija bajo sus alas al santo padre como al humilde Santero, midiendo con una misma vara al vicario de Jesucristo y al ayo de S. Joaquin ó S. Julian.

El vino y el sueño dan nuevos brios al Demandante, y este tipo tan esclusivamente nacional, prosigue al otro dia en su teje maneje, sin que la revolucion política, que nos ha envuelto en su manto salpicado de lodo y sangre, consiga desterrar sus vicios, porque las revoluciones, y especialmente a nuestra, nada lo mejoran y mucho menos al hombre, que siempre es el mismo, por mas que con nuevos modales intente encubrir sus debilidades.

JOSE MARIA TENORIO.







EL PASTOR TRASHUMANTE.



NINGUNA reliquia mas venerable queda en nuestra España de la vida nómade que la trashumacion periódica de los rebaños merinos. Faccion es esta que no se distingue en el semblante de ninguna nacion europea con tanto vigor como aquí, y por lo mismo el *Pastor trashumante* es uno de los destellos mas vivos de originalidad que brotan de este suelo poético y pintoresco. Su apartamiento habitual de poblado, sus ocupaciones uniformes y sencillas, su vida trabajosa por el rigor de las estaciones que está condenado á sufrir, le convierten en un ser aparte dotado de aquella buena fé y bondad de sentimientos que desde tiempos muy antiguos se atribuye á la gente campesina, y al mismo tiempo de aquella fuerza de accion y movible energía que caracteriza á las tribus nómades. Hijo de las montañas de Leon, Segovia ó Soria, trasladado desde allí á los campos abundosos y feraces de Estremadura, donde la vida pastoril y agrícola derrama el mas rico caudal de sus gracias, sin mas cuidados que los de su dócil rebaño, y al mismo

tiempo robusto y vigoroso, apenas encuentra á quien parecerse aun en la misma nacion española tan cercana á la naturaleza en muchas de sus partes.

Entre las lanas finas de España la mas estimada es la llamada *babiana* que toma su nombre del distrito de las montañas de Leon que apellidan *Babia*. Este pais celebrado entre todos los pastores por sus pastos delicados y sabrosos, no tiene mas riqueza que sus yerbas, y de consiguiente todos sus habitantes son pastores. Ahora que las grandes cabañas trashumantes han venido á menos con la mejora de las lanas estrangeras, y los tiempos corren menos bonancibles que antes para los ganaderos de merinas, se encuentran algunos babianos que permanecen en su pais ó buscan su vida fuera de él por otros caminos; pero gentes no muy entradas en años recuerdan la época en que á la salida de los rebaños trashumantes solo quedaban en sus pueblos las mugeres, los ancianos y los niños. Aun los que no componian parte de la cabaña, solian acompañarla con el nombre de *escoteros* para procurarse en las provincias del mediodia una subsistencia que á duras penas concede el riguroso y pobre invierno de sus nativos montes. Por esta razon al pensar en dar una patria al *Pastor trashumante* hemos elegido las sierras de Leon, y de ellas harémos su principal y verdadero teatro.

Así lo exigiria la verdad histórica, porque en las fértiles orillas del Guadiana y en los hermosos llanos de Cáceres, á despecho de lo templado del clima y de la cordial acogida que encuentra en los habitantes acostumbrados á esperarlo como un huésped necesario y siempre bien venido, al cabo el pastor trashumante vive lejos de su pais y en medio de un pueblo que si algo se le asemeja en sus ocupaciones, harto mas se desvia de su índole y carácter especial. Una vez levantado su chozo, y aderezadas sus camas de pieles, y preparados los utensilios de su frugal mantenimiento, su tarea está reducida á apacentar sus ovejas por el dia, encerrarlas por la noche dentro de la red que al rededor de ellas atan á unas estacas clavadas en tierra, hacer de cuando en cuando su ronda para guardarse de los lobos, guarecerse de la intemperie dentro de otro chozo mas pequeño que se dispone para este servicio nocturno y volver con el alba á las mismas tranquilas ocupaciones. Claro está que en semejantes vigilias por lo duras y penosas alternan todos los pastores de condicion subalterna: los demas pasan las noches abrigados en su chozo al amor de la lumbre, cenando sus migas canas, y de cuando en cuando por estraordinario tal cual *frite ó caldereta*; rezando el rosario si el mayoral es viejo y devoto, y durmiendo como unos cachorros hasta que los cencerros de los mansos, los ladridos de los perros ó la luz del alba los despiertan.

Sin embargo, si queremos conservar la nota de historiadores verídicos, fuerza nos será confesar que por los meses de diciembre y enero semejante calma y asiento se truecan por una penosísima faena con la paridera de las ovejas que tiene lugar por entonces. Acontece que los mansos corderillos vienen al mundo en las noches mas bravas y tempestuosas del invierno, y el pastor en medio de la ventisca y aguacero tiene que asistir á las paridas y atender á

que todo vaya en órden. Acontece asímismo que las madres en años miserables desechan la cria porque apenas la pueden alimentar, y entonces el comadron solo á fuerza de maña y aun de fuerzas puede obligarles á aceptar los deberes de la maternidad. Ordinariamente se *dobla*, es decir, se deja un solo borrego para que lo crien dos ovejas, pero para que lo admita la que no es su verdadera madre, es preciso cubrirle con la piel del hijo muerto. Figúrese el lector todas estas menudencias en una noche de invierno en que el vendaval arranca á veces los chozos, y verá como semejante cargo se le hace imposible cumplir; pero el pastor que conoce á sus reses por la cara como los demas conocemos á las personas de nuestro trato íntimo, sabe muy bien á quien corresponde el recien nacido, y distingue á tiro de arcabuz la oveja que se ha quedado sin cria, para acercarle el intruso disfrazado con la piel del muerto. Todo esto por decontado no se hace sin un granizo de conjuros, reniegos, juramentos y maldiciones que en medio de la oscuridad forman con los balidos del ganado y el silbido de los vientos un maravilloso coro, escelente para algun aquelarre.

Fácil es de conocer que á pesar de la consumada ciencia pastoril, semejantes operaciones necesitan una direccion cuerda y atinada, y aqui es de advertir la distribucion de las cabañas, su gerarquía y subdivisiones, porque muy pronto va á llegar la importante ocasion de ver á nuestros pastores en su peregrinacion anual.

En todas estas grandes ganaderías hay un *mayoral*, especie de general en jefe á cuyo cuidado estan los arriendos de las yerbas, los salarios de los pastores, el fijar las épocas de marcha y todas las demás atenciones generales. Él es quien inmediatamente se entiende con el amo y recibe sus órdenes en derechura. Síguele el *sota mayoral* cuyas atribuciones son tambien generales aunque su grado, como el nombre lo dice, es inferior. Estos son los jefes de la cabaña que como pueden imaginarse nuestros lectores, se reparte luego en varios rebaños, cada uno compuesto de *rabadan* que es el jefe, *compañero* del rabadan que le reemplaza en todos los casos de ausencia, *ayudante*, *persona* y *zagal* que por sus años verdes, y á guisa de aprendizaje suele sufrir la mayor parte de las cargas con mucho menos provecho. Hay además una especie de hacienda militar en este inocente ejército con el nombre de *ropería*, y no es sino la panadería donde se elabora el pan para pastores y perros, y consiste en un *ropero mayor* ó jefe, de cuya cuenta corre la compra de los granos y la distribucion del pan, y en otros mozos que dicen roperos á secas y son los que amasan y hacen todos los oficios mecánicos.

Aquí tienen nuestros lectores esplicado el manejo y gobierno interior de las cabañas trashumantes; pero por si de ellos los hay curiosos, como suele suceder (porque desde muy antiguo viene la curiosidad como por herencia á todos los lectores) y quieren saber los salarios y beneficios de estos hombres, procurarémos satisfacerlos. Obligacion del amo, ó para hablar con mas propiedad, *principal* es dar al mayoral la mula en que va caballero y de 200 á 300 ducados. El sota mayoral gana de 600 á 1000 rs.; el rabadan de 260 á 300 rs., y el compañero

ayudante y persona bajan en proporcion hasta llegar al zagal, cuyo sueldo ni pasa de 100 rs. ni baja de 80.

Seguramente se admirarán los que lean esto por la primera vez de que por tan escaso dinero se preste un servicio tan duro y trabajoso que obliga á sufrir la intemperie la mayor parte de las veces, y á dos viajes en el año de mas de setenta leguas cada uno. Sin embargo, lo que no va en lágrimas va en suspiros, segun el dicho vulgar, y lo que el amo no da lo saca el pastor por su parte al cabo de la cuenta, porque ademas del sustento que recibe, tiene el beneficio de la *escusa*. Escusa llaman al número de ovejas y aun de cabras que á cada pastor se le permite tener agregadas á las de la cabaña sin pagar poco ni mucho por su apacentamiento y que con sus crias y rendimientos le pertenecen en propiedad absoluta (1). Parte de la escusa suelen ser tambien las yeguas que gozan de los mismos fueros é inmunidades: por todo lo cual si nos tomamos el trabajo de agregar á la suma en dinero que recibe, la probable que estas adherencias dejan en sus manos, vendremos en conocimiento de que la condicion del pastor trashumante todavia es tolerable, si no mejor que la de la mayor parte de las clases del pueblo.

El arriendo de los pastos de invierno concluye el 25 de abril, dia que los pastores ven amanecer con mas regocijo que la mayor festividad del año, porque como es natural, ninguna festividad puede compararse, sobre todo en las gentes sencillas, á la vuelta al pais donde han nacido y tienen lo que en el mundo quieren, donde con verdadera ansia se les aguarda y con cordialísima efusion se les recibe. Si el pirata Lambro (2) sentia á la vista de su isla y del humo de su hogar una emocion de que no sabia darse cuenta, no es maravilla que nuestros montañeses cuyas piraterías se reducen á dejar escurrirse alguna res hácia el campo del prójimo, á cortar un poco mas de leña de la necesaria, y hacer de manera que sus ovejas la mayor parte de las veces conserven salud, aun en medio de la epidemia de las del amo, y paran siempre hembras que es lo mas beneficioso; no es estraño decimos que se dé tal cual refregon de manos, avíe su ato cantando, silbe y grite con mas garbo á sus ovejas y perros, acuda con cara de pascua á recibir su haber y su *cundido*, (3) pase en revista los reales de su bolsa de cuero, y con una gallardía digna de la airosa gente de su

---

(1) En todas las ganaderias estantes y en muchas de las trashumantes la escusa es segun la definimos, pero en otras el amo del rebaño se queda con el esquilmo y deja al Pastor la cria. Esto es lo que llaman *lana por costo*.= Al mayoral se le consiente de escusa 150 á 200 cabezas; 10 ó 12 yeguas y algunas cabras que suelen no estar sujetas á número fijo. La escusa del sota solo llega á una cuarta parte; la del rabadan á 50 ó 60 cabezas, dos ó tres yeguas y algunas cabras, y los demas en proporcion hasta el zagal que solo puede tener seis ú ocho ovejas, algunas cabras, y por bondad del amo alguna yegua.

(2) Byron. Don Juan. Canto 3.º

(3) Cundido ó cundio llaman los pastores á la grasa, sal y pimiento que les dan para aderezar sus comidas.

tierra se ponga en camino con su cayado debajo del brazo, su manta al hombro, su sombrero calañés encasquetado y sus abarcas de cuero.

Cruzan el Tajo la mayor parte de las cabañas por Almaráz ó por Alconétar, pero como en ninguno de los dos puntos hay puente servible y las barcas sobre pequeñas para tal multitud de cabezas, serian tardas y costosas, suelen fabricar un puente de barcas que apellidan en Estremadura la *Luria* y proporciona paso á los ganados. El tal paso sin embargo siempre es dificil, porque si una oveja llega á saltar al agua, por pronto que se acuda siempre la sigue una gran porcion y por eso se necesita gran cuidado y diligencia. Verdad es que algunas veces la res que el amo ó mayoral se figura en el fondo del rio, aparece en el fondo de la caldereta; pero estas son pequeñas travesuras del oficio, y ademas es de creer que muy insubordinada debe de haber estado la culpable durante la parideras cuando tal castigo ha merecido.

Hay varias *cañadas ó cordeles* señalados para los rebaños trashumantes y que no son mas que otros tantos caminos destinados esclusivamente á este objeto. Cualquiera de ellos ofrece por los meses de abril y mayo escenas muy animadas y movimiento contínuo. Una nube de polvo y el son de los cencerros que desde muy lejos comienza á oirse, anuncian la llegada de las merinas, y á poco rato suele presentarse el rabadan de los *moruecos* ó carneros padres al frente de su rebaño, rodeado de sus mansos que con el cebo del pan que de sus manos reciben, apenas se apartan de él; y en seguida desfila todo el rebaño con dos pastores á retaguardia acompañados de los perros. Pasan despues y siempre con el mismo orden los rebaños de ovejas, y por último las yeguas *fateras ó hateras*, llamadas así por llevar los hatos y los utensilios de cocina, con sus potros que correteau á la orilla del camino, algun pastorcillo demasiado tierno para la fatiga del viaje sentado entre la carga y alguna res que se ha desgraciado en la marcha colgada. Aquellos hombres que con todos sus medios y riquezas se trasladan de una provincia á otra, recuerdan involuntariamente la vida de los patriarcas ó las tribus errantes que vagan de oasis en oasis en busca de pasto y de frescura.

Las paradas que por el camino se hacen, sirven á un tiempo para descansar y comer, y es de ver la prontitud con que aderezan sus rústicos platos que de viaje suelen consistir en sopas por la mañana y migas canas por la noche. Durante él además suele pasarse una racion de vino con lo cual se sobrellevan sus fatigas con algo mas de conformidad. Aunque no pocas cabañas hacen el esquileo en Estremadura, otras varias ejecutan en el camino esta importante operacion; en que si los pastores no toman mas parte que la de apartar las reses y presentarlas atadas al maleante esquilador, no por eso deja de alcanzarles una y no pequeña en las alegres y bulliciosas escenas que suelen acompañar á esta tarea. Con semejantes estímulos y sobre todo con el poderoso de llegar pronto á sus queridas montañas, se atraviesan con buen ánimo las aridas llanuras de la Mancha donde ya sabe todo pastor que tiene que comprar las cintas de estambre fino para agasajar á su muger, novia, hija ó hermana, so pena de pasar por un

ruin sugeto ; y los no menos desabridos páramos de Campos. Aquí sufre otra sangria la bolsa del montañés, pues la compra de los pañuelos, las agujas y cordones ó como dicen las babianas *gordones* para atacar los justillos es tan de ley al pasar por Rioseco de Medina como la de las ligas en la Mancha. En Rueda además suele proveerse de una gran bota que como mas adelante verémos no deja de hacer importante papel. Lástima es por cierto que las ovejas se desmanden de cuando en cuando y los guardas del campo anden tan listos en advertirles su mala crianza y tirar de los cordones de su bolsa, que á no ser por esto. pocos malos ratos aguarian el contento de la peregrinacion.

Por fin, despues de cuarenta y cinco dias gastados en esquilar y caminar, cruza la cabaña los frescos contornos de Leon, y á muy poco henos á nuestro pastor enfrente del campanario de su lugar. La Babia es un pais triste y riguroso por invierno, porque ocupa la mesa de las montañas y las nieves y ventarrones duran allí mucho tiempo; pero á la época en que llegan los pastores, la escena ha cambiado enteramente, pues aunque la desnudez de sus colinas siempre lo entristece un poco, las praderas que verdeguean por sus llanuras, sus abundantes aguas, la alineacion casi simétrica de sus montecillos cenicientos de roca caliza, y los vapores que de sus húmedos campos levanta el sol del verano, le dan un aspecto suave y vago semejante al que distingue algunos paisajes del norte. Estos atractivos son reales y verdaderos; pero aunque de ellos careciese, el pastor siempre la amaria, porque la patria nunca deja de ser hermosa.

El mayoral que por su oficio está obligado á adelantarse, sale al encuentro de, la cabaña para señalarle los puertos (1) arrendados y despues de repartido el ganado y fabricado el chozó (si ya no vuelven á los mismos pastos) cada pastor tiene licencia por turno para pasar un par de dias en su casa. Estos cuadros de interior son tan fáciles de comprender como dificiles de pintar: por eso y por ahorrar paciencia á nuestros lectores, nos contentaremos con decir que despues de los abrazos, apretones, preguntas y respuestas de costumbre, el marido sale en seguida á hacer la visita de ordenanza al señor cura y la muger á convidar á los parientes, deudos y amigos á *la bota del pastor*.

Esta bota es la misma que vimos llenar no hace mucho en Rueda de esquísito vino rancio, y que en compañía de buenas magras, ricos chorizos y suculentas morcillas procedentes de Estremadura sirve para una cena opípara en que á fuerza de festejar la llegada del amo de casa y brindar por su bien venida, suelen salir los convidados viendo mas estrellas de las que hay en el firmamento. Esto sucede con los pastores padres de familia, que pasados estos dias de júbilo y ensanche, vuelven á su vida ordinaria, como vuelven á su cauce los rios salidos de madre. Por lo que hace á los *mozos* ó solteros esto, segun suele decirse, ya es harina de otro costal, porque sino tienen festines y banquetes. para eso están las romerías que por entonces menudean y los galanteos y escapadas nocturnas de

(1) Puertos llaman en Babia á las cumbres y laderas donde se apacienta el ganado.

resultas de las cuales la yegua del padre ó del rabadan no suele engordar por mucho que pazca. Porque es de saber que no hay pastor que no se enamore, sino á la manera lamentable y quejumbrosa de los Salicios y Nemorosos, por lo menos para tener una muger con quien vivir pacíficamente y criar hijos para el cielo, segun dice el Catecismo. En suma, para solteros y casados la época de paz, de diversion y de holganza es la del fresco verano de aquellas sierras, porque como los lobos no andan tan hambrientos, se puede aflojar algo en la solicitud de la guarda del rebaño, y por otro lado cualquiera desavenencia que á propósito de pastos pueda suscitarse, fácil y amigablemente se compone entre gentes unidas por un origen comun y ligadas en gran parte por lazos de amistad y parentesco.

Pero al cabo estos dias buenos se acaban pronto, porque como dice un poeta contemporáneo.

Los tristes y los alegres
Al mismo paso caminan,

y con las primeras nubes del otoño comienzan á moverse los pastores para volverse á sus invernaderos. La reunion del ganado y los preparativos de marcha se hacen con la misma actividad y concierto, pero con harto menos alegría de la que presencian en ocasion análoga los campos del Guadiana. La noche antes de la marcha es forzoso hacer á los viajantes el obsequio del *queiso* (queso) para el camino que consiste en juntarse en su casa las mozas y los mozos solteros y bailar en guisa de despedida las sueltas y graciosas danzas del pais, en recompensa de lo cual reciben las montañesas las ahuchas (agujas) que vimos comprar en Rioseco. Por rara que parezca esta ceremonia y por mal que se avenga en la apariencia con ánimos realmente apesadumbrados, no por eso deja de observarse religiosamente. Para el siguiente dia ya está dispuesta la fiambrera del Pastor que consiste en una gran provision de cecina y jamon, cosa en que tienen tanto puntillo las babianas que muchas de ellas consienten en pasar no pocas privaciones en el invierno á trueque de que sus maridos lleven la correspondiente merienda. Por fin amanece y los pastores se ponen en camino acompañados de sus mugeres que por una de aquellas estrañas contradicciones del pobre corazon humano van ahora á despedirlos hasta una legua de distancia, cuando para recibirlos apenas salen de las cercas del pueblo; y lloran y se aflıgen sin medida ni proporcion con la alegría que á su vista recibieron. Por fin, los últimos adioses, abrazos y encargos de mirar por la salud se truecan entre muchos ahogos y suspiros; las mugeres se vuelven hechas unas Magdalenas y los hombres un poco mas durillos de condicion, aunque al cabo del mismo barro, despues de un poco de camino andado á las calladas, comienzan por fin á entablar cualquier conversacion y llegan ultimamente á entrar en aquel bienaventurado temple de espíritu que tan poco desgasta el cuerpo y tantas primaveras le deja ver. Sin embargo este viage es la mayor de las fatigas de la vida trashumante, porque siempre sobrevienen lluvias y mal tiempo: á veces salen de madre los arroyos y el ganado espantado y temeroso llega á ser mas difícil de manejar. Así y todo alguna pequeña regalía disfrutan en Castilla con los amos de las tierras en que

echan la noche con sus rebaños, y que por el beneficio que les reportan, suelen darles buena cena.

Una vez en Estremadura, tienen andado ya todo su círculo y de nuevo pueden dedicarse á sus ocupaciones un poco mas sosegados y á aumentar el caudal de conocimientos que poseen acerca de las enfermedades del ganado, de la calidad de las yerbas y de la prosperidad del ramo de riqueza que manejan. En esto son tan diestros y esperimentados que cualquiera de ellos entretiene á una persona instruida, hablándole de la fisonomía de las reses, que á sus ojos no es menos distinta que la de las personas, como vimos en la paridera; de la influencia que la atmósfera ejerce en la cria y en la calidad de la lana, y de todo lo que atañe á su oficio. No menos notables son bajo su aspecto moral tanto por la buena hermandad que entre sí guardan, cuanto por la subordinacion y obediencia que observan con sus superiores y la regularidad y economía con que salvo algun pecadillo venial, administran por su parte los intereses del amo. Este por la suya suele desempeñar mas de una vez con ellos los oficios de padre, y las relaciones que entre ambos median están basadas en el respeto y benevolencia mútua. Finalmente, el Pastor trashumante por su conformacion física, por su vestido, por sus costumbres, por sus modales es un tipo de los mas antiguos que puede ofrecer la península, y aun quizá la Europa, porque su vida y ocupaciones se ligan con las primeras edades del mundo.

Y sin embargo no es imposible que nuestros nietos vean estinguirse esta reliquia de las edades pasadas, porque si se ha de continuar en las herencias el sistema de subdivision indefinida que en el dia rige, á cada paso se diseminarán las cabañas, y ni aun pastos acomodados se encontrarán entre caudales que por un órden natural llegarán á desmigajarse completamente. No sabemos hasta qué punto traigan utilidad á la causa del pais semejantes doctrinas que por nuestra parte nunca miraremos como sociales, cuando en último resultado las vemos tender al individualismo y al aislamiento; pero de todas maneras nos alegramos de haber bosquejado (dado que nombre de bosquejo merezcan estos borrones), una figura que si á toda España pertenece, con mas derecho reclama por suya el pais donde nacimos.

ENRIQUE GIL.

FIN DEL TOMO PRIMERO.







LA CELESTINA.

ELICIA. y hermana mia que mi madre Celestina parece: ay válame la virgen Maria, ay no sea alguna fantasma que nos quiere matar.

CELESTINA. Ay bovas y no hayais miedo que yo soy: Las mis hijas y los mis amores, venidme á abrazar y dad gracias que acá tornar me dejó.

AREUSA. Ay tia Señora, espantadas nos tienes en ver cuanto dices sino que vienes mas vieja y mas cana........

CELESTINA. Sabed hijos mios que no vengo á descubrir los secretos de ella: sino á enmendar la vida de por acá, para con las obras dar el ejemplo, con aviso de lo que allá pasa, pues la misericordia fué de volverme al siglo á hacer penitencia......

SEGUNDA COMEDIA DE CELESTINA. ESCENA IX.

Allá cerca de los muros,
Casi en cabo de la villa,
Cosas han de maravilla
Una vieja con conjuros;
Porque tengamos seguros
Los placeres cada el dia,
Llámase Mari-García,
Hace encantamentos duros.

Una casa pobre tiene;
Vende huevos en cestilla;
No hay quien tenga amor en villa
Que luego á ella no viene;
Hagamos que nos ordene
Pues que sabe tantas tramas,
Para que de nuestras famas
Que nunca nada se suene.

Está en misa y procesiones,
Nunca las pierde contino;
Misas d'alba, yo imagino
Jamas pierda los sermones:
Son las mas sus devociones
Vísperas, Nonas, Completas;
Sabe cosas muy secretas
Para mudar corazones.

Trae estambre de unas casas
Dálo á otras á hilar
Y con achaque de entrar
Ir preparando las masas;
Finje que anda á vender pasas
A las dueñas y doncellas
Por tener parte con ellas
Con su rostro como brasas.

Coplas de las Comadres, por Rodrigo de Reinosa.

Si Feliciano de Silva, para llevar á buen cabo los amores del caballero Filides y de la hermosa Poliandria, supo resucitar y tornar al mundo, con mas caudal de astucias, con mayor raudal de razones dulces, y con número mas crecido de trazas y de ardides, á la famosa Celestina, para asediar mas estrechamente la honestidad y el recogimiento, embebecer y enlabiar la crédula hermosura, y para enredar entre los lazos del amor liviano y desenvuelto, la inocencia y la virginidad, antemuradas y defendidas con el rigor de los padres y hermanos y la vigilancia de las dueñas y madres, no semejará por cierto extraño que al cabo los años mil vuelva á dar muestras de sus tocas y de su sinestra persona, la primera y mas famosa, comienzo, fin y epílogo de las andantes y tratantes en tercerías y tratos y enredos de amor. Y no diremos, pues, que Celestina ha resucitado, sino que Celestina nunca murió, y que de siglo en siglo, de edad en edad, de generacion en generacion, la vemos prolongar su endiablada vida, renovando sus trazas y dándoles otros y mejores aliños, al son y compás que las costumbres y usos se renuevan. Con efecto, si recordamos todas aquellas aventuras, y el continente y talante de aquellos personajes, que con su apacible estilo nos pone ante los ojos despues de tanto tiempo, la inmortal tragi-comedia de Calisto y Melibea, no podremos menos de conferir las unas y cotejar las otras con los sucesos por donde uno ha pasado, y con muchas de las personas que en ellos intervinieron, sacando en claro una semejanza admirable, ya que no sea una identidad justa y como de molde. Y no es mas, sino que tal semejanza está inherente al propio sér y naturaleza de las cosas; porque si los fuegos nocivos del amor siempre han de mortificar y consumir el pecho de los mancebos, y mas de los que divierten la vida en recreaciones y entretenimientos de la vanidad ociosa; y esta enfermedad, como de gérmen intenso y semilla poderosa, ha de querer contaminar é inficionar á la causa y principio de ella; no hay mas que para llegar á tan malvado y punible fin ha de valerse de los mismos medios por

donde siempre se comunicó y llegó á inocular su fatal ponzoña; es decir, á emplear y hacer ministros de sus furores y liviana intencion á las viejas interesadas, á los aviesos sirvientes, y á las criadas mas continuas y familiares de las principales damas y doncellas. Y de tan feas catadaduras como llevan y parescen estos instrumentos de la liviandad y del desordenado amor, ninguna presenta bulto mas siniestro ni rasgos mas elocuentemente malvados como la vejez femenil, que apoyando su máquina cascada y su magra y repugnante persona en un bordon encorvado, para no caer en la fosa de la sepultura á cada paso, toma placer incalificable y recóndita y maldita voluptuosidad en dar al traste con la entereza de las vírgenes, y en descalabrar las honras y la fama de las doncellas. Solo en la especie humana es en donde se encuentra ese tipo de maldad y de reprobacion. Ni en las aves que pueblan los aires, ni en las alimañas que corren por el suelo, ni aun entre los reptiles que se arrastran entre el lodo y el cieno de las infectas lagunas y esteros, se hallará hembra alguna entre tantas y tan diversas especies, que tome á su cargo el amaestramiento y enseñanza que en la familia humana desempeña tan gustosa cuanto espontáneamente la Celestina. Y es la causa, que como la inteligencia de los animales tiene un límite y un vallado estrecho impuesto y levantado por la misma naturaleza, tambien ha de ser de reducido alcance y de términos conocidos los instintos de su perversidad; pero como la razon humana, al contrario, abarca esos ámbitos inmensos por donde vuela y campea segun sus propias inspiraciones, si estas, por móviles que no son del caso explicar, llegan á contaminarse con los hálitos del mal, son tambien inconmensurables y no sujetos á dimension ni cálculo, los grados de reprobacion y maldad que llena y puede alcanzar. La mujer desenvuelta que en sus primeros años cumplió el oficio vil que solo puede ser vencido en vileza por el empleo diabólico que ha de ejercer despues; que borrando en su ánimo todas las nociones de lo bello y de lo noble no obedece ya mas leyes que las impresiones mas groseras y feroces; que familiarizada en fin con todos los vicios y con todo el cinismo de la gente mas perdida y baladí, de los galeotes, de los rufianes y demas fruta de cuelga que se cria y amamanta en las galeras y cárceles, es de derecho y por juro de heredad, la llamada á desempeñar en su vejez el papel de *Celestina*, si antes la muerte no ha venido á sorprenderla, ó con los horrores de enfermedades espantosas, ó con la catástrofe del puñal ó del cordel, que son las arras y dote que de sus desastrosos y desventurados amantes suelen alcanzar y poseer. Mas para que la *Celestina* produzca la fascinacion que en sus operaciones y oficios ha menester, para que ejerza ese imperio en la imaginacion de los dolientes y rendidos de amor que á ella acudan, pidiendo antídoto y consuelo, y para que su autoridad por una parte, y sus suaves razones por otra, logren abrirse las puertas de las clausuras, disipar las sospechas de guardianes, porteros, madres y tias, y ablandar la condicion dura y zahareña de las solitarias viudas, de las apartadas esposas y de las recogidas doncellas, se necesita que en el pueblo ó ciudad en donde haga teatro de sus artes y hazañas, nadie sepa de dónde vino; nadie pueda fijar fecha á su bautismo; todos duden si es santa ó si es hechicera;

cuenten muchas historias fabulosas de ella; diga aquel que una noche la vió cabalgando en una escoba escuadronada entre diez zánganos y cien brujas; refiera por el contrario otro, que en la ermita del monte la encontró orando en arrobamiento divino á cuatro palmos del suelo y sirviéndole de pedaño y escabel un celaje de gloria y ambrosía; y todos, al encontrarla, salúdenla cortesmente si es de dia, y prueben un sentimiento indefinible de curiosidad y de horror si de noche la encuentran, vagando temerosamente por las calles solitarias, por los átrios de las iglesias y en las afueras del pueblo, al rayo de la luna por entre alamedas ó cementerios.

Establecida de tal manera la opinion y fama de nuestra heroina insigne, es estar ya la miel en su punto, y presto el telar para la labor y menester. El tener en el magin los nombres y condiciones de las damas y caballeros principales de la villa, el conocer cuales sean sus hábitos y flaquezas, el saberles sus aficiones presentes y las inclinaciones de antaño, el no ignorar las historias y aventuras de sus peregrinaciones y mocedades, son aditamentos, noticias y armas auxiliares que no deben faltar nunca de la memoria de Celestina para sacar fruto cumplido de sus trazas y poder llevar á buen cabo sus empresas. La compostura en el rostro y en los ademanes, la humildad en las tocas y sayas, y sobre todo un hablar dulce y compasado, ora amoroso y roncero, ora sentencioso y plagado de refranes y adagios pusieran el sello de perfeccionar el tipo universal que retratamos, si no se nos quedára en el tintero la parte mecánica y manual de que debe ser diestra operaria y consumada maestra. Hablamos de los afeites, de los untos, de las lejías y de las yerbas que ha de saber confeccionar, de las poderosas artes, suertes y conjuros que ha de echar, y de la habilidad estupenda en que ha de ser sola, para retrotraer á vírgen la que fué mártir diez veces. Con la baraja en la mano ha de averiguar la vida pasada de cualquiera, los azares y sucesos que le han de sobrevenir y los toques y encuentros en que al presente se halla, trabajando tales suertes la astuta vieja, bien por la manera del culebron ó bien por el poder de la Cruz de Malta. Por el cedazo ha de encontrar y hacer hallazgo de toda prenda que se haya hecho perdidiza entre sus vecinas y comadres, y sendas nóminas y oraciones debe tener en la memoria para los aojamientos, madrejon, mal caduco y otros accidentes y dolencias. En su compañía no ha de ser ni hospedar mas que esta ú aquella sobrina que por mas estrechar el parentesco, no han de comunicarse sino con el tierno cuanto mentido ramoquete de la *mi madre* la *mi hija*. En fin, la casa ha de ubicar un paraje apartado, conlindante con los campos y ejidos, y no lejos de las torres y campanarios en donde se dejan sentir á deshoras de la noche el reñir de las espadas y los acentos tristes y siniestros del Buho y del Cárabo.

Supongamos pues que á tal nido y con huésped tan endiablado dentro, cuanto nos imaginemos á Celestina, dirije sus pasos allá algun mancebo enamorado, de ánimo levantado, de riquezas muchas, de airosa persona y agraciado gesto, y para quien cada su capricho y fantasía es una ley irrevocable

y deuda que trae aparejada, pronta é inmediata ejecucion sin haber alegatos, ni fórmulas que la pueda evitar, entorpecer, ni aplazar aunque quieran hacerlos valer todos los abogados de la chancillería y los mas fervorosos predicadores de todas las órdenes mendicantes. Finjamos pues que llega á la boca del infierno, queremos decir, á la puerta de la caverna en donde reside y tiene asiento el hórrido serpenton de quien hacemos estudio y anatomia. Suenan los golpes repetidos en la puerta y dice el mancebo:—Maldicion á la vieja. Mucho le dura la audiencia con su amor y señor el que se viste de encarnado y negro, y muy embebecida debe estar con la infernal vision pues de otro modo la sacarán de su éxtasis los redoblados truenos, que no golpes con que le bataneó la puerta. Mas apelemos á otro medio. Dejemos el guijarro y los golpes, y hagámosla oir y escuchar el sonido de los reales de á ocho y escudos que en esta bolsa se encubren y disfrazan, que si á su májico estruendo no despierta y abre la trampa de esta cueva la malvada vieja, cierto es y no dudar, que ya bajó á servir de ascua y tizon á la caldera de Pero-Botero, en donde con boca de sierpe mordera los dientes de las ruedas que atormenten, martiricen y dilaceren los miembros malditos de su cuerpo. Sonó el dinero y ya creo escuchar algo de fragor por dentro.

Celestina. Al punto voy, quien quiera que sea, allá voy, bajo al punto ¡qué sueño el mio! Vieja, pobre y sola sueño de modorra. Entrad, entrad, señor gentil-hombre, que la noche es húmeda y las siete cabrillas ya parescieron y corre un relente que asaz embaraza y entorpece los miembros. Y creí haber escuchado algo del argen que caia. Dejádmelo buscar, señor, ante el lindar de la puerta. Buenas almas sin duda que habrán querido socorrer á la pobre viuda.

Mancebo. Cierra la puerta, maldita, que apacible está la noche para recibir el vaho de noviembre con sus nieves y ventisqueros, y mas, hombre que como á mi me has tenido hincado en el lodo de la rua como astil de almotacen, y ya sabes tu brujidiabla que el dinero no cae ni bulle por los tejados y ventanas como el granizo que nos azota, sino que se encuentra solo en las ahuchas y escondrijos tuyos y de tus iguales, ó en los bolsillos de los caballeros. Hélas, hélas aquí esas gallardas piezas de plata y oro que son para tí, si tus servicios me son en ayuda y tan presto como mi voluntad requiere.

Celestina. Libreme Dios de alboroto de pueblo y de ira de señor, y Dios me guarde de lanza de moro izquierdo y de mano de hidalgo de buen talle, y cornudo y apaleado y hacerlo bailar, y como dijo el otro si os acuden con la vaquilla llegad eis con la soguilla, y blancas manos no ofenden, y de vos no se diga que sois como la zarza que dá su fruto espinando, y antes cuéntese de vos que si abrió la boca, la bolsa no la cerró, y hablad señor que aunque humilde y pecadora, todavía tengo para mis bienhechores muchas romerías que dedicarles y grandes devociones orales y mentales para aplicacion suya y de sus pecados, pues....

Mancebo. Calla traidora, y no me mientas ni finjas. Si tengo paciencia para

sufrir ante mis ojos tu maldita catadura, ¿no he de tener valor para sufrir en todo su desnudo la fealdad de tu alma? Aparte que no quiero ni pretendo por ahora cosa de mayor marca, pues ni pienso en robar esposa, ni otorgada á hidalgo alguno de las cercanías, ni menos el escalar convento ni monasterio en busca de amores místicos. Quiero solo hablar inocentemente con Teodora, la hermosa hija de Jacinto el labrador, que pronto va á casar con Anton el estudiante.

CELESTINA. ¿Y qué quereis decir á esa paloma sin hiel? Arrullos sin duda que ella aprenderá para repetírselos á su prometido despues, celando empero el nombre del primer maestro. Ah! ah! ah! Es muy picante en verdad el pensamiento de endonarle á un estudiante ladino, y con sus bártulos y baldos en la mollera, una esposa ya bien enseñada y amaestrada: esto me indujera á servir á otro cualquier garzon de ingenio vivo y de donaires, cuanto mas á caballero que tan de antiguo obligada me tiene con sus graciosas palabras y dádivas ricas. Y no tardaré en visitar á Teodora y en volvérosla flexible como un guante de ámbar y azucarada como manjar de alcorza. ¡La otorgada de Anton! El sabiondo estudiante, el que con sus cálculos y astrolábios pretende defraudar la veracidad á mis pronósticos y buenaventuras, y que sus almanaques y horóscopos tengan mas autoridad que mis profecías y conjuros. Allá veremos si su astrología le advierte la flor que le preparo, y si el horóscopo que ha de levantar sin duda la noche de sus bodas le avisa del anzuelo que vá á tragarse y de la obra que vá á desbaratar, toda forjada y edificada por las artes, cuidado y traza de su amiga la Celestina. Hi! hi! hi! Qué burla tan extremada, y mas cuando nos juntemos en corro á recordarla y reirla los tres personajes de la escena, la Teodora, este su enamorado, y yo la desventurada vieja, que de tales regocijos solo puedo haber noticias apartadas, y de ningun útil ni provecho para este cuerpo ya desierto y deshabitado para las glorias del amor...... Y la infernal meguera, dejando desvanecido entre sus imaginaciones licenciosas al desacordado mancebo, se lanza como saeta envenenada á dar en el blanco de su perverso intento.

Y si estos ó muy semejantes son los intróitos de tales aventuras, y en la que ofrecemos por ejemplar, hemos visto los pensamientos que animan á Celestina, los móviles que la deciden y los resortes que la disparan, conviene verla cual milano que cierne el vuelo sobre su inofensiva presa, cual ronda ella tambien á su presunta víctima, cual la fascina, cual la convence y conviene, y cual, primero con aliento suave, vá prendiendo en el pecho de la doncella las primeras llamas del amor, hasta que viéndolas alzarse con ahinco y cresta encendidas, las atiza y aviva con soplo desesperado y rabioso, hasta convertir en pavesas todos los obstáculos que el recogimiento y la honestidad pudieran oponer á tanto furor, y la conduce paciente y embebecida á la última perdicion.

¿Y quién no ha de sentirse aguijado de curiosidad viva por oir á la embajadora de la maldad, cuando puesta en escena, se sabe abrir las puertas de los altos palacios, adormecer la vigilancia de los argos que custodianla honestidad, y acercándose á la hermosura depositaria de tanta virtud y excelencia, primero la hinche con vanagloria y soberbia encareciendo sus perfecciones, despues le

despierta la compasion por los fingidos tormentos del galan enamorado, luego la escandece y concita maligna y diestramente su rivalidad y femenil orgullo, hablándole de la aficion que otras doncellas sus amigas ó parientas abrigan por el embaidor temerario, cuya causa desordenada y licenciosa amadrina y procura; y al fin, cuando observa todas aquellas maquinaciones y trazas á punto, en dia cierto y á plazo dado, hace hundir en el oprobio y vilipendio, todo aquel sagrado, hasta allí inviolable, de altivez, de nobleza, de belleza y de virginidad? Héla aquí á la infernal harpía en su obra de iniquidad, y empleando embelecos de mayor y mas subida traza, como que van encaminados á empresa en donde con el riesgo que se corre se pide habilidad grande, secreto mucho y ánimo muy sereno. Camina á hacer su presa en la honestidad de unas grandes señoras y dice:

Celestina. Allí se parescen y encuentran los palacios encumbrados en donde ha de conquistar ese vellocino que tanto valor tiene para este necio del garzon enamorado, pero gallardo y dadivoso á fé. Mas las puertas me las tienen tomadas aquellos dos sayones de criados, que acaso querrán oponerse á mi pacífica entrada.

Un Portero. Es aquella la mala mujer de quien tantas hechicerías y malas artes se cuentan.

Otro Portero. ¡Cómo, mala mujer! Esa es la honra de la villa. Despues de vísperas la encuentro todas las tardes encendiendo candelas en los cementerios.

Otro Portero. Es que vá á ejercitar sus horribles misterios rebuscando dientes por la boca de los últimamente ajusticiados y.... mas ya llega.

Celestina. Sé de lo que tratábais entre vosotros. Mas la caduca vejez cierto nunca alcanzó loores; y de mozos y de rufianes jamás le vino sino males; y en verdad que por eso os huyo tanto á vosotros y á vuestros iguales. Y si hoy toco por estos umbrales, fuérzame la voluntad, el mandato de vuestra señora, que al darme algo de limosna el dia de la Epifanía, por mano de su bellísima hija en la capilla, me encargó con mucho encarecimiento ciertos recaudos, de que la traigo buena cuenta. Y tú, Sigeril (á un portero) no te andes á deshoras de la noche, dando músicas por la calle de San Roman á la sobrina de Silveria, que los que mal te quieren, arman celada contra tu vida. Y tú, Pobeda (dirigiéndose al otro) tén mas recaudo en las sisas que haces en la despensa y en las sangrías que cometes en la bodega, que ya el mayordomo tiene ojos fijos en tí, y sus ventores y sabuesos, gente de tu propia ralea y catadura, están ya á tu alcance, y mia fé si muy pronto no te desenzarcen y salteen, con gran placer de Doroteo, que avizora tu plaza y racion, y ansía por ser tu sucesor y heredero....

Los dos Porteros. Entrad, madre, entrad.... Al diablo con la vieja, y qué punto por punto nos sabe la vida, y qué noticias tan cabales tiene para escribir nuestras crónicas. Y la Celestina, que ya dentro de aquel alcázar de la virtud y la inocencia se considera, prueba el mismo gozo que la garduña, cuando á duras penas y trazas se vé y mira poseyendo y dominando un vivár de cándidas palomas: y encontrando en la próxima estancia á la matrona noble, que como

águila poderosa resguarda y custodia con sus alas el fruto de sus amores de las asechanzas de la sierpe, se arroja á sus pies y la dice: Ah, señora, báculo de la vejez, apoyo en la horfandad, amparo de los desvalidos y antem ural y defensa de las doncellas, ¿cómo atreverme á ofrecer ante tus ojos persona de achaques tantos como la mia, y vestiduras tan humildes como las que traigo, si tu benignidad de un lado y el traerte ocasion de emplear santamente los raudales de tu liberalidad cristiana no me dieran valor para salvar los umbrales de tu casa, y para llegar hasta donde puedan mis lábios besar la tierra que tus pies tocan? Hé aquí, señora (sacando un curioso canastillo de bajo sus faldas) hé aquí en matizadas madejas de rico estambre, el arco iris de todos los colores mas vivos, y el delgado viento hilado y puesto á punto de ser tejido en telas finísimas y transparentes. Obra es toda ella de dos recogidas y hermosas doncellas; que combaten la liviandad y la seduccion con el fruto de su rara habilidad y la tarea de sus manos. Y conociendo yo el peligro en que su estrechez ahora las arriesga; y contemplando tambien la astucia y deshonesta codicia de sus enamorados, que como lobos hambrientos las rodean y acechan para traerlas al trance vil de la deshonra, he querido anteponer y atravesar mis buenos oficios para desviar tamaño mal, y recogiendo de entre su labor y tarea estas ricas muestras de su cuidadosa habilidad, os las traigo, para que adquiriéndolas,ampareis aquellas pobres hermosuras, y se logre con el fruto riquísimo de tanto esmero la sin par beldad de vuestra hermosísima hija.

Y en verdad que estas palabras y sentidas razones halláran acogida y buen recibimiento del corazon mas desabrido, cuanto mas de una principal señora tan amorosa y compasiva. Y divertidos sus ojos y embebecida su atencion con el dibujo y variedad de los colores, ó con el artificio y extrañeza de cualquiera presente que le ofreciera aquella mensagera de la deshonestidad, ó mas bien queriendo hacer partícipe de su maravilla y gusto á la hija de sns entrañas, que por otras estancias mas recónditas vagára distraida, ó recreándose entre las flores de los vergeles y jardines, quién duda que diligentemente la hiciera llamar, poniendo así inadvertidamente la simple avecilla á tiro del veneno de la maligna sierpe? Y ya las cosas en tal estado, cuán fácil no debe serle á ella, el comenzar su obra de perversidad, y producir el efecto que se propuso, fin, blanco y objeto á donde han ido enderazadas todas sus trazas y arterías. ¡Oh ángel en hermosura (diria), oh cielo estrellado en todas horas, oh sol siempre suave y sereno, oh beldad sobrehumana, oh mujer celestial ante quien son lodo y barro todas las bellezas del mundo, oh flor, en fin, á cuyo lado se mustian y marchitan cuantas otras flores y rosas se mecen y ufanan con su necia hermosura en los demas alcázares de la villa y por los otros ámbitos de esta espaciosa provincia! Y ni el ébano es mas negro que estas crenchas que bajan de tan gentil cabeza, y ni los ramos del lloroso sauce bajan con mas copia y riqueza que estos rizos que casi quieren besar el suelo, sin reparar los necios que antes han pasado por tal garganta y por tal luciente espalda, de donde nunca debieran desenredarse amorosamente. Y dejadme, bellísima doncella, ya que la importunidad de estas

criadas distraidas es ahora menos asidua, que me llegue mas de cerca á contemplar tanta belleza, que la hermosura sin ser vista y admirada, loada y apetecida, fuera lo propio que dejar siempre en noche oscura las perfecciones que Dios derramó por la naturaleza. Mas ¡oh qué talle delgadísimo, tomado con tal aire y gentileza, y que descendiendo con perfiles de agradable y voluptuoso incremento hasta llegar á su asiento gracioso y lleno de donaire, conmueve al arrobamiento y á la adoracion! ¡Y qué pié tan imposible por breve y tan breve, por su donosa figura y planta, para sostener templo tan arrogante de hermosura; y sin embargo, lo sostienen con señorío tal, que no parece sino que cuando huellan el suelo son emperadores de la tierra. Y no quiero relatar con mi lengua lo que esos nexos de morbida encarnacion me revelan de inefable belleza y de angelical estructura, hasta enlazar miembros tan perfectos con el sagrario divino y con el sér todo de tanta belleza; porque si su vision matára de placer á la mitad del mundo, la relacion de tantos misterios matára de envidia á la otra mitad.

Si tales ó semejantes razones no hayan de despertar ideas inusitadas en el pecho de mujer que se encuentra en la aurora de su vida y que percibe vagamente el placer de amar y ser amada y la satisfaccion dulce de oirse celebrada y encarecida, son cosas que pueden dejarse á la consideracion de la menos entendida. Y de aquí á deslindar y tocar los primeros propósitos de amor y á presentar, como vision entre celajes, la imágen de algun noble caballero cuyo nombre sea bien familiar y conocido por su gentileza y gallardía, ya no hay mas que un paso, porque tales cosas se tocan como eslabones de cadena eléctrica y como esta, rápidamente comunican sus ideas é impresiones. Por lo mismo no haya miedo que defraude con su pereza la Celestina la buena ocasion que su diligencia supo procurarse.

Y no fué ciego no, sino lince y muy lince, (proseguiria la vieja) el garzon gentil que os alcanzó á mirar no ha mucho, una de estas mañanas cogiendo lirios y rosas en el jardin, pues hasta las mínimas y ápices mas remotos de tanta hermosura me las supo referir punto por punto el otro dia que vino á encargarme algunas sus limosnas que él compasivamente distribuye todos los viernes, siendo yo el indigno instrumento que escoje para hacerlas llegar á los necesitados y cercados de pobreza. Y no sé como no le conozcais, pues es el caballero justeante que tanta gloria y prez ganó en el último torneo y que despues con tanta gala y bizarria rindió dos toros, con sus rejoncillos y espada llevándose el aplauso de la fiesta, concitando la envidia de los caballeros y cautivando la voluntad de las damas. Pero de estas no hay ninguna que fijar pueda caballero tan cortesano y que á prendas tan cumplidas, añade tanta riqueza y tales mayorazgos, sino es que la celebrada Ramira vuestra prima y que locamente presume contender con vos la palma de la hermosura, logra alguna correspondencia y hace venturoso señuelo de su amor, del liston verde bordado con su mano que le dejó caer al caballero cuando desalojaba la plaza.... Desde este punto avanzado y ya en el interior recinto de la fortaleza, el éxito y final de la aventura, ya se deja adivinar

y cualquier crónista podrá poner fin á la historia, sin que nosotros tomemos á nuestro cargo relacion tan lastimosa.

Pero allí en donde la Celestina demuestra su condicion verdadera y donde le bulle y salta el gozo infernal que le procura ver la triste condicion á que ha reducido sus víctimas, es cuando alguna de estas, recobrada de su sorpresa, burlada acaso en las esperanzas que habia concebido de mirarse colmada del preses y de dádivas y despechada al contemplarse humillada sin poder salvar del naufragio en que ella misma ha puesto su honra, se presenta rabiosa, en cabellos, mesado el rostro, cárdeno con los golpes con que ella misma lo ha castigado, los ojos encendidos, el llanto convertido en globos de fuego, la vista traspuesta, y torciéndose las manos, se presenta digo á grito herido y con sollozos lastimeros delante de la infernal y regocijada vieja, que la recibe con estremos de amor y con palabras de miel que encubren, como ponzoña en flores, la ironía mas amarga asi como el placer mas diabólico.

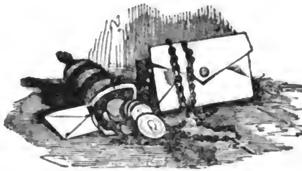
Por amor de mi vida, la dice, que no me llores de tan amarga manera. Mal sientan las lágrimas en las bodas y bodas tan dulces y regocijadas cual las tuyas lo han sido, que aun todavia recuerdo ayer noche (pues tu me dejaste ver por el horado que para tales casos dejo en la puerta del teatro de tales bodas) todavia recuerdo, loquilla, que andabas colgada de la mano de tu enamorado para que volviese á alhagar los alidares de tus cabellos, que por ser tan rizos y copiosos tienes gran vanidad y soberbia en ellos. Bien lo provocabas á nuevas obras, sin darte por vencida en tan agradable lucha, y tus ayes y lastimerías de muy diversa son eran, y por distinto tono se dejaban sentir que las presentes. Sin duda él, desvanecido con su triunfo, no te habrá cumplido la promesa de te volver á ver hoy; pero déjalo llegar, bobilla, que antes ha de tornar á tí, que no tú al estado que ayer tenias; que yo por mis artes sé y bien alcanzo, que pájara quincena es mejor reclamo que canto de sirena, y los gustos del agráz gustos son para apurar, y lo que bien supo cuando empezó nunca luego ni presto se dejó: con que así, ovejuela mia, paloma sin hiel, toma huelgo y soláz aquí al par mio y al orete del fuego, y oyendo mis buenos preceptos y enseñanza, atiende á tu enamorado, que no tardará en parecer; que gato cominero presto halla al mur en el agujero; y en tanto, asienta bien las crenchas de ese pelo, que por ser tan luengo casi te lo atropellas, mete órden en esas tocas, refresca el rostro con agua de la fuente, y toma un continente señoril y reposado para sobresaltar la atencion y saltear la voluntad de aquel á quien aguardas, que cierto al verte con tal sosiego y tan lejos de las locuras y graciosidades picantes de la noche, muy mucho se le ha de regocijar la sangre en las venas, y muy mucho se le han de despertar mil gustosas imaginaciones; pues á pernil, pernil, múdale la salsa y te sabrá á perdiz; y en tal estrañeza y en hacer la acometida por donde no hay gola ni coracina, es como se vence y sojuzga ese capricho voluble de los hombres. Aprende, aprende, la mi hija, que doctrina y ejemplos te lloveré sobre tu cabeza como si fuesen arena; y si de poco acá comenzaste á saber y deprender, bueno es que pronto tomes borlas, si no de Salamanca ó de Alcalá,

al menos de las que en Sevilla, Valencia, Granada y Madrid ponen las Garduñas, las Floras, las Elisas y otras doctoras, mis hermanas y mis iguales.

La desconsolada moza, que entre tal oleaje de palabras y malas razones, y por en medio de tanta burla y crueldad no acierta ni á dar significado á las frases, ni á descubrir en dónde está el sarcasmo ó la verdad, la flecha envenenada de la burla ó el bálsamo consolador de la esperanza, incierta en lo que ha de decir, conociendo su humillacion, pero dudando de hallar tanta infamia en mujer, se deja caer sobre el asiento mas inmediato, y prorumpiendo en frenético llanto, exclama: ¡He perdido mi honra, me han engañado vilmente!....

Innumerables fueran los cuadros que de sucesos tan trágicos y lastimosos pudieran sacarse á luz, para escarmiento de los unos y aviso saludable de los otros. Y no nos hemos detenido mas en ellos, casi por creerlos, si no de entera superfluidad, al menos de un lujo innecesario é inoportuno; porque felizmente, en los tiempos que alcanzamos, las costumbres han adelantado lo bastante para que la Celestina se considere como un peon que sobra y como pieza que no tiene aplicacion. Las negociaciones de amor suelen hacerse ahora directamente y sin necesidad de mandato ó procuraduría. Dénos Dios larga vida para ver hasta dónde en este ramo podemos llegar progresando.

EL SOLITARIO.








ENTRADA
TRIBUNAS



EL SENADOR.



Hay un artículo en la Constitucion política de la monarquía española que dice lo siguiente: «*El número de los Senadores será igual á las tres quintas partes de los Diputados.*»

Desde luego sabrá nuestro lector sin mas esplicaciones sobre este punto, que el Senado se compone de 145 notabilidades, que las leyes y el pueblo designan con el nombre de *Senadores*. Pero lo que en verdad no habrá llegado á su noticia y lo que es de grande interés, sino para la causa pública, al menos para el conocimiento exacto de la sociedad del siglo presente, es la fisonomía particular de un español elevado por la voluntad del pueblo y eleccion de la corona, á dignidad tan esclarecida. Nosotros, pues, que nos hemos propuesto enterar á los hijos de Pelayo, de todas las categorias y de todas las

gentes que bullen y se revuelven, se agitan y se levantan, se bambolean y se desploman, no hemos querido dejar para mas adelante la pintura fiel del hijo del pueblo y del ahijado del trono, que lleva el nombre de *Senador*; nombre, dicho sea con perdon de las Cortes constituyentes, exótico en esta tierra de próceres y de procuradores. ¡Un *Senador*! Hé aquí el objeto de este articulo, cuyo tono sino punzante y festivo, será al menos mesurado y decoroso, como conviene á nuestros principios de escritores comedidos, y al alto respeto que se merece una dignidad, que despues del *trono, del gobierno, de los ayuntamientos, del congreso de Diputados, de la revolucion* y *del pueblo*, ocupa el lugar mas distinguido en la escala de las categorias políticas. Asi lo entendemos nosotros en la poquedad de nuestro talento y en la rigidez de nuestra conciencia. Nos esplicarémos.

Inútil nos parece, por de pronto, referir minuciosamente el origen de una institucion, porque asi nos cuadre llamarla, que tal vez se pierda en las primeras páginas de la historia de los pueblos. Bástenos saber que creció vigorosa y robusta en la conjuracion de *L. J. Bruto*; que en los tiempos de *Ciceron* y de *Trebatius Testa* daba maravilloso impulso á las legiones republicanas; que reducia á la humilde condicion de esclavos, con la ley de su voluntad vencedora, á pueblos distantes y belicosos; que los emperadores romanos domaron despues el orgullo de los patricios que se pavoneaban con el manto senatorial, y que algunos de los Césares, de costumbres poco buenas y de instintos brutales y vergonzosos, se atrevió á decir de los padres de la patria, lo que en tan elegantes versos ha reproducido despues de la manera siguiente, el célebre poeta *Dumas*.

«Les Sénateurs
«Sachant de mon cheval le merveilleux merite,
«Sout venus l'autre jour lui faire une visite;
«Le president alors á ce noble animal
«A dit un long discours et qui n' etait pas mal;
«Mais auquel, à défaut d' avoir apris le nôtre,
«Nous n' avous pu, ma foi, répondre l'un ni l'autre.»

Andando el tiempo desapareció el senado romano de entre la lista de los gobiernos y las conquistas de la república se perdieron en la marcha civilizadora del imperio; y los festines y grandezas de los emperadores, y sus palacios de mármol y granito, y sus bacanales y sus sacrificios acabaron por sepultarse en el mar de sangre inocente con que los mártires cristianos robustecian el dogma de la religion católica; dogma perfumado con las rosas de Jericó y las palmas de Jerusalen, y cuya verdad y grandeza sellaba con su muerte el Crucificado.

¡Asi las generaciones futuras paguen su tributo de admiracion y respeto á la gran ciudad de los Césares, convertida hoy en religiosa basílica de los Papas! ¡Asi imiten en este punto nuestra humilde conducta! ¡Salud conquistadora del mundo! Las reverentes oraciones de la iglesia, la huella ensangrentada de tus

n vasores, y la severidad del claustro sucediendo á la pomposa magnificencia de tus gentílicas ceremonias, no podrán borrar de la historia de los pueblos tus hazañas, ni de la memoria de los hombres tu grandeza! ¡Salud, tribuna popular en que resonaba ardiente y robusta la voz de *Marco Bruto*! Salud, pueblo de Sila y de Pompeyo, de Augusto y de Neron, de Virgilio y Quintiliano, teatro inmenso de crímenes y virtudes, de nobleza y de bastardías, de humillacion y de poderío! ¡Gloria al Senado! No confundas, lector querido, el Senado de Roma con el Senado español; este es naturalmente apático, y de condicion pacífica y bonachona.

Si desde aqui lanzamos una mirada sobre el resto de esa tierra sembrada de flores, de recuerdos de gloria y de poesía, «*Che 'l superbo Apennin segna è di parte*,» tropezarán nuestros ojos con el leon de San Marcos y la orgullosa ciudad que tiene su asiento al pié del Adriático. No penetremos en los oscuros rincones de la historia de ese pueblo, ni leamos una sola página de las muchas que componen el libro de su Senado. ¡Tambien hubo en Venecia un Senado misterioso pero fuerte, injusto pero grande; que ostentaba en sus banderas e signo de la Cruz y que humilló mas de una vez sobre el indómito piélago de los mares la selvática arrogancia de la media luna! ¡Salud, Senado de Venecia! Nunca levantarán nuestras manos los ropages ensangrentados de tus jueces, por mas que debajo de ellos se escondan las glorias de Damieta y los grillos de Ferrara y de Rávena!

Otro Senado tenemos nosotros, que puede apostárselas con cualquiera de los anteriores; es verdad que no ha dado todavía señales de vida en ninguna ocasion y eso que estas no han faltado, pero el las dará, que todo no ha ser callar, aunque al buen callar llaman Sancho. El Senado español, que no es Sancho ni puede serlo, porque tiene mucho de discreto y poco de villano, ha de hacer con el tiempo una magnífica ostentacion de sus fuerzas, y del maravilloso influjo de su prestigio. De este Senado pues, lector querido, y de estos *Senadores* hemos de hablarte, sin temor de que nos desmientan, porque hartas pruebas tienen dadas de que no se atreven á decir: «Esta boca es mia.»

Has de saber primero, que para llegar á tan sublime dignidad se necesita, ademas de la eleccion del pueblo y nombramiento de la Corona, como antes indicamos, tener 40 años cumplidos, 30,000 rs. vn. de renta, y ser ciudadano español en el libre ejercicio de tan hermosa prerogativa. No te asustes, lector mio, por la última cualidad. Esto de ser ciudadano español es cosa fácil en el dia. Algun resultado positivo debia proporcionar á las gentes el triunfo del partido parlamentario. No importa que se violen las leyes del decoro y de la dignidad nacional; nada significa que el Gobierno se tome facultades que las pragmáticas no le conceden: de una plumada hace un ciudadano español; y así como le viste á su antojo de diputado, puede encajarle, si mejor le cuadra, el ropage de los *Senadores*. Tu habrás creido para ti, como creyeron otros en épocas menos ¡lustradas que las nuestras, ser bueno y ajustado á los sanos principios de gobierno que el elemento moderador de la máquina del Estado, representase el

saber, ó los servicios eminentes prestados á la causa pública, ó la limpieza del nacimiento y distinguida alcurnia de las razas, ó la aristocrácia, en fin, mas envidiable por cierto que otras aristocrácias, de las grandes posiciones financieras. Pero esto tenia graves inconvenientes. El primero, el insoportable de que viniera á ser el Senado una Cámara hereditaria, si al nacimiento se atendiera; y el segundo, si los otros estremos fuesen una ley votada en cortes, que no pisarian jamás las alfombras del salon de doña Maria, muchos de los que hoy son el ornamento del Senado y la esperanza de la patria! Asi que nuestros sábios legisladores dijeron, sino para su capote, que mas valiera, «formemos un Senado de eleccion popular, porque el pueblo, como sábio que es, debe entender de todo, y dejemos á la corona la libre eleccion entre los elegidos del pueblo.» De aquí nace la homogeneidad de los Diputados y de los *Senadores* en las opiniones que sustentan y en la marcha política que se proponen seguir. De aquí resulta muchas veces el gran ejemplo de moralidad que se dá al pueblo cuando los *Senadores* aprueban unas actas y los diputados las desechan: cuando los primeros dicen: el «*Gobierno es justo,*» y los segundos *Es traidor*. Bien es que los últimos estan acostumbrados á ganar en la contienda, porque apelan á la educacion constitucional de los no electores y sublevan las provincias; pero lo hacen siempre en nombre de la constitucion y de las leyes que tienen por un crímen cualquier atentado contra el Gobierno establecido y esto basta. El derecho de insurreccion es una prerogativa de los pueblos libres y los pueblos pagan el beneficio de tan santo privilegio despedazando uno de los mas importantes articulos de la misma ley, que tan estimable derecho les concede.

Articulo 19. «*Cada vez que se haga eleccion general de Diputados, por haber espirado el término de su encargo, ó por haber sido disuelto el Congreso; se renovará por órden de antigüedad la tercera parte de los Senadores; los cuales podrán ser reelegidos.*»—El *Senado* ha sido renovado en su totalidad.

Ya ves, lector querido, que la cualidad de ciudadano español es fácil de lograr, que no es dificil ser elegido y nombrado *Senador*; que el Senado no representa el saber, ni el nacimiento, ni la riqueza; y que de todas las circunstancias que la ley reclama, la única que en pié queda es la de la edad, porque la de la renta, podemos asegurarte que cualquier amigo te proporcionará 30000 rs. *negativos*, que hacen en el senado el papel de *positivos*. ¡Algun *Senador* conocemos nosotros de este género! Quede, pues, asentado, que para ser *Senador* no se necesita mas circunstancia importante *que la de tener* «*40 años de edad*».

¡Cuarenta años de edad! Esta garantia vale poco; los pueblos han conocido la verdad de esta proposicion y procurado enmendar el desacierto de sus legisladores, buscando en la experiencia que siempre á los años acompaña, la salvacion de tantos intereses en esta revolucion creados y en el triunfo de esta revolucion comprometidos. Así que, puedes asistir á la asamblea de los *Senadores*, sin temor ninguno de que las viruelas emponzoñen tu sangre. Lanza una mirada escudriñadora por aquellos bancos inmóviles como sus dueños, y una onza te doy por cada uno de los ojos senatoriales que esten mirando al techo del augusto

recinto. Miralos bien; los párpados superiores se desploman sobre el inferior; la encorvada cabeza descansa sobre el pecho, la mano temblona apenas tiene fuerza para llevar un polvo á la prolongada nariz, y la blanca y espaciosa calva es un testimonio solemne de la profunda reflexion en que dormitan. Aunque asistas diariamente al Senado, nunca tendrás el gusto de ver reunidos á todos los *Senadores.* El *Senador* necesita baños en el verano, y estufas y chimeneas en el invierno. El *Senador* es de constitucion tan delicada, como el vidrio; cualquier golpe le hace polvo, cualquier vientecillo le quiebra. ¡Achaques de la vejez! El *Senador* gasta por lo regular coche, porque las piernas le flaquean. La gota es enfermedad de ricos y de viejos. Un *Senador* sin gota, es un revolucionario sin cabeza. Un *Senador* sin cabeza es moneda corriente. La gota y el coche son las mejores y mas bien templadas armas del *Senador.* Pero como no todos lo tienen, puedes sin recelo alguno asegurar á tus amigos, que el *Senador* debe tener por lo menos gota, ya que no tenga coche.

Prosigamos, lector paciente, con calma y serenidad en el análisis de este tipo nuevo de la sociedad española, como nacido en el año de 1836. Nosotros creemos, y con algun fundamento, que el *Senador* no debe pensar, y asi lo ha creido tambien el *Senador* y sigue al pie de la letra tan saludable creencia. El *Senador* no piensa. Demostracion al instante. Su historia nos proporcionará pruebas irrecusables. ¿Y de qué le serviria pensar? Nadie se cura de lo que dice; nada importa lo que hace. Parémonos un instante en la revolucion española. Nace la Constitucion de 1837, y por cierto que ya hemos enterrado su cadáver de seis años, y nace con ella el *Senador.* Fórmase un ministerio parlamentario: este ministerio cae, á pesar del *Senado* y del Congreso cuyas mayorías le sostienen, y el *Senado* y el Congreso callan. ¡Y callaron, porque no pensaban! Desmanes de gran tamaño hicieron notables los años de 39 y 40, y el *Senado* calló, y calló porque no sabia pensar. Llega la cuestion de Regencia y el *Senado* medita un poco tan enmarañado asunto y lo equivoca. ¡Entonces sí que pensó! Puede esclamar con nuestro *Guzman* en una comedia moderna. *«El no tuvo mas que un encuentro en su vida, pero se portó¡»* Corren los tiempos, la revolucion crece y el *Senado* calla. porque no piensa. Arrójase indebidamente de las sillas ministeriales al gabinete Lopez, y el *Senado* piensa y habla y le silban y le apedrean, y el pais no le hace caso y responde con una magnífica revolucion á sus palabras. ¡Siempre Don Desiderio! Triunfa la revolucion y el Gobierno pone á los *Senadores* la cuenta en la mano y se van sin hablar, porque no piensan. Y hace bien el *Senador* en no pensar, porque nadie le entiende, y porque él mismo no se entiende. De todo lo cual sacamos nosotros la consecuencia, lector querido, de que siendo el *Senador despues del trono, del congreso, de los diputados, de los ayuntamientos, de la revolucion, del gobierno y pueblo, la mas distinguida dignidad en la escala de las categorías políticas*, el *Senador* no debe pensar, porque nunca ha pensado á tiempo, ni ha hecho lo que mas convenia á los intereses públicos.

Tenemos averiguado, pues, las tres circunstancias mas indispensables para ser *Senador*: *«tener cuarenta años, tener gota, y no pensar.»*

Sigamos adelante; analicemos la importancia personal del *Senador*. Ninguna. Repasemos una por una las circunstancias de su vida pública. La privada es un santuario para nosotros y un crímen penetrar en el interior de las familias.

Para mas claridad de esplicacion, trasladaremos algunos párrafos de cierta misiva de uno de ellos, que ha venido á nuestro poder; dice asi:

«Desengáñese V., amigo mio; los pueblos se equivocan, cuando se figuran que hemos de hacer algo en *beneficio suyo*. Gracias que podamos hacerlo en *provecho propio*. Me duelen las piernas, y eso que voy en coche, de mis viajes al ministerio de Hacienda. *Fernando* está cesante y seguirá por mucho tiempo en tan dulce ocupacion. Amigo mio, los diputados son una plaga; todo lo invaden: el ministro tiene miedo de los representantes de la provincia, y como yo pienso—*¡Ola!*— que vale mas callar—*«Buen Senador»*— he determinado cerrar los ojos y coserme la boca, porque no daria pie con bola en este asunto—*«¡Siempre lo mismo!»*—Voy á la secretaria y el ministro no me recibe, y delante de mí penetran en su despacho 40 diputados: le hablo en la sala de conferencias y nada adelanto. ¿Cómo quiere V. que con estos antecedentes emprenda el trabajo que V. me indica?

¿Qué te parece, lector amado? Ya conoces por un lado la fisonomía político-personal del *Senador*. Vuelve los ojos á otro punto de mayor consideracion, y has de parar mientes en una consideracion que ha pasado desapercibida en estos tiempos de trastornos y de revueltas. Has de saber que hay otro artículo en la ex-constitucion de 1837, ó sea debajo de la piedra primera del futuro congreso, que dá á la corona la facultad de nombrar los ministros á su antojo y capricho, siempre que estos sean españoles limpios de toda mancha fea, ya pertenezcan al senado, ya al congreso, ora habiten un magnífico palacio á la márgen del Guadalquivir, ora vegeten pacíficos y morigerados en un honrado caserío orillas del Urumea. Sucedió á principios de este año la aparicion de un fenómeno raro: hablamos del ministerio Ródil. Casi todos sus individuos eran miembros del Senado y todo el mundo dijo que era un ministerio mónstruo, en lo que todo el mundo tuvo razon, y que faltaba á las condiciones de un gobierno parlamentario. Ahora bien, lector querido, si quisieras echar un minuto á los perros, si no á difuntos, leerias el artículo 62 de aquella cosa tan bonita y nos dirias francamente tu opinion acerca del *Senador*, en esta privilegiada condicion de su vida. Un *Senador* no pertenece al parlamento, desde el instante mismo en que un ministerio de *Senadores* no es parlamentario. ¡Cuando te hemos dicho que los *Senadores* no piensan y que hacen muy bien en no pensar! ¡Cuando te hemos asegurado que el *Senador* no se entiende y que el mejor ha de ser el que tenga gota y no piense! ¡Vive Dios que no nos paramos á hablar mas detenidamente sobre este asunto porque no nos tomen por periodistas, y porque hemos de seguir al pie de la letra lo que en cierta ocasion oimos á un honrado procurador á córtes, que recibió por mas señas una embestida algo dura de un *caballero del Toison de oro*. Vaya, pues, de cuento.

Asistiamos nosotros con harta frecuencia al café de Levante y allí nos entreteniamos en jugar al ajedrez. Formaba parte de nuestra pequeña tertulia

un honrado individuo del estamento de procuradores, que nos ponia, por lo regular, al corriente de lo que alli pasaba. Preguntámosle una tarde: «¿Qué tal la sesion.»—«Magnifica, nos respondió; el tal era progresista. *Martinez de la Rosa* me ha convencido.»—«Entonces, replicóle uno de nosotros con tono burlon y malicioso, hoy habrá V. votado con la mayoría?»—« Amigo, eso no, respondió el procurador con una franqueza y naturalidad encantadoras, porque algo se ha de hacer por el partido.»—Aplica el cuento, lèctor, y hallarás la razon de que nuestra pluma se haya detenido en el punto en que lo hizo.

Empero no haremos nosotros punto final en la materia de este articulo, porque algunas cosas faltan en el indispensables para conocer á fondo al protagonista si puede llegar á ser protagonista un *Senador*. Abiertas las sesiones de ambos cuerpos colegisladores, el *Senador* es poco mas ó menos lo que nosotros te hemos dicho, lector amado. Un hombre que tiene cuarenta años cumplidos, un representante del pueblo que necesita la aprobacion del trono, un enfermo con gota en los pies y con gota serena en la cabeza, un don Desiderio en fin de la política. El *Senador* pertenece al parlamento, y cuando es ministro, no puede ser parlamentario, segun la opinion de mucha gente razonadora y entendida. El *Senador* como no representa nada, en nada piensa, y como en nada piensa, nada hace, y como no piensa, cuando se mete en libros de caballeria, lo equivoca con la fé mejor del mundo y el pueblo le silba con singulares muestras de diversion y con toda la pompa de la algazara popular. Pues veamos al *Senador* despues de una de estas benevolencias constitucionales, cuando vuelve á su casa desalentado y mohino, cansado de no haber hecho nada y de haber pensado menos. No hablaremos aqui de demostraciones de afecto doméstico, porque estas para nada sirven á nuestro propósito, como no sea para respetarlas con toda la franqueza de nuestro corazon.

Mirale ya instalado en su albergue solariego, los ojos clavados en la puerta de la sala, esperando con ansia la aparicion de algun incauto ciudadano que contribuyó con su voto á levantarle á tan suprema dignidad. Ya entra uno, otro, otro..... ya son cuatro..... ya son diez.... la sala está completamente llena. El *Senador* entonces lanza una mirada de orgullosa afabilidad á los que le rodean y entabla desde luego la conversacion que gira, como es natural, sobre el estado del pais, sobre la marcha de los negocios, sobre los grandes trabajos administrativos del cuerpo á que ha tenido la honra de pertenecer. Por supuesto, lector querido, que de vez en cuando suelta la frase de que el ministro le consultaba en las cuestiones de alta política, en aquellas que por lo delicadas no descendian á la arena de la discusion pública. El *Senador* se entretiene entonces en referir alguna que otra idea confusamente leida en un periódico y mas confusamente en su memoria conservada, y acaba siempre por indicar que por una casualidad y por intrigas de corte, no ocupó la poltrona ministerial. A esta frase que revela una mina de oro y una esperanza dulcisima para los que la escuchan, todos le prodigan en voz baja sus alabanzas y las noticias favorables á su mérito de

que estaba inundada la provincia. Y aqui pagarémos un tributo de gratitud á la *Postdata* reproduciendo los siguientes versos:

«¡Oh turron, turron, turron!
¡Qué grande es tu omnipotencia!»

Envanecido el *Senador* con las buenas palabras de aquellos honrados electores con renta, ó sin ella, porque para ser elector basta y sobra con el buen deseo y voluntad firme de un diputado provincial, sale á la calle en busca de felicitaciones y de aplausos, de vivas y de serenatas. A todos cuantos encuentra, á todos saluda: á todos dá la mano con afectuosa importancia; á aquel habla de una pretension que le encomendó, á este de un buen negocio, al de mas allá de sus esfuerzos para simplificar el sistema de contribuciones; con uno se lamenta de la miseria escandalósa de las vírgenes del Señor, con otro anatematiza la importancia del clero en las cuestiones religiosas, con este en fin se pierde en los espacios imaginarios, señalando la realizacion de la felicidad española en la próxima declaracion de la mayoría de la Reina. ¡Dios cumpla los votos del buen *Senador*, y frustre y engañe nuestras opiniones, que tienden á averiguar los nombres de los que dentro de un año han de ser tutores de S. M.!



Llega la noche y el *Senador* se coloca, como un mono, en la ventana de su cuarto, esperando una manifestacion ruidosa y constitucional que le inmortalice y le haga figurar entre los nombres ilustres que con el tiempo han de ennoblecer las páginas de nuestra desinteresada y patriótica revolucion. Míralo allí, lector querido, pequeño de cuerpo, hinchado de mofletes y de barriga, colorado como un pimiento, y discreto, activo como un cangrejo: sus ojos chispean, sus dedos tocan involuntariamente sobre la barandilla del balcon, ora el himno de Riego, ora la marcha triunfal de Pizarro, porque este es un *Senador* que anduvo toda su vida entre dos aguas. El gran alfiler de brillantes se distingue desde la calle al través de la sombra oscura de la noche.» ¡Las doce! esclama; ya es tarde. Nadie aparece.» ¡Ni siquiera le han silbado! ¡Qué injusticia!

El *Senador* entonces..... No queremos proseguir, lector carísimo: por lo dicho puedes conocer el personaje. Nació en el año 36, y no hay en España quien pueda explicar *su mision en este mundo.*

Ligeras son las indicaciones que te hemos hecho, pero exactas. No hay sal ática en nuestra relacion, pero sí mucha verdad. *Un Senador sin gota, es un revolucionario sin cabeza: un Senador sin cabeza, es moneda corriente.*

J. M. DIAZ.





LA CASERA DE UN CORRAL.



Como esto de desollar al prójimo ha sido siempre una cosa tan gustosa, en todos tiempos ha habido Juvenales que se ejerciten en hincar el diente en la honra ajena cebándose de preferencia en el sexo femenino. No diré yo que una templada censura de las malas costumbres, deje de ser úti hasta cierto punto como correctivo que mantiene el movimiento social hácia una creciente perfectibilidad. Mas lo que no puedo llevar en paciencia es que se dirijan principalmente los tiros contra ese bello sexo tan interesante y tan amable. Tengo por una especie de descortesía poco caballerosa, y aun me parece injusta la facilidad y complacencia con que se sueltan diatribas contra las mujeres, olvidando á tantas que han sido célebres, y pasándolas á todas por un rasero. Dicen estos satíricos de profesion que las hembras por su

volubilidad natural han ofrecido desde la antojadiza Eva materia abundante para reputarlas mas débiles que la otra mitad del género humano, que en su larga barba, lleva la señal característica de su estabilidad y firmeza. Añaden metiéndose á fisiólogos que se descubre en el sexo imberbe, algunas veces, cierta rareza de carácter, ciertas estravagancias, ciertas singularidades, que las asimila á las telas, que cambian de colores segun por el lado que reciben la luz, ó segun la mezcla que tienen en el tejido, y por eso se ven en ellas á cada momento esos arranques, esos arrebatos, esas humoradas, esa continua movilidad, y esa palabrería indiscreta, por lo que andan siempre voltigeando sobre la superficie de todos los objetos, deslumbradas con el brillo de las cosas presentes, sin penetrar nunca en el fondo de su naturaleza, de modo que á no ser por su esquisita sensibilidad y otras amables gracias de que se hallan abundantemente provistas, no serian buenas para nada y seria preciso huir de su trato por inconsecuente é insustancial.

No tanto, señores mios, les diré yo: cuidado que esa sentencia.... *Varium et mutabile semper fœmina* repetida desde la antigüedad, claudica por demasiado general y absoluta. Si han existido y existen mujeres en cuyos meollos nada entra sustancial, tambien las ha habido, las hay y las habrá que pueden dar á los hombres mas agudos de ingenio y de carácter mas firme, lecciones en todas materias. Ellas sobresalen en las ciencias, las letras y las artes, y muestran toda la firmeza y solidez que se requiere para ejercer autoridad, como lo comprueba la historia de la que me seria facil sacar un millon de ejemplos. Mas no siendo mi objeto mostrar erudicion, voy á presentar solamente un tipo ó modelo que actualmente existe en nuestra España, y vale por todos los demas que omito, pues no se limita á un individuo aislado, no es Doña fulana la literata, ni Doña mengana la pintora, ó la abadesa de las Huelgas. Este tipo lo componen las Caseras de los Corrales de Sevilla, que ya ves, mi sesudo lector, pues tal debo suponerte, hallarás una clase entera, la cual nos da diariamente pruebas de lo que son las mujeres en el mando.

¿La Casera de un Corral? ¿qué clase de ente social es una Casera? ¿qué viene á ser un Corral? ¿Son estas Caseras de la familia de las Patronas de las casas de huéspedes? ¿Son directoras, regentas ó cosa tal de algun establecimiento público? Supongo, amigo lector, que tu natural curiosidad te estimulará á hacerme estas y otras preguntas semejantes, sobre todo si eres estranjero. Mas la dificultad está en la contestacion, porque es preciso tengas entendido que el epígrafe de este artículo donde se encuentra ese titulillo, encierra la significacion de una de las maneras de vivir, que tienen nuestras andaluzas, la mas original, y la mas digna de observarse y estudiarse detenidamente, como que resuelve por completo la cuestion indicada en lo que antecede. Asi que para que puedas formarte cabal idea de este negocio, debes leer con detencion hasta la última linea de esta especie de apuntes ó noticias selectas de lo mas sustancial que importa saber acerca de las Caseras. Pero te prevengo que la materia es algo tediosa, y no se presta á la sal ática, ni puede llevar el saborete de ciertos escritos, donde el

feliz autor encuentra recursos para excitar la ilaridad de sus lectores.

Confieso que para salir del paso y salvar dificultades podria limitarme á dar la definicion completa ó incompleta de la Casera, diciendo que «es la matrona fuerte que en Sevilla está al frente de un grupo vecinal de los que llaman Corrales;» y despues de haber soltado esta definicion en tono magistral á estilo de catedrático improvisado, daria una noticia muy superficial del mecanismo de las Casas Corrales, del teje maneje de los Corraleros y Corraleras ó animales bipedos que habitan aquellas madrigueras, y de la conducta que observa la Directora de la asociacion. Empero esto seria vender gato por liebre, dejando apenas desflorado el asunto, y trazados solos los primeros lineamentos del retrato de la Casera, con lo que quedarias lector benévolo del todo en ayunas, y con tanta boca abierta, sin poderte formar una idea exacta de los fenómenos humanitarios que se ocultan en esos famosos y nunca bien ponderados Corrales, donde tanto tiene que estudiar el politico y el moralista, ni llegarias á comprender tampoco el superior genio gubernamental de las Caseras, y la constancia con que saben mantener la policía corralera en su mayor perfeccion, sin variar en un punto de su prístino instituto, guardando y haciendo guardar sus estatutos, y dándoles siempre ajustada aplicacion á las circunstancias. Preciso será pues que yo siga otro camino para salir de mi empeño, en términos que quedes contento y plenamente enterado de lo que es una Casera.

Existen en la sociedad ciertas combinaciones que arrostran imperturbables los fuertes embates de los huracanes revolucionarios, asi como la robusta palma del desierto se mantiene siempre frme resistiendo el furioso ímpetu de los desencadenados vientos, que asolan aquellas áridas llanuras, porque aquellas combinaciones están aseguradas por su propia naturaleza, como se encuentra asido en la tierra por la profundidad de sus raices ese árbol gigante que los desafia. Las Casas Corrales pertenecen á este género de combinaciones: son una especie de antiguos fanlesterios que nosotros los españoles tuvimos la feliz ocurrencia de inventar hace muchos siglos. Estos fanlesterios podrán no ser como los recientemente proyectados por el célebre utopista Fourrier; pero mucho será que no le hayan suministrado la primera idea, pues al cabo en los Corrales de Sevilla, asi como en esta Corte en la Casa de Tócame-Roque se ven reunidas bajo un mismo techo muchas personas y familias de todas las clases de la sociedad que forman lo que se llama primera materia, estando estas reuniones sometidas á la vigilancia de la Casera. El origen de estos hormigueros se pierde en la obscuridad de los tiempos, no faltando quien asegure habia ya Corrales en la antigua capital de la Bética, bajo la dominacion sarracena, y es indudable que si por fortuna hubiese habido quien se dedicára á escribir sus crónicas, contendrian un curioso repertorio de hechos notables, en que hallarian mucho que aprender nuestros modernos proyectistas, y algunos buenos desengaños.

Un Corral es una casa espaciosa de muchas vecindades, y su distribucion interior facilita toda comodidad para inspeccionar cuanto en ella pasa. Despues de la entrada ó zagùan, donde se vé un retablito oon una cruz, ó un cuadro con

la imágen de la Vírgen del Carmen, y un farolillo colgado del techo, que sirve para alumbrar aquel recinto en las primeras horas de la noche, hay un gran patio, que por lo regular es cuadrilátero, con una fuente en medio de agua potable, y corredores altos y bajos por sus cuatro lados. Algunas de estas casas suelen tener otros patios interiores; mas en todas las puertas de los cuartos ó habitaciones dan salida á los corredores. Por estas dos solas particularidades de la distribucion del edificio se descubre que un Corral es una especie de pannóptica, que forzosamente ha de tener su director. Asi es que el cuarto de la Casera, á la que exclusivamente está reservado este delicado cargo, se encuentra siempre en medio de uno de los testeros del piso bajo, y por lo comun en el que está al frente de la puerta de la calle.

Decia Feijoo que nuestros refranes dejaban de ser exactos por demasiado generales y solian contener un error vulgar. Esta calificacion la encuentro confirmada en unos casos, aunque en otros estoy por los refranes. Cuando se me dice, por ejemplo, «que el hábito no hace al monje,» asi de una manera absoluta y demasiado general, tengo por errónea esta proposicion, porque encuentro una notable tendencia en el hombre á identificarse con el vestido, y me cuesta dificultad reconocer á un amigo ó representarme en la mente su imágen, si no se me presenta con el mismo traje que solia llevar cuando le vi otras veces, asi como en la tortuga solo vemos la concha y nunca lo que está dentro. Que se nos ponga delante un magistrado, un general, un ministro, sin sus respectivas condecoraciones, vestidos simplemente el uno con los harapos de un pillo de playa, el otro con la zamarra del pastor, es seguro que entonces no veremos al general, ni al magistrado, sino al pillo ó al pastor, y por esta causa son tan apetecidas las decoraciones, porque el hombre lo forma el vestido. Luego el hábito hace el monje, ¿y si no, cuántos monjes se pasean ahora entre nosotros, y no podemos decir ese es un monje desde que largaron la concha? Aplicando esta doctrina, que no tiene falencia, á nuestra Corralera, mientras no vea yo el traje alto de las manolas, la limpia media, el zapato bajo ó de escarpin muy recortado y sin cintas ó galgas, el pañuelo de percal color de punzon, y el pelo recogido detrás de la oreja, no me será fácil reconocer á la Casera. Esta es su forma exterior que tanto respeto infunde á sus subordinados, cuando vá acompañada con aquel aire de taco y un cierto aquel propio de su complicada autoridad.

A la inversa, cuando se me dice que el adorno interior de una casa, la clase de muebles que hay en ella, y su colocacion, da á conocer qué clase de pájaro es el que alli se enjaula, confieso y reconozco que esto es muy cierto, como lo demuestra en nuestro caso el menaje del cuarto de la Casera. La puerta y la ventana de esta estancia se ven adornadas por la parte interior de unas cortinas de muselina blanca: las paredes cubiertas de muchos cuadritos con estampas, moños y ramos de flores contrahechas, interpolándose alguna que otra cornucopia dorada, y con su luna ó espejo. (Una de estas está colocada mas baja porque sirve á la Casera de tocador): varias sillas de asiento fino; una mesa y sobre

ella un tintero, el libro de cuentas y otros trevejos. Hay otra mesita mas pequeña en que descansa una urna que tiene dentro un San Antonio, una Virgen del Carmen ó una Cruz. Detrás de la puerta del cuarto se encuentra un tallero. con muchas tallas ó jarras, vidriadas de verde para el invierno, y de las que no tienen vidrio para el verano. Entre talla y talla hay un juguete de barro, ó un vasito con flores, y al pie del tallero está la tinaja del agua. En la alcoba interior hay una ó dos arcas de pino, y una cama de banquillos y tablas con dos ó tres jergones de paja y un colchon de lana, lo que hace tenga mucha elevacion. Si la Casera tiene hijos, reserva para dormitorio de estos otro cuartito en el piso alto, lo que suele dar lugar á varias escenas cómicas.

Tal es el adorno y menaje del cuarto de nuestra Semíramis, que si bien dan indicios de su pobreza no muestran menos su disposicion y aseo. No tiene muebles lujosos; mas los referidos y su colocacion están diciendo que es amiga del órden y arreglo en todas sus cosas.

Si la Casera es casada suele estarlo con un soldado cumplido, ya entrado en años ó con algun zapatero remendon. En el primer caso hay mas quietud en el matrimonio, porque el cumplido trabaja fuera de casa, casi siempre de peon de albañil: ú otra ocupacion semejante. Pero cuando pertenece á la hermandad de San Crispin, tiene colocada su banquilla en el portal ó en el corredor cerca de la puerta del cuarto, quiere mezclarse en todo, y los lunes dedicados á la holganza segun costumbre inmemorial, anda la paz por el coro, pues consigue apurar la paciencia de la consorte, que como acostumbrada al mando absoluto, no se encuentra muy dispuesta á sufrir sus impertinencias.

Sentados estos preliminares indispensables, y dejando de referir para no ser prolijo otras varias circunstancias particulares relativas á la educacion de los hijos si los tienen; educacion que suelen recibir en el matadero, ó en las plazas de comestibles, donde les sobran ocasiones de ejercer todas las mañanas la destreza de los jóvenes esparcíatas, agilitándose en el gran arte que inventó Caco, y desenvolviendo su talento fullero, ya es tiempo de acercarnos á lo fundamental de este asunto.

En todo cuanto tiene relacion con la administracion de la Casa Corral, no hay que decir, como se supone en los demas matrimonios, que la mujer obedece y el marido manda, pues la ley sálica no ha podido estender su perniciosa influencia hasta la Casera, que ha conservado sus fueros, libre de la insercion gálica. En el contrato celebrado con el propietario, ó dueño de la casa hace ella el principal papel, como mujer de respeto y formaliaa. El marido inspira poca confianza. Unas veces toma la casa en arriendo con facultad ámplia de subarrendar, otras viene á celebrar un contrato sin nombre, quedando encargada en todo lo relativo al subarriendo de los cuartos, conservacion del órden y cobranza de alquileres. En estos subarriendos y á la cobranza suele auxiliarla su marido, haciendo veces de intendente, y por la noche cuida tambien del alumbrado, siendo ademas el que cierra la puerta de la calle y la abre por la mañana. Lo que es el gobierno y direccion interior, lo reserva esclusivamente en sí la Casera, y en ello consume

la mayor parte del tiempo, quedándole apenas alguno libre para sus quehaceres domésticos, y para ganar algunos cuartejos ribeteando zapatos ó lavando y aplanchando ropa de las sacristias de las iglesias.

De todos cuantos puestos de mando se conocen en la sociedad, ninguno mas delicado y dificil que el que ocupa esta andaluza. Los corrales son el *refugium peccatorum* donde van á acogerse cuantos en las clases ínfimas de la sociedad no tienen hogar conocido. Si todos fueran jóvenes y solteros, podria ser una especie de nueva asociacion fácil de arreglar. Pero es la desgracia que la vida de los que acuden á ennicharse en estas casas ofrece antecedente materia para historias muy peregrinas. Ya es un sastre solteron que ha pasado de los cuarenta años, refiere haber servido con este oficio en el ejército, y haber hecho varios viajes de ultramar, con otras cosas peregrinas; ya en el cuarto inmediato se aposenta una remilgada de treinta abriles, que no descuida aun el tocador, se dice viuda de un capitan, y suele tener largos ratos de paroli con su convecino, amen de otros momentos que consume en recibir ciertas visitas nocturnas y misteriosas, que ella dice son parientes del difunto. En otro cuarto viven un peon de albañil con su mujer y una hija moza, que son lavanderas; mas allá una setentona, con otras tres hijas, todas aves sin nombre, que dejan juntas el nido por la mañana temprano y vuelven cuando ya el sol raya en el ocaso, se meten en su cuarto, cierran la puerta y ¡buenas noches! El traje de estas incógnitas no ofrece particularidad que de contar sea; sin duda para no llamar la atencion. Otros cuartos los ocupan personas de uno y otro sexo que viven solas y descubren por su traje y maneras ser pobres vergonzantes, ó que pertenecen á la gran cofradía de testigos falsos, que giran en torno de los juzgados, dispuestos á prestar servicio al primer escribano, procurador ó alguacil que los ocupe. Otra porcion de estancias las ocupan las lavanderas con sus maridos peones de albañil, poceros, empedradores, vendedores de pajuelas, de melcocha, de aceitunas, altramuces, turrados y otras chucherias. Hay por temporadas habitados algunos cuartos por ciertas notabilidades de incógnito; pero estos vuelven á criar alas y remontan otra vez su vuelo á mayor altura social.

Conocido ya el pueblo que está bajo el régimen policiaco de nuestra heroina, vamos á ver cómo se las aviene para traer metidas en ajuste todas estas castas de gentes de un pensar tan vario como mezquino. Aquí es donde ella luce todo su talento y firmeza varonil. Tiene formado un pequeño código de leyes administrativas, donde muchas cosas tendrian probablemente que aprender algunos gefes políticos; y otro prontuario de leyes penales. Para hacer que obedezcan y cumplan puntualmente estas leyes, se reviste de cierta autoridad corraleresca, que no falta quien imite fuera de estas casas. La Casera no es záfia ni desvergonzada en su trato particular; mas en el de directora de su vecindad lo es en estremo, por aquello de que quien se hace miel las moscas se lo comen, y porque á cada uno le ha de hablar en su idioma, y las palabras blandas son buenas para las monjas.

El primer punto de policía consiste en que la puerta del corral se cierre

constantemente en el invierno á las diez de la noche y en el verano entre once y doce. Este precepto nunca se infringe, y ninguno lo olvida impunemente pues el que no ha entrado á estas horas se queda en el meson de la Estrella y suele muchas veces tener que pasar el resto de la noche en la casa de poco pan.

Luego que se cierran las puertas se apagan las luces y cada mochuelo se recoje á su olivo, procurando guardar el silencio posible.

Por la mañana se levanta temprano el Casero y abre la puerta, á fin de que cada uno pueda salir á sus quehaceres.

Antes de acostarse avisa la Casera por el órden que tiene prefijado á las vecinas que les toca barrer al dia siguiente la puerta de la calle, los corredores y el patio, y los sábados las escaleras. Esta distribucion de trabajos dá márgen á varias disputas, que la Casera resuelve de plano y sin forma de juicio, haciendo desaloje el corral la que desobedece ó se muestra demasiado renitente ó se levanta tarde.

Cada vecino tiene obligacion de encender el farol del zaguan, y los de los patios la noche que le toca el turno.

Tambien toma razon por las noches de las que necesitan las pilas para lavar al dia siguiente, y las distribuye por su órden, haciendo igual distribucion de los tendederos, y cuidando á la tarde de que lo dejen todo fregado y corriente para el dia siguiente.

No permite que los hijos pequeños de las Corraleras tiren piedras dentro de casa, ni en la puerta de la calle, ni que desconchen ó tiznen las paredes, haciendo á sus padres responsables de las faltas y travesuras turbativas del órden que estos cometen, por lo que aquellos procuran darles dimisorias bien temprano, y salen á inundar las plazas de la ciudad, y á aprender el camino que conduce á los correccionales.

Cuando alguna vecina recibe en su cuarto de noche alguna persona sospechosa, espera que todos estén recojidos y de improviso se presenta en aquella habitacion acompañada de su marido, los coje infraganti, y á la mañana siguiente tiene la inquilina que mudar de casa, y aun de barrio, ¡tanta es la autoridad de una Casera!

En los casos, no muy raros, de riñas y refriegas entre los vecinos, aunque sean entre hombres con uso de armas, acude mas veloz que el rayo, y mientras su marido ú otro vecino pacífico va á llamar la justicia, ella despliega todo su carácter varonil. No solo los reprende y contiene con la mayor severidad, sino los separa y desarma; muchas veces con grave detrimento de su persona, pues suele salir contusa, cuando no herida.

Para reprimir y prevenir estos y otros desórdenes semejantes aplica por sentencia definitiva y sin súplica las leyes penales de su prontuario que son muy sencillas. Primero la reprimenda en voz alta y descompasada para que la oigan todos los de puertas adentro y aun los de fuera. Esta especie de apercibimiento es un medio eficaz, porque ofende el amor propio del que la lleva, y deja resultas poco gratas. La Casera no se contenta con vituperra ni ponderar la culpa

ó falta cometida, sino suele tambien regalar un apodo, que conservará el que ha decaido de su gracia, aunque se traslade á otra parte, con la particular circunstancia que estos apodos retratan con mas viveza que lo hizo Murillo con sus divinos pinceles, pues para poner apodos nadie como las Corraleras.

La segunda correccion se reduce si es hembra la culpada, á un recargo en los trabajos del barrido y limpieza, y si es varon á costear la luz del farol una noche mas de las de su turno, tomando de aqui ocasion para aliviar á los mas pobres y á las menos fuertes ó enfermizas, y aun para complacer á sus amigas.

A la tercera va la vencida, como suele decirse, pues á un reincidente tan protervo é incorregible no le queda recurso. Sin detencion van sus trastos á la calle; es decir, que la ejecucion acompaña siempre á la sentencia. Con esta inflexibilidad conserva la Casera su autoridad intacta, viéndola crecer de dia en dia, y llegando á veces á adquirir renombre entre los de su categoria. Es muy frecuente oir decir á la gente que se agazapa en esas localidades: en el Corral de la Parra, de los Panecitos ó el del Conde (este tiene tantos cuartos para vecinos como dias el año) *no se puee haora respiraa. La Zeñora Tereza gasta cada dia peor jenio y á naide deja resollaa; tiene siempre puezta una carita* de *jué* que mete *mico.* Esto prueba que la tal Teresa lo entiende y sabe bien como ha de manejarse para que se guarden sus ordenanzas. Es verdad que en estos últimos tiempos ha habido algunos vecinos, particularmente los que son guardias nacionales, que se han empeñado en querer introducir ciertas modificaciones en el mando de las Caseras. Mas estas se mantienen firmes. *¡Vaya,* dicen con resolucion, *seriá cosa de ver, que el naciondlito me viniese á calentaa el meollo con su costitucion ó sarandaja! Esas noveaes son güenas paa los que viven solitos en sus casas. Allá se las compondrán ellos como puean; lo que es aqui naa mas se ha jacer que lo que yo mande y al que no le acomoe que se plante en la calle.* Esta es la palabra atronadora que aplaca todo espíritu de novedad é independencia. ¡Feliz Casera que tan puro é intacto sabes conservar tu poderío!

Si hasta aqui hemos visto á la Casera por el lado mas adusto y en el ejercicio de sus funciones gubernamentales mas peliagudas, en las que nos ha hecho conocer el inestimable precio de su carácter sostenido, bueno será examinarla tambien por otro aspecto mas agradable. Durante el dia y las primeras horas de la noche tiene mucha indulgencia con todos, hace la vista larga y deja que cada uno respire á sus anchas. Las lavanderas del patio se las pelan cantando: los mozuelos, hijos de los vecinos salen y entran con sus guitarrillas; en algun otro cuarto suele haber alguna visita misteriosa. Todo este ruido, esta baraunda y la chacota que es consiguiente lo tolera la Casera sin decir esta boca es mia, porque conoce que á la buena gente se le ha de dejar algun desahogo. Hay ademas dos dias en el año de gran jaleo: el de la Cruz y el de S. Juan. En las noches de estos dias se cierra muy tarde la puerta del Corral, y la Casera permite que entren á bailar y cantar los mozuelos y mozuelas de otros Corrales, que tienen conocidos en el suyo.

El dia de la Cruz se forma en uno de los corredores del patio un altar adornado todo de flores y cintas y con relicarios y alhajas de plata y oro. Los gastos

y adornos de este altar para la Cruz, se hacen á escote entre todas las vecinas.

La fiesta se forma siempre en el patio, reinando la mayor alegria. Las mozuelas y mozuelos cantan y bailan las rondeñas, las malagueñas, las manchegas, algunas veces la jota y con mas frecuencia las *Corraleras*, que es música de su esclusiva invencion. Tambien bailan el fandango y no falta quien eche una copla de bolero. En estos dias gusta ver aquella juventud con sus graciosos adornos, tan alegre y tan chistosa. La reunion dura hasta bien tarde; pero á su debido tiempo la directora manda que termine y cada cual se retira, unos á sus cuartos, y los forasteros á la calle, cerrando el Caserò las puertas principales.

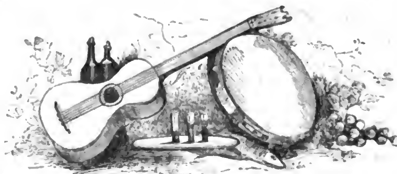
No omitiré decir, porque es importantísimo, que la Casera tiene mucha caridad con los pobres y les agencia todos los alivios posibles, principalmente cuando estan enfermos, lo que prueba que el genio zafio que se le atribuye, es una especie de compostura aparente, hija de la clase del mando que ejerce.

Por último entre todas las vecinas hay dos ó tres que son el ojo derecho de esta matrona; las agracia y prefiere siempre, anda todo el dia de secretillos con ellas, y las admite de tertulia en su cuarto á todas horas, si está desocupada. Allí reunidas no dejan hueso sano á los demas inquilinos, y se saborean á su placer con la gustosa murmuracion que las engorda y anima, para el trabajo. No me estenderé en la narracion de estos animados diálogos porque sería preciso escribir tomos enteros y este articulillo se va haciendo demasiado largo. Téngase solo entendido que para quitar la honra con el salero del mundo no hay otras como las Corraleras.

La Casera no se dá por vencida hasta que llega á ser muy vieja, que sostituye su autoridad en una de sus hijas, si las tiene. Cuando no tiene hija ni nuera se reduce á la clase de simple Corralera, aunque la que la sucede en el mando suele tener con ella y su marido ciertas consideraciones; algunas mas que las que se tienen ahora con los empleados jubilados.

He terminado mi tarea. Ya ves lector que no he burlado tu espectativa, conoces lo que es un corral de Sevilla, primitiva idea de los modernos fanlesterios: ves como en las raices del árbol social no penetran los embates politicos; descubres que la ley sálica nunca fué planta española, porque entre nosotros han sabido siempre mandar las mujeres con mas tino y garbo que los hombres, y quedarás convencido de que España abunda en tipos originales.

JOSÉ MARIA TENORIO.





EL AVISADOR.



No por menos conocidos y popularizados dejan de ser merecedores de figurar en el catálogo de los tipos españoles algunos cuya importancia y originalidad es tan indisputable como honrosa y meritoria la modestia que distingue á las personas en ellos comprendidas.

La fama pública, auxiliada con las listas que publican en *sábado santo* todos los periódicos de la Península, con los avisos particulares insertos en los pisos bajos de dichos periódicos, y con los anuncios de los carteles, hace al público sabedor de los diferentes empleos y diversas gerarquías que constituyen una compañía de actores; ya sean estos de ópera ó de verso (1); ya de baile ó de gimnástica. Nadie ignora lo que es *primera dama*, ni que una actriz puede titularse *sobresaliente* en la nómina del teatro, aunque no *sobresalga* mucho, que digamos, en *el ejercicio de sus funciones*; ó, como otros dirian, en *las funciones de su ejercicio* (2). Pocos aficionados dejan de comprender la diferencia que hay entre

---

(1) Así llaman vulgarmente á las compañías de simple *declamacion* para distinguirlas de las de *canto*, como si hubiese óperas en *prosa* ó solo fuesen dramas los que estan versificados.

(2) A la profesion de actor llaman todavía *ejercicio* muchos de los mismos que están dedicados á ella.





prima donna y *altra prima*, y que no es lo mismo ser *prima donna assoluta* que serlo á *perfetta vicenda* con otra *prima donna* que, aunque es *otra*, no es *altra*, porque es inútil advertir que la llamada *altra prima* tiene obligacion de suplir á aquella, y aquella no suple á esta. Ningun cristiano confunde ya á la *característica* con la *graciosa*, ni al *primer galan* con el *galan joven*, por mas que para ser asi clasificados no siempre se consulte su respectiva fé de bautismo; y por último, toda empresa cuida de hacernos constar los nombres y atribuciones de *coreógrafos* y *maquinistas*, *caractéres ancianos*, y *maestros al címbalo*, y *partiquinos* y encargados de la *guardaropia*. (1) Solo es un secreto para los *profanos* la existencia y ocupaciones de cierto fámulo, ó dependiente, ó funcionario, ó como ustedes quieran calificarle, sin el cual, no obstante, funcionaria muy mal, ó de todo punto seria inerte y escusada la ingeniosa y complicadísima máquina teatral; como que es su mas eficaz resorte; y no decimos su principal y mas poderoso agente, como en otras máquinas el vapor ó el agua, porque no se agravie el *dinero*, que es la fuerza motriz *sine qua non* de todas las empresas humanas. Este individuo, á quien vamos hoy á sacar de la injusta oscuridad y del ingrato olvido en que yace, se llama el *Avisador*.

¡Miren qué salida! dirá algun pio lector. ¡Miren que *Maiquez* ó que *Rita Luna* se habian dejado en el tintero los empresarios!.... ¿Y qué quiere decir *Avisador*? —Yo se lo diré á usted con el diccionario de la lengua castellana. AVISADOR, s. m. *El que avisa*.—¡Pues! como si dijéramos el diario de *Boix*.—Eso viene á ser, poco mas ó menos. Un diario; pero no impasible, estacionario y mudo, sino activo, inteligente, infatigable de todo género de recados y anuncios con aplicacion al arte del teatro y demás que le son anexos y conexos.—¡Acabára usted! Ese *Avisador* viene á ser un corre-ve-y dile semejante á los mozos ó criados de compañía en la Milicia Nacional.—Si, señor; alguna analogía hay entre ese hombre y el mio; pero las tareas del mozo que usted dice, si bien requieren en quien haya de practicarlas alguna destreza, cierta dosis de paciencia, y no poca agilidad de pies, no tienen comparacion con las del *Avisador* de teatro, que son mucho mas variadas, árduas y espinosas, y cuyo buen desempeño exige dotes no comunes de cuerpo y de alma.

Hacer saber á ciento ó mas individuos cuándo les toca la guardía ó la patrulla, el reten ó la revista, y si han de acudir de gala ó sin ella, y con pantalon de verano ó de invierno, y si ha de ser el martes ó el miércoles, no es cosa del otro jueves. Con dejar en cada casa la papeleta en que se marca el servicio que se exige del miliciano, asi como la pena en que incurre si falta á él, y con decir, si alguno se considera

---

(1) El que no esté iniciado en el dialecto de bastidores no creerá que por *guardaropia* se pretende entender en los teatros lo que en todas partes se llama *guardaropa*; esto es, oficina destinada para custodiar *la ropa*; antes juzgará que allí se guarda *arropia*, ó *melcocha*, que es lo mismo. Pues no, señor; ni es esto ni es aquello, porque en la *guardaropia* de los teatros ni se guarda *arropia* ni se guarda *ropa*, sino cucuruchos de dulces figurados, huevos de hieso, pavos de carton, candeleros, cornucopias y otra infinidad de baratijas de las que suelen emplearse en el servicio de la escena.

agraviado, «yo no tengo que ver con eso; yo soy mandado; acuda usted al capitan ó al sargento primero,» sale del paso; si Pedro le da un sofion, Juan le da una propina; váyase lo uno por lo otro, y á poco que haga valer la aptitud en que se halla de ser útil en un dia de alarma al que menos piense necesitar sus servicios, seguro está de tener en la compañia amigos y valedores. Pero lidiar con la heterogénea multitud que depende de una empresa dramática, sabiendo que él está muy lejos de tener en su apoyo las leyes de una disciplina militar mas ó menos estricta; subir y bajar escaleras todo el dia desde casa del *consueta* á la del *buffo caricato*, desde el taller de pintura al almacen de vestuario, desde el cuarto del *alumbrante* al aposento del conserje, del despacho de billetes á la contaduria, del médico al contratista de muebles, de *Monsieur quidam* á la *signorina quædam*, del Cuerpo de Coristas á la *Virgen de la novena*....¡Santo Dios! ¡Siempre hecho un azacan, siempre oyendo escusas, murmuraciones, reniegos!...¡Siempre en un pié como las grullas!.... ¡*Avisador!* este oficio á los Sres. regidores de la comision de espectáculo: ¡corriendo! ¡*Avisador*! vaya usted á casa del *Ingenio* y que le de á usted con mil santos la décima consabida para pedir al final una palmadita. —¡*Avisador*! que *saquen de papeles* este melodrama.—¡*Avisador*! que vengan mañana al ensayo la lujuria, la gula y démas *Virtudes* de acompañamiento.—¡*Avisador*! diga usted al de la imprenta que tire carteles *de Vísperas*. ¡*Avisador*! Al cabo de comparsas, que necesito para el Domingo veinticuatro *salvajes*.—¡Oiga usted! Vea usted de paso al médico, y que visite de oficio á la primera bailarina, con toda escrupulosidad. Ya me tiene hasta aqui con sus crispaturas de nervios, y será preciso que rescinda la escritura ó sea menos intercadente. ¡*Avisador*! Que aparten un palco para quien dice esta esquelita. ¡Ah! Cite usted al *Comité* para leer mañana un drama en quince cuadros, con prólogo y epilogo.—¡*Avisador*! Diga usted de mi parte á Fulanita que, si no quiere arruinarme, me haga el obsequio de no parir hasta despues de ferias.—¡*Avisador*! Haga usted poner un remiendo á cada cartel diciendo que, por indisposicion repentina....¿de quién diremos?...... del *segundo barba*, no puede hacerse hoy la funcion anunciada, y en su lugar se ejecutará *El Enfermo de aprension* y el fin de fiesta ¡*Casualidades*!

Asi va el infeliz con estas ó semejantes embajadas de Ceca en Meca y de Herodes á Pilatos, sin perjuicio de los avisos ordinarios para el ensayo de cada mañana y la representacion de cada noche. ¡Cuánta memoria no necesita para retener y no confundir tantos y tan diversos encargos! ¡Cuánta prudencia y circunspeccion para darlos y recibirlos! ¡Cuánta píldora tiene que dorar! ¡Cuántos chismecillos se ve forzado á oir.. y olvidar! ¡Cuantos obstáculos allana! ¡Cuántos remedios improvisa! ¡Cuántas tempestades conjura!

El que sirve algunos años de *Avisador* podria brillar despues á poca costa en la carrera diplomática; y no es broma. Un *Avisador* que no fuese muy sufrido, muy dúctil, muy conciliador, seria inútil.—¿Qué digo? Seria sumamente perjudicial. Por su causa habria cada quince dias en el mundo teatral una de esas crisis fatales, desesperadas, que frecuentemente representa el gobierno español al mundo politico. Dificultades que el buen *Avisador* sabe vencer con

solo *saber callar*, llegarian á hacerse insuperables, y si los teatros principales de España se mantienen abiertos casi todos los dias, cuando no hay epidemias y pronunciamientos, ó cuando el Calendario no señala los viernes de cuaresma, la Semana Santa y el jubileo de la *Porciúncula*, á la longanimidad, á la diligencia, á la diplomacia del *Avisador* se debe. Verdad es que en observar esta laudable conducta consiste su propio interés tanto como el de la empresa, de quien es el mas celoso y leal servidor. Por poca leña que él echase al fuego; con solo trasmitir exactamente, palabra por palabra, lo que oye de una parte y otra, armaria cada dia una zambra de mil demonios, y á la segunda ó tercera caeria víctima de su indiscreta charla y de su impertinente veracidad. Actores, músicos y poetas son, generalmente hablando, asaz impresionables y quisquillosos. Acostumbrados, unos en la escena, otros en su gabinete, á desarrollar y á poner en pugna, tal vez con exageracion, toda clase de pasiones, suelen ser muy vivas y vehementes las suyas. Prorumpen en quejas amargas cuando creen mortificado su amor propio; quejas que muchas veces olvida el corazon tan pronto como el labio las articula; ó bien, como gente de chispa, sueltan á lo mejor un epígrama incisivo, acaso con menos intencion de zaherir y agraviar al prójimo que de oir celebrar la agudeza de su ingenio. Ahora bien: ¿qué sucederia si el *mensagero escénico* llevase y trajese como arcaduz de noria tales denuestos y tales rehiletes? Que, dejándole quizá por embustero, tarde ó temprano se reconciliarian los que él involuntária, pero neciamente hubiera enemistado, y él lo pagaria, porque es la parte flaca, sufriendo ásperas reprimendas y acabando por ser despedido con toda la pompa de la ignominia.

¡Y este sumiso y perdurable correo pedestre, por cuya mano pasa el estipendio del cochero que conduce á las actrices de su casa al teatro, y vice-versa en cada ensayo y en cada comedia, ópera ó baile, no solo no es admitido ni aun á la zaga del venturoso carruaje, sino que apenas gana para las botas que rompe y para un triste puchero comido mal y de prisa, y ningun dia á la misma hora que el anterior! Y para él no hay aplausos, ni bravos, ni articulos *de amigo*, ni beneficios, ni licencias temporales; ni para él se construyen coronas de laurel en la calle del *Patriota Manzanares* (antes de la Montera) ni se crian palomas ó se componen sonetos acrósticos en las boardillas.

Todos los dependientes de la empresa, artísticos, científicos ó mecánicos, tienen dias de asueto y de descanso, menos el pobre *Avisador*. De planton en todos los ensayos, incluso el *paso de papeles*, en cuya operacion suple por lo regular á mas de un actor inasistente, y perenne entre bastidores durante la representacion, cuando no toma parte activa en ella, si hay falta de capataces ó corifeos inteligentes para dirigir *las masas*, allí está á disposicion de todo el mundo, y de cuantos viven del teatro es, seguramente, el primero que se levanta y el último que se acuesta.

Para dar vado á tantas comisiones, no basta que sea mas vigilante que Argos y que esceda en ligereza y volubilidad á la liebre y á la ardilla: necesita ademas poseer vastos conocimientos, y tal vez superiores á los que suelen exigirse en



España á un jefe politico y á un intendente. Precisado á auxiliar su memoria, por feliz que sea, con diferentes y continuos apuntes, no puede dispensarse de escribir, sino con muy elegante forma y muy correcta ortografía, al menos con claridad y prontitud. Pagador ó interventor nato de ciertos menudos gastos, no puede menos de tener algunas nociones de aritmética. Sin riesgo de cometer á cada instante un *quid pro quo* trascendental, no le es dado ignorar los fueros. privilegios y exenciones de cada clase y de cada individuo, ni sus obligaciones respectivas. Ha menester estar impuesto en todos los ribetes y tiquis miquis de la cortesanía para tratar con las notabilidades del teatro, especialmente con las que pertenecen al bello sexo, y no ser ageno á la jerga vulgar y semigermánica con que se producen los comparsas y los *arrojes*. Como nada puede desmembrar de su mezquino sueldo para pagar intérpretes, y cuando hay ópera y baile tiene que entenderse cotidianamènte con franceses é italianos, forzoso es que siquiera sepa chapurrear cierto número de frases en italiano y en francés. Siendo tantas y tan distintas las personas á quienes frecuentemente *avisa* de algo, debe saber al dedillo las calles de Madrid, cosa no muy facil ahora que las Excmas. Municipalidades han dado en la flor de mudar sus nombres cada lunes y cada martes. Finalmente, se vé tambien obligado á ser una especie de celador de policía (dicho sea con perdon) para saber las *querencias* de cada quisque, y poder hallarle fuera de su casa cuando no le encuentra en ella para hacerle una notificacion urgente. Porque en este punto es inexorable. El actor, el cantante, ó quien quiera que sea el sugeto á quien busca, podrá despues hacer lo que deba, ó lo que le dé la gana; pero no espere salvarse alegando ignorancia. Siquiera se oculte donde haya que echar hurones para sacarle; siquiera se refugie en el asilo de la culpa ó se acoja al de la penitencia, ¡allí el *Avisador*! Nada se esconde á sus ojos inquisidores y perspicaces. Sus avisos son tan inflexibles y seguros, aunque á veces tan infructuosos, como los de la conciencia. Aun mas: podrá acontecer que la persona á quien se dirige esté *in articulo mortis*... No importa: ha de oir el inevitable recado; ha de saber que «mañana á las siete de la noche se ejecutan *Las memorias del Diablo*» aunque con los mundanos acentos del *Avisador* se confundan las pias exhortaciones del padre de almas que recomienda á Dios la del enfermo. Mas todavia: no sé si injustamente desconfiado nuestro protagonista de su propia memoria, ó de la atencion é inteligencia del *avisado*, le reitera el mensaje cuantas veces le echa la vista encima, sin perjuicio de dejárselo escrito, si es de importancia, en su casa, en el café de su devocion y en la portería del teatro, queriendo antes ser acusado de molesto é importuno que exponerse á cometer la mas leve omision.

El oficial que tibiamente se limita al cumplimiento de su obligacion, *vale muy poco para mi real servicio*, dicen las ordenanzas militares, y esta máxima, cuyo espíritu puede hacerse estensivo á todo género de empleados, habla con particular elocuencia al corazon y á la mente de un *Avisador*. *Muy poco vale para mi particular servicio*, dirá con sobrada razon el director de una empresa,

muy poco vale el *Avisador* que solamente sea órgano maquinal de mis mandatos y disposiciones. ¡Pobre de mí si es tan poco *avisado* que no sabe adivinar lo que yo omito, recordar lo que yo olvido y correjir lo que yo yerro! Penetrado de esta verdad el *Avisador*, sin que nadie se la inculque, y solo por efecto de su buena índole que tan felices corazonadas suele inspirarle, ó de su larga esperiencia de las cosas y casos teatrales, enmienda mas de una vez la plana á su amo, pero con tal moderacion y sagacidad que no le deja lugar á resentirse, ni aun quizás á apercibirse de ello. En los casos de remedion (1), sobre todo, es cuando la pericia y *erudicion* del *Avisador* suelen ser de mas utilidad al empresario. Improvisar la representacion de una comedia es negocio mas dificultoso y peliagudo de lo que á primera vista parece. El empresario, por si solo, ú asociado de algunos actores, hojea y consulta en vano una y otra vez el registro de las funciones ejecutadas en lo que vá corrido del *año cómico*.—Esta... no puede repetirse, porque ha pasado mucho tiempo desde que se estrenó y para no aventurar á los actores á fulminar una blasfemia en cada frase, seria necesario ensayarla siquiera un par de dias. Aquella... fué estrepitosamente silbada, y hay que renunciar á ella; la otra no está corriente, porque uno de los actores que trabajaba en ella obtuvo licencia para los baños de *Panticosa* y los está tomando en el teatro de *Barcelona*; la de mas allá tiene mucho *teatro*, y no queda tiempo para traer y colocar tantos trastos; en tal y tal y tal tiene papel el mismo individuo cuya dolencia nos pone en el presente conflicto. ¿Qué harémos?... Esta seria buena á no haber variado las circunstancias políticas bajo cuya influencia se escribió. ¿A ver la que sigue?... Se suspendieron pocos dias há sus representaciones; reproducida hoy repentinamente no daria un cuarto, y dejándola dormir un par de meses en el archivo, dará dos ó tres entradas decentes en tiempo oportuno.—Fulano, ¿por qué no repite usted *El Verdugo de sí mismo*? —Porque no quiero aplicarme el título. Mi papel es muy *fuerte*, me afecto mucho, mi salud es delicada y ademas, estoy sin *carnes* (2) y con el manto de emperador me está haciendo el sastre una dalmática y unas trusas.

Aburrido con tantos inconvenientes y mortificado con tantas contradicciones, el empresario se desespera y, á solas ya con el *Avisador*, le manda anunciar que la funcion de la noche será *Soledad de bancos y paseo de ratones*: esto es, ninguna. Pero condolido entonces el *Avisador* le da, con el debido respecto, consejo, provechosos y le abre caminos desusados que le saquen del atolladero. Mudos pero atento observador de los caractéres y genialidades de todos los actores de ambos sexos, y sabiendo por lo mismo de que pié cojea cada uno, insinúa cautamente al director los resortes que conviene mover para triunfar de resistencias ó impedimentos que media hora antes parecian invencibles. El mismo

(1) Entre actores se llama familiarmente *remedion* el espectáculo que de pronto sustituye á otro ya anunciado, y que no puede verificarse por algun accidente imprevisto.

(2) El pantalon y corpiño de seda que, ajustados al cuerpo, marcan las formas figurándolas desnudas.

pone rápidamente en ejecucion las ideas que ha sujerido, hablando y gestionando en nombre suyo, ó en el del empresario, segun conviene. Resignado á sufrir el castigo de culpas agenas, carga, si es menester, con toda la *responsabilidad* de una *situacion* que él no ha *creado*, y ve con estóica conformidad que otros se atribuyen los méritos que él ha contraido. El ha hecho el milagro y otros santos reciben las gratulaciones y las ofrendas; pero, lo que él dice, *sálvese el teatro* y mas que yo sea su *víctima propiciatoria*.

Tal vez en unos de esos dias de *remedion* aprovecha nuestro héroe la feliz coyuntura de adelantar en su carrera á algun *racionista*, que otros llaman *parte de por medio*, oscurecido y postergado, ya por su escesiva cortedad de genio, ya por falta de proteccion, ó porque su mala estrella no le ha deparado una ocasion favorable en que mostrar al público que sirve para algo mas que para galancetes de entremés, ó *toros embolados*. (1) Con estos actores, que no por su ínfima categoría escénica dejan de ser acreedores á la consideracion pública, suele tener el que *avisa* trato mas frecuente y familiar; sea porque, como trabajan mas á menudo, se roza mas con ellos, ó porque juzgue su amistad menos incompatible que la de otros con el espiritu de humildad y subordinacion que constantemente le guia. Si habia oido decir á uno de ellos que en el año de tal y en la provincia H, siendo parte, y no *de por medio,* en cierta compañia ambulante, ó miembro de alguna sociedad dramática de aficionados; por ejemplo, la de la calle de *Noramala*, desempeñó con aplauso un papel principal; ó si sabe de otro que tiene mucha memoria, ó facilidad y frescura para recitar de improviso y al *apunte* cuatro ó cinco pliegos de prosa ó verso, recuerda el *Avisador* cuando viene á cuento que la empresa tiene aquellos ignorados elementos de que disponer. El empresario, á falta de otros, los utiliza; y, si bien los buenos y amistosos oficios del *Avisador* pueden ser inocente causa de que, recibiendo el neófito una grita desaforada donde esperaba bravos y palmoteos, reniegue de la fatal ambicion que le aconsejó en mal hora salir de su tranquila oscuridad, tambien es cierto que muchos actores han debido á esos casos fortuitos y á la próvida intercesion del *Avisador* benéfico la buena suerte de figurar con gloria en lo alto del escalafon teatral, cuando acaso se consideraban condenados para siempre á no salir, como suele decirse, de azotes y galeras.

De todo loque llevo dicho es natural inferir que el ciudadano una vez investido con el interesante cargo de *Avisador*, ó á los pocos dias deja de servirlo, si muestra no ser apto para él, ó lo desempeña durante su vida. Del primer estremo creo que haya habido muy pocos ejemplares, porque regularmente cada

---

(1) Con este apodo tan gracioso como significativo se designan aquellos entes subalternos que aparecen en las situaciones mas críticas de los dramas para dar una noticia, por lo regular funesta, ó para prender ó matar, ó cometer otro cualquier desafuero contra el personaje por quien el público está mas interesado; papeles de mucho peligro y poco lucimiento; y confiados por lo mismo á los últimos actores.

Avisador tiene un sota-*idem* ó adjunto, asi para ayudarle en sus quehaceres, como para que se vaya instruyendo en el oficio, y este suplente, ó llámese *meritorio*, es el que hereda la plaza cuando su *principal* pasa *á mejor vida*. La clase de *Avisadores* es acaso la única en España que no conoce la prolija nomenclatura y la plaga asoladora de *cesantes*, *escedentes*, *jubilados*, *espectantes á retiro*, *reformados*, *suprimidos*, *suspensos*, *agregados*, *depositados*, *adictos*, *capitalizados*, *disponibles*, *indefinidos*, *inválidos* y *dispersos*. El *Avisador* muere *avisando*, y hay teatro que en todo lo que vá de siglo y parte del anterior solo ha tenido dos *Avisadores*, de los cuales el segundo, supervivente del primero, por supuesto, todavia puede ser el brazo derecho de muchos empresarios. Actores, maquinistas, sastres, alumbrantes, asistencias, (1) todos son dependientes mas ó menos amovibles y eventuales que ogaño puede funcionar en Madrid y en el próximo año cómico pasar á Cádiz ó á Valencia; pero el *Avisador*, es articulo que se nombra en todos los inventarios, como la campana chinesca, ó como si fuese parte integrante del edificio. Su proverbial honradez y su *indispensabilidad* (permitaseme la espresion), le ponen á cubierto de ser arbitrariamente licenciado cuando la empresa cambia de manos, al paso que su apego á la casa en que ha envejecido y su habitual parsimonia le hacen inaccesible á toda especie de seducciones. El no puede desasirse de sus queridos bastidores, cuyas multiplicadas metamorfósis de carcel á jardin, de calle larga á casa pobre etc. ha presenciado, ni de sus amados cuadernos que contienen la estadística de la escena y las efemérides de la literatura dramática; páginas preciosas sobre cada cual podria hacer, siquiera, mas de un curioso comentario. El nuevo director, por su parte, perderia la brújula y fluctuaria en un mar de confusiones si se privase de tan poderoso auxiliar, que ademas de poseer importantísimos documentos, es el depósito vivo y semoviente de infinitas tradiciones orales y leyes consuetudinarias.

Nadie, pues, mejor que un *Avisador* veterano pudiera escribir la historia secreta del *ejercicio*, amenizada con picantes anécdotas y filosóficas observaciones. Sus memorias serian mas completas, variadas y entretenidas que las de *Rios* y *Pellicer* entre nosotros, ó las de *Talma* y la *Clairon* entre los franceses. Nadie desconfia del *Avisador*. Asi puede sin riesgo dársele á guardar oro molido como el mas leve y tentador secreto. No hay lince que vea ni tísico que oiga tanto como él, pero sabe ver sin mirar y oir sin atender. Jamás echa su cuarto á espadas cuando se murmura de los ausentes, como no sea para defenderlos. Si en su presencia se encrespa una disputa, procura apaciguar á los contrincantes, y si no lo consigue, se retira. Reservado y prudente por obligacion, por conveniencia y por carácter, no suele tomar la palabra sino *para rectificar algun hecho* ó corregir sin acrimonia alguna siniestra interpretacion. Incapaz de traspasar los limites de

---

(1) *Asistencia* no es en los teatros lo que en el Diccionario de la lengua; en este es sustantivo femenino; en aquel es masculino y se aplica á cada uno de los operarios que bajo las órdenes del tramoyista ó del pintor, mudan los bastidores, suben y bajan los telones, etc.

su *posicion social*, nunca abusará de la benevolencia de sus superiores, ni será cómplice de ninguna burla pesada; ni, aunque él sea la victima, se creerá autorizado á usar de represalias.

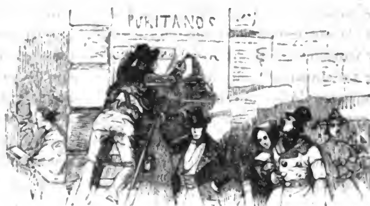
La sobriedad, en toda la acepcion de esta palabra, es otra de las virtudes que adornan al *Avisador*. Su buen sentido le advierte los graves inconvenientes que pudieran seguirse de una conducta menos ejemplar que la suya. A bien que, por un lado su nunca interrumpida laboriosidad, y por otro su respetable pobreza, son bastantes á precaverle contra las tentaciones de la crápula y los estímulos de la concupiscencia.

Por último, el *Avisador* es una alhaja de inestimable valor en los teatros, y los que esten con ellos relacionados y conozcan sus interioridades no dirán que el presente retrato es infiel ó apasionado ni pondrán en duda el desinterés de mi panegírico.

Si el dia de mañana tuviese yo á mi cargo la direccion de un teatro, cosa que ni espero ni ambiciono, antes que lindas actrices y tenores *de Cartello*, y barbas estentóreos, y autores acreditados, y hábiles perspectivos, y sastres *históricos* y bailarinas voluptuosas, cuidaría de hacerme con un *Avisador* digno de este título, porque estoy seguro de que, despues de Dios, él seria mi providencia.

Y con esto concluyo, complaciéndome mucho de haber dado con un *tipo* cuyos rasgos característicos convidan al elogio, como otros á la caricatura.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.




REBISTA



LA POLÍTICO-MANA.



A Política es la gran enfermedad de nuestra época. Semejante á esas epidemias que se desprenden, y se desgajan de tiempo en tiempo de aquellas comarcas lejanas en que los antiguos colocaban la boca del infierno, y caen sobre un pais y diezman una poblacion, y luego ceden de su intensidad y se convierten con el tiempo en enfermedades comunes, la política que ha salido como las otras pestes de la boca de un infierno, de la boca del infierno revolucionario, empieza por un periodo de contagio y de destrozo y acaba por convertirse en una enfermedad endémica de todos los paises en donde penetra. Pero la política es una epidemia de peor especie que todas las demas. El cólera, por ejemplo acaba por no ser contagioso, y en estado de epidemia ó de enfermedad comun, mata ó sana y punto concluido. La política no: la

política, cuando no mata, queda como enfermedad crónica. Peor tambien en esto que otras epidemias, la politica ataca siempre las partes mas nobles del cuerpo, la cabeza y la lengua, y aun pasados los periodos en que mata, como el periodo de la guillotina en Francia y el de los pronunciamientos en España, deja en un estado de debilidad perpetua las partes que ataca, trastornada la cabeza como una olla de grillos y suelta la lengua como un reloj sin cuerda. Esto se ve en la mayor parte de los que padecen esta enfermedad, y la estadística prueba que desde el advenimiento de la política se ha aumentado infinitamente el número de los maníacos y de los oradores. ¡Terrible y ridícula enfermedad es la política!

Y al fin; si fuese como otras epidemias morales que atacan solamente á los hombres! pero acomete tambien á las mujeres; no sucede con tanta generalidad; pero cuando sucede, causa en ellas mayor estrago. La razon es muy clara. Las partes que ataca la política son mas débiles en la mujer que en el hombre; su cabeza no resiste tanto, su lengua es mas movible; y una vez acometido su cerebro de la fiebre que produce la política, y una vez acometidos sus órganos orales del azogamiento en que los pone la política..... ¡infeliz mujer! ya no hay remedio, ya no hay alivio para ella. La mujer, la pobre mujer, la mujer acometida de la fiebre de la política, se convierte en la viva imágen de los antiguos endemoniados; el furor de la política la poseé, el vértigo de la política la agita; el delirio de la política la saca fuera de sí; su imaginacion delirante la finge trasgos y vestiglos políticos en todas partes; sus labios espumosos profieren terribles anatemas y fatídicas profecías sobre la cabeza de los hombres políticos; su actitud es la actitud de la antigua Sibila cuando quemaba en su lámpara los libros de los oráculos romanos; no hay filtro, no hay virtud, no hay exorcismo para desposeerla del demonio, que la ha hecho su presa. ¡Infeliz mujer! está endemoniada. Mientras viva, la política manará de sus labios á borbotones; cuando se muera, todavia se oirá murmurar discursos de política en su tumba; y si el Dante volviese al mundo, él nos diria el lugar preferente y los atroces tormentos que le aguardan á la mujer política en el infierno.

En pocas cosas son justos los hombres; pero si en alguna cosa lo son, es en su horror á la mujer Político-Mana. ¿No basta que ellos entre sí no hablen ya de otra cosa, sino de política? ¿Es forzoso que cuando un hombre vaya á apagar en la sociedad de la mujer los ecos de la maldita orquesta política que está resonando perpetuamente en sus oidos, haya de oir repetidas por voces de tiple las maldecidas canciones que todo el dia ha estado oyendo cantadas por un coro de bajos? No sabemos si será aprension; pero es tal la preocupacion que abrigamos contra las Político-Manas, que cuando estamos al lado de alguna de ellas, nos figuramos por reaccion, la mujer ideal que pintan los poetas y nos parece que las Político-Manas no tienen siquiera fisonomía de mujer. Su frente no es aquella frente en que Byron veia transparentarse los pensamientos de amor, sino una frente preñada como la de un íncubo y arrugada como la de un viejo; sus ojos no son de esos ojos en que otro poeta romántico veia oscilar la llama del amor como en

una lámpara alimentada con esencias, sino unos ojos desencajados como los de un energúmeno y amarillentos como los de un bilioso; su boca no es una boca entreabierta con la sonrisa de la voluptuosidad, es una boca entreabierta sí, pero entreabierta como la de un orador impaciente por el turno de la palabra; sus facciones todas, son facciones rígidas y ocasionadas á las caricaturas de la irritabilidad tribunicia. No hay duda en ello. La manía de la política aterra el rostro, especialmente en la mujer. Lavater hubiera confirmado su sistema con la observacion de la mujer política. El cráneo no se lo hemos observado á ninguna de ellas; pero será desigual y protuberante como una cartera por pulir, y Gall y Spurzhein habrian pasado horas enteras con las manos en la cabeza de mujer política. Decididamente, la fisonomía de la mujer política, no ofrece los caractéres de la belleza femenina.

En verdad sea dicho tambien, la Político-Mana no ha sido nunca muy hermosa. Antes por no serlo es por lo que ha caido en su tremendo pecado. Ya se sabe la teoría que reina en el mundo acerca de las mujeres feas; de ellas se dice que tienen talento porque se obstinan en tenerlo, y porque no teniendo hermosura ¿qué han de tener? Esto es verdad hasta cierto punto, y la experiencia de la Político-Mana lo confirma. La Político-Mana, hablando con generalidad, es una mujer originariamente fea cuyos órganos intelectuales se han desarrollado con la idea constantemente fija de su fealdad, que ha buscado con que suplir los atractivos que le faltan para brillar en el mundo, y se ha hallado con el atractivo postizo de la política, que ha dejado las novelas por los periódicos, el amor por la patria, los héroes de los torneos por los héroes de la plaza pública, y ha concluido por entregarse en cuerpo y en alma á cosa pública. No se culpe empero á esta pobre mujer que no es ella sola la que especula así con la política: ¿qué serian muchos hombres en el mundo si no se hubiesen metido á Político-Manos? La mujer hermosa cae muy rara vez en la mono-manía de la política; bien es verdad que cuando cae, es la mas peligrosa de las mujeres, porque hace cometer muchas apostasías. Los emperadores romanos enviaban mujeres hermosas á descatequizar á los catecúmenos del cristianismo.

La historia de la mujer política empieza en España por los años de 1808 ó 1812; la independencia, la Constitucion y las Político-Manas son contemporáneas entre nosotros. La mujer de aquel tiempo es la mujer liberal ó patriota, el tipo mas pronunciado de cuantos ha producido la Político-Manía femenina, y el tipo mas encocorante de mujer que se ha visto desde que el mundo es mundo. ¡*Fugite partes adversæ*! exclamaban nuestros padres al sentir al demonio de los rayos y de los truenos. ¡Huye, mujer condenada! es preciso exclamar cuando se tropieza con la mujer liberal; huye y escóndete no te vean los ojos de los vivientes. ¿Todavía no te has muerto tú, cuando tu generacion ha pasado ya en autoridad de cosa juzgada? Que vivan y persistan en sus trece los hombres de la escuela doceañista, pase; á los hombres les es permitido anticuarse; pero anticuarse las mujeres...! Llamarse todavía liberal una mujer, cuando ya no hay liberales ni serviles por el mundo, cuando á las antiguas denominaciones de liberal y servil,

se han sustituido las denominaciones modernas de absolutista, de constitucional y de parlamentario! Llamarse liberal una mujer, aunque el epíteto haya estado en boga alguna vez, aunque estuviese en boga todavía! Inconcebible parece liberal, liberalismo, liberalidad........ sospechosas, sospechosísimas son estas etimologías. No hablemos empero de la liberalidad de las mujeres del liberalismo, y contentémonos con observar, primero, que el epíteto liberal aplicado á la mujer es mal sonante, y segundo que la moral del liberalismo es la moral elástica por excelencia. Llamaremos pues á la mujer liberal la mujer patriota, y correremos un velo sobre el cuadro de sus liberalidades.

Sprit fort en 1812 como empezaba á ser moda en aquella época, la mujer patriota se dió á sí misma una educacion completa, aprendió francés é hizo una vasta lectura. En materia de religion leyó el *Citador* y se hizo atea, si el ateismo se concibe siquiera en la mujer. En moral leyó la *moral universal* de Holbach, sacando en consecuencia con una lógica superior á la del filosofista que la moral era lo que á cada cual le diese la gana, y el *libro de la educacion* de Helvecio, cuya lectura le sugirió la idea de resucitar á Esparta en su familia. En literatura leyó....¿qué leyó en literatura? Leyó ya en un género muy en moda entonces la *Pucelle de Orleans* y otros libros tan famosos como este, ya en un género mas elevado, las tragedias de la muerte de César y Roma libre, de cuyas traducciones aprendió largos trozos en la memoria. En política, en fin, leyó el contrato social y proclamó la soberanía del pueblo. Rousseau fué su ídolo; no leyó solamente el Contrato social; leyó la *Julia*, leyó las *Confesiones*, leyó el discurso sobre la desigualdad de las clases; leyó hasta los borradores de Rousseau, en cuya conmemoracion, sea dicho de paso, llamó luego á su hijo primogénito Juan Jacobo. Desde aquella época, desde la época de Juan Jacobo, no se ha publicado nada digno de pasar por los ojos de la mujer patriota, y desde entonces no ha leido ella sino lo puramente necesario en su posicion; es decir, la historia de la revolucion francesa que es su poema y todos cuantos periódicos se han dado á luz en España que han sido sus libros de misa.

No bien concluida esta educacion que la ponia en aptitud para regir un estado, la mujer patriota cayó envuelta en la proscripcion de 1814. Si su padre estaba muy comprometido por el sistema, como se decia entonces, emigró con su padre y completó su educacion *liberal* en el extranjero; sino, se quedó en España envidiando con toda su alma la suerte de la emigracion, y guardó un ejemplar de la Constitucion encuadernado en tafilete. De todos modos, en España ó en el extranjero, la mujer patriota estuvo oyendo durante aquellos seis años una voz que le decia á todas horas.

Tu dors, Brutus, et Rome est dans les fers? La mujer patriota ha estado siempre llamada á un gran destino patriótico, y aunque la historia guarda silencio todavia, es muy probable que representase algun papel en la conspiracion de la isla.

Vino 1820; entonces volvió á relucir la Constitucion en tafilete, y aquella fué la grande época de la mujer patriota, ella abrazó y besó muchas veces á Riego en

los bailes constitucionales que se daban en todas partes al héroe; ella se empavesó con los colores de la época, verde y encarnado; ella se puso al pecho el lema masónico como el de *primero morir que casarse con un servil*, y otros lemas inverosímiles en la preocupacion de las costumbres del dia; ella trató de introducir á su sexo en las sociedades secretas; ella peroró en las sociedades patrióticas, porque ya se supone que la mujer patriota es oradora; tuvo tertulia de ministros, diputados y gente del bronce, fué una madama Roland en toda la extension de la palabra ¿Qué calaveradas no hizo la mujer patriota en aquella larga calaverada revolucionaria de los tres años.? Durante el sitio de Cádiz ella fué quien sopló el espíritu de independencia en los matones políticos que desafiaron á toda la Europa; y cuando se rindió el Trocadero, y cuando se hundió la patria, entonces la mujer patriota á quien las simpatías políticas habian proporcionado un marido digno de ella, no tuvo ya mas remedio que emigrar. ¿Como el genio de España habia de dejar de imponer en la frente de esta gran mujer el sello de la emigracion, el sello de todas las grandes ilustraciones españolas del siglo? Si antes no habia emigrado, en 1823 emigró; si antes habia emigrado, volvió á emigrar en 1823. Las columnas de Hércules la oyeron interrumpir el silencio del mar con una cancion patriótica y cuando en Francia ó en Inglaterra le nació el primogénito de sus hijos, se la vió muchas veces entretenerle con una cosa encarnada. Aquella cosa encarnada era la Constitucion en tafilete que la mujer patriota se habia echado en el bolso al salir de Cádiz.

Durante la década ominosa, Fernando VII no tuvo mayor enemigo que la mujer patriota, y cuando en 1833 volvieron á España los emigrados, la patria les abrió los brazos y ella se arrojó en los brazos de la patria. Pero esta época corresponde á la historia contemporánea y exije gran miramiento de parte del historiador. En ella, á pesar de las mudanzas de las cosas y de los hombres, la mujer patriota ha permanecido en el fondo la misma mismisima que en las épocas anteriores. Bien que ha habido una causa muy poderosa para semejante estacionamiento. A cierta edad no se desaprenden ciertas cosas, mucho menos las máximas de Rousseau. La mujer patriota nació el dia de la toma de la Bastilla y sería injusticia exigir que reformase sus doctrinas de medio siglo. Lo que le ha sucedido es caer en el escepticismo político. En sus buenos tiempos habria creido desespartanizarse con saludar á un servil ó á un afrancesado. En el dia no; en el dia hablará hasta de política con los afrancesados y con los serviles, en el dia transige, en el dia pastelea, en el dia ¿qué mas? es acaso moderada, ó mejor dicho, conservadora por el destino de su marido. Por ahí la vereis, sola por esas calles, con su sombrero y su manton doceañistas, que no parece sino que va hablando de política con las piedras, tristemente desengañada de los hombres. Acercaos sin embargo, mentadle la política y vereis como el fuego sagrado no se ha estinguido en su corazon, como nunca ha sido mas digna de llevar una tribuna en cada dedo.

¿Quién no ha tenido el placer y el honor de tratar este prototipo de las Político-manas? Si habeis concurrido al congreso el dia de alguna discusion

tormentosa, allí la habreis visto en la presidencia de la tribuna reservada; si os habeis parado en la puerta del Sol la víspera de algun gran acontecimiento, allí la habreis encontrado dando y tomando nuevas de la salud ó de la enfermedad de la patria. Una pregunta, una noticia, el mas leve incidente político os habrá puesto en relaciones con ella, y á poco que danzeis en la cuerda floja de algun partido, se os habrá abierto el antro de la Pitonisa. El desórden del genio, he aqui lo que os dará en cara al entrar por la puerta; el periódico ó los periódicos de la mañana; hé aqui lo que hallareis sobre la primera mesa; los grabados del dos de mayo y los retratos de los héroes de la Isla, hé aqui los cuadros que adornan y consagran las paredes; un olor que trasciende á 1812 y á 1820, un sello, un aire particular que distingue á todas las cosas de aquella época, hé aquí lo que acabará de confirmaros en que estais en casa de la heroina del doce-añismo. Esta gran mujer se os presenta arrebujada en un gran pañolon; ha estado leyendo los papeles y le ha faltado tiempo para el tocador; pero en cambio está al corriente de todas las novedades de la circunstancia, de todas los sucesos pasados, presentes y porvenir. La noticia que os dá es indudable; la sabe auténticamente; el comentario que hace es positivo; la noche anterior estuvo hablando con un alto personaje. No os permitais la mas mínima observacion, no hagais el mas pequeño gesto de duda; antes, si quereis juzgarla respondedle á todo que sí y abrid ancho cauce al torrente removido de su elocuencia. ¡Oh! ¡qué magnífico discurso vais á oir! ¿De que empezó hablando? ¿De la última sesion de las córtes? Pues ya ha volado con su imaginacion á la guerra de la independencia. Entonces conoció ella al personaje de que se trataba; luego le vió en Londres atando los hilos de la conspiracion de Mina; luego en Paris de espia de Calomarde; luego otra vez en España tomando destinos de los moderados, de los exaltados y aunque fuese de los musulmanes. Eso sí; la conversacion de la mujer liberal es una crónica inacabable, ella sabe todo lo que no está escrito, lo que nunca se escribirá; sabe toda la chismografía política de treinta años á esta parte; sabe la vida y milagros de todos los hombres altos y bajos, grandes y pequeños que han figurado desde que figuran los hombres en España, y el que haya de escribir la historia de la revolucion necesita frecuentar el trato de la mujer liberal, mucho mas que revolver la coleccion de la Gaceta. ¿Y la parte que ella ha tenido en los sucesos de su época? Ella fué quien convenció á los jefes del ejército de Aranjuez de la necesidad de proclamar la constitucion, ella quien descubrió la conspiracion del 7 de julio, ella quien avisó al gobierno de los planes de los comuneros y á los comuneros de los planes del gobierno, ella quien escondió en su casa á todos los ministros, diputados, generales y periodistas que tuvieron que esconderse en aquella y otras épocas de escondite.

Oh, y si en graves circunstancias se hubiese hecho lo que ella decia, si al rey le hubiesen echado al mar desde la muralla de Cádiz, si hubiesen volado el palacio de Madrid al asomar los de Mina por el Pirineo.... entonces habria sido otra la suerte de la patria, entonces se hubieran salvado la libertad y la independencia. ¡Independencia! ¡libertad! Estas sonoras palabras asi como

otras palabras sonoras que han venido á parar en populacheras, conservan para ella la antigua significacion, el antiguo prestigio, la antigua resonancia. Al oirlas se eleva, al pronunciarlas se enardece. Moderada ó exaltada, retrógrada ó progresista segun su posicion, no importa, conserva siempre su estofa revolucionaria. Y ahora vereis el vuelo del águila. ¡Que dia aquel en que sean libres todos los pueblos de la tierra! ¡que dia aquel en que hasta la sombra de los tiranos desaparezca de la haz de los pueblos.....! Napoleon...! ¿quién ha dicho que Napoleon era un grande hombre? ¿Cómo habia de ser grande hombre quien cayó en la vulgaridad y en la ridiculez de ser un tirano? ¿cómo habia de ser grande hombre quien dijo que la mujer mas grande del mundo seria la que tuviese mas hijos? Esta espresion bárbara, esta grosería etrusca, no se la perdona ella á Napoleon, porque Napoleon condenó con ella á todas las Politicas-manas del mundo. Asi es que desde que leyó en un periódico un paralelo entre Washington y Napoleon, aprovecha todas las ocasiones de hacer el paralelo á su modo para dar á Washington la preferencia; Washington!!!! Washington es el hombre mas grande que han enjendrado los siglos; de él no se sabe que dijese nunca nada contra la mujer patriota, y la mujer patriota habria sido Washington de muy buena gana. Por estas y otras escabrosidades políticas é históricas, atañentes á si misma, atañentes á España, atañentes al mundo entero os llevará la mujer patriota en su inagotable oratoria, hasta que aprovechando un momento en que vaya á tomar respiracion os despidais dejándola en el uso de la palabra. No hayais miedo de que se pique con la descortesía; cuando os vuelva á encontrar os volverá á espetar otro discurso. En vano huiréis de ella; es inevitable como la fatalidad, y no hay mas que un modo de espantarla, contradecirla. Pero ¿sabeis á lo que os esponeis? á que ejerza sobre vos el derecho femenino de hundiros á fuerza de improperios. Si sois jóven, os dirá que desprecia á la juventud sedentaria y cobarde que ahora se estila; si sois viejo, os llamará viejo, que siempre es una injuria, y os llamará apóstata que en su boca son muchas injurias juntas; os llamará en fin tales cosas que si por casualidad entra á punto el marido, tendreis que pedirle una satisfaccion por las injurias de la mujer, y entonces ¡pobre de vos! entonces os espeta un nuevo discurso contra los desafios, materia que ella ha leido tambien en sus libros, y que aprendió de memoria para cuando le desafiasen á su marido.

No podemos pasar en silencio otras dos particularidades de la mujer liberal ó patriota. Mas no se crea que vamos á escribir el capitulo de las eróticas; ya hemos dicho que nuestra jurisdiccion es diferente. El que necesite noticias de esta especie para la biografia de la mujer patriota, que se las pida á las notabilidades patrióticas de su tiempo. Entre estas hay alguna ó algunas que, habiendo escuchado siempre sus oráculos como Troya los de CASANDRA, con una veneracion supersticiosa han penetrado, al decir de las gentes, en todas las profundidades de su afecto; pero haya en esto lo que quiera, no por eso será menos verdad que todo es política, todo revolucion, todo patria en la mujer patriota,

Una de las particularidades de que hablábamos es el odio de la mujer patriota á la diplomacia. La diplomacia es un arte nacido en la corrupcion de las antiguas cortes de los reyes, el arte de todas las malas artes, el arte de vender y comprar los déspotas á los pueblos. ¿Es menester mas para que una mujer digna de marchar á la cabeza de los pueblos rechace de sí la diplomacia? No, no. La mujer de patriota, la espartana moderna, conserva puro en su corazon el culto de sus principios; ella opina siempre por la guerra, nunca por los tratados; ella retiraria de las cortes extranjeras á todos nuestros embajadores, y deja para otra clase de mujeres los perfumes venenosos de la diplomacia. Así como Napoleon es odioso, Talleyrand es despreciable para ella; y decir que ha habido un diplomático hombre de bien en el mundo es para ella la última prueba de la corrupcion ó de la estupidez política.

La otra particularidad de su carácter la asemeja á la raza de las *incompris*. La mujer liberal vive con el sentimiento de haber nacido mujer, sentimiento profundo de desprecio hácia los hombres, hácia este sexo esencialmente pastelero á quienes Dios cometió un error en confiar el destino de las revoluciones humanas. Si ella hubiera nacido hombre, hubiera sido hombre de gobierno, tribuno, general, dictador, conquistador de Portugal, todo lo hubiera sido. Los destinos de la revolucion española, de esta revolucion raquítica que ella ha visto pasar á sus ojos como una larga procesion de pigmeos, se hubieran engrandecido en sus manos, y ella se hubiera levantado á las nubes como el hombre de España, como el hombre del siglo. Pero nació mujer y no ha sido nada. Los hombres, esta envidiosa mitad del género humano, en vez de ceder á la superioridad de la mujer el gobierno del mundo, no le han dejado mas carrera que el estado antisocial del matrimonio. En vano la mujer superior ha luchado con la suerte; en vano ha aspirado á la independencia del hombre, en vano ha afectado las despreocupaciones del hombre, en vano ha despreciado la sociedad de la mujer y ha vivido en la sociedad del hombre. Nada; *pas meme academicien* ni siquiera diputado, la ley electoral no se ha acordado de ella. Esta idea está pesando incesantemente sobre la imaginacion de la mujer liberal y arrancándole muy á menudo esta exclamacion: si yo fuese hombre... Ah! Si fuese hombre, seria menester fusilarla.

¿Fusilarla? y ¿por qué? verdad que es excesiva nuestra manía contra las Político-Manas. Allá en los tiempos en que toda España tomaba chocolate á la oracion, cuando la Gaceta era una cuartilla de papel malamente impreso, cuando todo lo que se sabia de la Europa era el envío de nuestros buques á cumplir el pacto de familia con la Francia y á celar los galanteos de los ingleses á nuestras posesiones de ultramar, cuando los empleos se heredaban de padres en hijos, cuando las pretensiones y las carreras, todo era permutario y consuetudinario en España, cuando una madre de familias no tenia para qué acordarse de mas gobierno que del de su casa, entonces era bien natural que las mujeres no hablasen de política; pero hoy que todo el mundo es ciudadano, ahora que el desayuno general es la lectura de un periódico, ahora que la imprenta

y otros cien conductores de la electricidad política hacen sentir todos los dias á todo el mundo, hasta el modo de mirar de todos los gobiernos, ahora que la revolucion ha hecho pasar á un español si y á otro no por los diferentes estados y categorías de capitan de la milicia, de representante del pueblo, de diputado provincial, de candidato para alguna cosa grande, ahora que el padre y el hijo, el marido y el hermano son hombres de partido y empleados cesantes y aspirantes á ministros ¿cómo no se han de ocupar de política las mujeres? —Es mucha verdad. La política está en la atmósfera, y las mujeres tambien la respiran; la política es interés inmediato de todo el mundo, y las mujeres tambien tienen interés en ella. ¿En que ha de pensar, de que ha de hablar la mujer del ministro sino de la duracion del ministerio, la mujer del asentist a sino en la aprobacion del contrato, la mujer del candidato á córt es sino en el triunfo electoral, la mujer del miliciano nacional sino en las ala r mas? Es mucha verdad, volvemos á decir; pero eso no es ser mujer política: de ocuparse de la política como mujer de su casa, ó como mujer de su marido, ó como mujer de sociedad, á ocuparse de la política como hombre de gobierno y por la política misma, hay gran diferencia; y digan lo que quieran la mujer patriota y las otras especies de Político-Manas nosotros insistimos en nuestra opinion, y confirmamos nuestra sentencia; que se las fusile, que se las fusile.—Hombres al fin, exclamará alguna de ellas; tiranos, tiranos, y factores de la tiranía. Fusilar por delitos políticos,...—Cállese usted, señora, cállese usted; no haga usted mas discursos en su vida.

Ademas de la mujer patriota existen otros tipos de mujer política; pero no igualan á este en singularidad ni en importancia. La índole de nuestra sociedad y de nuestra revolucion nos ha privado hasta ahora de un tipo tan caracterizado, tan aristocrático, tan tónico como la legitimista; y por lo que hace á la mujer intrigante, ya sabe todo el mundo sus hazañas, en la policía secreta, y lo consumados que ha hecho á su marido y á sus hijos en el arte de medrar y de hacer carrera, un nuevo tipo se ha introducido recientemente en España, la mujer socialista, mujer filósofa mas bien que política, de alas de fuego que atraviesan de un vuelo. la infinidad, de ojos de águila que sondean de una mirada el porvenir, mujer profunda, mujer sublime, mujer de genio, sacerdotisa y profetisa de la emancipacion futura de su sexo. El cielo sabe si esta mujer es digna de una fisiología de un tomo; pero nosotros rehuimos todo lo contemporáneo y encomendamos á otro el trabajo de colgar ese retrato en esta galería.



GABRIEL GARCIA Y TASSARA.



EL CANÓNIGO.



Sobre ascuas diz que caminaba cierto amigo mio al describir el tipo del Ama de Cura; temblábanle las carnes de poner sus manos profanas en gente, que por cierto, no es ningun erizo, y que si por concomitancia puede tener algo de sagrada, le falta mucho para ser *inviolable*; y ¿qué haré yo, pobre de mi, con quien goza del privilegio del cánon, y se escuda con la famosa escomunion de *si quis suadente diábolo*? Por fortuna alcanzamos unos tiempos en que sin el menor escrúpulo nos tragamos privilegios, cánones y escomuniones, que son el pan nuestro de cada dia: afortunadamente me ha precedido el retratista del Clérigo de misa y olla, que sin dengues ni merengues, ha dado felice cima y remate á su empresa sin pararse en barras, ni andarse en chiquitas. Alentado con su ejemplo, soy hombre al agua y salga pez ó salga rana, he de decir lo que se me ponga en la mollera, y á quien Dios se la dé S. Pedro se la bendiga.

Al paso que los obispos y curas párrocos, dicen algunos, sirven de piedra angular y de columnas en la iglesia de Dios, los arcedianos, Canónigos racioneros y capellanes de honor son muebles de puro lujo y ostentacion como esos cachibaches y chucherias que para ejercitar la paciencia de los criados yacen amontonados en las mesas de un gabinete. Esto es desconocer el antiguo



y venerable origen de los prebendados, coadjutores del diocesano en sus apostólicos trabajos, y consejeros suyos permanentes: otra cosa fuera compararlos á uno de esos muñecos de china rechonchos, colorados, frescos, carrilludos, tersos y lucidos, de enorme y abultado vientre dentro del cual se aposentan dos razonables cuartillos de *l' eau veritable de colonia.*

Pero es menester distinguir tiempos, clases, órdenes, familias, géneros y variedades y concordar comparaciones. Busque Vd. hoy un Canónigo, no digo ya lúcio y obeso, ni aun de medianas carnes: busque Vd. uno que no sea *tantum pellis et ossa,* como el difunto caballo de Gonela, y no lo hallará por un ojo de la cara: entre V. por una de esas catedrales y colegiatas que á duras penas se sostienen en pié; huertos donde se criaban aquellas santísimas prebendas, gordas como sandias valencianas; y se encontrará con que tan solo producen mustias y escuálidas acelgas.

Ni todos los individuos de esta gran familia vegetal fueron tan orondos, suculentos, hinchados, sustanciosos y melifluos como vulgarmente creemos; el Canónigo es planta indígena de los monasterios: nacida bajo el sombrio techo de los claustros, y en la ingrata arena de los desiertos; escasa de jugo nutritivo, se crió flaca y macilenta: poco á poco fué saliendo al aire libre: las brisas regaladas del Océano del mundo le fueron dando mas animados colores; con el abono de las ofrendas de los fieles, diezmos, votos y donaciones de los reyes; con el botin de los moros, y herencias de los celibatarios adquirieron vigor y lozanía; y, por último, con el cuidado y cultivo de las amas de gobierno, llegaron á reventar de exuberancia. Muchas sin embargo, en medio de las brisas, abonos y cultivos, conservan aun su pristino ser y estado de amarillez y flaqueza; porque son plantas que conforme van recibiendo la sávia ó jugo nutritivo de la tierra, asi se rezuman y la vuelven á dar á los pobres que están á su alrededor. Ambas producen delicados frutos; el de la primera es abultado, fofo, pero algo insípido; el de la segunda raquítico pero sustancioso. La primera variedad se llama *Canónigo regalon*, y *buen Canónigo* la segunda. Otra existe tambien que participando algo de las dos, estas nada tienen de ella. Es planta selvática, y brota tan solo entre las breñas; se riega con sangre humana: se arme de puas como el espino, y se le caen asi que se trasplanta á las iglesias. Esta variedad fué conocida en los siglos medios: vinieron luego tiempos mas tranquilos, y desapareció absolutamente, como si un vendabal de ilustracion la hubiese barrido de sobre la haz de la tierra; pero en el año de 1808, tornó á germinar con grande asombro de los naturalistas, que tenian por cosa averiguada que semejantes plantas solo pueden vegetar entre las nieblas de la barbarie. Se llama el *Canónigo guerrillero*; y hoy en dia está aclimatada casi exclusivamente en España. Todas tres tienen propiedades comunes. Mas ó menos fuerte, todas despiden buen olor, y son sus flores de lujo, como tulipanes en el norte.

Dejando á un lado otras divisiones y subdivisiones menos autorizadas, como si dijéramos de *pandilla*, y sobre todo, ese enfadoso estilo botánico-herbolario que debe fastidiar á los lectores que recuerden el inimitable Fígaro, pintarémos

el *buen* Canónigo, como Dios nos ayude, y despues de dar cuatro brochazos al *guerrillero*, concluirémos en un santiamen con el *regalon*; sin que en este órden haya mas lógica de la que observa el que se come un plato de cerezas, que deja siempre para lo último las peores.

EL BUEN CANÓNIGO.

«En la suposicion de tocar las castañuelas, dice un profundo y conocido autor, mas vale tocarlas bien que tocarlas mal.» Y si esto es una verdad de Perogrullo aplicada á la ciencia *crotológica* con respecto á la canonical, es una cuestion muy *cuestionable*, como ha dicho alguien que yo me sé. La *buena vida* suele estar reñida con la *vida buena* y la mayoria de los prebendados se decide generalmente por la primera, dando al diablo la segunda. Existen sin embargo y no en pequeño número en las catedrales, varones llenos de sabiduría y de virtud; lustre y ornamento de su iglesia. Cervantes, que no acertaba á pintar malos caractéres, nos dejó un retrato de este Canónigo en la primera parte del Quijote. Fino y cortesano en sus maneras, sabe unir la ciencia á la virtud, y la cultura al espíritu evangélico. Suele ser de familia honrada y de mediana fortuna; y ha ganado su prebenda, si es una de las cuatro de *oficio*, por rigorosa oposicion; y si es Canongia lisa y llana, á fuerza de méritos, trabajos y virtudes en la cura de almas. Reina en su casa el órden y la abundancia; pero no la prodigalidad y el despilfarro; y se contenta con tener para sí y dos sobrinos carnales de distinto sexo, á quienes educa con esmero, un ama sesentona que reparte con la sobrina el cuidado de la casa, y un estudianton que sirve de indispensable paje al prebendado.

Es el único consuelo de su anciana madre, el paño de lágrimas de su familia, y padre de los pobres, para los cuales recibe su prebenda en administracion. Su vida es una continua série de ocupaciones apostólicas, en que alternan el coro, el púlpito y el confesionario. Su semblante sin embargo rebosa dulzura, alegría y cordial satisfaccion; su genio es divertido, franco y generoso; y sin aspirar nunca á lucirse en los salones, tampoco se desdeña de pisar sus recamadas alfombras. Como siempre ha sido pobre (porque pobre es el que dá todo cuanto tiene) y jamás sus labios se han abierto á la queja y á la murmuracion, las revoluciones le han respetado siempre, y hoy en dia solo se nota esta diferencia en su modo de vivir: diez años há mantenia á sus sobrinos y á su familia, ahora los sobrinos acomodados, gracias á su protector, holgada y honradamente le mantienen á él; y tranquilo, querido de todos, predicando siempre la caridad, como san Juan en sus últimos dias, vive caduco, pero feliz, alegre, robusto y laborioso.

El escollo de los Canónigos buenos, pero tontos de capirote y de cortos alcances, son los escrúpulos: los escrupulosos salen de la esfera y categoría de los buenos, y entran en el gremio y claustro de los peores. A nadie pueden sufrir y no puede sufrirles nadie. Les llaman Santos sin duda por que padecen martirio: como leprosos y apestados viven separados del comercio

de los hombres, y tan solo un alma hipócrita les entiende la monita, y al cabo de algun tiempo se alza con el *Santo* y la limosna.

Los cánones le prescriben como obligacion cantar en los oficios divinos, y á él le parece que no cumple con ella, sino suelta su voz de gaita gallega con toda la fuerza de sus pulmones, por mas que le advierten que desentona, y que la gente de tímpano delicado se marcha de la iglesia, y se queda sin misa por no oirlo. Lleva en cuenta los minutos ó segundos que una tos ó un estornudo le impiden cantar en el coro, para restituir la parte de su renta que corresponde á aquellos compases de silencio. Hay e algunas iglesias la costumbre de gozar á la semana una tarde de asueto á que se llama *barba*; pero nuestro héroe, perdona lector amigo si abuso de un nombre ya tan profanado, nuestro héroe, mas agudo que punta de colchon y con sus *puntas* de etimologista, ha llegado á discurrir que si se ha concedido esa tarde de descanso es para que los canónigos se rasuren ó hagan la *barba* con toda pausa, comodidad y sosiego; pero dá la casualidad de que si no le faltan pelos de tonto, no tiene pelo de barba, y jamás se le ha visto hacer uso de la licencia. Aunque vaya de viaje á Pekin ó á las Californias, nunca abandona el solideo, alzacuello, calzon corto y zapato de boton: la hebilla de plata le parece un abuso que no autorizan las sinodales.

EL CANÓNIGO GUERRILLERO.

Que se dan grados y se inventan nuevas cruces, amen del interminable calvario militar existente, para recompensar unos cuantos tajos y mandobles dados en el campo de batalla, ó tal cual paliza aplicada por via de patriótico desahogo en un pronunciamiento; es cosa sobre sabida y notoria, experimentada ademas; pero que se den canongías en cambio de algunas fazañas fechas en tierra de cristianos, es cosa que no supieron los siete sabios de Grecia, y que no ignora el clérigo mas zote de la montaña.

En efecto, de algunos años á esta parte, se ha inventado el conquistar las iglesias del Señor, á trabucazos, *viribus et armis*; se han refundido en uno los dos géneros opuestos, religioso y militar, y un mismo ciudadano

lleva *ya* la capa al coro,
y el pendon á la frontera.

Esta casta de caballeros andantes *á lo eclesiástico* durará mientras á los sacristanes coroneles se les haga Canónigos por real órden, y los Canónigos no sean tan modestos como Tomé Cecial, el narigudo escudero que juzgaba *satisfechos sus servicios con un Canonicato.*

El Canónigo Guerrillero en tiempos *normales*, es un árbol trasplantado á un clima y terreno extraños; es una fiera encerrada en mezquina jaula. La agitacion, la libertad y los peligros son su elemento; arcabucear, sacar raciones, echar bandos bajo *pena de la vida y cinco ducados de multa*, son

sus placeres: el humo del incienso le atosiga, el de la pólvora le embriaga; el órgano le ensordece, el tiroteo le arrulla; el hábito talar es para él la túnica de Deyanira; la Catedral un calabozo; el latin que no entiende le da náuseas; el trato fino de sus compañeros le afrenta, y por mas que procura llevar una vida agreste y bebe y fuma siempre de lo puro, y siempre está cazando por el monte, su rostro tostado; pero encendido y barbudo, pierde poco á poco la color, se apaga el brillo de sus animados ojos, y muere de tedio y consuncion á la vuelta de un par de años.

Pero ha muchos que, por la misericordia de Dios, no se conoce tan largo periodo de *normalidad* en España, y entonces el Canónigo guerrillero empuña su tizona y crucifijo tira al diablo el bonete y se encarama por rocas y vericuetos, hasta que una bala pérfida abate tanta ufania.

EL CANÓNIGO REGALON.

Pero figurémonos por un momento que la nacion no tiene mas bienes propios, ni mas raices que las de las muelas de los ciudadanos, á quienes cada contribucion arranca una de raiz; figurémonos que los ex-diezmos, son diezmos mondos y lirondos, y que los paga el que quiere; que los ministros duran seis meses tan siquiera, y que los chiquillos no sueñan que son diputados, y que está prohibido leer casi todo lo que se escribe, y que no se lee mas que lo prohibido; pues bien en aquellos tiemposnacianlos canónigos de regalo. ¿Y para que nacian? Para resolver nada menos que el árduo problema de la duracion de la vida de un hombre que goza de todas las conveniencias y comodidades posibles. Por eso Díos les ha quitado la carcoma de la mujer y la polilla de los hijos, aunque el Diablo les dé sobrinos: no tienen otro oficio que cantar, oficio alegre y divertido si los hay, y que, como dice Galeno, y si no lo dice Galeno lo dirá otro, ayuda á la digestion, circunstancia inapreciable para quien se *yanta* todo cuanto *canta*. Ha nacido ademas para desmentir á los enciclopedistas del siglo pasado que suponian inherante la zafiedad á los clérigos.

El Canónigo regalón es buen mozo, robusto y colorado como un flamenco, anchas espaldas, pescuezo corto y doble cerviguillo. Cuando se viste una ropa talar, no le vereis alicaido, ú prosaicamente embozado, como Clerigo de misa y olla; arrollados ambos estremos del rico manteo de Sedán, debajo del brazo izquierdo; descubre el anchuroso pecho guarnecido de la sotana de raso sobre la que campea una cruz verde ó roja, mientras la mano derecha juega con cierta coqueteria, con las borlas del fiador.

Este Canónigo suele serlo desde muy temprana edad, y á veces desde los catorce años en que los cánones permiten disfrutar del beneficio ecclesiastico. Un tio Obispo suele hacer estos milagros: en este caso todos los hijos varones de la familia, nacen predestinados y con vocacion de Canónigos. La madre era una bendita á quien se le caia la baba de ver el hijo de sus entrañas, como un sol de Dios, con su sobrepelliz y bonetito; y se lo comia á besos, y le hacia

rosquillas de leche y huevos que el Benjamin guardaba para el coro, y allí se las iba engullendo lindamente, no sin ponerse el bonete delante de la boca para mayor disimulo. Le enviaron luego á la universidad y le compraron las *súmmulas* y la *súmma* de las que *restó* algunas hojas para envolver los naipes, y en diez años de no interrumpido estudio, y de quebraderos de cabeza, aprendió á tocar una rondeña punteada y á jugar al sacamete, méritos mas que suficientes para que con una epístola recomendaticia del tio, le diesen una certificacion de prueba de cursos y de buena conducta, y tras de ella las órdenes eclesiasticas.

Con todo, la imparcialidad histórica nos obliga á confesar que si bien nuestro *curilla*, que asi le llamaban, nada aprendió en los susodichos diez años de *ciencia media*, ni de *predestinacion*; á lo menos consta que no ignoraba lo que *in illo tempore* valia el ser Canónigo, ni el modo de invertir alegremente una pingüe renta; llegando por último á comprender clara y distintamente que no necesitando de nadie en este mundo, no tenia que pensar mas que en si mismo. En efecto, asi que tomó posesion de su prebenda á son de campanas, y sentándose en silla del coro y del Cabildo propias y esclusivamente suyas; arregló el personal de su administracion, poco mas ó menos en los términos siguientes: para el gobierno interior de la casa, con inmediato mando en cocinas y dispensas buscó un ama de llaves que frisaba en el medio siglo: para el manejo *financiero* un mayordomo de corto sueldo, hombre íntegro si los hay, como nada le faltaba, antes le debia sobrar para mantener á su mujer é hijos *legales* y otras mujeres é hijos *estralegales*: para coser y aplanchar y consejo *camarillesco* del jefe de la casa, una doncella de cinco lustros: para mortificacion del tio, un sobrino calavera, y un page, compañero de glorias y fatigas del sobrino; un cocinero á las órdenes del ama, un criado á quien todos mandan, y un antiguo mozo de mulas que manda en todos.

Por lo espuesto debemos inferir que nuestro Canónigo no es muy ducho que digamos en eso de *castigar* los presupuestos: bien que, como en la *summa* de santo Tomas nada se habla de derecho público constitucional, ni de economia política; ni en tiempos de Canónigos regalones habian venido al mundo nuestros padres de la pátria, no es de estrañar la completa ignorancia de aquellos de una materia en que hoy tan adelantados estamos.

Una vez hecha esta dificil operacion, toma un polvo, enciende luego un puro; porque nuestro héroe tiene todos los vicios conocidos y por conocer, y se tiende en el sofá, mas tranquilo que un rey constitucional que tiene por oficio reinar sin gobernar, que es no tener oficio ninguno.

Pero los cánones que son la pesadilla de los Canónigos, como las constituciones de los ministros responsables, les obligan á cantar, no á los ministros, que nunca cantan á lo menos *claro*, sino á los Canónigos que procuran cantar lo menos posible, para lo cual se componen de esta manera. Tres meses tienen de vacacion al año: una *barba* semanal suman cincuenta y dos barbas anuales; añádanse, chica con grande y echando por lo corto, sesenta indigestiones de una á otra navidad, que por leves que sean exigen dos dias de purga, y sacaremos

en limpio que aunque la nave de la iglesia se vaya á pique, no debe naufragar en ella el prebendado.

Pero cate V. que un ciudadano llamado Ibon de Chartres inventó contra estas faltas de coro, una cosa que se llama *distribuciones cotidianas*, ó *interpresentes*, y son ciertas reparticiones de frutos ó de dinero para los que en señalados dias asisten al coro, y no para los que faltan. Se conoce que el tal ciudadano, sin haber leido á Jeremías Bentham, estaba persuadido de que la utilidad y el interes son el móvil de las acciones humanas, y de que *all' idea di quel metallo*, nuestro Canónigo habia de abandonar la mullida cama ó regalada y opípara mesa y con la mayor puntualidad y edificacion del mundo, arrastrando su inmensa capa de coro, entonaria con voz robusta el *Domine labia mea.*

Pocos minutos antes de volver á casa ya le barrunta el ama que pone la chocolatera en el hornillo, la sopa en la mesa, ó la copa de jerez orlada de tiernos bizcochos en la bandeja, porque el Canónigo regalon solo entra en casa para comer y no sale sino para digerir. En el primer caso todo se pone en movimiento, sueltan los naipes mozo y criado para abrirle de par en par las puertas; suspenden las hostilidades el paje y la doncella, y el uno se coloca en la antesala para quitar el manteo de los hombros del señor, y la otra en el gabinete para limpiarle el sudor y aflojarle las cintas del alzacuello, si es en verano, ó echarle encima un balandran de pieles en invierno. Un constipado de su señoría fuera un trastorno espantoso, un cataclisma, un pronunciamiento para la casa; por eso nuestro amigo, que debe ser de opinion de que mas vale sudar que estornudar, lleva debajo del manteo la sotana, y luego la chaqueta de paño con solapas, forrada en lana, y la almilla de bayeta, y la camisa de lienzo, y la de franela, y la piel de liebre sobre el pecho, y los calzones, y los calzoncillos, y la faja que rige, enfrena y gobierna el *abombado* vientre, y las calcetas canonicales por esencia que al gigante Goliat servirian de calcetines y á nuestro héroe llegan a medio muslo, y las medias de estambre ó seda, y los zapatos forrados de piel de conejo, y los chanclos para la humedad, y el gorro y el infiernol.... Qué sudor! Qué fatiga, Dios mio! Aquello no es hombre, es una saca de lana, es una prendería portátil, un guarda-ropa ambulante.

Arrellanado en una silla de Moscovia, consulta con su íntimo consejero los cuestiones mas árduas, graves, difíciles y terribles que le ocurren en el largo transcurso de su vida:

—Qué te parece, Catalina, ¿tendré apetito? Asómate á la ventana.... ¿está dia de ir á coro? ¿Dormiré siesta? ¿Tendré ganas de beber tan pronto? ¿Me pondrán la mula?

Los canónigos por mas que lleven vida de inmortales están muy lejos de serlo, antes los esquisitos medios que ponen para dilatar su vida, suelen acelerar su muerte, que de ordinario les sorprende en forma de apoplejía al pié de su cañon, como al buen artillero, es decir, en la mesa. Por mucho que hayan derrochado en esta vida, la herencia que dejan suele no ser floja, porque la *gallinita*, que asi llaman á la prebenda, es la verdadera gallina de la fábula, y

sus huevos dorados dan para sostener la constante partida de tresillo en la tertulia del intendente, los perros de caza y mulas y caballos de regalo, y toda la numerosa familia racional é irracional de que hemos hecho mencion en párrafo aparte.

Cuando menos, los ricos y elegantes muebles, la maziza bajilla de plata, las huertas, quintas, y tenencias que en las sagradas manos del Canónigo agricultor aumentan el presupuesto de gastos: en las manos legas del marido de la doncella, de la mujer del sobrino, ó del hijo improvisado del ama, pueden acrecentar el de ingresos.

Estos tres personajes amigos en la apariencia se disputan la privanza del señor, como los diputados las ingratas sillas ministeriales, y solo se ponen de acuerdo en conspirar contra el amo. La doncella al parecer, ó (para no dar lugar á equivocadas y malignas interpretaciones,) al parecer la doncella es la favorita, pero el ama no desconfia de la victoria. Posee recursos superiores á los mimos de su rival. Las municiones de boca, la despensa y la cocina son sus arsenales: las salsas y los buenos bocados los excitantes y tónicos son un género de ataque al que no resiste un estómago canongil. El ama, aunque no ha estudiado fisiología, sabe muy bien las relaciones que existen entre el estómago y la cabeza, y entre la cabeza y el corazon, y si la buena Emeteria se arremanga un dia hasta los codos, y se prende atras las faldas del guardapiés, y se planta un delantal como la nieve, y comienza á batir huevos, á menear sartenes, á atizar la lumbre, aquel dia tirios y troyanos, todos tienen que enmudecer; *conticuere omnes*, que dice el profano, y solo el señor, saboreando un riquísimo pastel, ambos carrillos hinchados, risueños los ojos, exclama lipiámdose los relucientes labios:

—Que venga aquí la buena Emeteria, quiero darle las gracias... sin ella soy hombre perdido.

¿Y qué hará el sobrino entre dos enemigos tan poderosos? El sobrino conoce su debilidad, y mañosamente se *coaliga* con la doncella para destruir al rival temido. Es buen mozo, calavera, despejado; dá en requebrar á la niña, que repetidisimas veces ha manifestado no ser de bronce ó peña, la promete casarse con ella si hace que su tio le instituya universal heredero, y sucede que al fin de la jornada el sobrino toma de la doncella, lo que tal vez ha respetado el tio, muere este, se calza el otro con la herencia, y la ex-doncella y el ama se van con la música de sus llantos y gemidos á otra parte.

¡Venturosos mil veces los dignidades, canónigos y racioneros á quienes una apoplejia trasladaba del seno de la abundancia al sepulcro, sin haber gastado mas botica que algunos vomi-purgativos! ¡Dichosos de ellos si no han llegado á conocer estos ilustres tiempos, en que á fuerza de luces, se hubieran quedado á obscuras! Ya no hay herencias, ni pajes, ni mozos de mulas, ni doncellas, merced á los que suprimieron el diezmo, porque no se pagaba, para sustituirlo con otra cosa que no se cobra; merced al aumento de bienes nacionales que no disminuyen los males de la nacion! Estamos de consiguiente en una época de

transicion canonical, en que luchan los malos hábitos, es decir, las buenas costumbres antiguas, con el hambre moderna; el recuerdo de los faisanes, pollas, y salmones, con los comisionados de amortizacion; *il dolce far niente*, con no tener nada.

El Canónigo regalon acostumbrado á morirse en dos minutos yace allá consumiéndose lentamente, en un rincon de su aldea, abasteciendo de judias y patatas constitucionales la inmensa concavidad de su mal educado vientre, ó tal vez gime desterrado en las Islas Canarias, por haber hablado mal del gobierno representativo: delito enorme de que ahora hacen gala los mismos que firmaron su destierro. Allí yace, abandonado de todos....menos del ama; concha pegada á la roca, yedra al olmo, perro fiel que sufre las privaciones de su dueño, y lame su sangre en el suplicio, y muere de tristeza sobre la losa de su tumba.

De todo su antiguo boato ya no quedan al Canónigo mas que sus muebles, que reducidos primero á maravedís, y de maravedís á berzas y legumbres, van desapareciendo..... en vapor. A su casa suele ir un esclaustrado á tomar por recurso una jícara de chocolate con abundancia de pan tostado; mas por el pan, sábelo Dios, que por el chocolate: júntase á ellos un escedente del convenio de Vergara, un organista cesante, un antiguo corregidor y entre todos están suscritos al *Católico*, y para aprontar á peseta mensual por barba, tienen que pasar cuando menos un dia al mes con el estómago de claro en claro, y la vista de turbio en turbio. Pero el dia que atrapan la *Cotidiana* ó la *Gaceta de Francia*, se dan un atracon de notas y protocolos, de *memorandum* y *ultimatum*, de abdicaciones y casamientos, de entradas y salidas. El ama compungida que observa con horror el hundimiento geológico del vientre canonicál, consulta en cónclave pleno un árduo caso de conciencia.

—Dios me lo perdone, dice, y su divina Magestad no me lo tome en cuenta; pero desde que veo á usia de esa manera estoy en pecado mortal....

—¡Doña Emeteria! esclaman todos aterrados.

—Es imposible que deje de tener odio y mala voluntad á esos herejes... No permita Dios que me muera...

—Pues no tardará V. mucho....

—¡En morirme! replica asustada el ama...

—No, mujer; no es eso: escuche V... Y le encaja tres columnas de la *Gaceta de Ausburgo*.

Al ruido de la olla que se sobra á la lumbre, y mas consolada ya, pasa buena Emeteria á dar una vuelta á las patatas, berzas y tocino que están en pacífica y no interrumpida posesion .. de aquella misma olla ¡gran Dios! donde por tanto tiempo hirvieron juntos al rico jamon de Caldelas, la crasa y amarillenta gallina, el sabroso chorizo estremeño, y los suculentos garbanzos de Fuente Sauco. A tal espectáculo brota otra vez el inagotáble manantial de lágrimas de la Señora Emeteria, que esclama sollozando,

O dulces prendas por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería!

¡Oh canonicales ollas que me habeis traido á la memoria los sabrosos tiempos de mi mayor regodeo! Y por ahi siguiera el ama parodiando á D. Quijote y plagiando á Garcilaso, si al infrascrito, muy conocido mio y servidor de Vds. no le pareciese oportuno terminar su artículo temeroso de haber abusado sobrado tiempo de la paciencia de sus lectores.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA,





LA MAJA.



Grandes é infinitas vueltas han dado el mundo y las costumbres desde que el celebre Don Ramon de la Cruz fijó en sus inolvidables sainetes el tipo y las costumbres de las *Majas españolas*. Hubo, es verdad, un tiempo en que las mas encopetadas damas lucian sus buenas ó malas formas bajo los estirados pliegues de un vestido de alepin con pesados flecos y caireles de seda. Entonces las enjutas de caderas no encontraban su remedio en los miriñaques y polisones, y el traje provincial de las Andalucias, con sus ventajas y sus defectos, se erigia en traje nacional y resistia victoriosamente los caprichos de las modas de Paris y Londres. Vestiamos á la española, comiamos á la española, dormiamos á la española, y si entonces nos faltaban *paletots* y *soirees*, en cambio andábamos vestidos como palmitos, y cansados de gozar nos moriamos de puro viejos. ¡Dichosos tiempos de *Paca la Salada*, ¿por qué no habeis de volver con vuestras comilonas y vuestros fandangos, vuestros sermones y vuestros toreros?... Pero basta de prefacio y vamos á la materia.

Ahí donde ven Vds. á las Majas españolas con sus cortos y airosos *guardapiernas*, sus blancas medias, sus zapatillas de color y sus mantillas de tira; ahí donde Vds. las ven brotando alegría por todos sus poros é incitando al amor y al placer con todas sus miradas, no es oro, ciertamente, cuanto reluce. Nace y vive, una, sin padres conocidos y sin otro recurso que la caridad pública hasta



los doce ó catorce años; á esta edad, y no antes, excita la compasion de una vieja vecina, protectora nata de las muchachas lindas y menesterosas; mas tarde un respetable y virtuoso caballero se encarga de los adelantos de la huerfanilla, y no ha cumplido esta diez y ocho abriles cuando es el consuelo de sus protectores y el encanto de la corte toda.—Otra, menos desgraciada, conoce á su madre, lavandera ó vendedora de frutas verdes y secas en los arrabales de la capital; junto á las faldas de su madre aprende á pregonar rábanos, ó á lavar camisas y calzoncillos; por la mañana asiste al puesto ó lleva la ropa sucia al rio; los dias festivos devuelve la ropa limpia á casa de sus dueños: en este tráfago sigue, cerrando sus oidos a las insinuaciones amorosas del barbero del barrio y del tendero que la vende el jabon, hasta que un parroquiano de su madre la hace advertir que su cara es demasiado graciosa y su talle demasiado lindo para sufrir los rigores de la estacion, ni para vestir sucios harapos: la niña cree á pies juntos cuanto la dice su consejero, y el cariño de su madre y la tranquilidad de su pacífico hogar valen, para ella, menos que los amigos y las galas de un amor y de una vida independiente. Otra Maja, en fin, ahijada ó sobrina de un rico prendero, viste y triunfa sin pena ni gasto, su posicion, respecto de sus pobres vecinas, la hacen el coquito de las fiestas, y los continuos cambios y repetidos empeños de las señoras de alto bordo la proporcionan las mas ricas y modernas galas.

Pero, ¿cómo comparar dignamente estos miserables engendros de la necesidad y del vicio con las opulentas y graciosas Majas del siglo pasado? La invasion francesa, en 1808, fué una verdadera invasion de nuestras costumbres. Los cortos guarda-piés se alargaron ante las maliciosas y escrutadoras miradas de los oficiales franceses, y la estudiada cortesanía y la falsa modestia de nuestros vecinos bastaron á desterrar de los hombres y los puños de nuestras hermosas los flecos y los caireles de hilo de oro ó de flamante seda. Sucedieron á los bulliciosos paseos de campo las aristocráticas *giras*, y los *soirées* á los graciosos bailes de castañuela y guitarra. Otras costumbres dieron, necesariamente, otro giro al gusto español, y si algunos celosos *anti-reformistas*, de coleta y calzon corto, conservaron, hasta la segunda invasion, sus hábitos y costumbres, pronto los abandonaron ante las desdeñosas y burlonas sonrisas de las *fashionables*. Nadie puede negar el influjo de las modas en las mujeres, ni el de las mujeres en las costumbres: hé aquí cómo se justifica sin trabajo el destierro del traje nacional, y por qué, en nuestro concepto, el tipo de la verdadera Maja pertenece á la historia.

Decididos, no obstante, á bosquejar la *Maja española*, bien ó mal parada, como la época nos la presenta, seguiremos, sin mas digresiones, tan ingrata tarea.

A las diez de la noche en invierno y á las once en verano empieza el dia para la Maja: estas son las horas que consagra á su mayor trabajo si es pobre, estas las que dedica á sus mas gratas ilusiones si disfruta de comodidades. Ocupada su imaginacion por los placeres que ha disfrutado ó por los que espera disfrutar al siguiente dia, ya pega las cintas á su zapato, ya lava sus únicas medias, ya

pega un corchete á su vestido, ya acicala en fin todos sus trapos, y se duerme, con la sonrisa en los labios, tal vez al mismo tiempo que la bujía de sebo, colocada sobre el cuello de una botella, deja á oscuras el aposento.

La Maja no es perezosa. Antes que el sól dore los tejados de su bohardilla se la observa, frente á un pedazo de vidrio, dando la última mano á su peinado. En vano la incansable moda se entretiene con los cabellos de nuestras damas; la Maja siempre consecuente con las viejas tradiciones, profundamente convencida del peinado que hace mas favor á una nariz chata y á una cara relamida y hocicona, reduce su tocador á la antigua castañeta y á los grandes rizos cruzados de numerosas horquillas. El trabajo de la noche anterior es, en seguida, objeto del mas escrupuloso exámen, y no pocas veces de la mas rigurosa correccion. No es la Maja mujer que se echa al mundo sin estar satisfecha de su modesto *toilet*.

En los pueblos donde los vicios, elevados á necesidades, han creado las fábricas de tabacos, la Maja es regularmente cigarrera; donde nó existen semejantes establecimientos, frie pescado ó asa castañas en la puerta de una taberna, ó no hace nada, lo que sucede con mas frecuencia. La comida de la Maja adolece de las infinitas vicisitudes de su nómada existencia; hoy come jamon en plata y damasco, y mañana limita su gula á los asquerosos potajes de un figon sobre una rodilla sucia y una mesa desvencijada. En verano la sangría ó la horchata de chufas y en invierno el aguardiente ó el moscatel, son las bebidas ordinarias de las Majas. Una cochera ó un desvan, dos sillas, una mesa de pino, un pedazo de espejo y una arca apolillada bastan á cubrir sus necesidades de oficio. Pero largo camino nos queda que andar antes que volvamos á contemplar la Maja en su caramanchon y entre sus viejos trastos.



Si la Maja no ha nacido para el placer bien puede decirse que su vida, mientras no envejece, es una no interrumpida cadena de dulces y amargos placeres. ¡Amargos placeres! hé aquí una frase imposible de comprender para los necios, generalmente dichosos. Basta á un hombre soñar la felicidad para temer la desgracia; la gloria, las riquezas no se consiguen sino á fuerza de disgustos y trabajo; y ¿por qué hemos de suponer, que la gloria y los placeres de la Maja no han de producir tambien amargos rutos?...

Entre todos los placeres la Maja dispensa su predileccion á los paseos en rueda, á los bailes de candil y á las funciones de toros. Siempre que necesita carruaje elige una calesa, siempre prefiere al rigodon el bolero, y la gente de cuernos á toda la demas gente. Cuando arrellanada en su calesin y al lado de su majo recorre la calle de Alcalá de Madrid, ó el Arenal de

Sevilla, ó los Ventorrillos de Cádiz, ò la playa de Málaga, no cambiaria su suerte por la de una reina, ni su asiento por un trono. Dos billetes para el tendido, una calesa y cuatro cuartos de avellanas bastan, á veces, para vencer los mas duros corazones, siempre que sean corazones de Majas. El amante desdeñado está seguro de ser bien recibido en un dia de toros, y algunas pesetas de menos comprometen la pasion y los sacrificios de los mas idolatrados amantes. Oigámoslos sino un momento.

Maja. Curro, vamos á los toros?...
Majo. Solo el dinero mos fartá.
Maja. Ya estoy de probesa jarta.
Majo. Por qué, Pepa?...
Maja. Malos moros
me tajelen, si á tu sorna,
aunque baje al mesmo infierno
no pongo espolin é cuerno....
Mal hombre, ¿no tabichorna,
que nos queemos en casa,
solo por farta é dinero,
cuando el barrio toito entero
esta tarde vá á la plasa?...—
Majo. Pepa, por sincuenta coros
dárcargeles te soplico,
que, si pués, cayes el pico:
pieeme en cambio....
Maja. Quiero toros.
Majo. Toros? te cansas en barde,
con que basta de entredichos...
ya irémos á ver los bichos
otra funcion.
Maja. No; esta tarde.
Majo. ¿Cómo, si no tengo un chavo?--
Maja. Empeña el reló: qué asperas?..
quién si camela é veras
se para en barras?—
Majo. Alabo
tu memoria. ¿No chanelas,
que mi probe reló anda,
por tu culpa, en *Peñaranda*?....
Maja. Pues, aunque vendas las muelas,
yo quiero toros.
Majo. Pepiya,
no me regüelvas las jieles

no meresen mis quereles
pago tan malo!...
MAJA. Esa es griya.
Si me amáras, endinote,
y el dinero te faltára,
lo robáras....
MAJO. Lo robára
si no tuviera cogote,
pero no me gusta chansa
con el buchí....
MAJA. Só cobarde!..
MAJO. De ver toros esta tarde
pierde Pepa la esperansa.
MAJA. Poco tapura mi honra.
MAJO. Eso Pepa no es verdá.
MAJA. Qué dirá la vesindá?...
MAJO. Que el no tené no es deshonra.
MAJA. Hoy que mata el Sombrerero....
hoy que pica el Montañés....
MAJO. Mira Pepa lo que es,
hoy no tengo yo dinero.
MAJA. Qué, no vamos?—
MAJO. No.
MAJA. ¡Arrastrao.
Ya verá tu alma de nieve
si encuentro yo quien me lleve?..
MAJO. Pepa!
MAJA. Lo dicho, salao.
MAJO. Siempre ha é ser tuya la palma.
MAJA. Porque aqui triunfos son oros.
MAJO. Pepa, vamos á los toros.
MAJA. Bendita sea tu alma!...

Ya pueden suponer nuestros lectores que una diversion tan combatida ha de ser completamente disfrutada. Desde el momento que pone los pies en la plaza empieza la funcion para la Maja. Los requiebros de los aficionados forman su primera y mas sabrosa comidilla; pero dicho sea de paso, para escarmiento de malas lenguas, que no todas las Majas prestan fácil oido á las adulaciones del prójimo masculino, ni todas suben precipitadamente las andamiadas para lucir las ligas, aunque tengan buenas piernas. La sensibilidad de las Majas padece sobremanera durante la corrida. Nadie, como estas mujeres, manifiesta el influjo y las consecuencias de la simpatía. Acostumbradas, desde los primeros años, á dar rienda suelta á sus naturales emociones, nadie como ellas se interesa por la

vida de los banderilleros y picadores, sobre todo cuando lidian bien ó son buenos mozos. Si el público aplaude, aplauden con toda su alma, y si silba, reniegan del público. Una vara en los rubios ó una estocada en la cruz son, para la Maja, hazañas superiores á las del Cid Campeador, y en su entusiasmo tauromáquico diera por la divisa de un toro, un abrazo y otras menudencias mas. Digna es de observar la fisonomía de la Maja en el instante crítico de una suerte arriesgada. Sus ojos fuera de la órbita, sus mejillas inyectadas de sangre, sus labios comprimidos, la violenta agitacion de su pecho, todo revela el interés, el entusiasmo con que aguarda el final de la suerte para coronarle con un grito de triunfo ó de espanto. La funcion termina, y todavia aguarda la Maja el *toro de gracia* cuando la noche llega y abandona por fuerza la plaza. Entonces sale á pié y entra en la botillería.

La botilleria es la segunda y precisa estacion de un dia de toros. Allí con el vaso en la mano y la sonrisa en los labios se discuten los lances de la corrida, dando la razon á quien la tiene y á cada uno su merecido. Donde está una muchacha de gracia y nervio, está la alegría de la casa, la venta del vino y la ganancia del tendero. Hemos observado que las Majas, *siempre* desganadas para beber, *nunca* hacen desaire á las copas ni á las botellas: son muy corteses las Majas.

De la botillería al baile, y esta es la última estacion. A ejemplo de las mujeres de gran tono, la Maja no se presenta en el baile sino despues de principiado. Su presencia causa una verdadera revolucion. Los hombres la alaban, las mujeres la tildan, y basta el *tocaor* de vihuela suspende unas seguidillas punteadas para recrear su vista en todo lo bueno que Dios cria para perdicion de los hombres. El amo de la casa ofrece á la Maja el mejor sitio entre los mejores mozos, y el baile sigue en medio de requiebros y murmuraciones. Tambien como las dengosas niñas de nuestros aristocráticos salones, las Majas alegan mil frívolos pretextos antes de ponerse en baile; pero luego que sueltan la mantilla, y se plantan en jarras, y suenan las castañuelas, alli pueden acudir todos los fisicos del mundo á observar el movimiento continuo. No son los bailes de candil donde ejercen menos saludable influjo un talle gracioso y dos ojos de azabache. La Maja anima á los timidos, templa á los valientes, alegra á los tristes, saca de casillas á los perezosos, y reparte por su mano la mistela y los buñuelos de ordenanza. Suele suceder que el baile se convierte en camorra y la sala de la funcion en campo de batalla; pero no hay miedo que llegue la sangre al rio si anda por medio una Maja. Su voz basta para envainar las *teas* y ahogar entre el vino los resentimientos.

La Maja concurre pocas veces al teatro, y esto en dias de fiesta y cuando la empresa ha condecorado su cartel con gruesas letras y espantosos figurones. No se dá tanta prisa para estas funciones como para los toros, mas siempre acude de las primeras y muda quince veces de sitio y pisa á treinta personas é incomoda á todo bicho viviente con sus preguntas y risotadas. Todos los actores la parecen buenos cuando gritan, y si en la comedia hay tiros y ladrones es una excelente comedia.

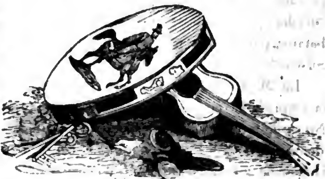
Tambien asiste la Maja á los oficios divinos, por lo que tienen de bulla y de

concurrencia. Cualquiera al verla con los ojos arrasados en lágrimas supondrá que la hacen mella los cantos sagrados ó los gritos del padre predicador. Nada hay de eso. La Maja llora, y llora seguramente porque está en la iglesia y porque escucha la palabra divina; pero tal vez en el mismo instante que el orador ensalza el pan de la Eucaristía, se acuerda que no tiene pan para la cena y piensa en sus profános medios de buscarlo.

Las corridas á caballo, los almuerzos en los cortijos, las cenas en los melonares, las ferias y las veladas proporcionan á las Majas nuevas y dulces distracciones, pero mas allá de todos los placeres existe para la Maja una necesidad imprescindible, una pasion sin fruto, ni límites, árbitra única de su felicidád ó su desgracia; esta pasion es el amor, aquella necesidad es la de ser amada. Justo es, sin embargo, no confundir el amor de la Maja, caprichoso y hasta cierto punto desinteresado, con las pasiones venales de la *mujer de mundo*. Una y otra forman del amor su presente y su porvenir, pero la Maja obedece solo á su corazon, mientras la *mujer de mundo* oye solo á su cabeza; los favores de una Maja pueden recompensarse, pero comprarse nunca; en el modo está la diferencia.

Sucede, alguna que otra vez, que la Maja se enamora y por último se casa. ¡Horrible profanacion!... ¡Escandaloso robo que el último sacramento hace á las obras de misericordia!—Una Maja casada es una aberracion en la nataraleza, es la luz oscura, el fuego frio y la vida muerta. Si la Maja pronuncia un *sí* ante el cura y el sochantre, no por esto se casa. Sus gustos como sus costumbres no varian jamas. Mientras duran el pan y los trapos de la boda el matrimonio es un cielo, pero pronto las necesidades, que empiezan, lo mudan en purgatorio, y la miseria, que sigue, acaba por convertirlo en infierno. Por cada Maja casada hay divorciadas cincuenta, y si encuentran mis lectores un hombre triste y cubierto de andrajos, ese es el marido de una alegre y lujosa Maja.

Poco ofrece, últimamente, que narrar la viudez de la Maja. Despues de haber agotado todos los placeres y todos los pesarés, despues de disputar palmo á palmo el campo de sus primeras glorias, comienza para la Maja una vida, si menos brillante, acaso mas útil. Como en sus juveniles años asiste á todas las diversiones; pero al verse sin prestigio ni adoradores, murmura de las fiestas sin brillo, de los hombres sin gusto y de las mujeres sin gracia. Ya no tiene quien la lleve á los toros á pié ni en calesa. Trabaja para vivir ó vive de su antiguo trabajo. Los desengaños siguen rápidamente á los años; y al terminar su carrera, si nó ha aprovechado los buenos tiempos ó recogido, á su vez, alguna muchacha abandonada, cosa es frecuente ver depositados todos los encantos de una *Maja española* sobre la sucia cama de un hospital.



MANUEL M. DE SANTA ANA.







EL GRUMETE.



Es bello desde una torre ó azotea de una ciudad marítima ver una fragata á toda vela que se bosqueja en el extremo del horizonte como una dudosa bruma proyectada en el azul del cielo, y que á medida que se va acercando se va desprendiendo de la bóveda celeste y destruyendo del todo la contigüidad aparente que notaba el observador. Mucha práctica se requiere para distinguir la realidad entre las sucesivas ilusiones ópticas con que seducen las distancias. Cuando á un observador vulgar le parece el barco una bruma, el marinero consumado adivina que es un barco de cruz, conoce que es una fragata, y bien pronto os dirá si es de guerra ó mercante, si navega ó no en lastre, si es ó no velera, y echando sus cálculos acerca de la direccion y de la fuerza del viento, de las ventajas y menoscabos de las corrientes, elevacion de los palos y número de velas, por minutos os sacará la cuenta del tiempo que tardará en fondear. Conoce ademas si pertenece el buque á la carrera de América, y mientras vosotros los legos no habreis notado todavía ninguna bandera de seña, él os habrá dicho el consignatario á que viene dirigido.

Aunque nada os vá, ni os viene en el cargamento de la fragata, porque no sois comerciantes, ni cosa que se le parezca; aunque no teneis en ella ningun

hermano, ningun amigo, ni un compañero siquiera, ni siquiera una pacotilla insignificante, deseais con ansia que hienda el tajamar las mansas aguas del suspirado puerto. No os acordais de que los que componen la tripulacion son hombres como vosotros, no pensais quizás en que el buque tenga tripulacion, y con todo su suerte os interesa sobremanera, y teneis necesidad de un esfuerzo de raciocinio para haceros cargo de que aquel inmenso maderámen es una materia inanimada, que ni piensa, ni siente, ni goza en las bonanzas de un mar de placeres, ni padece en las borrascas de un golfo embravecido. Si veis alguna vez un barco barado en la arena que abandonado de la tripulacion permanece mordiendo el arrecife hasta que las olas le destrozan y, como una mesnada de tiburones, se disputan y reparten sus mutilados despojos, esperimentareis una sensacion dolorosa, desgarradora, inesplicable; una lágrima se desprenderá de vuestros párpados, y apartareis vuestras miradas de aquella desahuciada victima que lucha impotente como un náufrago moribundo. Un barco escita nuestro entusiasmo, porque no acertamos á considerarle como una cosa insensible é inerte, y por esto sentimos todos una especie de satisfaccion cuando vemos entrar en el puerto la vela que hemos divisado desde lejos. Hasta el nombre que dan á las embarcaciones cuando las *bautizan*, al mismo tiempo que prueba el entusiasmo de los *padrinos*, contribuye á aumentar el nuestro. Las unas llevan como nosotros un nombre sacado del almanaque y se las llama *Antonio ó Diego*, *Santa Maria ó la Divina Pastora*. A los buques de guerra se les designa en general con el nombre de algun rey ó con otro que marque su procedencia ó indique alguna época política, como el vapor *Isabel II*, el *Manzanares*, el *Guadalete*, la fragata *Córtes*. Los corsarios, los piratas, los negreros y los contrabandistas espresan con el nombre de pila que dan á sus barcos sus atributos imponentes, llamándoles el *Trueno*, el *Rayo*, el *Invencible*, el *Incansable*. Los capitanes jóvenes y fogosos recuerdan con el nombre que dan á sus buques el de alguna querida ó el de alguna heroina de novela, como *Mercedes*, *Matilde*, *Eloisa*, *Elvira*, ó bien les vuelven famosos con el apellido de algun personage ilustre, como Rodrigo, Cervantes, Lord Biron, Wasington. Esto no sucedia en otro tiempo en que las creencias religiosas dominaban mas profundamente los espiritus y el arte de navegar estaba mas atrasado. Entonces el valiente que desafiaba las tempestades en un frágil leño tenia mas confianza en Dios y en los Santos que en el timon y en la brújula, y para propio resguardo canonizaba su buque. Todos á la sazon se llamaban *San Narciso*, *San Bartolomé*, *San Pedro ó los siete dolores de Maria Santisima*. Esto no conjuraba, sin embargo, los vientos de proa, ni impedia que lo mismo que ahora las embarcaciones permaneciesen estacionarias en las calmas chichas, ni se oponia á que zozobrasen en una virada mal entendida, ó á que se averiase su quilla si daba contra un bajo. Pero dejémonos de preámbulos, y no perdamos de vista la fragata que hemos divisado en el estremo del horizonte, porque ó mucho me engaño, ó en ella he de encontrar el GRUMETE que es el tipo que me propongo describir.

En efecto, la fragata es de guerra y está ya en la boca del puerto. Es una fragata como un navio, y su entrada ha de ser una perspectiva agradable. Entre las maniobras de un buque de guerra y uno mereante hay una notable diferencia. En el primero todo se ejecuta con precision ; las maniobras reconocen un punto de partida único y se hacen todas con prontitud, igualdad y compás. Entre los buques de guerra y mercantes se nota la misma diferencia que entre el ejército y la milicia nacional. No se oye en los primeros una sola voz, no se oye mas que el silbato del contramaestre que dirige todas las operaciones, y de vez en cuando el chasquido de un rebenque ó de un chicote que es el mas acreditado antídoto de la torpeza de los marineros. La causa de esta igualdad y prontitud en los movimientos no la busqueis mas que en el chicote ó en el rebenque, así como la causa de la maestría en el manejo del arma, con que mas de una vez debe de haberos sorprendido un regimiento, no se puede encontrar mas que en la vara de los cabos ó en el ceño de los oficiales.

¡Mirad! todas las velas se han cargado á la vez, todas á la vez se han aferrado. La fragata ha tomado entre andanas el puesto que la corresponde; cae el áncora, describiendo un círculo que se va ensanchando hasta perderse en los murallones del muelle, y hasta que llega al fondo la acompaña el estrepitoso rumor de una cadena. Los cañones dan á la plaza sus saludos de ordenanza y contestan las fortalezas. El capitan y los oficiales, hambrientos de tierra, con todo el orgullo que caracteriza á la gente de mar están ya de pies en los bancos del bote, absorbiendo las miradas de un sin número de espectadores. ¿No veis mientras tanto los flechastes cubiertos de marineros, no veis marineros en las vergas y marineros en la batallola? ¿Y no veis entre esa turba de intrépidos, que seria capaz de asaltar el cielo con solo tener un cabello de que asirse, uno mas ágil que todos, que se os presenta al trasluz del espeso humo que han levantado los cañonazos á la manera de los alados espíritus que nos pintan suspendidos en el aire y envueltos en una nube? Vedle en el topé del palo mayor donde parece que se ha puesto de reemplazo de la grímpola ó del cataviento. Aguardad que el humo se haya disipado para distinguir mejor esa armoniosa y complicada armazon dé cuerdas que suben y bajan y se ramifican y se cruzan en distintas direcciones, como las ramas y raíces de un inestricable bejucar de las Antillas ó como las venas y arterias del cuerpo de un animal. Aquel que visteis poco ha izado en el tope del palo mayor es el Grumete; vedle tan pronto saltar de cuerda en cuerda, como un pájaro de rama en rama, tan pronto pasearse por la estrecha superficie del estai desde la popa al masana, desde este palo al mayor, desde el mayor al trinquete, y luego montar á caballo del bauprés cabalgando sobre el abismo. Inquieto como un mono, como una ardilla, como un vicivilin, como un torbellino, da vueltas y revueltas por aquel laberinto de cuerdas, sin equivocarse jamas, sin asirse jamas de ninguna que esté arriada en banda. A cierta distancia parece una araña que se columpia y encarama y trepa por las delgadísimas hebras de su red. Y estos ejercicios gimnásticos con que, desde el tranquilo puerto en que la fragata permanece

inmóvil y dormida, admira á los chiquillos, absorbe las miradas de los montañeses y hasta cautiva la atencion de los que estan acostumbrados á ver á Ratel; son practicados por el Grumete con igual limpieza y velocidad en el canal de Bahama, en el golfo de las Yeguas ó en el Cabo de Hornos, estando tal vez hambriento y abrasado de sed, cansado, enfermo, cayéndose de sueño, enmedio de un temporal que hace beber el agua del mar hasta á las vergas de los juanetes, mojado, entorpecido por el chubasco, por la contínua lluvia de que está empapado hasta los tuétanos, con toda la jarcia resbaladiza, de noche, sin mas luz que la escasísima de la bitácora que arroja apenas delante un medio círculo que no llega de mucho al palo mayor, y el resplandor intermitente, deslumbrante y dudoso de los rayos y relámpagos que se pintan en las nubes como sangrientas heridas.

Pero hasta aquí en el GRUMETE, del modo que le hemos presentado, no hemos visto un tipo español, sino un tipo genérico y universal, cuyos caractéres se avienen lo mismo al inglés, que al francés, que al ruso; y lo mismo al Norte-americano que al nacido en el Ferrol ó en el puerto de Santa Maria. Para *nacionalizar* este tipo es preciso que examinemos el Grumete *in fieri*, el estudiante y no el doctor, la semilla y no la planta, la crisálida y no la mariposa. Veamos lo que era el Grumete antes de serlo, antes de sufrir la transformacion, antes de ser conocido con otro nombre que el de *pilluelo de playa*.

En todas las ciudades marítimas pulula entre la pillería una pillería mas asquerosa, mas hedionda y repugnante que la demas, que es la crápula de las crápulas, el pus corrosivo de la llaga. Por la mañana y al anochecer trópezais en los mercados con una turba espedicionaria que se abre en guerrilla y obliga á las verduleras á poner un ojo en cada lechuga, en cada cebolla y en cada albaricoque. Esta turba no está compuesta mas que de chiquillos, terror de las vendedoras y revendedoras, flexibles todos como culebras, con unos dedos como pinzas y pies que parecen alas. Sus ojos son penetrantes como los de todas las aves de rapiña con las cuales tienen infinitos puntos de contacto, y vuelven supérfluos los telescopios y los anteojos de larga vista. Conocen á un alguacil aun que se vista de cura, y le descubren hasta con el olfato. Esto no impide, sin embargo, que su codicia escesiva y demasiado atrevimiento de vez en cuando les haga dejar algunas plumas en las garras del gavilan de justicia, pero este percance es poco frecuente, y ademas es muy raro que su agilidad y perspicacia no les emancipe de las uñas del alguacil antes de llegar á las del alcaide. Á menudo cuando el alguacil se apercibe de que no tiene en sus manos mas que un harapo, el héroe que se lo ha dejado está contrayendo nuevos méritos en el campo de sus glorias, al cual os aconsejo no acudais durante la refriega, sobre todo si estais resfriados, porque os esponeis despues de un estornudo á no tener mas que la manga ó los faldones de la casaca con que secar las humedades del bigote. Si creeis que los tales pajaritos solo tienen cariño á frutas y á verduras, os engañais de medio á medio; son hervívoros, carnívoros, omnívoros; cargan lo mismo con un bacalao de Escocia que con un solomo de ternera; os pescarian un pañuelo de batista ó de Indias aunque tuvieseis cada bolsillo como un golfo, y os estraerian

sin sentirlo un doblon de á cuatro aunque consiguieseis alzarlo en el agujero de una muela cariada ó detrás de la membrana del tambor. Bien es verdad que tan maravillosa destreza no es esclusiva de los héroes de las poblaciones litorales, pues nada tienen que envidiarles mas de cuatro espadachines que, sin uniforme ni aguardar relevo, están perennemente de centinela en la Puerta del Sol.

«Rio revuelto ganancia de pescadores,» dice el adagio: y nuestra pilleria ha tomado á su cargo dar una aplicacion práctica á este rancio refran que acaba de acreditarle. A menudo al rededor de una verdulera se agrupan asistentes y criadas, y entre unos y otros se cuelan cinco dedos mas sutiles que el aire de Guadarrama que, como si tuviesen ojos, constantemente se dejan caer sobre la fruta mas nutrida y mejor sazonada. ¡Desgraciada verdulera si aquellas animadas tenazas son cogidas en fragante! Mientras ella se empeña en hacerlas soltar la presa, mientras llama á los alguaciles en su auxilio, antes que estos acuden los camaradas del *ingenioso* muchacho, como la tropa á un toque de llamada. Un médico diria que se establece allí una *sinergia* de pillos. En efecto, todas las guerrillas se repliegan, todas las fuerzas se agolpan en aquel punto para triunfar de la verdulera; hay un pronunciamiento en masa, y al fin y al cabo la coligacion sale victoriosa. La verdulera grita, chilla, se desgañita, y ocupada solamente en el rapaz que ha tenido la desgracia de coger, no repara en los mil rapaces que se están repartiendo cuanto tiene, y le despachan toda la mercadería ¡cosa rara! con mas prontitud de lo que ella quisiera. Cuando llegan los alguaciles, los pronunciados se han disuelto ya, y han tomado tole, quedando solo en poder de la justicia el único que se hallaba bajo el de la verdulera, el cual sino consigue ganar el barlovento á sus conductores por medio de una rápida virada, fondea en la alcaldía y es la víctima espiatoria de las propias y las agenas fazañas, pero si logra evadirse, deja á los agentes de la municipalidad con un palmo de narices, y vuela al encuentro de sus bravos y gloriosos camaradas á quienes reclama la parte que le toca en el botin. Si se la niegan, hay un nuevo pronunciamientos, y él es el único que se pronuncia porque es el único que ha quedado *descalzo*, y es sabido que el que en un pronunciamiento no se *calza* ó se *calza* de una manera que no satisface su ambicion, queda siempre dispuesto á nuevos pronunciamientos.

Pero no son los mercados, donde hemos visto á nuestro protagonista confundido con otros héroes de la misma catadura, el lugar mas á propósito para tomarle las filiaciones. Veámosle en la plaza ó en el arsenal, cuando se halla el sol en su cenit, en aquellos momentos en que hasta nos compadecemos de las piedras heridas por sus rayos de fuego; veámosle horas y horas tirando de las redes de los pescadores, sin mas recompensa que unas cuantas sardinas que las mallas han magullado; veámosle á la sombra de una lancha ó de un místico que están carenando, sentado en un cañon de hierro ó en una áncora de navío, con una baraja en la mano, cuya fe de bautismo ó procedencia se pierde en los anales de la historia de los fulleros, y con unos cuantos cuartos,

que solo Dios sabe á qué legítimo posesor los está guardando. Contemplémosle, si es que sus continuas vueltas y revueltas no nos marean y consienten que fijemos en él nuestros rayos visuales, saltando de una á otra lancha, brincando entre las rocas del muelle y zambulléndose en el mar como un buzo, en busca de un aparejo que ha perdido un pacientísimo pescador de caña. Allí es, entre los cangrejos y los pulpos, donde se vuelve anfibio, donde sus manos y pies empiezan á curtirse y encallecerse, donde se hace insensible á los cierzos de enero, á los ardores de la canícula y á las humedades de todos los tiempos, y donde aprende las primeras nociones de esa gimnástica admirable, con que nos ha sorprendido recorriendo en un momento todas las cuerdas de la jarcia.

Cuando una tempestad arroja en la playa los miserables despojos de alguna nave destrozada, y cuando el mar escupe con desprecio los deplorables restos que le regalan los turbiones y rios salidos de madre, vereis con qué avidez se clavan los ojos del pilluelo en todos los objetos que flotan sobre las olas, vereis como nadando les sale al encuentro y con qué sangre fria despoja de sus vestidos, si no se lo impiden los dependientes de sanidad, al cadáver del desventurado naúfrago. Si Dios consultase sus filantrópicos deseos, diariamente habria un naufragio, y en verdad que motivos tienen para desearlo igualmente las verduleras, porque solo dejan de vivir á su costa los pilluelos, mientras pueden vivir á costa de las espantosas reliquias que les ofrecen las tempestades.

Tambien por muchas razones son los pescadores de caña enemigos del insigne personaje que me ocupa, al cual á menudo le da tambien la ocurrencia de ser pescador de caña. Mas para ser pescador de caña se necesita caña y el buen muchacho no tiene caña; pero cuando Dios dá para todos dá, y en esta ocasion mi héroe es un San-Simoniano perfecto; hay un pescador que tiene dos y sin su permiso el pilluelo se apodera de una. Ya tiene caña, pero ademas para pescar se necesita un aparejo, se necesita cuando menos un torzal ó bramante con un anzuelo y un poco de plomo. El mismo que le proveyó de caña, ú otro, le proveerá sin saberlo de aparejo. Ya tiene caña y aparejo, pero ademas para pescar se necesita cebo. El mismo que le proveyó de caña ó el que le proveyó de aparejo, ú otro, le proveerá de cebo. Con que, ya se ha hecho san-simonianamente el reparto de bienes, ya tenemos á nuestro gallardo infanzon armado pescador. Se vá á pescar á alguna distancia, de sus proveedores, y pesca ó no pesca. De todos modos siempre ha pescado. Pero supongamos á todos los pescadores marrajos y escarmentados, y que sea de consiguiente su vigilancia superior á la perspicacia del pilluelo; en este caso si alguno pesca no se va el pilluelo sin pesca. En lugar de pescar los instrumentos de pescar, pesca la pesca. Espia un momento en que el corcho absorba toda la atencion del pescador, y cuando le observa en aquella especie de éxtasis que solo son capaces de comprender los pescadores de caña, con la sutileza y agilidad que le son características pesca en un instante la pesca que al pobre pescador le ha costado estar pescando todo el dia, y le deja desahogándose en los tristes soliloquios y horrendas imprecaciones que salen de su boca desde el momento en que echa de

ver el incomprensible rescate de sus bien guardados prisioneros. Si no es pescador de oficio, sino de aficion, no quiere irse a su casa *in albis*, porque teme las rechiflas y burlas de su familia, y asi es que primero pasa por la *pescaderia* y le sucede alguna vez pescar con anzuelos de plata la misma pesca que habia antes pescado con anzuelos de acero. Y aunque esto no sea, tan preocupado se halla su espíritu, que no ve sargo, boga, ni mero que no le parezca alguno de los mismos que él habia tenido bien guardaditos en su cesta. ¡Y tiene que comprarlos!

Hé aqui, pacientísimo lector, los preliminares del Grumete, el período de incubacion que sufre la larba antes de llegar á ser imágen. ¿Qué puedo decirte con respecto á su traje, prosopografia y demas caractéres que fisicamente le distinguen? ¿Su género de vida no te ha revelado ya la desnudez de sus pies y de sus piernas, y las brechas de sus calzones, y los colgajos de su camisa tan fraccionada casi como el partido liberal? ¿Has visto en todo el tiempo que le estamos siguiendo la pista que se haya peinado una sola vez? ¿Le has visto una sola vez cortarse las uñas? Dejo pues á tu consideracion sus greñas y sus zarpas. Igualmente deseo que tu penetracion me releve de manifestarte cual es e color de su cútis, espuesto á todas las intemperies, al viento, al calor, al frio, al relente de la noche, curtido, abrasado, quemado, y que se vuelve á curtir, á abrasar y á quemar todos los dias, todas las horas, hasta que el aire y la temperatura no pueden imprimir en él ninguna modificacion. Aquel color no tiene nombre; no pertenece á ninguno de los siete primitivos, ni á ninguna de las infinitas combinaciones de que estos son susceptibles. Los rayos del sol se han mezclado, se han identificado con todas las partes del pilluelo de playa; si su cuerpo se esprimiese, tal vez entre las tinieblas arrojaria luz.

En esta disposicion se encuentra cuando dá un adios á sus queridos camaradas y va á representar su papel en un teatro mas vasto donde le adquieran mayor renombre sus talentos. El pollo ha adquirido ya dentro del huevo todo el desarrollo necesario; ahora es preciso que el huevo se rompa y que de él salga un Grumete ó cuando menos un presidiario. Mucho le gustan á mi héroe las hazañas del intrépido salteador de caminos, cuyo nombre circula de boca en boca, y se lee escrito en letras de molde en jácaras, romances y periódicos, y cuyas atrocidades y trágico fin son cantados por los ciegos, por los Homeros modernos, al son del violin y de la guitarra. Pero su corta edad no le da todavía las imponentes barbas con que ha de helar de espanto y de terror á los pasageros; y por otra parte la admiracion que causan los Grumetes cuando entran en el puerto le llena de una secreta envidia. Resuelve pues ser Grumete; pone en accion todos los medios que están á sus alcances para vencer los obstáculos que se oponen á sus deseos, y por fin se sale con la suya. Su agilidad y denuedo le recomiendan bien pronto, porque el verdadero mérito se recomienda á si mismo, por otra parte, su permanencia en la playa y su roce con pescadores y marineros le han instruido en los términos técnicos del arte, y esto es una grande ventaja. Ya es Grumete. El contramaestre le obliga á limpiarse y cortarse el pelo, y luego le dá un vestuario cuyas prendas consisten en una camisa de lienzo sumamente grosera

con cuello azul, pantalones del mismo género que se sujetan á la cintura con una faja de algodon que es azul tambien, zapatos con muchas cintas y una gorra de varios colores con una áncora ó con unas letras chillonas que publican el nombre del buque á que pertenece. Es inútil decir que necesita mas de dos dias para acostumbrarse á este trage, sobre todo á los zapatos de los cuales tarda mucho en hacer uso en sus ejercicios gimnásticos. Sin embargo, su uniforme le llena de orgullo, y escita la envidia de todos sus antiguos camaradas, entre los cuales se pasea por los andenes del puerto con ínfulas de manifiesta superioridad. Antes de zarpar el buque, vá á despedirse de los compañeros que tiene detenidos en la alcaldía ó en alguna casa de correccion, y con esto acaba de hacer desear á los pobres cautivos el aire libre de que se ven privados.

Aunque nuestro neófito está asaz acostumbrado á los movimientos de los buques, si arrecia el tiempo á los pocos dias de hacerse á la vela, no deja de marearse mas ó menos. Pero el mareo se pasa pronto si no se le tienen consideraciones. Al Grumete, aunque no pueda tenerse en pie, se le obliga con un rebenque á cumplir su obligacion, y asi es que en breve se vuelve indiferente á todos los balances por bruscos y por ingratos que sean. Aprende á sortearlos, y no le impiden en la mas desecha borrasca ejecutar con limpieza las difíciles y peligrosas habilidades de que solo él y un mono son capaces.

No se crea que al embarcarse haya dejado en tierra su mala índole y los perversos hábitos que contrajo desde que le destetaron. Conserva todavía una aficion desmesurada á todo lo ageno; pero esta aficion se quita bien pronto en un buque de guerra donde las lágrimas de arrepentimiento no enternecen á nadie, y donde las uñas tienen las nalgas por editores responsables. La infraccion mas mínima del séptimo mandamientos se castiga con un *cañon*, que esplicaré lo que es para que me entiendan los profanos. Se coloca al infractor de bruces en cualquiera de los cañones de babor ó estribor, y se le amarra réciamente de suerte que queda pegado al cañon como una lapa á la roca. Se le destacan los pantalones, y á discrecion del comandante la tripulacion le aplica los chicotazos suficientes para que por espacio de algunos dias no pueda estar echado panza arriba. Se le suelta luego, y se le pone á disposicion del cirujano ó del barbero del buque, quien le rehabilita en el uso de las asentaderas tan pronto como puede. Este remedio, que pertenece á la clase de los heróicos, está probado, y produce un efecto tan maravilloso y radical que raras veces tiene lugar la recaida. Si en lo sucesivo se enamora el muchacho de los bienes del prójimo, las uñas se asesoran inmediatamente con las nalgas, tienen con estas un rato de conferencia, y mis lectores pueden adivinar fácilmente cual es el dictámen de las pobrecitas. Un buque no es como un mercado, donde se evoluciona como se quiere, y la estension del terreno favorece la retirada. Bien pronto conoce el Grumete esta notable diferencia entre la topografia del terreno que pisa y la del antiguo teatro de sus escursiones.

Al noble cargo de Grumete casi siempre van unidos el de ayudante del cocinero y asistente del comandante y de los oficiales. Este último le grangea algun influjo

y hasta cierta familiaridad con los señores de popa, quienes obligados á no ver mas que las fisonomias salvages de los marineros, miran con una especie de interés las facciones siempre mas dulces de un chiquillo. Con esto el Grumete, ademas de poder pasearse del alcázar al castillo, de la cámara del comandante á la de los guardias-marinos, de la bodega al sollado y de la batallola á los topes, no se ve tan espuesto á la cuaresmal abstinencia que aflige á los demas marineros, pues se puede alimentar con las sobras y relieves de la mesa de los oficiales. Su roce continuo con los que mandan le dá una especie de jurisdiccion sobre los que obedecen, á cuyos ojos se hace odioso con su empeño de parecer grato á los de aquellos. En efecto, para aparentar un extremado celo, el Grumete se vuelve chismoso, enredador y soplon, y se convierte en una especie de agente secreto de policía. Los marineros le aborrecen, pero le miman porque le temen. A pesar de esto y de todas sus precauciones, tienen en él un fiscal que presenta á cada paso una denuncia ó una acta de acusacion que le vale á algun infeliz marinero unos cuantos chicotazos cuyos cardenales se borran mucho mas pronto de la piel que del corazon. Maquina la víctima proyectos de terrible venganza, aguarda una ocasion propicia en que poder ejercerla, y entonces ¡ay del Grumete! un dia ú otro al lado de su delator tomará rizos ó aferrará un juanete, y cuando esta ocasion llegue, le empujará prevaliéndose de su fuerza, y le servirá de escandállo para sondear la columna de aire que media entre la verga y la cubierta. Esta es una de las trájicas catástrofes con que termina el Grumete su gloriosa carrera.

Pero no faltan ademas otras muertes igualmente dignas de su vida. Alguno perece al llegar á la América en brazos del *tifus icterodes*; otro es víctima de una herida que se abrió con una astilla ó con el roce de un cable, y dejándola abandonada, se le enconó, y le sobrevino el tétano ó el *pasmo*; otro distraido y precipitado se enhebra por la escotilla y se cuela hasta el último pañol; otro en fin es regalado á un tiburon por un golpe de mar que barre la cubierta. Mas no todos mueren en el ejercicio de su *noble profesion*. No pocos apenas dejan de ser Grumetes lamentan los extravíos de su vida pasada, se arman de un chinchorro y de una lancha, y convertidos en pescadores, viven pobres, pero independientes y honrados. Muchos, al contrario, echan de menos los atractivos y borrascas de sus primeros dias, y de nuevo emprenden la carrera del crimen ó, por mejor decir, la empiezan en el punto donde la habian dejado, y se convierten en piratas, negreros ó contrabandistas, distinguiéndose como *hombres de proa* por su inteligencia en las maniobras, su intrepidez en las tormentas y su ferocidad en los abordajes.

Concluiré diciendo que tampoco faltan en algunos barcos mercantes chiquillos ágiles y traviesos que sirven á la mesa al capitan y á los pilotos, asisten á los pasageros y cuidan á los mareados. Pero estos son mas bien parodias ó, cuando mas, variedades del tipo que verdaderos Grumetes. El Grumete genuino es característico de los buques de guerra, tiene señalado su puesto en los combates y mira con desprecio á los de los buques mercantes que usurpan su nombre.

Desgraciadamente este tipo en España va desapareciendo al igual de su marina, con cuya suerte está tan íntimamente enlazado, y de temer es que desaparezca del todo, si pronto los españoles no nos acordamos de que tenemos una patria, y de que en la actualidad las consideraciones de toda nacion son principalmente debidas al número de sus buques de guerra.

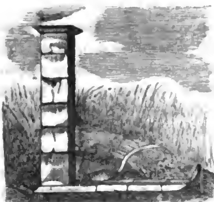
A. RIBOT Y FONTSERÉ.







EL SEGADOR.



os que hablan de la despoblacion de España y se lamentan de los muchos páramos y eriales robados á la benéfica mano de la agricultura, seguramente no han visitado ni aun de paso el antiguo reino de Galicia. Tan fértiles son las entrañas de esta tierra, tan fecundas sus hembras y tan parca y llevadera la vida, que los gallegos parece que nacen como el heno de los prados, ó como las hojas de los árboles, segun el número de habitantes que bullen y se agitan en las playas del Océano, orillas de sus rias deliciosas, y en las cumbres y valles de sus frescos y empinados montes. Una familia que en cualquier otra parte abrumaria cualquier casa medianamente acomodada, no pasa en Galicia de una cosa ordinaria y corriente, y son muchos, muchísimos los hogares á cuyo alrededor se sientan con sus padres diez ó doce robustos renuevos á comer la *conca* de caldo ó leche *mazada* en las noches de invierno. Añádase á esto que las poblaciones se tocan unas á otras, y fácil será venir en conocimiento de que sin las frecuentes sangrias que sufre el pais, con solo media docena de años que la gente se estancase, no cabrian de pie, como suele decirse.

Afortunadamente Galicia provee al resto de España de gente que si no desempeña altos cargos en la república, no por eso deja de ser útil y aun necesaria en todo el mundo. De allí salen la mayor parte de los mozos de cordel que sostienen las esquinas de la capital, cuando no van con algun tercio sobre sus

anchos y fornidos lomos: de allí gran parte de los criados de almacen que se emplean en los comercios; de allí porcion no pequeña de tahoneros y gente de otros oficios que exigen asiduidad en el trabajo y fortaleza de fibra; y de allí finalmente una nube de trajineros y un enjambre de Segadores en cuanto los extendidos campos de Castilla, Extremadura y la Mancha comienzan á coronarse con los dorados dones del verano.

En el gallego está vinculado desde tiempo inmemorial el trabajo de despojar á Castilla de sus mieses y enviarlas á la faena de la era, y como con cada cosecha vuelve irremediablemente la misma tarea, es esto causa de que entre los diversos alivios y desahogos que proporciona la emigracion á aquella tierra, ninguno sea tan perenne y al mismo tiempo mas corto que el de la siega. Por abril y mayo sale el Segador de su casa y en agosto y setiembre da la vuelta, al paso que los demas gallegos que á otras ocupaciones se dedican, suelen salir por tiempo indeterminado y solo vuelven á su pais con su capital hecho. Sin embargo, la siega es el beneficio tal vez mas positivo, aunque modesto, que semejante sistema acarrea á aquella comarca, porque son muchos los que de él participan y disfrutan. Con los tres meses que pasan viviendo sobre pais ageno y lo poco que á costa de su improbo trabajo se granjean, descargan su casa del peso de su mantenimiento y á la vuelta compran algunos artículos de vestir con que se cubren la mayor parte de sus necesidades.

Con el mes de mayo, segun dejamos dicho, empieza el movimiento y los preparativos del viaje, si preparativos pueden llamarse los que caben en un saco y vienen á cuestas de su dueño para volver del mismo modo. Una hogaza de pan de centeno con algunos torreznos por entrañas, alguna camisa de estopilla y acaso tal cual otra prenda de vestuario dentro del consabido zurron de lienzo, y por fuera un mal sombrero portugués, chaqueta, pantalon y chaleco de la misma tela que la camisa y unos zuecos ó zapatos con suela de madera componen el atavío de un gallego que va á la siega. Sin embargo, si el piadoso lector quiere darle la última pincelada, debe añadirle el garrote de que suspende su tasado equipaje, la hoz, símbolo de su oficio, y mas que todo un aire desmazalado y flojo, con unas facciones en que no se sabe si es la humildad ó la malicia la que predomina, y unos miembros en que bajo cierta languidez aparente se esconden fuerza y vigor no pequeños. Con todo, Segadores hay que, un poco acomodados, suelen ayudarse en este viaje, ya por sí solos, ya entrando á la parte con sus compañeros, de algun objeto de comercio como son: lienzos, jamones ó pescado seco, lo cual suele ir en alguna *haca galiciana*, descendiente por línea recta de las que por demasías de Rocinante dieron tal motivo de pesadumbre al caballero de la Triste Figura; y que á su vez es tambien artículo de especulacion. Los gallegos que van á Extremadura suelen introducirse en Portugal y los que se encaminan á las dos Castillas echan en derechura por el Bierzo. De estos los que por primera vez hacen el viaje, muchachuelos aun por lo comun, se ven obligados por sus compañeros á echar una piedra mas en el monton inmenso que tiene al de la Cruz de Fierro, punto culminante de la cordillera de Foncebadon y desde

el cual á un tiempo se distinguen las peladas y espaciosas llanuras de Castilla por delante y los frescos valles y frondosas laderas del Bierzo que quedan á la espalda. Semejante uso que sin duda viene de los peregrinos que en los siglos medios iban á visitar el sepulcro del apóstol Santiago por el camino francés, se tiene por de buen agüero para el viaje.

No hay porque nos detengamos á contar los incidentes de este, porque no lo merecen, y démonos prisa por llegar con nuestras pobres gentes á los sitios donde tienen que meter su hoz en mies agena, aunque no contra la voluntad de su dueño. Su primer cuidado es vender, si ya por el camino no lo han hecho, lo que para vender traian desde su tierra, y luego con todo desembarazo y buen ánimo entran de lleno en su penosa faena. En aquellas inmensas llanuras donde no hay un árbol á cuya sombra refugiarse, ni un hilo de agua con que mojar los labios, es insoportable el calor en mitad del dia; pero el Segador atento á dar pronto remate á su trabajo si ha ajustado por alto, y aguijoneado por el amo si siega á jornal, hace poco caso de los rayos del sol y mientras con su hoz va abatiendo las mieses, otro inferior en clase y salario, asi como tambien en años, las va recogiendo en gavillas para cargarlas en los carros y del campo llevarlas á la era.

Hay en el Escorial en la habitacion dicha de «las amas de cria» un tapiz cuyo carton se atribuye á Goya, y que representa una francachela de Segadores gallegos que han dado ya fin á su trabajo. A la derecha uno de ellos que por la estólida alegría de su semblante, ropa descompuesta y calzones medio caidos descubre el estado de su cabeza, tiene en la mano una escudilla que un compañero está llenando de vino enmedio de la risa de todos. Hácia el medio una mujer de agraciado aspecto, está dando la papilla á un niño que la mira con un gesto lloroso, dificil y regañon. A la izquierda un viejo duerme la siesta en una pila de gavillas y unas yeguas trabadas andan espigando por el suelo, mientras por el fondo se extiende un campo segado, llano y monótono. Este tapiz que como todos los de aquel eminente pintor descuellan por la chispa, verdad y escelente composicion, es, exceptuando la mujer y el niño, una viva copia de la escena que ofrecen los Segadores por conclusion de sus fatigas, siempre que por su buena dicha dan con un amo amigo de ver correr esta fuente de alegría solo con dejar correr por su parte durante unos pocos minutos la espita de una cuba. Esta es condicion precisa, pues si le ha de costar el dinero, el Segador sabrá abstenerse con sin igual fortaleza y ser parco como los mismos padres del yermo.

Por fin tras de mucho afanar y mucho calor y sed y cansancio saca el Segador de su faena sus pantalones y chaqueta algo menos blancos, su cutis algo mas tostado, su bolsillo algo mas cargado y, como es de presumir, el ánimo algo mas cuidadoso con el amor de aquellos maravedises á tanta costa granjeados, y á los cuales tantas asechanzas aguardan hasta llegar en especie ó en equivalencia á su patria de adopcion. Porque en efecto con su riqueza empiezan en el ánimo del pobre gallego dos mil afanes y congojas, y toda precaucion le parece poca para conducirla á puerto de salvacion. Los hemos visto llegar á Castilla dos á dos y

tres á tres como gente á quien su pobreza sirve de escudo, porque todo lo que entonces pudiera arrebatárseles de entre las manos, suele ser cosa de bulto y de poco valor ademas para tentar la codicia de los encargados de restablecer el equilibrio de las fortunas, como dice Schiller, ó de los caballeros de Diana, segun los apellida Shakespeare; pero á la vuelta los aficionados á ver la cara del rey tienen ocasion de satisfacer sus inclinaciones, y esto cabalmente es lo que desea impedir el Segador muy aficionado tambien por su parte á la numismática. De aquí el juntarse cuadrillas numerosas que muy á menudo suelen elegir por capataz una persona de esperiencia muy ducha en la vida de los caminos: de aquí reducir siempre á oro ú plata por lo menos su corto caudal: de aquí el desmigajarlo en seguida y repartirlo ya en el mugriento sombrero, ya en los zapatos de tres puentes, ya sirviendo de hormilla á los botones, ya entre el tamo de las esquinas del chaleco: y de aquí finalmente cuantas tretas, astucias y marrullerías pudieran ocurrirse al mas hábil forjador de novelas.

Por fin atados los cabos todos con tanta prolijidad, pónese en camino la cuadrilla y entonces es cuando el drama que se acerca á su desenlace llega á cobrar mas interés. La tierra mala para nuestros hombres es, como pueden suponer nuestros lectores, la que media entre su punto de partida y las cordilleras de Foncebadon, es decir, los llanos estendidos de Castilla. En ellos, con efecto, á favor de lo abierto del terreno pueden descubrir desde lejos un par de ladrones montados la desarmada y tímida cuadrilla y desbalijarla impunemente. Al gallego no le ha cabido en suerte aquel valor presto y determinado que distingue á la mayor parte de las provincias de España, y por otro lado la humildad de los oficios que fuera de su pais desempeñan y la condicion dependiente en que por lo general viven, no contribuyen á desatar este noble gérmen; pero la poca resolucion que generalmente le caracteriza, desmaya enteramente en tierra estraña. Asi pues, todo su afan es salvar los puertos y verse por lo menos en las orillas del Sil y del Burbia, vecinas ya de su patria. Con tan poderosos estímulos figúrese cualquiera si el Segador llevará alas en los pies. Las marchas son con efecto forzadas de todas veras, y llegan á hacer una diligencia increible. Este pavor y ansiedad continua producen á veces resultados repugnantes, pues ha sucedido que al cruzar un rio han dejado ahogar á un compañero de miedo de llegar tarde á su socorro y verse envueltos en procedimientos judiciales, y todos los dias se observa que el que enferma por el camino queda abandonado á la caridad agena. El único obsequio que le hacen sus camaradas, es recogerle el dinero para entregarlo á su familia.

Lo peor del caso es que no por mucho madrugar amanece mas temprano, y como los ladrones tienen todo el tiempo por suyo, pueden apostarse donde mejor les convenga ó seguir la pista al pobre Segador hasta llegar al paraje mas conveniente para aliviarle de su peso. Fácil es de imaginar el llanto, plegarias y gemidos que acompañan á semejantes lances, asi como el poco provecho de que sirven los escondites y trazas ingeniosas de que se ha servido el pobre Segador para guardar sus amados maravedises de aquellos ojos de lince y de aquellas manos tan ágiles y ejercitadas en buscarlos; pero lo que no es fácil de

comprender es como veinte ó treinta hombres se dejan robar de dos, aunque viniesen armados de punta en blanco como los caballeros de la Mesa Redonda. No hace mucho tiempo que una de estas desdichadas cuadrillas entraba en un lugar mustia, desemblantada y cadavérica. Averiguado el caso resultó que dos solos ladrones eran los autores de la *fechoria*.—Pero hombres, les dijo un vecino, ¿de dos pícaros nada mas os habeis dejado maltratar?—Ya vei siñor, respondieron ellos, como veniamus solus, nus encojimus!!—Por este hilo pueden sacar nuestros lectores el ovillo de la energía moral de estas pobres gentes á quien nadie que no esté dejado de la mano de Dios es capaz de quitar el valor de un alfiler. Asi es que este robo se tiene por de calidad mas vil y ruin que todos los demas, y de Chafandin que era en su tiempo el Robin Hood ó Diego Corrientes de Castilla, nunca se contó semejante cosa.

Afortunadamente no siempre acontecen tales desventuras, y lo mas comun y ordinario es llegar nuestros Segadores sanos y salvos, bien molidos y malandantes al puerto de Foncebadon. En cuanto pasan de la Bañeza las cuadrillas hasta allí unidas y compactas comienzan á aflojarse y esparcirse, y los mas cansados á rezagarse, de manera que el camino viene á ser una cuerda de gallegos. A la bajada del puerto y á la cabecera de la fresca encañada de Molina, hay un santuario de Nuestra Señora de las Angustias, donde en agradecimiento del buen viaje solian dejar los Segadores sus hoces y nosotros hemos visto infinidad de ellas amontonadas en el centro de la iglesia como muestra de su devocion. En el dia ya son pocos los que cuelgan allí sus armas.

Aunque ahora encuentra ya el Segador por el camino bastantes mercados en que dejar el fruto de su trabajo, sin embargo por mas vecina de su pais y posesionada de mas antiguo, suele ser la villa de Ponferrada el paradero de sus capitales. El mes de agosto es el mas animado del año por el sin fin de gallegos que por allí cruzan y por la actividad del comercio, verdaderamente notable para un pueblo de tan poca importancia y apartado de camino real. Los soportales de la plaza se llenan de bancos y mostradores portátiles y altas perchas con clavos donde flotan infinidad de pañuelos de algodon y se estienden bayetas de diferentes colores junto con buen repuesto de sombreros portugueses ó del reino, que son los artículos mas del gusto del Segador. En la mayor parte de Galicia gastan las mujeres dengues encarnados de bayeta y pañuelos de color á la cabeza, y de aquí dimana el gran consumo de estos géneros. De la bayeta de Manchester hay quien llega á la media grana y del algodon pasa á la seda, pero tan galan proceder raya en prodigalidad y encuentra por consiguiente pocos imitadores entre esta económica gente.

El general mas prudente y previsor no reconoce con mas escrupulosidad el campo en que vá á dar la batalla que el Segador la tienda que ha de ser sepulcro de sus ochavos. Por fin, despues de muchas idas y venidas, despues de mucho mirar y remirar el género y cotejarlo en su imaginacion con el del comercio vecino, se resuelve á dar el salto mortal y entra en ajuste. Del comerciante puede decirse con verdad que si buen dinero gana, buena paciencia le cuesta,

porque contar todas las tretas, ardides y regateos de que se vale nuestro comprador para sacar su mercancía un cuarto y aun un ochavo mas barata, seria cosa de nunca acabar. Por último al cabo de infinitos dares y tomares se cierra el trato y entonces es ver salir del forro del sombrero algun escudito de oro de veinte reales, unas cuantas pesetas de á cinco envueltas en trapito que dejan un rincon de la chaqueta, y alguna otra moneda prisionera con igual traza y estilo, y de las cuales, aunque bien empleadas, no dejan de despedirse con pesadumbre.

Despues de tan importante operacion templa el paso el Segador y hace con descanso el resto de su viaje, si ha comprado sombrero, con el nuevo por encima del viejo, y con el resto de su mercado á la espalda dentro de su saco blanco. El desenlace de este drama es siempre tranquilo y sosegado como la vida doméstica en que van á perderse hasta otro año todas estas penalidades y zozobras, á la manera que un riachuelo turbulento se pierde en un lago apacible. Para muchos de los gallegos solteros este término suele ser el de nuestras comedias antiguas, es decir, una boda cuyas galas se compran con el dinero de la siega, y que con el tiempo viene á dar por fruto abundante número de otros nuevos Segadores. Y supuesto que el que no tiene ya compañía, se la busca por este camino, nuestros lectores no tomarán á mal privemos ó por mejor decir libremos á nuestro héroe de la que hasta ahora con tanta puntualidad le hemos hecho en todas sus alegrías y sinsabores, deseándole en todo caso buena siega para el año que viene y pote colmado hasta entonces.

ENRIQUE GIL.







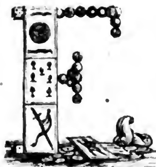
EL JUGADOR.

Ahora, yo podré poco ó quitaré estas casas de juego, que á mi se me trasluce que son muy perjudiciales.

(*Sancho Panza*, en el capítulo 49 de la segunda parte del *Quijote*.)

De serpents mon coeur est devoré.

(*El Jugador*, comedia de Regnard.)



ntre los caractéres determinados que constituyen la fisonomía de las naciones, hay algunos que son en el fondo comunes á todas ellas. Pero cuálquier extravío de la humanidad, cualquier tendencia general de ella se reviste en cada pueblo de aquella forma particular que le dan sus hábitos, sus tradiciones y su manera peculiar de existir.

El juego, esa agitadora aficion á las sensaciones del temor y de la esperanza, esa funesta inclinacion á las vicisitudes del azar, es sin duda uno de los resortes mas poderosos con que la Providencia quiso remover el corazon humano en el desasosiego de la vida. Homero, Tácito y casi todos los grandes monumentos históricos que han trasmitido á nuestros dias las costumbres de la antigüedad mas remota, dan testimonio de aquella tendencia fatal.

Mas como quiera que las pasiones del hombre reciben siempre en el modo de manifestarse la influencia de las épocas por donde pasan, de ahí es que las formas del juego han debido variar hasta lo infinito de su borrascosa carrera. ¿En qué se parece el rudo y sencillo juego de *la morra* ya conocido en tiempo de los

antiguos romanos (1) al *monte* ó á la *bonillotte*, juegos de moderna invencion y abundantes en combinaciones y lances? El sello de los tiempos y de las costumbres se manifiesta con suma claridad en las diferentes clases de juego que prevalecen en el dia en España. Desde *la bolsa* hasta *el cané* ó *las chapas*, polos de la escala gerárquica del juego, todas las variedades de esta pasion que entre nosotros se conocen, llevan en sí ó el carácter rápido y agitado de la actual sociedad española, ó el carácter rudo ó insubordinado de las clases ínfimas del pueblo.

En una sola cosa no varía ni puede variar el juego por ser inherente no á su forma sino á su esencia: en los efectos perniciosos que produce, esto es en las desgracias que acarrea, y en la desmoralizacion que engendra. Hará la friolera de unos seis siglos que el Rey Don Alonso el Sabio creyó conveniente mandar formar el *Ordenamiento de las tafurerias* (casas de juego), y en él se manifiesta claramente que el desenfreno de costumbres de los jugadores de profesion no era menor en aquel siglo que lo es en el nuestro. Despues andando el tiempo, si no creció la fuerza desmoralizadora del juego, creció al menos el refinamiento de sus formas y la variedad de sus especies. El licenciado Francisco Luque Fajardo, escritor sevillano, en su *Fiel Desengaño contra la ociosidad y los juegos* esplica una suma inconcebible de frases, palabras, mañas, estafas y prácticas ruines, que forman un cuadro espantoso y no poco complicado de la inmoralidad que en punto á juego reinaba en el siglo XVII, á pesar de las pragmáticas prohibitivas.

Y ahora que de pragmáticas hablamos, no queremos omitir, como prueba de que ese apetito desenfrenado de la variedad, que no es una de las peores plagas de los tiempos modernos, ha alcanzado hasta el juego de azar, que por cierto no lleva pocos lances en sí mismo, que una ley de la Novísima Recopilacion hace mérito y espresa prohibicion de los juegos mencionados en la siguiente curiosa y respetable lista:

La banca ó faraon.
La banca fallida.
La baceta.
La carteta.
El sacanete.
El parar.
El cacho.
La flor.
El quince y treinta y una en idada.
El birbis, oca ó auca.
Los dados, tablas y azares.
El bolillo.

(1) Marco Varron, Ciceron en el libro *De divinatione* y otros escritores hablan de la morra llamada en latin *micatio*; y es tenido por tan antiguo este juego, que no ha faltado quien pretenda que á él alude el profeta rey en aquellas palabras del Salmo 30: *In manibus tuis sortes meæ.* Véase la obra manuscrita titulada: *Dias Geniales o ludricos*, atribuida al Doctor Rodrigo Caro, la cual contiene singulares esplicaciones sobre muchos juegos de la antigüedad.

El trompico, palo ó instrumento de hueso, maderas ó metal, ó de otra manera alguna que tengan encuentros, azares ó reparos.

Taba.
Cubiletes.
Dedales.
Correvuela.
Descarga la burra.

Y otros de la misma especie, añade la ley, como temerosa y con razon de no poder seguir en su vuelo invasor á la imaginacion creadora de los adoradores de la *ciega casualidad*, ó á los sacerdotes del *fraude*, divinidad menos ciega y aventurera.

No es ciertamente la armonía prosódica de los nombres lo que mas se recomienda en la lista anterior, y si á ella se agregan las antiguas voces y frases de *tablajería*, *leonera*, *mandracho*, *coymeros*, *gotera en payla*, *modorros*, *doncayres*, *sages*, *vivandores*, *templones*, *etc.*, y los modernos de *pipiol*, *gancho*, *momio*, *hacer la oreja*, *levantar muerto*, *pito*, *rentoy*, *ruleta*, *tute*, *truquiflor*, *cané* y comparsa, tendremos una nomenclatura salvaje, una repugnante germanía, un idioma satánico que nos obligará á repetir lo que hablando de los estragos del juego dice el Padre Guzman en su *Tratado de los bienes del honesto trabajo*.

«Cierto, ella y sus nombres parecen invencion propia del demonio y salida del infierno.»

El primero de todos los Jugadores, el *Jugador soberano*, como acaso le hubiera llamado el Dante si en su dichosa edad hubiese podido siquiera concebirse este monstruoso y peregrino adelanto de nuestra civilizacion, es sin disputa el *Jugador de bolsa*. Esta planta venenosa, aunque como toda mala yerba pronto arraigada en nuestro suelo, crece en él raquítica y macilenta, sin dar sombra ni abrigo, pero sin perder nada de la ponzoña de sus frutos. Los españoles de los antiguos tiempos, los españoles que descubrian mundos, y conquistaban pueblos y avasallaban mares, contentábanse para sus tratos con modestas *lonjas* donde se vendian ó trocaban honradamente y en inmensas cantidades las producciones y artefactos de todos los puntos del globo. Los españoles de ahora, gigantes solo para el mal, ni descubren mundos, ni conquistan pueblos, ni avasallan mares; pero tienen en cambio *bolsa de comercio* donde en vez de comerciar *se juega*, donde no son objeto de las operaciones oro ó mercancías sino *papel*.

Los Jugadores de bolsa aunque blandamente mecidos todos por la halagadora cuanto fantástica esperanza de levantar en un dia, en una hora, el ostentoso edificio de un caudal millonario, son en su mayor parte hombres sin responsabilidad ni dinero, que se lanzan osados al fluctuante mar de *la alza* y de *la baja*, ni mas ni menos como antes se lanzaba un aventurero desvalido en las inmensidades del Océano para *probar fortuna*, es decir, para aplacar su sed

de riquezas, para realizar sus dorados ensueños, que como los de los especuladores de bolsa en ensueños solian quedarse

Los Jugadores de bolsa se parecen á los Jugadores comunes en el afan roedor que les devora, en esa agitacion febril que gasta su sensibilidad y les da una indiferencia glacial para las demas impresiones de la vida, y sobre todo en la inclinacion irresistible que sienten á dar ayuda á la fortuna con artificios y falaces manejos. Entrad por un momento en la bolsa de Madrid, en ese templo de la fortuna y del ardid. Con cuánta dificultad se respira en aquel angustioso recinto! El aturdimiento ó la desconfianza están pintados en el semblante de los Jugadores noveles. Los mas expertos y familiarizados sonrien manifestando indiferencia; pero un observador perspicaz podria columbrar fácilmente en una ligera contraccion de la frente, en una inquietud vaga y mal escondida, y en cierta expresion sardónica indefinible que se mezcla á aquella sonrisa, que ella es solo una engañosa máscara destinada á ocultar la turbacion del alma. Escuchad las palabras que dice al oido á un agente *marron* que se le acerca, sorprended la seña de inteligencia que dirige á otro individuo que parece confundido entre la muchedumbre, interpretad el designio que oculta en las noticias que refiere con aparente indiferencia, y no os quedará duda de que aquel hombre de exterior tan sereno y desinteresado está empleando en favor de sus codiciosas miras todos los resortes de la astucia y de la mentira. Si le interesa la baja de los fondos públicos, siempre tiene medios de alarmar á los tenedores: ya esparce rumores de una crisis ministerial, ya presenta cartas de amigos fidedignos en que se refieren menudos pormenores de algun motin ó pronunciamiento; ya se lamenta con rostro afligido de algun revés militar. Si por el contrario funda sus esperanzas en la alza de los fondos, inventa cuanto puede animar la confianza y robustecer el crédito del Estado.

Las ventas y compras de papel simuladas, el arrojo de algunos especuladores pobres pero desesperados que no poseen las cantidades que venden ni el valor de las que compran, y el cúmulo de estratagemas que componen la táctica del juego de bolsa, hacen que en este como en todos los juegos del mundo la pérdida y la ganancia no estén sujetas sino á medias á los caprichos del azar. Entre los Jugadores de los llamados sin duda por irrision *fondos públicos*, sucede, generalmente hablando, lo que entre los peces del mar: que los mas poderosos devoran á los mas pequeños.

En fin el juego de bolsa con muy limitadas escepciones nace de la avaricia, crece y se alimenta con el charlatanismo y la astucia, y termina por lo comun en ruina cuando no en fuga ó en suicidio.

Pasemos ya al Jugador comun, al Jugador de pasion que es en su especie el tipo matriz del cual no son mas que variedades los otros. Este no sale de una clase única de la sociedad, ni requiere cualidades particulares de carácter ó de temperamento. La educacion viciosa, el desenfreno de la vida y á veces la casualidad misma deciden é impulsan por lo general la propension del juego; siendo tal la diferencia de móviles que la producen, que las casas públicas de juego

presentan un cuadro singular por la variedad é incoherencia de tipos y de organizaciones que en ellas se reunen. «Pregúntanme á veces, dice el Doctor Gall en uno de sus escritos, cuál es el órgano de la pasion del juego. Lo he buscado en jugadores de profesion muy apasionados, y nada he podido encontrar que sea constante y fijo.»

En unos la pasion del juego es el deseo desenfrenado de los goces que produce el dinero, la esperanza de una vida alegre y sensual, al paso que en otros menos vulgares es una lucha frenética contra la fatalidad ó la seduccion irresistible que ejerce en ciertas almas audaces la aficion natural á las vicisitudes desconocidas é incalculables de la fortuna. El Guido, Benjamin-Constant y otros hombres célebres en artes y letras, se han entregado sin freno á esta devoradora pasion. Pero en todo marca el juego, ora exterior ora interiormente, el sello profundo de agitacion que le distingue. En el semblante lleva escrita el Jugador su desdicha, y segun la observacion delicada de un antiguo escritor español: «como es desdicha buscada no causa lástima sino enojo.» Algunos momentos hay en que la fisonomía del Jugador se dilata: sus ojos hundidos en las órbitas pierden su habitual é indiferente melancolía: sus lívidos labios se coloran algun tanto; y todo su continente resplandéce con un desusado barniz de contento y afabilidad. Esos momentos son los falsos halagos de la fortuna que cual engañosa sirena engrie y atrae las víctimas que intenta sacrificar. No tarda en volver á ser juguete y mártir de su pasion: el embate continuo de sus emociones desconcierta la armonía necesaria para la salud: su humor se exacerba y entristece; su pensamiento se circunscribe al estrecho límite de una sola idea, de un único deseo, y los afectos blandos y los sentimientos nobles van desapareciendo uno á uno de su corazon para dejar lugar al egoismo, al despecho, al hastío, á la desesperacion. Su desgracia se extiende á las personas que le rodean. Si es esposo y padre, el desarreglo de su vida destruye la paz y la moralidad doméstica. Las palabras de su muger le irritan, y aun las inocentes caricias de sus hijos le amargan; que rara vez está el corazon tan depravado que no abrigue ni remordimiento ni escrúpulo. Si alguna muger cautiva sus sentidos, esta impresion no llega nunca al corazon: su amor subordinado á la imperiosa dominacion del juego no alcanza jamas á ser una llama ardiente y purificadora, sino cuando mas una distraccion. Crece ó mengua á par que crece ó mengua su fortuna, y como dice Hector en *El Jugador* de Regnard, su bolsillo es:

Un thermomètre sûr, tantôt bas, tantôt haut,
qui marque de son coeur ou le froid ou le chaud.

La pasion del juego coloca al hombre en una pendiente insuperable que le va lanzando de un abismo en otro. El Jugador en el mero hecho de serlo, no puede dejar de ser envuelto en una cadena de extravíos que son consecuencias necesarias de la situacion en que se coloca. Por ejemplo, no hay mas que un solo paso del *Jugador* al *deudor*. En efecto, cuando un hombre ha jugado y perdido

el dinero, el reloj, el carruaje que le aguarda á la puerta, la cosecha de un año, y aun el crédito, que de todo hay ejemplares, ¿qué estraño es que arrastrado por la fuerza tentadora de su pasion, se dirija á casa de algun *honrado* usurero que en vista de su apuro le preste generosamente alguna suma al treinta por ciento de interés mensual? ¿Quién repara en la magnitud de la usura cuando ve que le dan en el acto oro en cambio de un simple *pagaré*?

Y en verdad, si alguna vez puede ser disculpable la usura, lo es sin duda cuando se presta á un Jugador, esto es, á un hombre que no presenta mas hipoteca que la casualidad. Accion meritoria es por cierto la de un hombre que entrega su oro á gentes que no respetan mas deudas que las formadas en el juego mismo, y que creen de mal agüero invertir el dinero que ganan en satisfacer las que fuera de él han contraido. *El Jugador* de Regnard, tipo lleno de verdad porque su autor era Jugador y se copiaba en su obra á sí mismo, esclama lleno de fé y de conviccion:

Rien ne porte malheur comme payer ses dettes;

y menester es confesar que este axioma que adoptan de buen grado á menudo hasta las personas que no juegan, no es el mas adecuado para inspirar confianza á los acreedores.

Dejemos ya al *Jugador de pasion*, sér desgraciado, cuyos *dineros* al revés que los del sacristan:

llorando se vienen y llorando se van,

y pasemos á otro sér, si mas abyecto, menos aventurero é intranquilo. Este es el que llamaremos *Jugador de oficio*, el cual mal avenido con los vaivenes de la fortuna, se sienta en el eje de su rueda, y desde allí inmóvil y ageno de sobresalto, ve á los demas subir á las nubes y bajar al abismo, cifrando todo su artificio en aferrarse bien para no ser arrebatado por el impulso de aquella fatal rotacion.

Como el *Jugador de oficio* es casi siempre una degeneracion del *de pasion*, de ahí es que tiene por lo comun todos los defectos naturales de este, sin contar los suyos propios, cuyo número no es escaso. Sus medios de triunfo son la actividad, la prevision, y la habilidad práctica. Atisva con sagacidad admirable las ocasiones de ejercitar su industria, y no hay ferias, baños, ni otra ninguna reunion de gente ociosa donde no vaya á devorar sus víctimas; siendo de advertir que en aquellos parajes suele presentarse con un mes ó dos de anticipacion un desconocido que es ó pasa por ser fabricante de naipes, y que vendiéndolos á un precio moderado, surte, ó por mejor decir, infesta para largo tiempo á los desdichados consumidores de tan funesta mercancía.

Hemos dicho que la habilidad es uno de los medios de éxito que emplea el *Jugador de oficio*. Los lectores candorosos y felices que no se hallan iniciados en los misterios del *arte* y que no respetan ni han oido acaso mencionar en su vida

la autoridad del Padre Toranzo, tendrán dificultad en concebir que quepa la habilidad donde todo parece obra del azar. Sin embargo es una verdad; y no consoladora por cierto, sino la mas amarga y costosa de todas las verdades. La habilidad de que hablamos ha sido siempre el arma ofensiva y defensiva de los Jugadores de oficio; por eso sin duda se llamaban antiguamente *tahures*, y por eso hay hoy dia quien sostiene que deben designarse con el único y significativo nombre de *tramposos*. Un mal coplero ha dicho:

Ya el Jugador de España
su esperanza no fia
en el incierto azar, sino en la maña.

No sabemos hasta qué punto tendria el tal coplero sus razones para asegurar que los Jugadores de estos tiempos son mas *mañosos* que los antiguos. Lo cierto es que como en todas materias se adelanta y se alambica, las trampas del juego son ahora mas difíciles de ejecutar, pero tambien incomparablemente mas difíciles de conocer. Los medios groseros y arriesgados de *marcar* las cartas y de trabarlas con *pegote*, y los mas difíciles y menos groseros de recortar los naipes para barajar *de tiron*, *dar el salto* y otros del mismo jaez, están casi abandonados en el dia y solo tienen uso entre Jugadores de ínfima esfera. En las altas regiones del juego todo el arte de la trampa consiste en manejar las cartas con una destreza casi fabulosa, para poder verificar los *amarres* con limpieza y expedicion. Esta destreza es para los Jugadores de oficio objeto de un estudio tan detenido y constante, que se han visto algunos en la calle y en el paseo llevar la baraja debajo de la capa, y ejercitarse con ella automáticamente y sin intermision para dar á las manos todo el tacto y agilidad posible. Esto unido á la sagacidad de los *ganchos*; á la estrategia y disimulo de los demas confidentes del *banquero*, y al estudio que este hace de la inclinacion de los *puntos* á tal ó cual carta, decide generalmente el triunfo en favor de la banca, no obstante las probabilidades naturales de pérdida que esta lleva cuando se juega de buena fé. Pero la buena fé debe ser sin duda moneda sin curso entre Jugadores, cuando han establecido el siguiente axioma, que debiera servir de aviso á los incautos:

De enero á enero,
el dinero es del banquero.

La condicion social del Jugador es poco mas ó menos tan desventurada como su condicion moral. Ya apure hasta las heces la hiel del escarmiento en una miserable bohardilla, ya habite por un capricho efímero de la fortuna aristocráticos salones, siempre es á los ojos de la sociedad un sér extraviado, ó segun la expresion vulgar pero significativa, un hombre *dejado de la mano de Dios*.

El autor de este bosquejo no puede menos de recordar aqui una impresion suya que tiene de fecha algunos años, pero que viene muy al caso. Hallábase

recien llegado á esta coronada villa de Madrid, y se paseaba en e Prado con un amigo suyo antiguo habitador de la corte, el cual como iniciado en esa estadistica de cosas y personas que solo el tiempo puede enseñar en las grandes poblaciones, satisfacia cumplida y frecuentemente á las repetidas preguntas que son consiguientes á la curiosidad de un forastero.

—Quién es aquel caballero? pregunté al ver pasar con la rapidez de un relámpago un elegante tilburí que guiaba con arrogante ademan un jóven muy bien vestido. Es algun banquero? Es el hijo de un grande?

—Nada de eso, respondió el amigo con tono desdeñoso: es un Jugador.

Poco despues llamó mi atencion un hombre sentado en un banco de piedra de uno de los extremos del paseo. Su exterior era pobre, pero habia en sus miradas y en su fisonomía no sé qué expresion de descontento y altiva aspereza que contrastaba singularmente con la humildad de su traje. Parecia que solo el acaso le habia llevado allí, y conocíase que su alma gastada ó concentrada en un sentimiento profundo, era insensible á las impresiones externas.

—¿Quién es ese hombre, pregunté con interés, que parece abrumado por el mas amargo infortunio?

—Un Jugador, me volvió á responder mi amigo con toño de desprecio.

—¡Un Jugador! exclamé sorprendido. Triste es sin duda su condicion entre los hombres: ni alcanza consideracion cuando prospera, ni inspira lástima cuando la desesperacion le abate. Y retiréme tristemente del Prado pensando cuán insondable arcano es el corazon del hombre, que insiste y persevera en aquellos hábitos que labran su desgracia, y que no le ofrecen paz, ni compensacion de ningun género.

Hay en la gran familia de los Jugadores una especie mas inocente que las demas, que no se arraiga con tenacidad como las otras, y que se agosta y muere al mas leve impulso. Esta especie constituye el tipo que podria llamarse *Jugador accidental*. Este Jugador no lleva en su temperamento ni en su corazon el instinto del vicio. La ocasion sola es causa de su falta. Generalmente la escasez aumenta su fragilidad, y por esta razon el Jugador accidental suele encontrarse en un oficial subalterno, en una viuda, en un cesante. Ascended al oficial ó mudadle de guarnicion, casad á la viuda y reponed al cesante, y vereis como se olvidan de un ejercicio que era únicamente para ellos un asidero en su mala fortuna. La variedad de fisonomías que puede presentar este carácter eventual, y las circunstancias que de ordinario le acompañan se deben estudiar mejor que en ninguna otra parte en esas tertulias características de la clase ambigua que llaman *medio pelo*, designadas familiarmente con el espresivo título de tertulias *de trueno*. Allí el banquero está autorizado á hacer trampas porque *paga el tapete*: allí se confunden todas las clases, y suelen verse juntos un marqués, un estudiante de medicina, un cadete, un ayuda de cámara: allí algunas viejas con el pulso vivo y febril, los ojos fijos y el tono impertinente, pierden los ahorros miserables de una viudedad mal pagada, y despues se entretienen en *levantar muertos* ó pedir un par de pesetas *para*

armarse, mientras que sus hijas ocupadas en otro juego no menos trascendental, conversan con sus galanes en la habitacion inmediata, casi siempre mal alumbrada, ó bailan un rigodon al son raedor del violin de un ciego, ó al no menos duro y vibrante de un salterio cascado que llaman piano.

Las variedades del Jugador que ya hemos apuntado bastarán á dar una idea de las que omitimos, pues no hay duda de que todos se asemejan en la esencia, ya jueguen en casas de *alto tono*, ya en *garitos*. ya en las tabernas y sitios inmundos de que habla *Rinconete* á *Monipodio* en la inmortal novela de Cervantes. Pero no queremos dejar de espresar para consuelo de los lectores, que así como hay adoradores natos del azar, hay tambien quienes lo aborrezcan con fervorosa conviccion, y no por escarmiento sino por instinto. El que esto escribe pertenece á este número, y lleva su fé tan adelante que odia hasta el *juego* de lotería, á pesar de ser el mas inocente de todos, porque tal se llama, y porque al cabo bien mirado no es otra cosa mas que una esplotacion disfrazada de la credulidad popular, una venta pública del humo de la esperanza.

Antes de concluir queremos advertir que hay en el mundo muchos caractéres, que aunque con distinto nombre pertenecen á nuestro tipo. Algunos capitalistas, diplomáticos, proyectistas y hombres políticos, ¿son por ventura otra cosa mas que jugadores con fortuna?

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.





EL BANDOLERO.

Quid non mortalia pectora cogis
auri sacra fames?

VIRG.



¡MENGUADO yo, y cuán infeliz debe ser la estrella mia que así me fuerza á andar siempre con las manos en la masa entre escribanos y alguaciles, presidiarios y Bandoleros, toda gente de muchos puntos de contacto en razon *del oficio*! Y es lo peor, que asi estoy en ocasion próxima de caer en sus garras y que den conmigo donde acostumbran, como de que las personas concienzudas y timoratas mientras huelgan en su lecho entre un jicaron de chocolate y las noticias que mi temerario empeño les regala, me apliquen santamente lo de «dime con quien andas y te diré quién eres;» ó á lo menos y por bien de paz que «quien con lobos anda á ahullar se enseña.» Pero á fé que puesto en la demanda no la he de abandonar por poco; y pues ha de ser, no hay sino manos á la obra y digan lo que dijeren, que yo confio en ti solo, lector, que no has de pensar con ellos en esa parte.

Quisiera yo deslindar ahora la debatida cuestion de si hay ó no hay sinónimos en nuestra lengua; y si las voces Bandolero, foragido, facineroso, tienen idéntica significacion en castellano, ó manifiestan órdenes y grados en cierta gerarquia social. No me atrevo á decidir; pero cuando la autoridad de la Academia me enseña que por foragido he de entender al *que huye de la justicia*, tentado estoy á creer que todos los hombres son sinónimos



En fin; apartemos escrúpulos, que yo puedo aplicar la que mas me cuadre, y cada uno pensar como su buen juicio le dicte.

El Bandolero, tengo para mi que ha de ser una derivacion de los antiguos Vándalos, segun lo indica el nombre y principio que profesa. Decian aquellos que era mengua del hombre andarse todo el año de Dios tras de un arado, para que viniese luego la tormenta y en un santiamén diera al traste con sus fatigas y sudores; siendo mucho mas honroso y mas cómodo y seguro, ganar el sustento á cuchilladas. Para mis barbas sino decian muy bien los señores Vándalos; y con ser gente de suyo poco ilustrada y pensadora vino á dar en el punto que despues y á vuelta de tantos siglos, ha sancionado este de civilizacion y cultura: porque al fin, aquel sistema de vivir á cuenta del prójimo, encaja como de molde á toda la caterva conocida de *Bandoleros* y *Bandoleras*, ó sea de *Bandoleros con sus Bandoleras*.

Digo pues que dejando á un lado etimologias y relaciones, no es cosa hoy de tan poco mas ó menos el entrarse en la profesion, como lo era *in illo tempore*; porque entonces el ejercicio formaba á la persona, y ahora esta forma al ejercicio: para lo cual es indispensable que nazca dotada de muchas prendas y facultades que no legó Adan á todos sus hijos.

Por fortuna en nuestra época de adelantos, la instruccion puede suplir en parte á la disposicion; y las *bellas letras* que todo lo van invadiendo hasta los esquinazos de la capital, son lo que se dice aplicables á todos los estados y condiciones. Veamos sino á un andrajoso muchacho de curtida piel y travieso semblante, que ha gritado media mañana por las calles de esta muy heróica villa, destinar el resto de ella á los disformes carteles de la Puerta del Sol, contemplándolos de hito en hito, mientras otro rapaz le tira disimuladamente del pañuelo y lo saca sin ser notado: colocarse despues en su lugar para nacer del paciente mientras aquel repite el ensayo, y adiestrarse en tan buena escuela (que en su género puede pasar como de párvulos) á escamotear el del mas estirado pisaverde, y dígaseme si la clase baja no saca partido de la literatura.

Pero por vida mia que hemos tropezado sin pensar con el tipo en su verdadero origen; y pues tan buena coyuntura se presenta no hay que desampararle, pues si mayor vuelo toma, no tendremos tan aina por donde volverle á coger. Nos abstenemos de dividir en diferentes secciones esta benemérita clase, porque cada una de ellas constituye un nuevo ramo, distinto, separado, independiente de los demás; tan independiente acaso como la direccion de negocios forenses de la abogacía; pero sí diremos en obsequio de la claridad que estas secciones se enlazan y eslabonan, sirviéndose como de grados y antecedentes, y el Bandolero pasa por ellas al modo que las mariposas cruzan por los diversos estados de crisálida y larva antes de salir á volar por el mundo.

Mientras permanece nuestro aspirante en el estado que llevamos dicho y podemos llamar de incubacion, conserva su propio nombre de *ratero*; y no

porque cace ratas como pudiera creerse, ni tampoco por despreciable y ruin en su oficio puesto que muy seriamente fija la atencion de la autoridad, y tiene un lugar destinado en los parajes públicos y solemnes; sino mas bien á lo que yo entiendo porque hace *ratos*, dando treguas á personas mas respetables para consumar sus fechorias. Y otra razon le encuentro al dictado no menos principal y heráldica; entendiendo lo del blason en su primitiva sencillez, y solo por analogia del geroglífico con el suceso, tal como se gastaba por los tiempos de Osiris: que siendo uno de sus primeros cargos el apuntado, preciso es distraer la atencion de los alguaciles dejándose perseguir de ellos; y los tales perseguidores, desde el bueno de Quevedo, si ya no quieren pasar por ángeles de las tinieblas, preciso es que se dejen clasificar en la familia de los gatos.

Durante este periodo de su existencia el nuevo Espartano se ocupa en vender arena ó los fijos de la lotería, como medio seguro de estar en perpetuo roce y contacto con todas las cocinas, entradas y tabiques de la Corte: ó bien se arrima á los cuerpos de guardia á ejercitar el *floreo*, ó se descuelga á boca de *sorna* por los arrabales de la ciudad ajobando matute, ó sirve de trainel entre las señoras de casa llana y los caballeros de fortuna, donde va creciendo en ánimo, destreza y agilidad, andando á la que salta.

Un par de vueltas por la *trena* le acaban de formar. La gimnástica que allí aprende desarrolla sus fuerzas físicas, y las zumbas y cantaletas despejan el entendimiento. Sale el mancebo del garlito para volver á sus antiguas trazas, mas reflexivo en las empresas, mas astuto en las disposiciones; bien como el que ha corrido mundo y consultado á la esperiencia. Lo primero que hace es procurarse *su respeto* entre aquellas mismas que fueron sus señoras; los ahorros de la *galima* ó los productos de la *raspa*, le colocan á su propio nivel, y son circunstancias que nunca saben desdeñar tan delicadas personas. Hé aquí el medio por donde se relaciona con los hidalgos que á la casa concurren, y es admitido á *garbear* en la compañia de la *hampa*.

Ya tenemos al hombre en el segundo estado, y como si dijéramos en estudios mayores para hacer carrera. Sus ocupaciones apenas se diferencian de las que tiene acostumbradas; solo si en lo elevado de sus miras, que recogidas antes á la altura regular de un bolsillo, se estienden ahora hasta la de un cuarto principal y dende arriba. Por otra parte es seguro que colocado en tal círculo las proporciones se le multiplican y repiten, como es consiguiente á las ventajas de la asociacion: y mas se adelanta en un año de práctica viva que en diez de cálculos y ejemplos. Son ademas variadas y entretenidas y de mayor ingeniosidad en la combinacion; cuándo se le encomiendan los *guzpataros* de una pared maestra, cuándo la paliza de encargo ó las puñaladas en comision; ya es buscar arbitrios para seducir á la criada que haga paso ó entregue las *aellas*, y ya mover alarmas por las calles de la ciudad. Pero en cambio se *pia el turco adunia*, *se embucia*, se viste y se *garlea* que es un portento, y tenemos á un mozo hecho un alfaqui en cuatro dias.

Pero sintiéndose con fuerza y elementos para ascender, presto le lleva su aficion á abandonar el pueblo, y caer entre dos luces á *pulir* por sus contornos; progresando con mas ó menos lentitud hasta que de una vez se propone alojar fuera para siempre. Aquí el rumbo de sus ideas cambia, su conducta se altera, nada resta del primer hombre que en un arrojado vuelo se lanza á una region de todo punto diversa y aun contraria.

Empieza por dejar que se ostente la espesa patilla corrida de sien á sien por debajo de la barba; al paso que oculta su cabello entre los radiantes colores de un pañuelo de seda, cuyas puntas colgando sobre la espalda, han de dar mayor realce al recogido calañés y al airoso jubon de hombrillos. El ajustado calzon revela el vigor de sus pronunciadas formas, y el botin de caidas añade arrogancia á su figura. Cubre la amarilla faja un vistoso cinto, sosteniendo el peso de un cuchillo y dos pistolas sobre el de las balas que encierra; un puñal oculto, y un lujoso trabuco de cañon de metal, terciado sobre el siniestro brazo ó colgado del arzon trasero completan su atavío. En tal disposicion oprime los lomos de un caballo de alzada mas corredor que maestro, de mas brio que presencia: envuelto le lleva entre los flecos y madroños del costoso albardon que besan sobre los bordes de la herradura; y al redoblado paso de andadura que hábilmente le saca, cruza por intrincados matorrales y desusadas veredas á buscar la cuadrilla de Bandoleros: ¿quién le pedirá el pasaporte?

Apenas descubre sus avanzadas, cuando la voz de *alto* agrupa en torno del que la dió á toda la banda.

—¿Quién vá á allá? pregunta el centinela con voz erizada y ronca.

—Quedo tó el mundo, señores, que naide de nuevo llega á la honrá compañía.

—Alto ahí; grita segunda vez el vigilante, mientras el recien venido se acerca, á sosegado paso: vengan el santo y seña.

—El santo?.... San Blas que es abogado de las gargantas: la contraseña la traigo en el cañon de mi trabuco; quien la quiera registrar que se aparte conmigo. Al mayor busco, y á él solo le daré mis motivos.

—Ruido tienen las campanas y toito, se lo lleva el viento; dice el vigía amartillando su arma: el movimiento es seguido de todos con rapidez.

—Menos trae un hombre y de mas provecho; replica el forastero imitando la accion.

—Paso, caballeros; interrumpe el capitan colocándose entre ambos; y otra vez mas cortesía, que bien se le conoce por los modos que es presona é suposicion.

—Digo que su mercé se pone en lo justo, señor almirante, acude el detenido; y hagáseme rancho franco que yo hablaré como quien soy á lo que se me pregunte.

—Con mil amores, compadre; pero sin aparejos.

—No haré tal, que estos son mis fiadores; pero yo empeño mi palabra que si no se les chapa no muerden.

—Si eso hay, adelante: y en hora buena, que estamos cortando la cólera.

Con tales preliminares se ingiere nuestro héroe entre la turba, y doblando una colina que tienen á su espalda, observa tendidos por tierra los preparativos de un almuerzo. Desmontados de sus alfanas y colocado *un posta* junto al camino que á distancia queda, se entregan el nuevo bandido y sus compañeros á los goces de la gula; por mantel la fresca yerba ó la agostada paja, el cielo por toldo, y los árboles por únicos testigos de sus placeres, siempre mezclados de sobresalto y zozobra. Así empieza el recien llegado á disfrutar la anchura, libertad y alegria de la vida que abraza.

La conversacion recae muy luego sobre su designio; en cortas palabras manifiesta sus méritos y precedentes: la licencia de presidio le sirve de certificado en forma, y su aire resuelto de poderosa recomendacion: queda sin embargo á prueba su bravura. Abrázanse mútuamente satisfechos, dánse palabra de fidelidad, y este abrazo es harto mas sincero y fecundo que los abrazos mas célebres, y esta palabra mas obligatoria y mejor guardada que un tratado internacional. Y ello ha de consistir, ó soy un porro en que allí no hay leyes de responsabilidad; y en que á la primera interpelacion, queda un hombre fuera de estado de escuchar la segunda, y aun hacer rectificaciones sobre aquella, porque *los órganos* de la comunidad cuando alzan el tono en aquella asamblea, le tienen algo mas sostenido que los órganos de Móstoles; hoy *órganos de la Nacion.*

De esta suerte contentos y preparados, beben, rien, descansan ó retozan, sobre los despojos del queso, del salchichon y otras viandas secas, que no permite otra cosa su profesion ambulante. Pero así llegarán á embriagarse, como á decir su verdadero nombre que tratan de olvidar á toda prisa sustituyéndole con un apodo: y si diera alguno en ese extremo (no diré vicio porque no han inventariado todavía las virtudes) bien pronto quedaria ó corregido por completo, ó agregado en el inmenso catálogo de los *ex* que infestan al mundo, haciendo la oposicion á la nueva ortografía que se empeña en desterrar las *x* cuando mas falta nos hacen.

Levantados los restos del banquete y en poder de quien corresponde por riguroso turno, sigue el hacer tiempo fumando, á que pasten ó coman un pienso las caballerías, mientras se llega la ocasion de emplearle mejor. Mas un amanerado silbido del vigilante, impone repentino silencio á los foragidos. Saltan precipitadamente sobre sus caballos, preparan las armas y marchan en órden hasta una distancia prudente de su reclamo. El moderno alumno vá en el centro por precaucion, y todas las miradas le observan; pero su rostro es animado, su mirar inquieto, su expresion audaz.

—Mi capitan, adelante; exclama al ver la detencion: y dos bocas de fuego se apoyan en el acto sobre su espalda.

—Despacio, señores; grita el jefe apagando la voz: despues dirigiéndose á él añade, aquí se calla y se obedece. «Pero yo diré lo que hay, compañero, porque me va llenando la pinta. Lo que se ve no se teme, si vienen muchos, cargan; si vienen pocos, vuelven grupa y escurren el bulto: con que dejarlos venir.»

No tarda en oirse la señal de llegada, y dos de los extremos parten á carrera

y ocupan cerrando el camino: resuena la voz de alto, y entonces los restantes se lanzan sobre él, rodean á su presa, y poniendo al pecho de los viajeros sus trabucos les intiman la rendicion. Ninguna resistencia se les opone; el aturdimiento que produce la inesperada embestida les favorece; y asi tendidos en tierra y boca abajo los acometidos, liados los brazos sobre la espalda y puesto el nuevo profeso de observacion á su lado, desbalijan prontamente el equipaje, recogen la parte mas preciosa, y amenazando á los despojados con la muerte si durante media hora gritan ó intentan moverse, parten á gran galope hácia la soledad.

Estas escenas son cuotidianas; tal vez repetidas en breve espacio; acaso tambien una misma se prolonga con la llegada de otros nuevos personajes, viéndose á la par sembradas ó en hilera una multitud de personas que sufren la misma suerte.

El nuevo Bandido perdió desde el primer momento la ruindad y villanía de corazon que marcaba en su anterior época todas sus acciones. Retirado de los hombres, no ve mas enemigo que el que tiene delante, y confiado en la superioridad de sus fuerzas le despoja con grandeza ó le combate con lealtad. Rara vez acontece que maltrate á los rendidos, porque no los teme, porque nada quiere con sus personas, porque su delacion no le espanta, resuelto como lo está á defender su gruta y su botin á costa de la vida. El arrojo sustituyó en él á la perfidia siempre hija del miedo, y la serenidad á la astucia: sus sentimientos libres de aquella vergonzosa traba recobran el natural vigor, y una súplica no siempre es perdida con el Bandolero.

Una de las cosas en que se muestra mas delicado y generoso, es en la observancia del noveno mandamiento: no desearás la mujer de otro. Se guardará él de infringirle como de dormir en poblado y ¿quién cargaria con semejante responsabilidad? antes por el contrario quisiera y es su propósito sacar al prójimo de agonía y evitarle toda zozobra sobre el asunto. Especialmente si la costilla apóstata ó exclaustrada, que digamos, tiene mas atractivos de los que buenamente se requieren para dejar de *ocupar la cabeza* al descostillado, entonces es preciso, de absoluta precision ofrecerle garantías y tranquilizarle en debida forma: ¿cómo hacerlo? En España para conciliar extremos no hay como echar mano á las doctrinas del foro; y nadie tiene mejor proporcion que el Bandolero por su roce é intimidad con él, y por ser cosa tan conforme á su ejercicio lo de echar mano á cuanto se le presenta. Hé aquí por donde sabe que la posesion forzada de una cosa estingue todo derecho á ella: por consiguiente la ocupacion violenta y deliberada aunque sea breve, equivale á una renuncia esplícita y solemne de todo ulterior deseo conforme al Decálogo. Esta es la norma de su conducta relativa á la *fruta del cercado ageno*; y aunque tambien haya oido no sé que de qué el poseedor hace suyas las producciones de lo poseido, como él solo trata, segun dicho es, de una cesion en beneficio de tercero, las abandona sin repugnancia al provecho *del prójimo*.

Fuera de esto, llega su generosidad hasta socorrer á los mismos que acomete

con la parte del despojo que necesitan para llegar al término de su viaje, donde se procuren qué volver á quitar. La rigidez de sus principios se estiende á querer evitar toda culpa en los actos de su profesion: escuchadle despues de un asesinato, y os dirá: «bien sabe Dios que no fué mi intencion mas que asustarle.» Si solo ha arrebatado la hacienda, fácilmente se salva diciendo «se lo pedí de buena gracia y me lo alargó de corrido.» Lo que esto prueba es que consideramos como la felicidad de la tierra, el hacer propia una parte del gran caudal que por ella circula; mayor ó menor segun la ambicion de cada uno: y encontrado el medio, le tenemos sin escepcion por legítimo. Por lo menos el del Bandolero, lleva ventaja á los demas conocidos, en lo franco.

Como soberano absoluto del paraje en que se encuentra, él tiene impuesta contribucion á todos los carruajes públicos que transitan por su territorio: y cuando á pesar de ella necesita dinero, no se embaraza para decir al postillon «en la venta é la sabandija me dejarás diez onzas.» Pero en cambio el resto vá seguro: no se atentará al coche ni á los transeuntes por cuanto hay; el Bandolero es el símbolo de la confianza; su palabra empeñada por ningun caso deja de cumplirse, y tan fijo es de su boca un «y sino te abraso,» como un «vaya Vd. sin pena.»

No se limita á esto solo; lleva su punto hasta proteger de cualquier estraña tentativa á sus pecheros, evitarles un insulto, defenderles en él y vengarles por su propio brazo. El salvo-conducto del Bandolero reducido á un simple nudo en la punta de un pañuelo ú otra seña equivalente, tiene con mucho mayor valimiento que los de la autoridad con todos sus registros, rúbricas y sellos: porque aquel es respetado siempre de los bandidos, y gran parte de veces por las autoridades de cortos vecindarios; al paso que los últimos no evitan un atropello ni de unos ni de otros, ni por ventura del mismo que le espidió sin saber lo que se espedia.

El agradecimiento es otra de las cualidades que mas le caracterizan. Bien al contrario del hombre de sociedad que asi como llega al poder desdeña á los mismos que le elevaron, el Bandolero semejante al dogo de presa, guarda la fiereza selvática para el estraño, y la constante fidelidad para el amigo de quien se ayudó. Un servicio remoto, un auxilio prestado, imprimen en su pecho un reconocimiento indeleble, cuyos rasgos se manifiestan siempre que el caso lo exige. No necesita para ello de recuerdos ni entrevistas; él es quien indaga primero, quien recuerda agradecido, quien defiende seguro al que una vez le sirvió.

Mírase un asombrado caminante tendido en tierra, tapada la boca con su propio pañuelo, trabadas las manos y agarrotados los pies: un mosquete amenaza su existencia reposando sobre su sien, los puñales que le sirven de asiento en el pecho del bandido acaban de turbar su vista: la congoja se apodera de su frente, la sombra de la eternidad empieza á cubrir su rostro. De repente el apostado cambia de actitud, retira su arma, y suavizando en cuanto puede el acento, le pregunta: ¿No reconoce su mercé esta cara? y es que una sombra de sospecha ha herido su imaginacion; en tal caso la indiferencia es imposible: su conciencia

le obliga á disiparla ó confirmarla porque la gratitud es un instinto, y en él obra el sentimiento, no la egoista reflexion. El requerido puede apenas balbucear un *no* temeroso; cree tal vez que la pregunta es siniestra y que un testigo cierto no puede sobrevivir á su confesion. El Bandolero no se satisface con poco, y así torna á preguntar.

—¿No ha pasado su mercé en toa su vida por los presidios de la Gomera?

—¿Quién oculta la verdad ante un juez tan tremendo? ¿pero cuál es el pasmo del acometido? aquella voz en toda su terrible aspereza se levanta para decir: «Caballeros, no hay que pasar adelante que el señor es cosa mia.» Aquella voz tan poderosa allí como la de Josué en la pendiente de Bethoron, interrumpe la comun actividad: su efecto mágico es tan seguro cuando procede del jefe, como del último subalterno de la cuadrilla; las miradas de los restantes se fijan acordes en el que la dió. Su ademan es sosegado; pasea tranquilo una ojeada por las frentes de sus compañeros, y añade con resolucion. «Señores, lo dicho dicho, y de mi palabra yo respondo.» Asunto terminado: esta clase de proteccion jamas se desatiende: el acosado se vé instantáneamente libre de sus ataduras y dueño de su ajuar; solo la parte tomada hasta allí queda propia de los agresores; (á los derechos adquiridos nadie atentaria impunemente) y esto con esclusion del bizarro mediador que ha renunciado por el mismo hecho á toda participacion en la *ganancia*.

Despues de sus correrías el Bandolero se retira á su gruta, donde en amable paz y compañía huelga, goza, y reparte lo entrojado con maravillosa legalidad. El botin se divide por de pronto en tres porciones iguales que luego se deshacen en fragmentos: la primera con aplicacion al superior, de cuyo cargo son las atenciones de la cofradia; la segunda para el resto de los congregados; y la tercera para..... defenderse por pobres en los aprietos de Justicia.

Las mujeres para nada cuentan en aquella sociedad, no precisamente conyugal, pero al menos *copulativa*: sus funciones allí se reducen únicamente á proveer al hombre de aquello mas necesario en la vida. Y en efecto ¿cómo la pasaria aislado, y la costumbre adquirida de aprovechar las comodidades sociales, sin esta precisa mitad de su existencia? Porque es cierto; hay menesteres domésticos á que el hombre se pliega, pero que se acomodan naturalmente á la mujer; y me parece muy conforme que allá cuando las aves se venian á la mano, Adan cazase á Eva, y Eva se las pelara porque volviese á cazar.

Y no es en verdad el aseo y cuidado de las habitaciones, ni el aderezo de los manjares, ni la atencion de la familia lo que consume su tiempo: la caverna no tiene gabinetes, aunque sí secretos; los enseres se limitan á algun dornajo, capacho ó seron que se utiliza al derecho y al revés segun lo pide el caso, como artículo de Constitucion, y no exige grandes afanes; los manjares aunque regalados y esquisitos, nada tienen que agradecer al hogar; y en cuanto á la familia, el Bandolero jamás conoce á sus hijos: nunca se ven crecer en derredor del árbol sus retoños; nunca empiezan á adiestrarse al abrigo del

halcon sus polluelos. Las formidables hijas del bosque, únicas compañeras de sus placeres y desgracias, no ostentan en su guarida la fecundidad aterradora de las tigres ó la envidiosa emulacion de las cortesanas: sin duda *el género de vida* las hace exentas de este natural tributo, y en aquellas hordas errantes, no cabe la bendicion del Señor (para algunos anatema) «creced y multiplicaos» habiéndose de sustituir precisamente con la proverbial sentencia de nuestros mayores: «Dios los cria y ellos se juntan.»

Pero en cambio sus desvelos por el aumento y prosperidad de la congregacion no conocen límites; ella es la segura atalaya que defiende sus tesoros; es en la ciudad reclamo y cebo con su atezada hermosura y gentil donaire, á los incautos que las multiplican; es el conducto certero por donde se comunican los caidos en la trampa con sus hermanos de la sierra; el mediador irresistible para con sus cazadores, y el templado broquel contra sus enemigos. Tan bien se la entiende la eliminacion de un rizo si la provoca una maldiciente, ó el solfeo de una tanda al compás de su zapato, como el delinear de un mapa á buril, ó el taracear de un mosaico á chinarrazos sobre el rostro de un atrevido; si ya no mide con la tienta la profundidad de sus corazones. Es al mismo tiempo el buque de esportacion para los productos de la *industria*, la letra de cambio para la recaudacion de sus valores, y el almojarife de los fondos y riquezas.

Alguna vez acompaña á la banda en sus incursiones y trabaja á la par de los esforzados, como espía, ojeador y retén. Pero donde mas brilla su utilidad es en aquellos trances que presentan dudoso el resultado, ó tienen consecuencias mas ó menos funestas. Una escaramuza con la gente de guerra que les persigue, ó una conquista verdadera de lo que se proponen apandar, son los campos de gloria en que la Bandolera recoge sus laureles. Impávida y pronta como un deseo irritado, á todas partes acude saltando veloz entre los abrojos, trepando cerros y salvando precipicios: ora se esconde junto al perseguidor como la astuta serpiente, y atisba, y con venenosa intencion hace ruido que le distraiga; ora fácilmente se desliza entre la espesura, y recorriendo su línea da saludables y rápidos consejos á los emboscados: «gazapo, salta de ahí, que vienen los gozques por el crucero; Gitanillo, dáles pulé que debajo los tienes;» y perdiéndose como el eco de los alaridos atraviesa nuevamente hácia los sitiadores, sin temer á los cruzados fuegos ni conmoverse á los ayes del que sucumbe.

Durante el calor de la refriega, la aguerrida Amazona, por nada se divierte del propósito que la ocupa; y no es raro que á su presteza, actividad y espíritu, se llegue á deber el resultado de la accion. Pero concluida, su celoso afan toma distinto rumbo; y si todos los confederados no se reunen á la señal de socorro, torna infatigable á registrar los puntos hasta dar con el que falta. Acaso le encuentra reclinado á la sombra de un arbusto, el trabuco por cabecera, exhalando sordos lamentos al dolor de sus heridas: entonces el ángel del consuelo se acerca llamándole por su propio nombre, y sola su aparicion reanima al moribundo y mitiga sus padecimientos. La compasiva mujer le incorpora, le

venda, llama en su auxilio y le acompaña á su guarida, donde con fraternal ternura le asiste, cura y atiende sin descanso hasta que la salud ó la muerte concurren á completar su obra.

Esto no obstante, cuando el tédio ó el capricho, ó cualquier otra razon de mas ó menos peso exige la separacion de estos séres armonizados, la verifican sin estruendo, llevándose mútuamente por grata memoria algun chirlo en los semblantes, ó por lo menos un consistorio cabal en sus personas: esto sin perjuicio de la acostumbrada *sarta de cornerinas* que se anticipan por via de galanteo, con su correspondiente broche *de lengua de víbora y batiente*, y la cifra de sus amores en arañazos. Por lo demas siempre se hace de comun acuerdo y conformidad de las partes, sin que para ello hayan de acudir al juicio de Mario, ni se conserven ojeriza ó rencor en lo futuro.

Hemos sentado que el Bandolero se aparta de la sociedad, mas no por eso se ha de entender que reniega de ella. Frecuentemente se le vé en su seno disfrutando sus delicias; y los pueblos mezquinos, de que tanto abunda nuestro fértil suelo, son los arrabales, que digamos, de su solitaria jurisdiccion. En ellos ejerce un imperío de diferente especie, pero no de menor valía que en los caminos y despoblados. Su presencia en la taberna, punto marcado de reunion, cautiva las voluntades; todos le miman y regalan; es lo que se llama una persona influyente, y en mas de cuatro apuros nos daríamos con un canto en los pechos por pescar su voto, henchido así de los votos mas principales. El, segun dice, á naide quiere mal; á tó el mundo respeta, (salva la bolsa); dentro del caserio jamas se propasa; quien le busca, le encuentra lo mismo pá un fregao que pá un barrio; ¿qué mas se puede pedir á cualquier cristiano?

Y en efecto, el Bandolero siempre llega de paz á los umbrales; bien que armado con los bélicos pertrechos, porque no se necesita mucha retórica para aprender que hombre prevenido vale por dos: conversa en buena amistad con los vecinos y autoridades, participa de sus fiestas y regocijos, y generalmente guarda ley á sus relaciones. Agrégase á sus cariñosos modales el desprendimiento y garbo que luce en todas partes; acostumbrado á la abundancia nada escasea en sus visitas que pueda aumentar su prestigio: despilfarra y malgasta con sus *intimidades*, como pudiera un Ministro de Hacienda, lo que pertenece á otros: el pánico terror que infunden los ruidosos escarmientos con el que se desmanda, acaban de consolidar su poder; y de este modo se hace inexpugnable en su montaña, sostenido por los poderes circunvecinos.

Llega una requisitoria mandándole prender; y el mismo dia que se fija en público tiene la debida noticia de lo que pasa. Al siguiente con toda la solemnidad del caso, se presenta el Bandolero al frente de su cuadrilla, en los contornos del lugar: asústase la gente, cierran las puertas, abren las ventanas, escóndense las viejas, aprovechan la confusion las mozas, y olvidando provisionalmente al novio que *ara con sus bueyes*, salen á recibir y festejar á sus galanes. No hizo mas famosa entrada el capitan Gonzalo Fernandez que la que hace el Bandolero en esta ocasion; ni mas obedientes cayeron los muros de Jericó al sonido de la

trompeta, que cae á su voz la soberbia requisitoria mutilada por las cuatro extremidades. Alli quedan aferradas con sus cuatro obleas en las puertas del templo, para escarnio y terror de moradores y transeuntes, como quedarian los miembros del conquistador clavados en vigas por el camino si le llegasen á echar la zarpa. Hecho asi, el caudillo abandona la poblacion llevando engastada en su puñal á la prisionera, sin que nadie tome á su cargo el vengar la injuria; vuelve á su retiro seguido de su gente, y desmontando la clava en el primer tronco que se le presenta, á guisa de murciélago. Alzase confuso estruendo de gritos, risotadas y sarcasmos, siguen las burlas, los insultantes dicterios sin traba ni reparo alguno; se celebran mútuamente sus ocurrencias, se brindan por sus intenciones, y tomándola al fin por blanco la fusilan por la espalda ejercitando su destreza para emplearla si posible fuera en los autores. De esta manera respeta el Bandolero las disposiciones de la sociedad, dejando á cubierto á los amigos.

Gánase una batalla, y se recoge el botin: en seguida, como es de suponer, se levanta un ruidoso proceso para averiguar lo que todo el mundo sabe; y en él son llamados á declarar los pueblos mas cercanos al hecho: pero nuestros pueblos ni oyen, ni ven, ni entienden si no su propia utilidad y conveniencia; por consiguiente lo mas que resulta es, que los ladrones se llevaron el dinero y los robados se quedaron sin él. El mismo Bandolero acaso se presenta como testigo, y observa, y tantea, y registra, formando con lo que vé su composicion de lugar: si la cosa ha de parar en condenarle en rebeldía, se vuelve á su manada y aguarda tranquilo el momento de asesinar á la sentencia: pero el débil que dió márgen á ella con su inocente dicho, paga harto cara la inocentada, sin que lo estorben sus buenos servicios anteriores. Asi nadie trata de malquistarse con él, mucho menos cuando nada espera por galardon de su arrojo; y en resúmen cada cual prefiere las visitas del Bandolero á las del escribano.

De tal suerte, este hijo emancipado se llama de la familiá cuando bien le cuadra, y aprovecha sus ventajas y placeres; considerándose espurio y borde en cuanto á lo demas. No hay feria ni funcion á que no asista, ni moza á quien no asedie, ni diversion que desperdicie. Comunmente le acompañan hasta llegar los cofrades y su galana pareja, ostentando con el lujo de sus vestidos la gentileza de su persona; mas luego se desvian todos, y apenas se dan por conocidos, tomando parte en ese frivolò aparato que llaman trato de gentes, aunque por diverso fin. Cada uno se dedica solo á sus faenas ¿quién vá á la feria simplemente por gozar? pero siempre dispuesto á socorrer á los restantes en caso de necesidad. En tales lances, abandona las armas de grueso calibre para presentarse en público; aunque un par de cachorrillos y una tercera de muelle, poco peso hacen en la faltriquera. Su rumbo y boato son allí mas estremados que en parte alguna; y el juego es en nuestros dias la señal mas evidente del rango y la importancia del individuo. El Bandolero pues que á nadie cede y á muchos aventaja en pomposa ostentacion y en medios de sostenerla, juega por de contado, y juega fuerte: pero gana sin interrupcion, ó por lo menos no pierde nunca; porque avizorando en donde para el dinero, y disponiendo una cacería para el primer

dia de campo, recobra su desembolso con mas aumento que un contratista del Estado.

En los ratos de ocupacion se dedica á chalanear vendiendo lo ajeno, y haciendo propio lo que no compra. Apenas hay mercado en que no varie de palafren, y esto por calculado sistema, pues entiende que «por el rostro se distingue á la presona, y por el *almifor* y el vestio se la barrunta.» Cuando vé alguna cosa *que lo merece*, se arrima haciendo la desecha, y empieza á tratar con frialdad el ajuste.

—Tiene cosquillas?

—No señor, es un cordero.

—¿Duro é boca?

—Con una hebra de seda le maneja un niño.

—¿Y qué tal escapa el animalito?

—Como caballo de apuesta; y saltador, no se diga.

—Compadre; tiene pena é la vida el que hable mal de su género.

—No hay mas que á la prueba; y si miento yo, le doy de balde.

El Bandolero con la gracia del mundo, se pone de un brinco á horcajadas sobre el lomo; aprieta con fervor ambas espuelas, y el caballo arrancando de un largo salto parte á carrera tendida y asombra á los circunstantes. El dueño le contempla embelesado, y recostando sobre su vara una cadera, calcula el aumento de precio que tan lucido ensayo le promete: mas temiendo luego que puede reventarse, empieza á gritar con todo su pulmon, eh! ola! vuelta! vuelta!

—La del humo, contesta á media voz el ginete; y picándole de nuevo desaparece con la velocidad de un relámpago.

El método no puede ser mas sencillo; pero no obstante prefiere por lo comun aguardarle en su terreno, y reserva sus hazañas y proezas para el campo raso.

En esta vida activa y laboriosa, alegre y matizada de sobresaltos, pasa el Bandolero sus dias, excepto aquellos en que caido en el lazo, divierte su ocio con experimentos teórico-prácticos para lo futuro, y proyectos de mejoras sobre el arte. Como todo hombre de posicion, adquiere orgullo, se hace exclusivo, y no puede tolerar émulo ni rival de sus glorias. Apenas sabe que cerca ó lejos de su permanencia despunta otro capaz de fijar la atencion aterrando, le busca y persigue con afan, tan solo por el gusto de probarse las fuerzas y rajarse el corazon á puñaladas. A veces se atraen desde los parajes mas remotos, y emprenden largas peregrinaciones sin mas intento ni motivo de queja: y es tan arraigada y severa la costumbre, que gana mucho en opinion el que acude al territorio ajeno; y perderia toda la suya quien sabiendo que un beduino ha conseguido por apodo *mil hombres*, no acudiera solícito á departirlos con su navaja.

De este modo llega á cobrar fama y extender su nombradía por todo el ámbito de su pais; haciéndose objeto de conversaciones y artículos. Entonces ya se le

puede pronosticar, segun los tiempos que corren y sin necesidad de acudir á los astros, que su destino le lleva como un rehilete á figurar sobre las tablas: si es afortunado, en las del coliseo; si nó, en las de algun armatoste á las afueras de la capital.

BONIFACIO GOMEZ.







EL COLEGIAL.



ARA que haya Colegiales preciso es que haya colegios, (¡quién lo duda!) y para que haya colegios es necesario que haya Colegiales. Esto parece indudable, por la regla de los correlativos, y seguramente lo calificaríamos de tal, si en esta tierra de garbanzos, donde tres y dos no son cinco, pudiera haber cosa cierta. Asi és que en España hay colegios sin Colegiales, (traslado á los colegios electorales) y tambien Colegiales *in partibus*, aun prescindiendo de los abogados, escribanos y zapateros, cuyas asociaciones se titulan colegios en algunos pueblos, y que asi son Colegiales como por los cerros de Ubeda.

Siguiendo pues las fórmulas parlamentarias, antes de *abordar* la cuestion debo hacer la *salvedad (lenguaje castizo,)* de que no es mi ánimo meterme en nada con los dichos Colegiales, *que no son Colegiales*, sino solamente con los que viven reunidos en comunidad; bajo cuyo nombre se comprenden no solamente los individuos de los colegios mayores y menores, sino tambien de los seminarios conciliares y de la Escuela Pia, pues á los alumnos de todos ellos se da indistintamente el título de Colegiales.

Bien quisiera yo saber cuántos y cuáles eran los colegios que habia en España en tiempo de Gerion y del rey Brigo, pero nada dice el Beroso acerca de ellos, y no es cosa de añadirle un capitulo. Queda pues como Colegial mas antiguo de España su patron Santiago, individuo que fué del

colegio Apostólico, pues aun cuando no era de origen Español, por sus servicios patrióticos obtuvo hace ya tiempo carta de naturaleza.

Hubo posteriormente un señor arzobispo de Toledo llamado el señor don Gil de Albornoz, y no pareciéndole sin duda esta tierra la mas á propósito para Colegiales, labró allá en Bolonia un colegio mayor, que ha producido muchos y célebres bolonios, y no valga por insulto. Pero otros mudaron de parecer y se pusieron á construir colegios en España, entre ellos don Diego de Amaya Maldonado el de san Bartolomé de Salamanca, el cardenal Mendoza, el de santa Cruz de Valladolid, Fr. Mortero el de san Gregorio, y el célebre Fonseca el de su nombre en Santiago y el del Obispo en Salamanca. En seguida Cisneros conoció que la tierra de Alcalá era buena para Colegiales, y en virtud de ello fundó el colegio mayor de san Ildefonso y otro para gramáticos y el de filósofos con 70 plazas, en memoria de los 70 discipulos, (fortuna fue que no se acordára de santa Ursula y las 11000 virgenes) y luego el de la madre de Dios para teólogos, y luego el de san Pedro y san Pablo, y luego....... échense Vds. á contar hasta 8 ó diez colegios.

Vinieron en seguida los obispos del concilio de Trento y se echaron á fundar colegios y seminarios á porfia, y otros que no habian asistido al concilio, no por eso quisieron ser menos. Duró esto por mucho tiempo, hasta que se hizo mas de moda el fundir capellanias, porque es de advertir que en esto de fundaciones influye mucho la moda.

Vino por fin la generacion actual con su ilustracion y su jamancia, y de un papirotazo echó abajo conventos, capellanias, mayorazgos y colegios, y hasta los seminarios han quedado en el aire, como el alma de Garibay. En cambio llegó la moda de los liceos, y no hubo pueblo de Madrid á Belchite inclusive, que no tuviera el suyo: cuando ya se iban agostando ha entrado por fin la moda de los Institutos, que...... déjelos Vd. estar.

Para considerar pues al Colegial bajo sus diferentes fases vamos á seguir sus pasos en la Escuela Pia, el Seminario y el Colegio, hasta que esta crisálida literaria se trasforme en oidor ó canónigo, segun el camino por donde Dios le llame.

PRIMERO.

Ab initio et ante sæcula.....

No quiero decir que el Colegial haya existido desde el principio del mundo, si no que voy á considerarle desde su origen y nacimiento. Bien es cierto que aquel bonachon de Horacio dijo, que no se tomaran las cosas desde sus principios remotos, ni el sitio de Troya desde el huevo de Meleagro; pero aquel poeta era un clásico de los de tres al cuarto, y como dijo Fr. Blas: «*nosotros llevamos la contraria con el Ilustrisimo Barradas.*»

Digo pues, que á fuerza de varias y profundas investigaciones se han convencido los que han tratado la materia, de que el Colegial nace como los

demas hombres, opinion que confirmaria quizá con mi propia experiencia, si me acordara algo de la época á que me refiero. Con todo en las poblaciones donde habia colegios mayores, acostumbraban las mujeres marcharse á parir en algun pueblo distante de aquel establecimiento, cuando menos una legua. Esto lo hacian para eludir la ley ó estatuto que prohibia entrar Colegiales mayores en casi todos ellos, á los naturales del mismo pueblo ó sus inmediaciones.

Érase pues un muchacho nacido á mas de una legua del Colegio mayor, y por tanto predestinado por su madre para Colegial. Con todo, no hubiera entrado tan pronto en esta profesion, si las contínuas travesuras no hubieran decidido á su familia á confiarlo á los Escolapios, como quien lleva al picadero un potro cerril. En efecto, el chico *prometia mucho*; pues á la edad de siete años era ya conocido por sus fazañas, en todas las callejuelas y encrucijadas del pueblo, y hasta los perros al verle á cierta distancia huian con el rabo entre piernas y haciendo el cojo. En vano el maestro descargaba sobre sus posaderas sendas zurras *á telon corrido*, y sus padres le encerraban en el cuarto oscuro y le amenazaban continuamente con el hospicio, pues nada servia para que dejara de hacer novillos y tomarse mas asuetos que los concedidos por el maestro; siendo ademas aficionado á las pedreas, de las cuales salia con frecuencia sino herido, al menos contuso. Tales fueron los motivos que obligaron á sus padres á sacarlo cuanto antes de la casa, por quitarse de ruidos, que no los hacia pequeños.

A pesar de todo hubo por parte de la madre una despedida sentimental y patética, en comparacion de la cual fué la de Fontainebleau, tortas y pan pintado. No asi de parte del chico, que se consoló bien pronto, y pasó aquel mal rato á fuerza de dulces. Una vez dentro del seminario, el bullicio y la algazara de los otros muchachos que salian de las clases alborotando y triscando desterraron bien pronto su melancolía, y una hora despues jugaba al toro con los otros chicuelos, como si toda su vida se hubiera criado con ellos. Por otra parte la dulzura de aquellos buenos religiosos, que se convierten á veces en niños, para alternar con ellos, y las caricias, que como á nuevo le prodigaban, hicieron que se olvidase bien pronto de las dulzuras de la casa paterna.

De este modo principió á sentir los goces y privaciones de la vida colegial, que para un niño criado entre el mimo y el regalo tiene mas de las segundas. Levantarse temprano, hacer las cuatro comidas á golpe de campana y casi siempre de una misma clase de alimentos, pasar largas horas sobre el libro y en el mas profundo silencio, y en seguida cinco en la clase, constituyen una vida enteramente contraria á la que habia tenido hasta entonces en su casa.

Llegó por fin un dia de salida, y despues de cantar el Oficio Parvo á coros y en comunidad, oir misa y vestirse el uniforme, ó traje del Seminario, pudo marchar á su casa en compañía del criado que apenas podia seguirle. Aqui fueron los abrazos de la mamá, de los abuelos, tios, parientes y amigos, que acudian á ver al chicuelo, como si viniera de Tetuan. Aquel dia hubo arroz y gallo muerto, pero se aceleró la comida para asistir á la comedia de la tarde en un palco segundo, donde se encajonó toda la familia, y el primero el Colegialito;

12**

el cual se apoderó al punto de la silla mas alta y del lugar que le pareció mejor.

Pero segun se acercaba la hora fatal de regresar al colegio, se disminuia gradualmente su alegría y vivacidad, de modo que al llegar el momento temido, le atacaron casi repentinamente dolores de vientre y de cabeza. El padre que era hombre formalote y chapado á la antigua, desestimó las quejas del muchacho y las plegarias de la mamá, y con rostro impasible dió la órden para marchar. En virtud de ella el enfermo fué remolcado hácia el colegio por aquel mismo criado, que por la mañana apenas podia seguir sus pasos.

Al dia siguiente se quedó en cama, y el director le echó de menos durante la misa, por lo que acudió al punto á su alcoba para tomarle el pulso. Como práctico en los achaques de sus alumnos recetó sobre la marcha lavativas y dieta, remedios los mas eficaces contra la pereza y la indigestion, que suelen atacar á los Colegialitos, al dia siguiente de la salida. El suceso demostró cuán acertadas habian sido las medicinas, pues aquella misma tarde se levantó el enfermo con unos ácidos espantosos y á trueque de no quedarse sin cenar protestó, que ya no tenia nada, lo cual creyó de buena fe el bueno del maestro.

Pasaron dias y meses, y los meses llegaron á formar dos años, en los cuales nuestro muchacho se fué perfeccionando en la gramática latina y demas elementos que constituyen la educacion escolapia, sino brillante y variada, al menos sólida y concienzuda. Pero al paso que iba desarrollándose el muchacho crecia tambien con él cierta inclinacion á la holganza, á la cual diz, que somos muy propensos los españoles. Asi es que durante la vela en vez de estudiar la leccion, se entretenia en pintar monos en las hojas de los libros, viniendo estos á ser por este medio una especie de ediciones pintorescas, con el texto adornado de dibujos: y á fe que si quisiéramos llevar adelante la comparacion, entre los monos que pintaba el Colegialito y las aleluyas que decoran algunas publicaciones... pero mas vale callar.

Por otra parte era camorrista, y andaba siempre al morro con los otros compañeros, los cuales en despique le abrian sendas trincheras en la cabeza, ó cuando menos burujones como puños. Crecian los castigos en proporcion de su petulancia, y la palmeta amenazaba de contínuo á su mano: en despique, los dias de salida referia á su mamá los castigos de que era, (segun él decia) inocente víctima, pintaba con los mas negros colores la crueldad de sus maestros, y aseguraba formalmente bajo su palabra, que pasaban de cincuenta los heridos de palmeta que habia de contínuo en la enfermería. Pero se guardaba muy bien de referir sus diabólicas travesuras y lo mucho que en otras ocasiones lo halagaban, porque es de notar que los mayores enemigos de los Escolapios son sus discípulos mas mimados. Lloraba la madre á lágrima viva al oir tan trágicas relaciones, pero el padre mejor informado de las tretas del chicuelo, se desentendia de sus cuitas.

Llegó por fin el dia del cumpleaños de la mamá, y el muchacho se presentó á cumplimentarla con una hoja de papel marquilla bien orleada, que contenia una décima de circunstancias compuesta y escrita por el Colegial, no sin ayuda

de sus maestros. Admirada la mamá de tan gran adelanto decretó en el acto que se colocara la décima en el testero del salon, con su correspondiente marco dorado. Aquel dia estuvo feliz el muchacho, tradujo un trozo de Cornelio Nepote con tal seguridad y maestria, que dejó admirado á un capellan tio suyo que tenia las letras como las del Misal, pocas y gordas. En seguida sintiéndose inspirado á la vista de unas nueces, principió á recetar subido sobre una silla la fábula de la mona:

subió la mona á un nogal,
y encontrando una nuez verde, etc.

pero al decir «arrojóla el animal. ..» tiró tal castañazo á una hermana suya, que sus lamentos le obligaron á suspender el recitado, con no poca risa del auditorio.

Aquel dia la madre repitió los ataques, y apoyada por el capellan decidió á su marido á que sacara al chico del colegio, contra el dictámen de sus maestros. Tambien se acordó enviarle á principiar la filosofía en un Seminario conciliar, para que conservase mejor la inocencia..... si aun era tiempo.

SEGUNDO.

Cadit in Scylam, etc.
Por huir de la sarten cayó en las ascuas.

Al que no quiera caldo taza y media: asi dice un piadoso refran castellano, y asimismo le sucedió á nuestro Colegialillo, que huyendo de los Escolapios vino á dar en un seminario conciliar. Practicadas las debidas diligencias entró de aquel establecimiento el mismo dia de todos Santos para principiar primero en filosofía. Presentóse al rector, que era un canónigo de los de *in illo tempore* y á presencia suya se vistió el manto de paño oscuro y una beca de color mas claro: advirtiendo que se veian los pantalones por bajo del manto mandó al nuevo alumno, que en lo sucesivo se abstuviera de usar aquella prenda profana, ó cuando menos subírsela hasta la rodilla, aunque seria mejor usar calzones, lo cual reputaba mas meritorio en la presencia de Dios.

En seguida tomando un polvo y sentado *pro tribunali* (el tribunal era un sillon de Moscovia con clavos como platos) le dirigió sobre poco mas ó menos la siguiente plática. «Vas á entrar, hijo mio, en esta *santa casa*, donde tu talento será cultivado y tus costumbres reformadas con la ayuda del Señor. El traje sencillo y humilde, que acabas de vestir, te recordará que debes ser modesto en presencia de tus superiores y sufrido con tus compañeros; cuidando mas bien de ajustar tu conducta, que no escudriñar las ajenas: no obstante si observares en ellos algun vicio ú desórden, tendrás cuidado de avisarlo á los superiores, porque como dice la Escritura, *facientes et consentientes....*»

—Y á todo esto, hijo mio, á cuántos estás de latin?—Bastante bien: ya traducia aquello que principia *Barbara piramidum*.

—¡Profanidades!.... yo no sé qué gusto tienen esos padres Escolapios de

enseñar á los chicos esas heregias, sabiendo que á san Gerónimo le dieron los ángeles una zurra por leer á Ciceron. ¡Como sino tuvieramos ahi los santos nuevos y los himnos!.. Al decir esto, abrió su breviario, y el muchacho tradujo á satisfaccion la antífona que principia: *¡Oh doctor optime!*

Concluida la recepcion pasó el nuevo seminarista á instalarse en su cuarto, que tendria escasamente 12 pies de largo por 8 de ancho: tres sillas, una cama de tablas, una mesita y un cofre formaban su menaje, un crucifijo y la oracion de san Francisco de Asis contra las malas tentaciones completaban su adorno; todo ello á espensas del nuevo. Despues de arreglados sus chismes y libros salió este al claustro donde ya le esperaban los otros seminaristas.

Yo quisiera conocer algun anticuario, que me sacára de la ignorancia en que estoy acerca de quién fué el que inventó las vejaciones que sufren los nuevos en casi todos los establecimientos, y lo que usaban los egipcios y los babilonios sobre este particular. Lo que sí puedo asegurar es, que en nuestra patria se acostumbra desde tiempo inmemorial recibir sus compañeros á los nuevos obsequiándolos con algunas barbaridades á estilo de Sacedon. Ahí está la historia del gran Tacaño, que no me dejará mentir: véase en ella el recibimiento que hicieron los estudiantes de Alcalá al hijo dél barbero de Segovia.

Respecto de nuestro héroe se contentaron los seminaristas con quitarle el bonete, que corrió de mano en mano, ora tropezando en las maderas de los techos, ora lamiendo el polvo de los ladrillos, hasta que volvió á manos de su dueño, victima de una vejez prematura. En seguida colocaron al nuevo sobre una escalera de mano, y en esta forma le condujeron procesionalmente por los claustros, como al sacristan en el sainete del santo, cantando con voces asochantradas:

Alegrémonos, alegrémonos,
porque justo es que nos alegrémonos.

Sudaba el pobre novato la gota gorda, y en su turbacion no advirtió que le conducian á tropezar con un farol suspendido del techo por una cuerda. Temeroso de romperlo trató de dar un salto, al mismo tiempo que los conductores conociendo la intencion soltaban los estremos de la escalera, la cual vino al suelo con grande estrépito. En tal conflicto se agarró á la cuerda del farol y quedó por un momento en el aire haciendo piruetas, pero la cuerda harto endeble para tanto peso se quebró al punto, y el burlado jóven vino al suelo aplastando el farol, y recogiendo en su manto el contenido de la lámpara. Entonces se le acercó un seminarista bizco, y ayudándole á levantar le dijo, parodiando aquellas palabras del Apocalipsis: *dignus est agnus*: «digno es ya este pobre español de alternar con la gente del bronce: su manto y su bonete principian desde hoy á caminar hácia la venerable antigüedad.»

En aquel momento se oyó un grito agudo que decia: *¡¡el pasante!!* La

presencia del pasante causó en aquella reunion una escena muda parecida á la del casero en la casa de *Tócame Roque*: cada uno se guarece en su madriguera. Solamente el inesperto nuevo quedó á pocos pasos del sitio de la catástrofe, y hubo de sufrir sus reconvenciones á vista de los sucios despojos de la refriega. En vano trató de sincerarse nuestro *delincuente honrado*, y para salir del apuro tuvo la debilidad de acusar al bizco, pues probó este á poco rato con el testimonio de una porcion de colegiales, que cuando se oyó el ruido estaba tomando el sol en la azotea.

Una avalancha trae otra avalancha, (palabras del Han de Islandia) y una broma trae otra en pos de sí. El pobre novato que tuvo la debilidad de acusar al bizco hubo de purgar bien pronto su pecado, á la manera que Sancho por no pagar en la venta. A cada vuelo que daba sobre la manta le preguntaba el bizco si volveria *á cantar*, hasta que molido y mohino juró el pobre mancebo por las puntas de su bonete ser en lo sucesivo antes mártir que confesor.

Durante el primer año nuestro seminarista como lógico y como nuevo hubo de sufrir un noviciado harto triste. No solamente sufria las calaveradas de los antiguos, que solian divertirse á su costa, sino que ademas cargaba con todas las culpas, segun aquello, de que siempre rompe la cuerda por lo mas flojo. El servia de atalaya mientras los otros jugaban en algun claustro retirado, hacia de testigo falso en obsequio de los antiguos, y les contribuia con parte de su racion, cuando ayunaban por alguna calaverada. Si era preciso interpelar al mayordomo, para que sustituyera otro almuerzo á la cuotidiana chanfaina, ó exigiera la responsabilidad al inmundo pinche, que hacia servir en obsequio de sus narices el mismo mandil en que cortaba las sopas, en tal caso el nuevo era uno de los destinados á llevar la embajada. Por resultado de ella al ocupar su puesto en el refectorio solia hallar vacío el sitio donde habia de estar el postre, y cuando en seguida alargaba la mano para tomar el plato apartaba el fámulo la tabla donde los traia: esta pequeña accion, y la risita con que la acompaña el fámulo, indican al pobre seminarista que por aquel dia se queda sin comer.

Jamás vió un preso con tanto placer acercarse el fin de su condena, como el seminarista llegar el dia de San Juan. Asi es que desde el primero de mayo contaba por dias y por horas las que le faltan para salir. Llegó por fin el anhelado instante, y salió nuestro jóven tan aturdido y precipitado, que ni aun se despidió del rector, ni de sus compañeros. Al llegar á la posada donde le esperaban la mula y el criado dió á este tanta prisa, que aquella misma noche durmió á seis leguas del seminario.

Pero al acercarse el formidable dia de San Lucas, vuelven á renovarse las llagas que un verano feliz apenas habia logrado cicatrizar. A pesar de eso el segundo año de seminario es ya mas tolerable que el anterior. Al regresar allá se encuentra el Colegial en tierra de amigos, y para entonces han acordado ya otro nuevos en los cuales piensa ensayar las lecciones prácticas que recibió en el curso pasado. Con todo su desarrollo está reservado para el tercero.

Efectivamente en este año es cuando concluye de formarse el carácter del seminarista, mientras el catedrático trata de enseñarle filosofía moral. Ya no es entonces aquel jóven pavoroso y tímido, que se quitaba el bonete al aproximarse el pasante, y temblaba como un azogado mientras el rector le dirigia la palabra. Al paso que se ha desarrollado su físico, han tomado incremento su petulancia y sus pasiones. Lejos de temer al pasante ni á los catedráticos los insulta y les responde con altivez, los castigos solo sirven para aumentar su procacidad: si le quitan la racion está seguro de que comerá mejor, porque cada compañero le guardará una parte de la suya, y si llega el caso de meterlo en el cepo, pasa un dia feliz fumando y tumbado á la bartola. Nada hay seguro en el seminario ni aun dentro del cuarto del rector: pero sus tiros mas frecuentes son contra la dispensa. Unas veces quebranta su cerradura, otras ensaya el modo de abrir con una llave de madera construida á fuerza de industria y de paciencia, y al último recurso mete por el agujero de la puerta al gato mimado del rector y al verle pasar por encima de las uvas tira del bramante con que le tiene sujeto, y arrastra hácia la puerta al quejumbroso animal, que de paso trae dos ristras de uvas entre sus crispadas uñas.

Si el rector tiene corral de gallinas (como suele suceder) el seminarista trata de pescárselas sirviéndole de caña una escoba, de sedal un bramante, de anzuelo un alfiler encorvado, y de cebo un pedacito de pan. ¡O vosotros pescadores de agua dulce, que despues de un dia de paciencia, lograis pescar una suela de zapato y unas tercianas! ¿Tendréis todavía valor para negar la posibilidad de pescar en seco? (prescindiendo de las oficinas).

Viérais al través de aquella alta reja los malignos semblantes de aquellos improvisados pescadores, al contemplar la ascension de la gallina, que se sube por el aire aleteando y cacareando en falsete. A falta de estos despojos, cuyo grato sabor es difícil comparar á otros manjares, el seminarista de pelo en pecho soborna al portero, (que viene á ser el carabinero de aquella costa) ó se vale de los estudiantes esternos para meter sus contrabandos, por cuyos medios rara vez carece de vino, frutas y sobre todo de tabaco, porque el seminarista que no fuma, es una especie de salamandra cuyas alas no se han chamuscado en el fuego.

Cuando el seminarista ha logrado introducir un buen contrabando convida á sus camaradas, y una hora despues de tocar á silencio, ya que el rector y los catedráticos han atrancado sus puertas y duermen profundo sueño, se reunen los amigachos y tienen su orgía. A veces al salir de ella el calavera se divierte en sorprender algun nuevo y echarle entre las sábanas los restos del festin. Y ya que nombramos al calavera, es de notar, que en aquella pequeña sociedad tambien hay gente *crua*. Pero allí sus fechorías se reducen á zurrar á los que son inferiores en fuerzas, hacer por la noche la fantasma arrastrando por los claustros algun palo, ó entrar en el cuarto de algun nuevo, para arruinar vilmente su inocencia. A veces sorprendido por el pasante, ó algun catedrático en estas escursiones nocturnas paga su delito

con algunos dias, á media dieta, otras logra burlar su persecucion ocultándose en algun rincon del oscuro claustro.

Una de las anécdotas mas vulgares en las crónicas seminariales, (que se conservan por tradicion, por no haber sido aun redactadas) refiere, que habiendo sorprendido cierto rector á un calavera que andaba haciendo ruidos por el claustro, y no pudiendo reconocerle por la oscuridad sacó unas tijeras y le cortó un rizo de pelo, *ó chorizo*, que llevaba en la cabeza, y del cual le tenia sujeto. A la mañana siguiente al entrar en el oratorio los seminaristas para oir misa se colocó á la puerta, y quedó no poco admirado al ver entrar sin el correspondiente rizo al mas beato y morigerado de todos los teólogos. Iba ya á echarlo en cara su hipocresía cuando observó otros varios, que entraban igualmente trasquilados. Efectivamente, el pilluelo se habia entretenido en cortar el pelo á varios Colegiales, sorprendiéndolos mientras dormian.

Luego que un calavera se ha remontado á tal altura, solamente le falta idear un medio para evadirse alguna noche del colegio, ora saltando ventanas, ora trepando á los tejados. Si logra volver felizmente de su expedicion, puede hacer cuenta de que ha conquistado el vellocino, y ya no hay mas que buscar un toison y colgárselo.

Pero todas las cosas tienen un término en este mundo, y á la manera que la enfermedad, pasada la crisis principia á declinar, así tambien el seminarista pasado el tercer año (la crisis) suele entrar en juicio, y á fuer de teólogo y antiguo se hace respetar de los filósofos y de los nuevos. Y ¿quien sabe? quizá aquel muchacho que tanto hizo rabiar al rector y demas superiores, llega á ser un seminarista formalote, con honores de pasante; catedrático y *gimnasiarca* (ó heresiarca como decia la tia Catuja madre de Fr. Gerundio de Campazas), lo cual tampoco impide, que á veces el diablo tire de la manta y descubra las antiguas mañas.

Por lo que hace á nuestro jóven (á quien dejamos olvidado desde su regreso al seminario) no esperó á verse condecorado con tantos honores, y concluida la filosofía manifestó que no queria seguir en el seminario, sino estudiar leyes ó cánones en la universidad. Al oir esta decision un P. Lector, que era el oráculo de la familia, echó la capilla sobre su cabeza, metió las manos en las mangas, y exclamó con aire compungido: ¡está visto! este muchacho principió sus estudios *por las declinaciones de los nombres*, y acabará *por las inclinaciones de los hombres.*

TERCERO.

> *Imberbis juvenis, tandem custode remoto.*
> El desbarbado jóven entra en un colegio
> donde no hay pasantes, ni centinelas de vista.

No llevaron muy á bien sus padres que tratara el exseminarista de echar á volar por el inmenso espacio de las universidades; y entre el extremo de

suspender su carrera, ó dejarlo á sus anchuras, idearon un justo medio cual fué introducirle en un colegio. Se trató el asunto con un patrono, el cual se encargó de presentar al jóven para una beca, gratis, aunque autores hay que afirman otra cosa.

El colegio al cual se le destinaba era uno de los muchos que se fundaron durante los siglos XVI y XVII, los cuales se subdividian en mayores ó menores, segun que los rectores eran anuales ó perpetuos y los Colegiales graduados ó estudiantes. La influencia de los primeros llegó á ser bastante pesada á mediados del siglo pasado: el lujo y la ostentacion, con todas sus consecuencias, habian reemplazado á la sencillez y gravedad primitivas; y el espíritu de fraternidad habia degenerado en pandillaje. Sucedió entonces lo que por una ley general sobrevendrá á todas las instituciones, que pretendan ejercer una influencia desmedida en la sociedad. Los postergados principiaron á murmurar contra aquellos establecimientos, hiciéronse ostensibles sus abusos, y concluyeron por desacreditarlos. Tratóse entonces de reformas, pero las que se hicieron en algunos de ellos (y especialmente en el de San Ildefonso de Alcalá, como mas inmediato á la accion del Gobierno) fueron como las que se usan en el dia, que consisten no en mejorar la institucion, sino en echarla abajo. Por otra parte sus riquezas eran muy considerables, para que no atrajeran sediciosas miradas.

Por lo que hace á los menores, su número era excesivo en muchas universidades, especialmente en Alcalá y Salamanca, y la pobreza de algunos tal, que apenas sustentaban dos ó tres Colegiales. Por esta razon el ministro Roda refundió muchos de ellos, ó los agregó á otros mas observantes y mejor dotados. Pero las reducciones consecutivas de censos y juros, los trastornos políticos y rentísticos, que desde aquella época ha sufrido nuestra patria, los han ido destruyendo casi en su totalidad, ó aniquilando sus rentas, hasta el punto de poder apenas sostener un número insignificante de Colegiales.

En uno de estos moribundos colegios fué donde le tocó entrar al ex-seminarista, para hacer de tercero en discordia, á tiempo que se componia la comunidad de dos individuos, uno que hacia de rector y otro de secretario. Y á pesar de eso ¡oh desgracia parlamentaria! no fué posible que se le admitiera por unanimidad porque el secretario, (la oposicion), no convenia en ideas con el rector (el gobierno) y siendo este favorable al pretendiente, el secretario protestó la admision.

—Aseguro á V. S., señor rector, que ese jóven no entrará Colegial.

—Póngase el caso á votacion.

—Yo voto en contra.

—Pues yo en pro.

—Hay empate.

—En tal caso mi voto dirime.

—Protesto, y ya el secretario cogia el tintero de bronce, (que era de los de á 16 reforzado) y el rector empuñaba la salvadera en actitud de rechazar la protesta, cuando quiso Dios que entrára en la sala de juntas un Colegial antiguo,

y logró ponerlos en paz apoyando al rector y calmando al secretario. Quedó pues nuestro jóven admitido por Colegial, prévia la informacion de limpieza de sangre, para cuya revision fué comisionado el secretario; y despues de hacer los juramentos de estilo, el rector le dió posesion pasándole la beca del hombro izquierdo al derecho.

Tambien aquí hubo de sufrir el nuevo Colegial algunas vejaciones, y no fué la menor endosarse unos larguísimos manteos de cola, á lo cual se llamaba *arrastrar bayetas*. Este espectáculo proporcionaba siempre á los chicos de la ciudad la agradable diversion de pisarle al nuevo la cola, con grave riesgo de sus narices, por lo que en algunos colegios fué preciso determinar que fuera un paje á retaguardia sosteniendo la cola. En esta forma visitó por órden del rector varias casas, sin hablar palabra, ni reirse, pues ambas cosas se le prohibieron. Figúrese el piadoso lector qué papel haria el pobre *arrastra-bayetas* entrando en una casa sin hablar palabra, permaneciendo allí media hora sin desplegar los labios, y salir por fin de allí con la gravedad que un asno de la cuadra, sin decir á Dios, lo cual se llama despedirse á la francesa.

Una vez instalado en el colegio, bien pronto se acostumbró á esta nueva vida, algo mejor por cierto que la del seminario, atendida la benignidad de las constituciones, y las interpretaciones aun mas benignas que sufrian. Es cierto que aquellas prescribian que al anochecer, en rezando la salve, se cerráran las puertas, pero esto se entendia de las principales, no de otra escusada, para la que cada Colegial tenia un picaporte. Es cierto que las constituciones mandaban que pidieran al rector permiso para salir, pero tambien es cierto que este nunca lo negaba, y por tanto le ahorraban la molestia de darlo saliéndose sin él. Tambien prohibian tener refrescos: pero nada decian de comilonas, que tuviesen espada y rodela, pero no privaba la escopeta; que entrasen mujeres, pero esto hablaba con las malas, no con las honestas, parientas y conocidas.

Todo esto duraba mientras en el colegio habia union y paz; pero si estas llegaban á faltar, y los Colegiales se dividian en parcialidades, entonces el colegio mudaba de faz, y se ponian en práctica hasta las mas pequeñas menudencias y ceremonias. El rector se veia precisado á dejar de asistir á la tertulia, so pena de hallar á su regreso atrancadas las puertas y dormir fuera del colegio; bajaba á comer al refectorio, y se sujetaba á todos los actos de comunidad. En cambio los Colegiales tenian que salir de dos en dos, oir misa diariamente, acudir por la noche al rosario y la salve, los sábados á las conferencias ó conclusiones y los domingos primeros de mes á comulgar en el oratorio. Desaparecian las armas y los galgos, se cerraba la puerta escusada del colegio, y en la cocina no se admitia ni se guisaba mas racion, que la cantidad designada por los estatutos. La menor infraccion se castigaba con alzamiento del cuaderno, que equivale á suspension de alimentos, y privacion de voz activa y pasiva, por cuyo medio podia el rector cercenar á la oposicion algunos votos, en caso de tener que celebrar junta ó capilla.

Por fortuna, esto era muy raro, y las pequeñas rivalidades que llegaban á

estallar (principalmente cuando se habia de admitir algun nuevo), mediando entre jóvenes bien educados, rara vez turbaban hasta tal punto la armonía y fraternidad, tan necesarias en estos establecimientos. Por el contrario, apenas se hallará un Colegial que no refiera en tono de égloga ó idilio las dulzuras de la vida colegial. En efecto, aun prescindiendo de la jovialidad estudiantil y de la franqueza amistosa que reinaba en tales establecimientos, los estudiosos hallaban allí las ventajas de poseer una buena, cuando menos mediana biblioteca de su respectiva facultad, el poder consultar y repasar con los antiguos que habian concluido ya su carrera, y finalmente, los ejercicios y conferencias que se practicaban á puerta cerrada dentro del colegio.

Todo esto contribuia á que el Colegial mirase á su colegio con el cariño y entusiasmo que el militar á su bandera, y que al presentarse en público, lo hiciese con el mayor decoro y gravedad, aun cuando dentro del colegio fuese un botarate. Aquel mismo jóven que no dejaba títere con cabeza en el colegio, que al menor descuido merodeaba en los cuartos de sus compañeros como en pais conquistado; y por la noche salia de música con los estudiantes sus amigotes, apedreando vidrieras y faroles, y aun al corregidor y su ronda; al salir de dia por la ciudad, se revestia sin violencia de un aire grave y magestuoso. Al verle pasar los forasteros con aquel aire de provisor y su traje de colorines, se quitaban presurosos el sombrero y admiraban con la boca abierta á aquel jóven, á quien calificaban por lo menos de aprendiz de obispo.

Con todo, no siempre el Colegial usaba el mismo porte. El nuevo solia llevar el bonete hácia la region occipital (en castellano, el cogote), el manto caido, las manos en la vuelta de la beca, y el pantalon recogido hasta la rodilla, á riesgo de que sus medias negras le hicieran pasar por caballero de punto. El antiguo por el contrario, y mas en graduándose de licenciado, inclinaba el bonete chato hácia la oreja derecha, llevaba su manto terciado bajo el brazo, guantes blancos y el pantalon caido y con trabillas charoladas. Pero su vanidad principal estaba en llevar el manto tan raido y deslustrado, (en señal de antigüedad) que apenas se conociera si el color primitivo fué verde, azul ó encarnado: porque es de notar, que aun cuando los colegios solian pasar un tanto anual para vestuario, era muy raro el Colegial que usaba mas de un manto, mientras durase su colegiatura. Al verlo con aquella facha tan profana, los nuevos se escandalizaban, suspiraban al pasar junto á él los padres graves, y á veces ¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres! suspiraba tambien alguna liviana comadre.

Bajo este punto de vista se hizo muy notable nuestro anónimo Colegial, cumpliendo al pie de la letra el vaticinio del padre lector. Asi es que á poco tiempo de haber salido del colegio, y habiendo obtenido buena colocacion en una Audiencia, determinó asociarse á una jóven á la cual hubiera hecho anteriormente Colegiala, si las constituciones del colegio no lo hubieran prohibido de un modo terminante.

Mas no por eso deja de mirarse como Colegial, y considerarse hermano de los que le han reemplazado: cuando se encuentra con alguno de ellos se

informa minuciosamente no solo del estado del colegio, sino que tambien de los muebles y enseres, y en seguida pasa á referirle por menor todas las calaveradas y reyertas que hubo en su tiempo, las botellas que escamotearon al rector, la travesura con que engañaron á unos frailes en un dia de Inocentes, y la reyerta que hubo con un rector intruso, nombrado por el Consejo, al cual echaron de la sala rectoral á bonetazos, haciéndole abdicar en seguida *espontáneamente*. En cuanto á proteccion no hay nada que decir: nuestro magistrado refiere con mucha gracia la contestacion de aquel catedrático moribundo, que preguntándole si le remordia algo la conciencia en materia de grados y honores académicos, respondió con un candor angelical, *no padre, pues yo siempre estuve por mi colegio.*

Hemos procurado bosquejar al Colegial, como era en aquellos aciagos tiempos en que no habia ni libertad ni motines, ni turron ni patriotismo. Y decimos *era*, porque este tipo está ya agonizando, y á la vuelta de pocos años el presente artículo podrá servirle de sermon de honras. En unos puntos la falta de rentas los ha reducido á inanicion, en otros las juntas, las diputaciones provinciales ó el gobierno les han dado el *golpe de gracia*; ora para cargar con el santo y la limosna, ó bien para improvisar con sus despojos raquíticos institutos, ó mezquinos establecimientos de beneficencia.

Quizá á la vuelta de pocos años vendrá algun publicista á revelarnos en tono magistral la noticia de que el sistema colegiado es útil para la educacion de la juventud, doctrina que en el dia es una blasfemia literaria. Entonces se calificará de ostrogodos y jamancios á los *reformadores*, que no supieron utilizar los establecimientos colegiales, que aun subsistian en España, durante el primer tercio de este siglo, y...... ¿quién sabe? ¡quizá vuelva la moda de fundar colegios! porque como dice nuestro refran, *al cabo de los años mil, van las aguas por donde solian ir.*

VICENTE DE LA FUENTE.





EL BARATERO.



mi me gustan los hombres *crudos*, pero de lejos; y aun cuando me despepito como suele decirse por ser espectador de una riña á *navajaso*, la verdad, sino hay un balcon ó un andamio donde pueda colocarme, haz cuenta, lector de mi alma, que dejo mi puesto vacío para el primer prójimo curioso que acierte á pasar y quiera relevarme. No, sino andarse cerca de dos *mosos ternes que se están diñando mojás* ó meterse á separarlos, y sacará algun *javeque* el caritativo mediador..... sin poderlo remediar por supuesto. Y si esto es lo probable con dos *mosos güenos* de la tierra de María Santísima ¿qué no habrá que esperar de la flor y nata de los valientes, de ese hombre con el alma negra, con mil rajas en la piel, con el brazo derecho cansado de mandar bravos á los cementerios, del BARATERO en fin? Confieso que si me pongo á reflexionar seriamente y pienso en que estoy cara á cara con el BARATERO, siento tal dósis de *canguelo* discurrir por mi individuo, que estoy por asomarme al balcon y dar voces á la guardia pidiendo socorro. Y hé aquí que la guardia me hace recordar que hay tropa, y ésta que hay cuarteles, y estos que hay cantinas, donde por mucho que me pese será fuerza buscar al *respetable* tipo que tú ¡oh lector! y yo,


VALLEJO.
ORTEGA

traemos entre manos y entre ojos. Seis, ocho, quince soldados, y entre ellos aquel, miradle, con un mechon largo de pelo sobre la frente recogido en un rizo tras de la oreja izquierda, la gorra de cuartel sobre el ojo siniestro, un pico del pañuelo fuera del bolsillo del pantalon y el de la navaja asomándose por entre dos botones de la casaca: su cuerpo descansando sobre una sola pierna, una mano en el cigarro y la otra en la cintura, y la mirada mas insolente y desvergonzada de la mas descarada criatura. De muy pocos amigos es la fisonomía de este hombre *poeroso*: moreno bronceado, con hondas pintas de viruelas, cejas pobladas y dos chirlos repartidos entre la sien y el carrillo, forman un conjunto de prójimo tan feroz y de un feo tan subido que hace saltar las lágrimas.

El servicio que corresponde al *Baratero soldado* en su regimiento, es sumamente dulce, porque está relevado por el sargento 1.° de su compañía del penoso ejercicio de cuartel y de las formaciones; solo asiste á las revistas ó á alguna guardia cuando vá el sargento primero cuya proteccion se aplica porque son paisanos, ambos del Perchel de Málaga, y porque entre los dos no hay cuentas nunca. El *Baratero* cede su prest al sargento, le hace tambien algunos regalos y le anticipa algunas pesetas, quedando siempre en paz porque el paisano es hombre de rumbo; ademas acompaña de noche al sargento en todas sus espediciones, hace cara á cualquier riña, y con esta mutua proteccion obtiene el sargento fama de muy valiente, aunque dice para sí el *Baratero* que *ez un mala gayina.*

El Baratero suele ser cabo lego, es decir, que no sabe leer ni escribir, y en este caso se llama el cabo Martinez, el cual llegó reclutado al regimiento por una *esgrasia; porque se le espuntó la navaja en un güeso de un amigo y tuvo q'acojese á lasarmas juyendo é los acólitos é la sevéra.* De guarnicion con su regimiento en Sevilla jugaba sus ahorros con los chindos del matadero, y harto ya de perder su dinero dijo un dia que se lo ganaban malamente, se trabó una disputa, medió *el alfile é dos mueyes, mojó á dos,* huyeron los demás, y hecho dueño del campo recogió el dinero de todos y se marchó al cuartel. A cubierto ya de las persecuciones de la justicia ordinaria, partió el dinero con el sargento, éste ayudó á cubrir el espediente respecto de las reclamaciones, y desde este dia el sargento Gutierrez fue el padrino y el protector del cabo Martinez, á quien tambien estiman los oficiales porque en los dias de accion lo ven siempre delante de las guerrillas, y los que tienen un ánimo valeroso hallan fácilmente simpatías.

Echada ya la suerte de su primera jugada y con la proteccion del sargento Gutierrez, *el Baratero* recorre las compañías de su batallon, se hace lugar en los corros donde juegan los soldados, toma cartas como fullero, arma camorras cuando pierde, y si sale vencedor en otra pendencia le cobran miedo, y desde entonces se hace abonar un tanto por baraja, y por derecho señorial del terreno. En los círculos donde no le conocen exige este derecho clavando su navaja al lado de los naipes del que tira el cané: tiene tres ó cuatro lances

todos los dias: vive de sus rentas: fuma puros: viste de paisano, y si cumple su tiempo de servicio sin que le maten ó le condenen á presidio vaga por el mundo el resto de sus dias acometiendo toda clase de empresas arriesgadas y nunca se le ocurre acometer la mejor de todas, la de ser hombre de bien.

Y ahora si á bien tuvieras, lector carisimo, seguirme hasta la no menos superlativa en belleza Málagá peregrina, á fé que te lo agradeciera, porque seguramente tropezariamos con otra edicion del cabo Martinez, y yo tengo por muy cierto que los duelos con pan son menos, es decir, que en lances de peligro cuanta mas gente mejor, y si nos ha de suceder alguna desgracia, mas vale que se réparta entre todos, porque aun cuando suele decirse que mal de muchos consuelo de tontos, el adagio es el que yo tengo por tonteria rematada. El alma generosa que vé padecer á cuantos le rodean, olvida una gran parte de sus penas propias por compadecerse de las ajenas, y ademas, el amor propio no padece cuando las calamidades no son esclusivamente nuestro lote y esto no solo es algo, sino aun algos en punto á la seguridad individual. Esto supuesto, sígueme, daremos un paseo por la puerta del mal y observarás alguno que otro grupo de muchachos descamisados á quienes conocemos con el nombre de *granujas*, sentados en el suelo, disputándose con una mugrienta baraja hasta dos reales en cuartos subdivididos en monedas de menor entidad. Están en la academia; asi principia su educacion, y alguno de entre ellos mas valiente que los otros, ó mas palabrero, ó peor intencionado, ya oculta bajo los sucios harapos que forman su atavío una navajilla con la que amenaza á los demás sino le pasan sus fullerías, porque el *Baratero* suele empezar casi siempre por tramposo. El que ha de revestirse con este carácter conócese ademas, en que media en todas las disputas, transige las diferencias, se hace respetar, presenta una baraja señalada para que tallen con ella y es, por ultimo, el mas atrevido y el mas diestro en apropiarse la hacienda ajena contra la voluntad de su dueño. Por la tarde se entretiene en *centralizar* en su poder los pañuelos de los viandantes para venderlos y jugar su valor, y por la noche y por la madrugada recorre los puntos del mercado *chorando*, como él dice, *lo que ce puee, y poniendo las cozas e su sitio.*

Cuando una guerrilla de estas se despliega desde la calle Nueva hasta la Alameda no hay pañuelo seguro en los bolsillos, y por mas prevencion y cuidado que se tenga, usan de tales mañas y sutilezas, que pierde cualquiera transeunte la comunicacion con sus narices. Estoy oyéndote dudar, lector benévolo: te veo fruncir los labios, manifestando con tu sonrisa un «que se acercasen á mi» y para convencerte de que no hay prevision suficiente para ello, quiero contarte un lance ocurrido allí no ha mucho tiempo que un arriero á quien le robaron una onza, teniéndola metida en la boca porque no se la quitasen.

—Un domingo en el momento de tocar á misa de doce, apuraba un arriero á un compañero suyo que se encontró en la puerta del mar, para que lo

acompañase á la iglesia, á lo que el desconfiado palurdo se negaba, dándole por pretesto que no queria meterse en bullas porque traia una onza de oro en la faja. El otro le hizo ver que no era razonable escusa para perder la misa: volvió á instarle, y para que se tranquilizara completamente: *métete*, le dijo, *la onsa en la boca, que de hay no te la sacarán*. Asi lo hizo el mal aconsejado mancebo, y satisfecho de la ocurrencia encamináronse los dos á la iglesia. Un grupo de *granujas* oyó la conversacion; observaron la operacion del cambio de bolsillo, y destacáronse tres como de unos diez y ocho á veinte abriles, y siguieron á los arrieros hasta la iglesia. Se despojaron de zapatos y sombreros, tomaron entre dos un pañuelo por los cuatro picos, echaron dentro algunas monedas de cobre y plata, y como si fueran dos marineros que iban pidiendo por cumplir un voto para decir una misa á la virgen del Carmen, se introdujeron en la iglesia colocándose al lado del arriero que estaba con su onza en un carrillo observando al través á cuantos estaban á su alrededor. Los dos fingidos marineros no quitaban la vista del arriero, conservando al mismo tiempo la actitud mas hipócritamente devota. Llegado el *ite misa est*, y al inclinarse como los demas fieles para recibir la bendicion, soltaron uno de los picos de trapo y derramáronse las monedas por el suelo. *Naide ce mueba, cabayeros, lo este dinero es de la virgen zanticima ; ¡ cudiao con la onsa! ¿ á onde está la onsa!!* Miraron todos al suelo, teniendo buen cuidado de no bajarse los fingidos devotos de la virgen, y volvió á repetir el otro: *la onsa pa mizaz pa la virgen no paese ¿quien ha tomao la onsa? Este pícaro la cojió y ze la metió en la boca*, dijo uno de los oyentes que era el otro compinche, señalando al arriero. Este, echóse mano al momento, y al vérsela sacar de la boca todo el auditorio se indignó contra el improvisado ladron: arrebatáronsela los supuestos marineros ayudados por muchos circunstantes, y mientras el infeliz arriero juraba y perjuraba que era suya, ya estaba la onza muy lejos de la iglesia en poder de sus nuevos dueños, quienes se escabulleron de entre la muchedumbre con la rapidez que se desliza un pez en el agua.

Todos estos ardides no tienen otro objeto que sostener el vició del juego en el que poco á poco vá formandose *otra clase de Baratero* que asienta sus reales en la *pescaderia* y en el *muelle nuevo*, riñe en la playa tras de las barcas, y ya hecho hombre se halla en completa posesion de los goces de su destino, juega y gasta en las tabernas, mantiene una querida, y obtiene las rentas de su profesion.

Cuando esta clase de Baratero llega á ser conocido y temido, se establece en la casa de su querida que vive en el *mundo nuevo*; tiene por aprendices algunos barbilampiños que le sirven de espias al par que de echadizos para sus riñas premeditadas; y en tal estado ya el *Baratero* es un *temeron*, vive de su propio crédito y hasta los alguaciles lo respetan.

Cuando el *Baratero* necesita mas dinero del que le traen sus aprendices de los corrillos de juego establecidos en su demarcacion, porque suele acontecer que cada barrio tiene su *Baratero*, sale de mal talante de casa de su *chai*, y

dispuesto á entrar en lid, se derriba el sombrero sobre los ojos, se echa la chaqueta por delante del pecho, se acomoda por debajo de la camisa en el brazo izquierdo un manguito tejido de cañas, en el pecho un cuchillo, y una navaja en la faja, sujeta con una cadeneta prendida de un boton de los pantalones, gasta poquísimas palabras y vá determinado á *armarla* en una parte fija. Dirígese como una hiena por el lienzo de la muralla, llega al Guadalmedina, discurre solitario por el hondo cauce del seco rio, y aparece de improviso tras de unas tapias donde se esconde una cuadrilla de charranes, soldados, granujas y marineros, toda gente perdida, desalmada, deshonrible y sin camisa.

—*Guarde Dios á loz cabayeroz y jente güena.*

—*Y á zumesé tamien, zeñó Curro*, contestan algunos, fijas en el nuevo interlocutor las miradas de todos. No se interrumpe por esto el juego, sino que afectan indiferencia, pero no por esto dejan de recelar de las buenas intenciones del *zeñó Curro*. Este empieza generalmente por hacer un par de puestas, prévia informacion de los fondos existentes, y apenas las ha perdido, coge la baraja y la rompe presentando otra en seguida, acompañada del cuchillo que clava sobre la manta en que juegan. Si no hay quien le chiste, el dinero es suyo; mas si hay en la reunion algun *Baratero* de aquel barrio que estaba ya cobrando el piso á aquellas criaturas, recoge el cuchillo y lo tira diciendo: *aquí no nos azustan arfileres.*

—*Compae Juan, échece osté ajuera.*

Y entrambos se dirigen á la playa seguidos á distancia de algunos prosélitos aficionados. Despues de escogido el terreno apropósito, se lian al brazo izquierdo las chaquetas, cogen el sombrero en la misma mano, con la derecha el cuchillo, y empieza el uno:

—Ea, vamoz á ver los mosos güenos.

—Tire oste! Y empiezan á girar al rededor, manteniendo sobre poco mas ó menos este diálogo.

—Vente á mi, Curriyo, zin canguelo, no tarretires.

—Párece oste, zeñor Juan, quez osté un periquiyo saltaor.

—Anda aqui chavalejo.

—Ea, Dioz mio, encomiéndeze oste á Dioz.

—¿Te jeri?

—No ha zio ná.

—Poz voy á rematarte: Isioriyo, ayégate po el zantolio.

—Me gie osté ya zeño Juan; juy!..

—Juya oste por Dioz, que ya eztoy ensima, y le voy á abrí un boquete mas grande que el ojo é un puente.

—Ay Maria Zantízima! zujetáme, muchachoz, que me voy á quear con él, y zerá una láztima eze moso.....

Y aqui intervienen por una y otra parte los amigos, y en este caso el dinero del barato se gasta en la taberna y la reputacion de los *Barateros* se aumenta en sus respectivos barrios.

No suelen terminar del mismo modo las cuestiones entre el *Baratero* y un desconocido cualquiera que se oponga á la exaccion del dinero, sinó que entonces sucumbe éste quedando mal herido, porque el Baratero tiene una inmensa ventaja en el arte de tirar al cuchillo y á la navaja, armas que maneja con mucha superioridad sobre un sable ó un florete en manos de un buen diestro.

Tambien acontece, aunque rara vez, que por antigua enemistad ó por negocios en que median mujeres, dos Barateros se desafian, y ambos valientes se meten (como ya ha sucedido) en el zaguan de una casa, cierran la puerta de la calle, y en aquel reducido espacio se dan tantas puñaladas sin poder defenderse, que mueren entrambos. Esta catástrofe horrorosa se ha visto reproducida en Málaga y en Sevilla en distintas ocasiones; pero no son muy comunes semejantes atrocidades, porque el *Baratero* despues de habérsele seguido diferentes causas por heridas y asesinatos, suele parar en presidio de donde sale para la horca si ejerce alli su oficio.

El *Baratero de la cárcel* se desvia del carácter de los anteriores, y su posicion es tan triste y desgraciada que si bien no escita el llanto, porque no hay quien llore por las penas ajenas desde que murió el Corregidor de Almagro, que diz falleció de pesadumbre por haberle sacado el sastre unos calzones cortos de tiro á un compañero suyo, al menos debia escitar la pública conmiseracion. Tal vez estarás aguardando á que yo me formalice habiendo llegado á la descripcion del tipo en el *maximum* de sus cualidades características pero ahí está la dificultad; porque yo soy mas alegre que unas sonajas, mas apropósito para una boda ó un bautizo que para un entierro. Verdad es que considerado el asunto en toda deformidad, con poco que se reflexione, con poco que se fije la imaginacion en el hombre criminal que cumpliendo su condena no hace mas que reproducir y multiplicar sus crímenes, tendriamos que deducir tristísimas consecuencias, porque á poco que investigásemos, hallariamos culpable á la sociedad misma, que sin haber admitido en su seno ciertas clases de hombres, les hace pagar con la vida los desvios de sus leyes. En efecto ¿qué garantías ofrece la sociedad al hombre salvaje á quien sin embargo priva de sus libertades? Si la ley del fuerte contra el débil se hace prevalecer, esta misma tiene en su abono el *Baratero*; y segun hemos visto, el *Baratero* que se forma del *granuja*, *el Baratero charrán*, este hombre en su esencia, no debe á la sociedad mas que el borron que cubre de infamia su nacimiento. Salió de la casa de espósitos quizá para socorro de una nodriza; por hogar tuvo el campo, por alimento el que se proporcionaba con su propia industria, y por porvenir la miseria presente de su vida. No ha reclamado en su favor las leyes ni las protecciones sociales, y guiado por su propio instinto ha crecido con la miseria, lo ha robustecido la desnudez, y dotado de un corazon valiente, usa de la ley natural para conservar su vida. La sociedad lo creyó perjudicial, y no autorizando sus duelos verificados en buena lid, lo condena á presidio, y este sér inculto, que no reconoce otras leyes que su propia fuerza,

en la cárcel misma, con los grillos en los piés y la cadena en la cintura, sigue ejerciendo la baratería. Espulsado de la comunion social, como miembro corrompido, ella le coarta sus facultades sin darle en cambio ventaja alguna, y cuando lo ahorcan por un nuevo crimen, no hace otra cosa que valerse de la ley natural!...

Pero olvidábaseme, lector amigo, que habias tenido la condescendencia de seguirme, y si no lo llevas á mal, entraremos en la cárcel y nos asomarémos al patio, mediando por supuesto entre nosotros y los presos una gruesísima reja, especie de garantia constitucional, que es el limite ó barrera que separa á los criminales del mundo civilizado, del mundo moral, del mundo religioso.

Desde allí veremos al *zeñó Curro* no entorpecido con las calcetas de Vizcaya ni agobiado con las cadenas, sino risueño, alegre, diciendo chanzonetas, haciendose obedecer y *cobrando el barato* á los demas presos. Le verás osado dirigirse al que acaba de entrar, que parece afligido por su desgracia saltándose de su ojos gruesas lágrimas arrancadas por el horror y el sentimiento de su posicion: á ese, pues, llega el *Baratero*, le pide el dinero que traiga para *guardárzelo á zumersé de eza gente perdía*, y si el infeliz no lo tiene y está decentemente vestido, el Baratero propone á los demás la venta de aquella ropa, ajustándola prenda por prenda.

Para hacerse respetar el *Baratero* de los otros presos, conserva siempre alguna herramienta, algun arma peligrosa, burlando la vigilancia de los carceleros que hacen la requisa, y si no, forman una cuchilla de hoja de lata que esconden pegándosela con cerote á la planta del pie, ó inventando cualquier otro espediente no menos ingenioso. Los accidentes de su oficio son ahora lo mismo que antes, y si el *Baratero* se encuentra con otro en la cárcel, no aviniéndose á partir las utilidades, riñen, y la muerte de uno de los dos es inevitable. La sociedad se encarga de vengar al culpable que queda vivo, porque entrambos lo son igualmente, y porque ha tenido la desgracia de sobrevivir á su compañero, lo ahorca, y aun cuando no lo quiso reconocer como miembro para que optase á sus beneficios lo condena á muerte, por propias culpas de su mala organizacion, de su falta de armonía y buen acuerdo.

Podríase añadir á este tipo el del marinero y el del contrabandista, pero deben considerarse estas clases como hijuelas del tipo principal, y sus descripciones además no presentarian variedad alguna. Y aun cuando el Baratero no es hijo esencialmente de Andalucía, puesto que en otras provincias se encuentra tambien, no por esto se diferencia en sus hábitos, y seguramente el *Baratero andaluz* sino es el tipo en su orígen, por lo menos es el mas generalmente conocido.

Y en verdad, que siento el fin desastroso de este mozo *cruo* por mas que haya estado con sobresalto y recelo hasta la trágica escena en que forzosamente debia venir á parar por sus desaciertos y violencias. Dios le perdone sus culpas como yo le perdono el susto que me ha dado, aunque mucho desconfio que asi suceda en bien de su alma, indómita y feroz hasta en sus últimos momentos.

Así por lo menos me lo ha demostrado á mi uno que ví ajusticiar, el cual, habiendo pedido con mucho empeño hablar al público, lo que le fué concedido, se dirigió á los espectadores, que en silencio le escuchaban curiosos, y dijo: «Hermanos, la advertencia que tengo qne haceros en este mi último trance es, que cuando vayais á comer un huevo pasado por agua, no le descascarilleis antes de partir el pan, porque se encuentra un hombre muy embarazado con el huevo en la mano sin saberse que hacer.» Lo cual segun lo interpretó un ompañero suyo, quiere lecir que nadie se meta á *Baratero* sin contar antes con los escribanos.

ANTONIO AUSET.





EL PATRIOTA.



i á Napoleon no se le hubiese antojado en uno de sus vértigos guerreros hacer el regalo del trono de España á su querido hermano José, es muy verosimil que no se conociese en ella el Patriota, planta exótica desconocida hasta la invasion francesa y que desde entonces acá ha pasado por mil vicisitudes ya prósperas ya adversas. Con efecto, la cuarta edicion del Diccionario de la Academia publicada en 1803 dice: «Patriota, lo mismo que compatriota, el que es de la misma patria:» prueba evidente de que en lo antiguo no tenia aquella palabra la acepcion que en el dia, y de que nuestros abuelos no conocieron por su dicha esta casta de gente tal como hoy existe. Posteriormente durante la gloriosa lucha que esta Nacion magnánima sostuvo con tanto denuedo contra las huestes francesas, fué cuando varió de significado la palabra Patriota, aplicándose á los que por sus heróicos sacrificios de todas clases en favor de la independencia merecieron una calificacion honrosa que los designase á los ojos de sus conciudadanos como hombres que habian merecido bien de la patria en razon á los importantes servicios que habian prestado. Pero esta calificacion era muy rara, la merecian poquísimas personas, y no habia nadie tan osado que de su propia autoridad se atreviese á darse el titulo de Patriota libre de todo gasto con tanta facilidad como se dan ahora las cruces de Cárlos III.



En nuestros dias ya es otra cosa, los hombres han desechado la modestia por inconducente, y los Patriotas de motu propio son tan comunes entre los españoles como los ministros, los generales, los cesantes ó los dones. Decimos de motu propio porque en cuanto á verdaderos patriotas se perdió la casta casi enteramente, siendo tan contados los que se logren ver entre nosotros, que no parece sino que sean oradores, frailes ó pueblos que no se hayan pronunciado.

El Patriota tal como hoy lo consideramos, ha tenido sus épocas como los trajes y como estos ha mudado de nombre segun aquellas, aunque su uso haya sido siempre uno mismo. Asi como el frac moderno y la casaca antigua se diferencian en el nombre y no en el objeto para que sirven; el Patriota de 1820 y el de 1843, aunque con diferentes denominaciones, han servido siempre maravillosamente para desorganizar el pais, apoderarse de los empleos, engañar á los tontos, quebrantar el sétimo mandamiento y conducirnos por término de sus desbarros al mas intolerable despotismo. Es verdad que á sus mercedes (perdónenme el tratamiento) les importa poquísimo este fin de fiesta, pues una de tres, ó se van unos á pa's estranjero con el riñon bien cubierto hasta que una amnistia ó una nueva revolucion les deje espedito de nuevo el teatro de sus hazañas; ú otros mejor avenidos bailan al son que les tocan, reconocen su error y se postran ante el dominador como los persas de 1814, los regatos de 1823 y los recientes ayacuchos; finalmente los terceros, que aunque constituyen la fuerza de la clase son unos meros instrumentos para la elevacion de los otros, unos patriotas *patatas*, digámoslo asi; se quedan tranquilos en su casa, si es que la tienen, sin otra variacion que mudar el collar al perro, y gritar que muera lo mismo que pocos dias antes vitoreaban con entusiasmo. A esta numerosísima especie pertenecen los tragalistas de 1820, los que apedrearon al infortunado Riego en su marcha al cadalso, los que apaleaban en aquel tiempo á cuantos llevaban cachuchas, melenas ó cintas verdes, los que gritaban muera la nacion y vivan las canas, los que mas tarde en nuestros dias se pronunciaron contra los jaiques y sombreros blancos, y los que últimamente sin decir agua va ni cosa que lo valga, aflojaron últimamente la friolera de 15 ó 20 trabucazos á la berlina del general Narvaez. Habrán variado en el nombre y aun si se quiere en las formas, pero la esencia es una misma. Comuneros, realistas ó patriotas, de cualquier modo que se llamen, no dejan de ser por eso los mismos perros con distintos collares. Y ya que se trata de diversos nombres que ha recibido la especie desde que existe, diremos como de paso lo que acerca de su exactitud nos ocurra. El de Patriota es el menos adecuado para calificarle como habrán inferido nuestros lectores de lo que va dicho, y no sabemos en qué se habrá fundado nuestro tipo para apropiársele, á no ser en que de viento y agua bendita cada uno toma lo que quiere. El de realista tampoco le cuadra, porque este significa en su verdadero sentido el súbdito de un gobierno monárquico puro mas ó menos suave pero firme y estable, y no puede haber estabilidad ni firmeza en ningun gobierno que consienta los entes de que nos ocupamos. Resta pues, la denominacion de comunero, la cual es sin duda la que viene de molde á esta

tercera clase, primero: porque comunero significa el que tiene parte con otro en alguna hacienda, ó bienes raices; y nuestros patriotas, si bien es verdad que no tienen parte con nadie por carecer de otros bienes y raices que sus bigotes, quisieran tenerla en todos y con todo el mundo; y segundo: porque segun ellos mismos decian eran quinientos mil los que estaban resueltos en 1820 á defender heróicamente nuestra libertad contra el poder de la Europa entera; mas al entrar el ejército francés desaparecieron los bravos, y segun afirman algunos autores se metieron en un.... de donde es fama que pasados los instantes de mayor peligro

Salieron torciendo el gesto
mirándose á todos lados
y esclamando amostazados
¡Ay valor, cuál nos has puesto!

No queremos decir ni remotamente con esto que los patriotas de ogaño hicieran lo mismo que los actores del malhadado drama, cuyo fatal desenlace acabamos de referir: nada de eso: aquí no hacemos mas que el papel de meros historiadores sin pretensiones de adivinos, y por lo tanto no nos es dado presagiar lo que sucederia en casos dados. Creemos sin embargo, que aquellos no cederian el campo como los otros, ni se dejarian arrebatar su esclusiva libertad tan fácilmente, atendiendo á la energía y bravura que han desplegado en los infinitos motines que se repiten diariamente para bien y prosperidad de nuestra amotinada patria. ¡Bonitos son nuestros patriotas para que nadie les pase la mano por el lomo! Por quítame allá esas pajas y en menos que se dice cerrojo, como el ejército esté de su parte y sepan que no hay quien los hostilice, arman ellos un glorioso pronunciamiento que no hay mas que ver. Pero es requisito preciso, indispensable, *sine qua non* para que sea nacional y glorioso que la tropa lo apoye, que se cuente con ella, valiéndonos de la espresion técnico-patriótica: si no es asi, si por un fenómeno poco comun en los tiempos calamitosos que alcanzamos se empeña en permanecer fiel á sus deberes; entonces la cosa varía de aspecto: los patriotas de valía no dan la cara, contentándose con escaramuzar en terreno menos espuesto y tientan fortuna por medio de sus fieles jamancios, dispuestos siempre á lanzarse á la arena revolucionaria como hombres que nada tienen que perder y si mucho que ganar por aquello de: á rio revuelto, etc. En el supuesto de que el glorioso salga mal, nada importa: el que pudo pescó y nuestros héroes se meten en su casa bajo la garantía de una capitulacion honrosa, que nunca deja de concederles un gobierno débil, y hasta otra si Dios quiere, que sí querrá, porque en materia de perseverancia no hay quien igualarse pueda al patriota.

En vista pues de cuanto llevamos espuesto acerca de las pequeñas diferencias que se notan entre el Patriota de antaño y el de ogaño, no nos atrevemos á decir si pertenecen á dos razas distintas ó si forman una misma y única especie: nos inclinamos sin embargo mas al segundo aserto, y creemos que son una misma

cosa con la sola modificacion que el progreso, la civilizacion y las luces han impreso en el carácter del primero para transformarlo en el segundo tal como hoy se nos presenta. Con efecto, mientras que el Patriota antiguo se contentaba con cantar el trágala, ó algun responso, ó con parodiar un entierro completo frente á la casa de la autoridad ó individuo que le era antipático, el moderno mata, arrastra, y despedaza á todo el que se opone á sus caprichos, lo que no deja de ser un pequeño adelanto producido por las luces de nuestro siglo, porque es indudable que muerto el perro se acabó la rabia. El Patriota de ogaño ha deslindado ademas con un tino admirable sus atribuciones y poderes que andaban en lo antiguo mezclados confusamente con los de otras clases de la sociedad sin límite fijo y constante de donde se originaban estas limitaciones perjudiciales á los derechos de aquel y de estas, como por ejemplo que el Patriota cantase responsos entremetiéndose en las atribuciones clericales y que los curas se atreviesen á correr usurpando de este modo los derechos de los buenos Patriotas. Este era seguramente un absurdo que la civilizacion moderna no podia tolera sin imprimir un borron eterno en las mas bellas páginas de nuestra historia: por cuya razon el Patriota ha resuelto que los curas queden autorizados para cantar cuanto quieran; reservándose empero para sí la administracion y usufructo de sus bienes que les corresponde en virtud de la ley mas poderosa y enérgica del mundo.

Tales son las principales variantes que se advierten entre los patriotas pasados y presentes, las cuales son como ya hemos dicho mas que diversidad en el género, efecto del espíritu del siglo que aunque insensiblemente al parecer comunica su influjo á todo vicho viviente: no es pues de estrañar que nuestro tipo se resienta de esta influencia, y que siendo este el siglo de lo positivo y de la asociacion, esté aquel por lo material y se asocie con otros de su clase para llevar á cabo la grande obra de la regeneracion de la especie humana.

Quede pues asentado que consideramos á todos los Patriotas co no pertenecientes á una misma familia, de no sabemos que reino de la naturaleza y dejando ya de ocuparnos de los atiguos trataremos solo del de nuestros dias en lo que resta de este artículo.

El Patriota es un sér material y palpable muy semejante al hombre, del que solo puede distinguirlo un observador muy esperto por la fiereza. Tiene en el principio de su carrera mucha analogía con el caracol, porque comunmente como este lleva á cuestas cuanto posee. Parécese tambien al gusano de seda que al nacer se arrastra penosamente; pero convertido despues en mariposa vuela que es una maravilla: tiene mucha semejanza con el pino, á cuya sombra no medra ninguna otra planta, y finalmente goza de las propiedades del hierro, pues es duro, tenaz, maleable y ductil. Pruébase que es duro porque no lleva trazas de arrepentirse del mal que sus teorías y revoluciones han causado al país; tenaz porque nada aprende de la esperiencia propia y ajena que demuestra claramente lo irrealizable de sus ideas. Maleabilidad es la facilidad que tienen los metales de entenderse y acomodarse á las formas que quiere dárseles, el

Patriota se presta á todas y así se saca de él un legado, un jefe político, un general, ó un ministro, como un escribiente, portero ó editor responsable; finalmente ductilidad es la propiedad de estenderse en alambres delgados pasando por agujeros muy pequeños, y es evidente que en tratándose de alcanzar un empleo se cuela el Patriota por el ojo de una aguja.

Resulta pues de todo lo dicho que no es fácil designar con certeza á cuál de los tres reinos pertenece nuestro tipo supuesto que se parece al hombre en la figura y á la ballena en las agallas; al hierro en varias cualidades y al pino en su mala sombra.

No tenemos noticia de que Buffon, ni otro algun naturalista hayan observado y definido á este sér impermeable y anómalo con la detencion y exactitud convenientes, y como no tenemos pretensiones de sabios dejamos á nuestros lectores de su cuenta y riesgo la libre facultad de colocarlos en el reino y lugar que sea mas de su agrado: respecto á nosotros los colocariamos aunque fuese en el reino de los cielos y en el lugar de los bienaventurados á trueque de vernos libres de sus travesurillas.

Esta especie se divide en infinito número de variedades que no podriamos analizar individualmente en lo que da de sí un artículo, por lo que nos concretaremos á tratar de las tres principales en las que resalta mas la belleza de nuestro tipo: á saber: el Patriota aristócrata, el de la clase media y el Patriota plebeyo ó jamancio propiamente dicho del verbo jamar, que en gitano ó caló quiere decir comer mucho y con ansia.

El Patriota aristócrata es el resultado de la industria aplicada á una primera materia, que suele ser un médico, un oficial subalterno ó mas comunmente un abogado de provincia. Esta última clase es la mas á propósito para la confeccion de nuestro modelo que diremos como se elabora, y los diferentes estados porque pasa hasta llegar á la perfeccion. Dispuesta de antemano nuestra primera materia con el difícil conocimiento de nuestros inmensos códigos, que si no indica talento supone á lo menos una memoria poderosa y ejercitada, empieza á tomar interiormente un color político con la lectura de las obras de Filangieri, Bentham y otras que no conozco; por este tinte ó barniz no se manifiesta todavía á los ojos de los no inteligentes, ni nuestro mismo artefacto puede preveer la perfeccion á que llegará algun dia. En este estado y con gran copia de ideas adquiridas, aunque ninguna propia, empieza nuestro Patriota su camino emitiéndola magistralmente en las reuniones de sus estupefactos amigos, que escuchan admirados aquello de que el clero y los ejércitos permanentes son la polilla de las naciones, con otras muchas frases vacías, tanto mas aplaudidas cuanto menos entendidas son del estólido auditorio, y aun quizá del mismo que las pronuncia. Prodúcele no obstante esto un tributo unánime de admiracion y respeto; corre su fama de boca en boca, se hace popular, concluye por elevarlo al encumbrado puesto de alcalde, regidor ó comandante de la M. N. y cátate ya á Perico hecho fraile.

Ya está en carrera nuestro héroe y no es difícil presagiar que subirá tan alto

como la luna. Efectivamente en tal estado y pertrechado además de las sutilezas y sofisterias forenses, con su poquita costumbre de hablar en público y la buena fe proverbial de nuestros curiales, empieza nuestro Patriota á echar de sí tal copia de alocuciones, profesiones de fe política, proclamas, etc., etc., etc., que no parece sino que sea un furioso puerco espin lanzando puas en todas direcciones. Con esto y con tomar parte activa en alguna asonadita de éxito seguro, sin descubrir demasiado el bulto por si van mal dadas, y con algunas intriguillas electorales conducidas con esa sagacidad raposil de que tantas pruebas da continuamente nuestro dechado, consigue por fin la honra de representar á sus comitentes en la legislatura próxima y con este melon se llenó el seron. Trasládase desde luego á la corte donde se asocia y pone de acuerdo con otros de su calaña, y empieza una nueva época de su vida, mas fecunda en grandes acontecimientos que lo han de elevar á secretario del despacho, ministro del tribunal supremo, ó cuando menos á jefe político ó togado de alguna audiencia, segun su capacidad ó fortuna que de todo hay en la viña del Señor.

El Patriota aristócrata recien llegado de su provincia y el que lleva algun tiempo de residencia en la corte; si bien tienen puntos de contacto ó semejanza, tienen tambien diferencias esenciales que apuntaremos ligeramente para inteligencia de nuestros lectores. Parécense por ejemplo como un huevo á otro huevo en sus discursos ó peroratas: las mismas ideas, el mismo tema, el eterno prurito de manifestar un valor cívico y aun guerrero incontrastable que á fuerza de preconizado se convierte en ridículo, y que dará lugar con el tiempo á que los andaluces pierdan su fama de baladrones y ponderativos.

Se diferencian en que el Patriota recien llegado es comunmente jovial, francote, campechano y accesible á sus amigos por muchos dias, pero despues es cosa de ver cómo se va desprendiendo de su rústica corteza, procurando elegantizarse y queriendo tomar las maneras cortesanas, y el tono de los grandes señores hasta hacerse la ilusion de que es un soberbio diplomático, sin tener en cuenta que aunque la mona se vista de seda, lo demás que es consiguiente. Entonces pierde la alegría provincial, se hincha, da antesalas cumplidas al que necesita verle, se convierte por decirlo de una vez en un señor (por mal nombre) con mas ínfulas y orgullo que pudieran tener en sus tiempos Guzman el Bueno ó Gonzalo de Córdova. Cuando los vemos contonearse con ademan forzado aparentando la esmerada finura que no se adquiere sino en la niñez y que ellos han aprendido demasiado tarde, nos da gana de gritar como á los muchachos que en el carnaval ponen rabos á las personas descuidadas; *lárgalo que no es tuyo*. El Patriota aristócrata se distingue de las demas clases de su misma familia, en que no gasta barbas en ningun caso, ni aun bigote generalmente á pesar de la abundancia de esta mercancía: tiene una predileccion marcada hácia el frac negro, hasta el estremo de que algunos no lo sueltan jamás y parece que duermen en bandeja; gasta sombrero de penúltima moda, rara vez lleva los guantes en su sitio, y últimamente se distingue en su semblante risueño y cariacontecido que indica un ente satisfecho de sí mismo y del omnímodo poder que ejerce sobre las otras dos clases,

de que nos ocuparemos en seguida, las cuales están sujetas á una disciplina mas rigida que la que observaban las estinguidas órdenes mendicantes.

El Patriota de clase media puede tener mil origenes distintos pero por lo comun es el producto de un empleado subalterno de administracion, de un escribiente de gobiernos políticos, amortizacion ó diputaciones provinciales, de un sargentó del ejército, de un señorito revoltoso de lugar, de un jugador tronado, de un cesante nulo, de un abogadillo de mala muerte ó de un tuno libertino. Imposible nos es detenernos á esplicar cómo se forma el Patriota de cada una de estas individualidades, por no permitirlo la estension de este artículo. Baste decir que los pulmones de cada cual desempeñan un trabajo importantísimo en la confeccion de esta obra y que son de consiguiente una parte esencial de la clase.

Los trámites que sigue su elaboracion son parecidos, aunque en menor escala, á los de la variedad anterior, diferenciándose solo en que mientras los unos llegan á ministros, quedan los otros de administradores de rentas, secretarios de intendencias, ó cuando mejor va la suerte de jefes políticos ú oidores. Pero para que se verifique esto último es necesario haber sido diputado provincial y ganado algunas elecciones á favor de sus protectores, ó representante del país en alguna legislatura, cargo que no está reservado esclusivamente al Patriota aristócrata, si no que muchas veces cabe en suerte al de la clase media en virtud de una de esas intriguillas electorales á que apenas se presta la ley qué rige en la materia.

La elocuencia del Patriota de clase media se diferencia bastante de la de la especie anterior: comunmente está reducida á decir que si quieren meterle miedo no lo conseguirán, que derramará hasta la última gota de sangre por las libertades patrias, que allí está él para defender los derechos del pueblo soberano; que se trata de imponerle militarmente, que los militares son unos verdugos, y que sus contrarios meditan una reaccion espantosa. Esta oratoria tiene bastante de comun con el fandango de Cádiz, pues como á este puede aplicársele aquello de patilla y cruzado y volverá empezar, y tambien es muy semejante al cuento de la buena pipa que nunca se acaba.

Así como varia la elocuencia varia tambien el aspecto esterior de esta especie, cuyos individuos usan siempre bigote y han usurpado á los capuchinos el derecho de dejarse crecer la barba: son muy inclinados á los chalecos amarillos y gabanes blancos, suelen llevar guante verde, sus sombreros pueden compararse segun sus dimensiones á los bombos de las músicas militares.

Su oficio es mas arriesgado que el de los aristócratas, pues si han de conseguir el objeto de sus desvelos necesitan azuzar á las masas con su poderosa palabra y esforzados ademanes en los gloriosos y nacionales pronunciamientos, á fin de que triunfen los sanos principios y se salve la patria mudando á todos los empleados que son unas sanguijuelas voraces.

Finalmente el Patriota plebeyo es un ente mecánico destinado por la suerte á ser el mero ejecutor de los planes que concibe y dirige el aristócrata segun sus fines, el cual comunica sus órdenes por el conducto del de la clase media, seguro

de que han de ser ejecutadas fielmente y tal vez con exceso de celo. Esta especie carece de facundia, su elocuencia la constituyen pocas pero enérgicas palabras, y como anda en dos pies por la misericordia divina y habla por un milagro palpable, se insinúa de una manera bastante indicativa, valiéndose en todos casos de los argumentos convincentes de los secuaces del Corán. Dios con su infinito poder nos libre de caer en manos de estos séres privilegiados en su raciocinio y persuasiva contundente.

El trajo del Patriota plebeyo se reduce á una levita gris ó chaqueta con caireles, gorra de cuartel ó sombrero calañes, faja y navaja ó sable de los que usa la infantería del ejército. Lleva bigote largo y bronco unido á la patilla de boca de jacha, y conviene únicamente con las clases anteriores en ser baladron y *cruo*, y en el vehemente deseo de salir de la esfera donde lo colocó la suerte, consiguiendo encontrar la verdadera piedra filosofal de nuestros dias; vivir sin trabajar: he aquí su fin, he aquí el objeto de sus inocentes desaguisados. Suele sucederle sin embargo que despues de haber destrozado sus pulmones alborotando las plazas en beneficio ajeno, despues de correr los peligros propios de quien se dedica á estas inocentadas, empeñándose en hacernos libres y felices á palos y sablazos, despues de haber salvado la patria por unos dias, se queda en el estado que estaba antes, sin haber sacado otro fruto de sus hazañas que el trago de vino y la pesetilla que ha recibido durante la bullanga. Esta pobre patria, que segun se ve esta destinada á correr mas peligros qne Penélope durante la ausencia de Ulises, vuelve á esta en riesgo al poco tiempo, y nuestro Patriota acude nuevamente á su defensa, se exalta, se agita, suda y se afana creyendo que tan repetidas salvaciones han de conducirlo al fin al item de la dificultad: todo en vano, jamás alcanza nada y á nadie puede aplicársele con mas propiedad aquel retazo de un cuento que dice: «Si te hallares en la presencia de Dios, hijo, que no te hallarás porque al paso que vas te condenas: etc.»

El Patriota plebeyo se forma de cualquier cosa y espontáneamente; es decir que no pasa por los diferentes grados de elaboracion que los otros, porque tanto en su origen como en su apogeo es siempre una primera materia en bruto con gran cantidad de *carpanta* que lo convierte en jamancio, animal mas perjudicial y dañino que todas las plagas de Egipto, pues estas fueron pasajeras y por sola una vez, y el otro es una calamidad permanente y funesta que tendrá término sabe Dios cuando, por la sola razon de que no hay nada eterno. ¡Ojalá que la suerte nos deparase un hombre que con el genio de Cervantes se dedicase á escribir el *Patriota andante*, y acabara de una vez con estos entes tan ridículos como los caballeros de aquel y mucho mas nocivos á la sociedad que los tolera!



IGNACIO DE CASTILLA.



LA DONCELLA... DE LABOR.

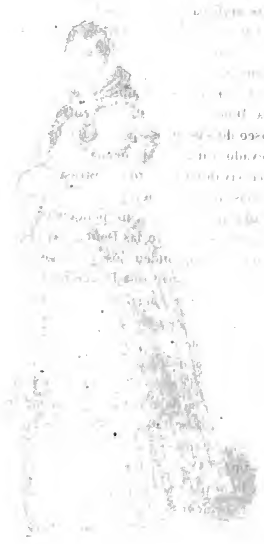
Aqui yace una doncella.
—y han borrado, *de labor*....
Siempre es bueno hacer favor.

M. de la R



Llamado han al siglo XIX siglo de progreso y de luces. Notoria injusticia!... Llamáranlo siglo de egoismo y de hipocresía, de farsas y de mentiras, y en cada suceso, en cada hombre podrian presentar una prueba de semejantes títulos. ¿Por qué sino el escándalo con que esta sociedad corrompida escucha las palabras mas inofensivas é inocentes?... ¿Por qué ese empeño de cubrir los mas asquerosos objetos con los nombres mas agradables?... Cuando la sociedad se queja en masa de la anarquía moral que amenaza destruirla; cuando el cálculo triunfa constantemente de la virtud; cuando el amor y las demas pasiones nobles del corazon se compran y venden, las mas veces, á precio de oro, entonces precisa y ridiculamente los hombres del progreso y de las luces se ruborizan de una frase mal sonante en el teatro ó en la sociedad, y por un refinamiento de hipocresía llaman *Doncellas* á todas las mujeres, que colocan junto á las esposas ó junto á sus hijas, como si el





hábito formase al monge... como si en todos los estados de la vida no pudiera encontrarse la virtud. aunque sea en mujeres!..... No seremos nosotros sin embargo, los que, á fuer de rigoristas, despojemos á las Doncellas de un nombre que tanto debe envanecerlas. Acostumbrados á dejar el mundo como lo encontramos, nosotros espondremos nuestras ideas sin mas reflexiones ni comentarios; trabajo superfluo al trazar el tipo de la Doncella... de labor, instructivo por sí mismo y altamente filosófico.

Mujeres nacen al parecer destinadas para doncellas. Desde los primeros años su única ocupacion, su primer intento es peinar á sus hermanos, hacer gorras y vestidos para sus muñecas, colocar cada cosa en su sitio y servir de fiel tercera en los amores de sus tias ó de sus hermanas. Aunque la mujer, predestinada para Doncella, nazca en asquerosos burdeles ó viva en miserables boardillas; aunque su madre lavandera ó planchadora de oficio gane apenas para sostener su numerosa familia; aunque el hambre y los pesares disminuyan su salud y sus gastos, la futura Doncella se distingue entre mil mujeres por la limpieza de su rostro, por el aseo de sus ropas, por la amabilidad en fin de sus palabras. Para ascender al elevado cargo de Doncella basta, á veces, la recomendacion del aguador ó de la lavandera; pero en otras ocasiones, son indispensables los informes de familias ricas y numerosas.

A primera vista no distingue, no penetra el vulgo toda la importancia, ni todo el trabajo que pesa sobre las Doncellas, verdaderas columnas del edificio doméstico. Tampoco comprenden los profanos todas las minuciosas y hasta ridículas cualidades que forman una Doncella. El nombre que lleva desde la pila es regularmente su primer sacrificio. Hay doncellas *Bernardas, Sinforosas ó Quintilianas*; pero estos nombres son de mal tono, de imposible pronunciacion para muchas señoras: fuera su nombre. Si tienen parientes pobres deben renunciar á sus visitas; el espectáculo de la miseria ofende á los poderosos: fuera sus parientes. Las horas de comer, de dormir, de pasear, los placeres como las costumbres son infinitos en la clase de la sociedad á que la Doncella pertenece por adopcion: fuera sus costumbres. ¿Puede exigirse mayor abnegacion?... No, seguramente. Y son menores los servicios de la Doncella en el uso de sus particulares funciones? Observémosla por breves instantes.

La verdadera Doncella no sirve sola. La mujer que pasa alternativamente del fogon al estrado, de la alcoba á la cocina puede ser virgen, pero nunca Doncella... de labor. No faltan señoras con mas presuncion que dinero, respetabilísimas señoras que condecoran á la única y haraposa sirvienta con el título de Doncella!... Horrible profanacion!... Poned en manos de esas asquerosas servidoras un prendido de encajes ó la media caña del peluquero... mandadles que den curso á un perfumado billete de vitela con bordes dorados... y entonces vereis su nulidad, y entonces conocereis la inmensa distancia que separa á una fregona de una Doncella... de labor. Lo repetimos: la verdadera Doncella no sirve sola. Una cocinera y un criado al menos forman con la Doncella el temible triunvirato, cuya tiranía debe y tiene que sufrir toda casa medianamente acomodada.



En los ignorantes y pícaros tiempos de nuestros abuelos, cuando cada uno trabajaba para vivir honradamente; cuando el robar era pecado y no habia empleados de amortizacion; cuando los menestrales, contentos y satisfechos con su posicion no abandonaban su oficio por un empleo, cuando los curiales tenian la misma conciencia que ahora, y está todo dicho, en aquellos tiempos de necedad y desórden solo necesitaban Doncellas... de labor, los comerciantes, los propietarios y los mayorazgos; pero en el feliz é ilustrado siglo que alcanzamos ni los empleados, ni los escribanos, ni los menestrales ricos pueden pasar sin Doncellas: veamos porqué. La Doncella del empleado sabe cuando se cobran las pagas, y reniega del gobierno que no paga al contado, y busca empeño para la capa del amo, ó los dijes de la señora, en circunstancias azarosas y críticas; la del escribano conoce el nombre de todos los curiales y clientes, y retiene con admirable memoria las citaciones y despacha con sorprendente instinto á los litigantes pobres; y la del menestral rico enseña á sus amas los usos y las modas de las mujeres de tono. Pero no terminan aquí su importancia y sus servicios. En los apuros domésticos el voto de las Doncellas suele ser oportuno y decisivo. Tambien parten con sus señoras los trabajos del matrimonio; si el amo riñe disculpan á sus amas; si los niños lloran, duermen á los niños. En las ausencias y enfermedades de sus dueños la Doncella tiene su mayor orgullo, su único placer, en mantener por sí sola el edificio doméstico. Siempre amable, siempre tolerante la Doncella escucha sin ruborizarse las chanzas mas picantes y coloradas, pero convencida de su honrosa posicion prescinde de bromas con el mozo de casa y solo entrega su corazon al barbero del amo, á falta de señorito jóven y travieso.

Cuando el espíritu innovador y revolucionario arrancaba de las manos del clero sus cuantiosas y productivas propiedades, no presentia seguramente que iba á descargar un golpe terrible y e terminador sobre las Doncellas, (a) sobrinas, de los curas y canónigos.—La Doncella del cura duerme precisamente en la habitacion mas apartada de su dueño: regla de moral, cuya gloria pertenece, mas que á los curas á sus concienzudas amas de gobierno. En la inalterable quietud de la casa de un eclesiástico la Doncella concluye su tarea de la mañana, (reducida á limpiar el polvo de los santos del oratorio), bastante pronto para asistir á la misa mayor de la catedral ó de la parroquia; mientras el *padre* duerme la siesta, entre once y una de la tarde, cose ó plancha las sobrepellices y corporales, ó borda un mantel para la iglesia, y el santo de su mayor devocion; antes de comer reza las oraciones del dia, para tener, segun dice el ama del cura, algo adelantado; despues del refectorio sigue la siesta de la Doncella tan larga como el paseo del *Padre*, y apenas ha oscurecido enciende dos velas á Santa Gertrudis ú otro santo cualquiera de la corte celestial, y hace medias ó zurce calcetas, mientras reza en coro el rosario y de rodillas las letanías. La Doncella del cura se casa pocas veces; su escala regular es la mayordomía de llaves en casa de un prebendado, y si el demonio la tienta y si piensa en amores, da regularmente su preferencia al sacristan lego de un oratorio acreditado ó al portero de unas monjas. Siempre con la iglesia!...

Hay casas, medianamente acomodadas, que solo mantienen dos servidores del sexo femenino; una cocinera fregona y una Doncella... de labor. En semejantes casas, muchas en número, las funciones de la Doncella son tan variadas como infinitas. Ella es la única que entra en la alcoba de sus amos antes y despues que salen de la cama; ella la que lava, viste y acicala á la familia menuda; ella la que quita el polvo á la china y á los espejos; ella la que hace las camas y arregla los dormitorios; ella la que repasa la ropa sucia y lleva cuenta de la limpia, y plancha, si es preciso, una camisa urgente; ella la que peina á la señora, y escoge, y coloca, y guarda las flores sobrantes del tocado; ella la que ayuda á vestir á las señoritas, y las trae billetes color de rosa, y cobra el porte á las respuestas, y se entera de la alcurnia y riquezas de los galanes, y protege únicamente á los dadivosos; ella la que entretiene á la señora con la chismografía del barrio; ella la que murmura con el criado de las faltas de los amos, si el criado es jóven y buen mozo; y ella la que exagera á sus amos las faltas del criado, cuando es viejo, feo ó descontentadizo; ella en fin, á falta de visitas, acompaña á su señora en las interminables noches de invierno y en las pesadas siestas del estio.

Con el mismo número de sirvientes otra familia mas reducida, un matrimonio ó una viuda rica por ejemplo, ennoblece mas y mas á su Doncella. Hija de un empleado cesante *ó difunto*, sobrina de un reverendo ex-prior, emigrado por carlista en Francia, ahijada tal vez de un virtuoso caballero, que visitó á su madre tantos años como tiene la muchacha y que murió sin testar, esta Doncella entra á servir por recomendacion, y despues que sus parientes quedan satisfechos de la bondad y religiosidad de los amos. Si como suele acontecer el matrimonio no tiene hermana ni madre que alborote sin arreglar la casa, la Doncella es quien tiene cuidado que no falte fuego en la chimenea del escritorio, ni en la pieza de tocador: á su celo, á su actividad, á su gusto se debe siempre la blancura de las cortinas, el brillo de los espejos y fanales, y el aseo de las alfombras: en los asuntos matrimoniales, su voto, anunciado ya con confianza y hasta con orgullo, inclina, casi siempre, la balanza hácia la opinion de la señora, y ¡pobre del aguador, de la cocinera ó de la modista que escite la cólera de la Doncella!... mas tarde ó mas temprano encontrarán su castigo. La adulacion es para estas Doncellas, y para las que mas adelante bosquejaremos, el primer elemento de su existencia social.—Conforme la señora, especialmente si es viuda, se acerca al equinoccio, como ha dicho con su natural gracia un poeta contemporáneo, empieza un trabajo de nueva especie para sus Doncellas; esto se entiende si el mentir puede ser alguna vez trabajo para las mujeres.

—Qué tal me sienta este prendido punzó?...

—Perfectamente.

—Sin embargo, como soy morena... A ver este azul... qué te parezco?...

—Encantadora.

—Será así... pero no quisiera engañarme... Esta blonda me cae mucho mejor.

—Quién lo duda?...

—Pues bien: llevaré la blonda. Trajo la modista el vestido de terciopelo granate?...

—No, señora.

—Entonces qué vestido llevo?... sobre que no tengo un vestido... El de gró está anticuado, el de moaré deslucido, el de muselina charro y comun en demasía... no hay cocinera que no lo lleve...

—Por qué no se pone V. aquel de seda, con listas color de romero?

—Lo he sacado tantas veces...

—Pero ninguno la sienta á Vd. mejor.

—De veras?

—Pregúntelo Vd. al señorito don Fernando que dice no haber visto otro traje de mas gusto.

—Eso ha dicho?.

—Y algo mas...

—Cómo?

—Cuando habla de Vd. no sabe como acabar. Alaba el talle... la suavidad de las manos... el color del rostro... Nunca se cansa de elogiar á Vd...

—Don Fernando es un atrevido... semejantes observaciones ofenden mi decoro... Las mujeres, hija mia, debemos de tener á cierta distancia á todos esos mozalvetes holgazanes cuyo único entretenimiento es seducir á las mujeres hermosas para deshonrarlas despues... Ea, acaba con el peinado y traeme un vestido cualquiera...

—El de moaré?

—No, el listado.

—Y si don Fernando llega á creer.....

—Yo me encargo de desengañarle... pero traeme el traje color de romero..... ¡No faltaba mas, que los hombres contrariasen con sus gustos hasta nuestro adorno!...

—Dichoso don Fernando murmura, por lo bajo, la Doncella, y concluye esta escena, una de las mas frecuentes en el tocador.

Otras casas hay mas ricas, mas consideradas, mas bulliciosas que las anteriores, donde el cargo de Doncella es tambien mas importante, mas desocupado, mas productivo.—En las casas de los títulos y en los palacios de los grandes las Doncellas desempeñan funciones codiciadas por clases de superior gerarquía, y sus trajes, sus modales y aun sus palabras no desdicen jamás de la posicion original y dramática en que se ven, no pocas veces, colocadas.

—La señora condesa está recogida, dice la Doncella á su amo, que tuerce el gesto desconfiado y, por pública honestidad, se retira sin hablar palabra.

—Hoy no está visible la señora marquesa: contesta la Doncella al menestral importuno que trae la cuenta de un año por la centésima vez.

—¡Cuánto padece la señora duquesa por Vd.!.. añade la Doncella, en tono de lastimosa conviccion, al dar un billete ó al recibir una propina.

En el oficio de Doncella, como en todos los oficios de la sociedad, el producto

está siempre en razon contraria del trabajo. Donde solo hay una Doncella que lleva sobre sus hombros el peso de toda una monarquía doméstica, el trabajo suele ser mucho y la soldada no escede de treinta á cuarenta reales cada mes.—No tiene la Doncella mayor paga con el escribano, el empleado, matrimonio rico, ni la viuda; pero ya logra mejor trato, y lo que no aumenta en metálico lo ahorra en vestidos.—La Doncella del cura ó del canónigo no tiene sueldo fijo; sin embargo viste con mas aseo que las anteriores.—Si nosotros hubiésemos de escoger colocacion para una Doncella; sin duda daríamos la preferencia á las viudas ricas y sin hijos. Con estas señoras no gozaria grandes sueldos, pero sí, en cambio, todas las comodidades de la vida. Si las viudas viajan, si pasean en carruaje, si concurren á los espectáculos públicos, nunca van solas: las Doncellas de las viudas son sus verdaderas sombras; sepan desaparecer á tiempo y cuenten desde luego con toda la proteccion y todos los derechos de sus señoras.—Finalmente, las funciones de las Doncellas aristocráticas (permítasenos la espresion) son, tan reducidas como grandes son sus emolumentos.

La Doncella aristocrática duerme regularmente á poca distancia, si bien en habitacion independiente de su señora. Como la nobleza se acuesta tarde, la Doncella no se levanta hasta las diez. Antes de todo revisa su persona porque seria grave desacato aparecer de trapillo á la señora: tampoco debe presentarse con lujo, las señoras saben porqué: «decente y aseada:» es la órden y la obligacion. Despues que la Doncella cumple con este primer precepto de su decálogo, pasa al tocador de la señora; aquí, sin hacer ruido, limpia los diamantes, guarda las flores y el traje de la noche anterior, y prepara el vestido que la señora ha designado para la mañana; aguarda todavía hasta las once y suena la campanilla.

—El chocolate:—pide la señora á la Doncella.

—El chocolate:—pide la Doncella al lacayo.

—El chocolate:—pide el lacayo al cocinero, y pocos momentos despues la señora ha tomado el chocolate.—La señora sale de la alcoba liada en su bata de cachemir ú olan, con chinelas de terciopelo cortado color de fuego, y la Doncella empieza su tocador.

—Qué desmejorada estoy!—dice la dama mirándose con desden al espejo.

—Nunca me ha parecido V. S. tan hermosa.

—Ja! ja!. ja! .. Lo mismo me decia anoche el marqués de* y el vizconde de**... sobre todo el vizconde. Qué cansado estuvo anoche!...

—Sí, señora: es muy cansado.

—Quién manda á Vd. meterse en semejantes calificaciones? El vizconde es mi amigo y debe Vd. respetarle.

La Doncella enmudece hasta que la señora gusta hablar de nuevo.

—Que me haces daño... vamos, hoy estás inaguantable. Echame el pelo tras de la oreja. Asi me agrada... No se como hay mujeres que se sacrifiquen desde por la mañana á las exigencias de la moda... Una elegante sencillez basta para agradar, y aun para atraer, cuando no se está, como yo, fuera de combate.

La señora dice las últimas frases con cierta sonrisa que parece aumentar sus propias palabras.

—Vistes anoche á la marquesa de R?....

—Si señora.

—Qué te pareció su traje de baile?...

—Así, así.

—Pues yo no he visto cosa mas detestable.

—Seguramente.

—Y la *linda* duquesa de T?..

—Como siempre.

—Es decir, tonta, orgullosa y mas que todo fea?...

—Quién lo duda?—V. S. fué la reina del baile.

—Qué aprensiones tienes!..—Tráeme la bata color de lila;.. Jesus!.. y qué ajada está!..Zelmira tiene la culpa...es tan juguetona!..despues el vizconde se divierte en sofocarla...pobrecita, hija mia!..(*La hija regularmente es una perra.*) Vamos, guarda esa bata y que no vuelva á verla yo mas.

La señora acaba de vestirse y la Doncella no cesa de moverse. Ya estira la bata de su ama, ya la presenta una flor del tiempo para la cabeza, ya se acerca y se retira una y otra vez como gozándose en su obra. Cuando la dama se encierra en su gabinete ó pasa, por precision, á la sala, la Doncella esconde los cosméticos, tapa las esencias y limpia y fumiga el tocador. Desde este momento hasta la hora de comer las funciones de la Doncella se reducen á revisar el vestido que la señora ha destinado para el teatro ó el baile de la noche inmediata. Mientras la señora come con el señor, la Doncella habla y murmura con sus compañeras. A la hora del teatro ó de la *soirée* es cuando brilla el talento de una Doncella.

—Nunca sabes hacerme otro peinado.

—Ninguno hace á V. S. mas gracia. (*Concedido.*)

—El corsé me oprime demasiado..... asi está muy flojo.....

—Qué importa? tiene V. S. una cintura tan pequeña! (*Concedido.*)

—Saca otro traje: el color de este no me sienta.

—A V. S. sientan bien todos los colores. (*Concedido.*)

—Reniego de Dubost! qué guantes tan anchos!

—Para la mano de V. S. no pueden encontrarse estrechos! (*Concedido.*)

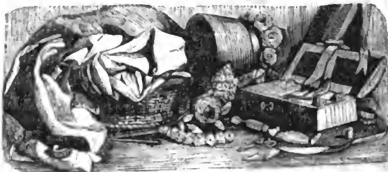
—Voy descontenta de mí misma.

—Pues nunca ví á V. S. tan encantadora!—Tambien la señora concede tácitamente la última observacion de su Doncella, y al dar la última ojeada al espejo no puede menos de decir: qué guapa muchacha!..... ya procuraré sus adelantos!.....»

La Doncella ... de labor es mortal y vive expuesta, por tanto, á quebrantar cualquiera de los diez mandamientos, segun al demonio le es servido tentarla. Comunmente la Doncella es curiosa, entremetida y embustera; pero á semejanza del camaleon muda de defectos como de color en los vestidos. Con los menestrales es puerca; con los empleados murmuradora, con los curas gazmoña,

condescendiente con las viudas y aduladora hasta el servilismo con las señoras de alto rango. Pero cuántas y cuántas virtudes no encontramos entre esos mismos defectos!... Curiosa llaman á la Doncella!... y ¿pueden calcularse los ópimos frutos de su curiosidad? Si la Doncella no conociese á punto fijo el momento en que las señoras reciben mal á sus maridos, ¿no se alteraria mas de cuatro veces la paz doméstica, conservada solo por el despejo con que la Doncella dice á su dueño, la señora está indispuesta, está recogida?... ¿Ha de hombrearse en lujo la Doncella con sus amos, cuando son ricos menestrales?... No: por eso es puerca. ¿Ha de ver con paciencia las trampas del gobierno cuando sus amos son empleados?... No: por eso es maldiciente. ¿Ha de escandalizar con palabras ú obras á sus dueños cuando son eclesiásticos?... No: por eso es embustera y gazmoña. ¿Ha de insultar la vanidad ni ajar el amor propio de una señora, cuando sirve á damas de alto rango?... No: por eso es aduladora y servil. Vean nuestros ectores como todos los defectos de las Doncellas son una emanacion precisa de su embarazosa posicion y de sus acreditadas virtudes.—El amor, como las demas pasiones, tienen cabida en el corazon de las Doncellas.. de labor, pero todas sus afecciones modificadas por los desengaños vienen á reducirse á dos como los preceptos del decálogo: la Doncella ama el dinero sobre todas las cosas y al ayuda de cámara como á sí misma. La clase media dá á sus Doncellas, ya provectas, un lugar en su lumbre y un asiento en su mesa: las Doncellas aristocráticas, que envejecen en el servicio, pueden contar con el empleo de ayas ó amas de gobierno.

MANUEL M. DE SANTA ANA.





EL POETA.



CÚPOME en suerte, carísimo lector, escribir el artículo del Poeta, tipo y personaje harto fácil de confundir con muy diferentes personajes y tipos, que figuran en el teatro de nuestra sociedad actual, y de entre los cuales procuraré sacártele cuanto necesario sea para que aparezca á tus ojos representando su verdadero papel.—Agrádame tanto mas esta tarea, cuanto me proporciona mas favorable coyuntura para rendir un justo y sincero homenaje á los que con honra ganaron en nuestra España semejante renombre. — Famosa ocasion era esta para hacer alarde de moderna erudicion en una de esas largas introducciones filosóficas que ahora se usan en los artículos de los periódicos; y á ser esta mi voluntad remontaríame á buscar el orígen de los Poetas en los tiempos fabulosos, ó ante-diluvianos, ó subiendo aun á mayor altura iria tal vez á parar en los serafines que cantan el Hosanna, dándolos por los primeros músicos y poetas del orbe conocido y por conocer.—Mas pláceme seguir distinto rumbo



y voy á entrar en materia con la franqueza de un castellano viejo, ya que en tal lugar de la tierra me tocó nacer. Asi pues, voy á delinear el tipo del Poeta tal cual existe hoy entre nosotros, sin mas introducciones ni preámbulos; y sin meterme en lo que han sido, ni debian ser los Poetas, me ceñiré á lo que son, es decir, á lo que al presente debemos entender en este pais por un Poeta.

Sin embargo, como no habrá quien se atreva á negarme que todos los hombres somos hijos de nuestra madre, tampoco habrá quien me niegue que nuestra generacion de Poetas es hija de la generacion de Poetas del inmediato siglo anterior: por lo cual me veo en la necesidad de decir dos palabras sobre estos últimos para entendernos mas fácilmente cuando tratemos de los primeros. Todas las épocas tienen sus especiales creencias, teorias, aficiones y costumbres, á las que pagan necesariamente tributo los hombres especiales que en ellas nacen. El siglo pasado fue esclavo del demonio de la filosofía, y el presente del de la poesia: en aquel para ser hombre de pró era preciso filosofar, y en este para valer es forzoso poetizar. No sé en qué consiste que la ciencia y el oro rara vez caminan juntos, pero ello es una verdad de la que todo el mundo está convencido: los filósofos pues de la pasada centuria tuvieron tan poco dinero como los Poetas de la presente. Existe sin embargo una notable diferencia entre aquellos y estos. Aquellos tenian prurito por patentizar su pobreza y no se avergonzaban de mendigar los desperdicios de los ricos, al paso que estos arrostran la suya con fiereza y aparentan mas de lo que poseen. Y este es uno de los mil caprichos con que nacemos, porque en el siglo pasado *corrian* de mano en mano las buenas onzas y doblones de Carlos III y en este ni aun siquiera *andan* esas malditas monedas de cinco francos, en que los señores franceses nos convierten nuestros pesos mejicanos. Los Poetas que vieron la luz antes del mil ochocientos, enviaban la musa á dar dias, á pedir aguinaldos, á solicitar empleos, pensiones, ó favores como hoy dia los repartidores de nuestros periódicos, los cajistas de nuestras imprentas, y los serenos de nuestro barrio para pedirnos la propina de año nuevo. Complacianse en exagerar su mala situacion, celebrándolo sin vergüenza alguna, y aun elevando á virtud aquella misma miseria en que acaso no vivian, y ridiculizábanse en fin á si propios sin piedad, como los mendigos que laceran sus miembros para escitar mejor la compasion del prójimo poniéndole ante los ojos su repugnante deformidad. Entonces la poesia era un adorno secundario en un legista, en un curial, ó en un clérigo, que destinaba sus ratos de ocio á hacer cuatro composicioncillas amatorias, muy apreciables sin duda para la mujer que las inspiraba, pero muy insipidas para el lector juicioso, que no hallaba en ellas mas que copias de copias, de cuantos versos amatorios se habian escrito desde Anacreonte hasta aquellos dias: (téngase entendido, y lo advierto con tiempo que no hablo aqui de D. Nicolas Moratin, Cienfuegos, ni de otros varios en quienes brillaron dotes reales de Poetas, por mas que cediesen al mal gusto del tiempo en que vivieron) ahora es una carrera como cualquiera otra que conduce á una posicion social decorosa, y aun á destinos honorificos del estado, y que produce lo suficiente para vivir sin lujo, pero sin estrechez, Entonces se decia por lo bajo; yo soy un

miserable Poeta, hoy se dice con orgullo, la poesía me ha hecho independiente. Entonces un Poeta escitaba la compasion, ó era buscado en las sociedades de la clase media para gozar con sus dichos agudos (vulgo bufonadas), y hoy escita la admiracion, y el aplauso, y es recibido sin dificultad en las mejores sociedades donde no le resisten la mas esmerada educacion, ni el mas estremado decoro. Entonces podia aspirar á una plaza de escribiente en las oficinas de un grande, en la mayordomía de alguna colejiata, ó en casa de un escribano, si tenia buen carácter de letra, y ahora un tomo de poesías, una buena comedia, un poema bien escrito introduce á un Poeta en la secretaría de Estado ó de Gobernacion, en la Biblioteca Real, ó en una legacion al extranjero, donde al paso que goza el premio de su trabajo y talento los perfecciona y enriquece con nuevos y necesarios conocimientos. Entonces se creia que el abandono y desaliño de la persona era una señal evidente del talento, y que para ser sábio, filósofo, ó Poeta inspirado, era preciso ser súcio, grosero, distraido y cínico; hoy por el contrario la juventud que se dedica á la poesía, viste con elegancia, frecuenta la sociedad, y no avergüenza á sus amigos, á sus protectores, ó sus apasionados con manchas y desgarrones. Entonces los poetas, se mordian con encarnizada furia, desacreditando con palabras y escritos las obras agenas en los términos mas injuriosos y descomedidos, sin ocultar su envidia, su pesar ó su enemistad: ahora las producciones afortunadas de un Poeta son aplaudidas por los demas, juzgadas con recta severidad, y criticadas con noble indulgencia. Entonces un Poeta que llegaba á cierta buena situacion esquivaba las ocasiones de proteger y favorecer á otros Poetas, porque los miraba como sus enemigos naturales; y ahora un Poeta en la fortuna presenta ventajosamente á los demas en todas partes, y se llama amigo suyo; lo cual sino es adelanto del talento es adelanto de la educacion y hombría de bien.

De aqui nació la justa ojeriza que nues tros padres tomaron á la poesía y á los Poetas, en quienes no veian sino miseria, envidia y relajada conducta; de aquí los disgustos que los hijos hemos dado á nuestros padres con este malhadado afan de poetizar, en favor del cual tenian tan pocos buenos ejemplos que traer á la memoria. Verdad es que la mayor parte de estos malos ejemplos son debidos no á los verdaderos Poetas, sino á la turba de aficionados á la poesía, que no los imitan en las vigilias, los estudios y los trabajos, sino en las estragadas costumbres que el vulgo les atribuye continuamente; porque hablando en plata, amigo lector, tengo para mí, que los aficionados son la polilla del arte á que se aficionan; sea esto dicho de paso y con perdon de los aficionados, que se las tienen de críticos y profesores, sin mas conocimientos que su aficion. Con estos antecedentes vamos á entrar de lleno en el artículo del Poeta del siglo XIX, separándole de otros tipos ó caracteres que pueden en algun punto semejársele.

No hablo de aquel muchacho de diez y seis años que viene á Madrid fugado de la casa paterna á sentar plaza de Poeta porque ha oido decir que Byron y W. Scoott lo hicieron así, y alcanzaron grande reputacion. A este despues de vagar algunos meses sin dinero ni domicilio, haciendo y diciendo necedades de muchacho

le caza un dia algun individuo de su desconsolada familia y le vuelve á llevar á su provincia, donde al cabo se convence de la mala suerte que acompaña al talento, y especialmente al de la poesia; se hace abogado, ó médico, ó boticario, y conservando su afecto á las bellas letras concluye por ser un mal boticario, ó médico, ó abogado, y mas decididamente un detestable aficionado á la poesia. Este entra pues en el tipo del aficionado y no en el del Poeta.

No hablo tampoco de aquel otro mancebito de barberia que en vez de aprender á conocer los simples, pasa el tiempo escribiendo coplas á las criadas de sus vecinos; y dejándose crecer su indomable pelo de la dehesa, su áspero bigote y desigual perilla, pone en comedia la vida y aventuras del sacristan de su lugar. y se lanza á presentarla á las empresas de teatros y á los autores perdonándoles la vida si se la ponen en escena.—A este le ofende su amor propio el verse desairado por aquellos á quienes se dirige, y vuelve á su tienda á cantar sus coplas en la vihuela, á afeitar á sus parroquianos y á mudar el agua á las sanguijuelas; teniendo para si, que los empresarios y los Poetas estan envidiosos de su saber, y de las buenas partes de sus obras. Guarda pues su comedia cuidadosamente en su baul, y vuelve á su pueblo diciendo que es Poeta; créenle los palurdos bajo su palabra, y le convidan á las bodas de los pueblos del contorno para echar bombas á los postres, á la salud de los novios y los padrinos. Este tampoco entra en el tipo del Poeta sino en el del cirujano romancista.

No hablo tampoco de aquel imberbe muchacho que se presenta en las redacciones de los periódicos de literatura, que no pagan, á escribir lo que necesitan los redactores ó el dueño del periódico. Este anuncia con la mejor buena fé que escribirá de todo; articulos de artes, de critica, poesias sobre todo: que escribirá los artículos de teatros si las empresas le mandan gratis su correspondiente luneta; que traducirá novelitas del frances al gascon, y aun las hará originales á pedir de boca.—Si consigue su objeto inunda el periódico de sus peregrinos artículos, que nadie lee; se dá con sus amigos, en los cafés y en los sitios públicos la importancia y el nombre de Poeta; se hace sensible con las damiselas de equívoco carácter y las lee sus versos en tono lastimero, recordándolas la buena amistad que le une con las notabilidades literarias de la capital—«Hoy como con Rubí, *chez Mr. Prosper*, esclama inocentemente. ¡Oh! Rubí es un buen muchacho:! tenemos corridas algunas trifulcas juntos, vaciadas algunas botellas de Champagne.—Algunos dias nos acompañan otros Poetas, literatos y periodistas de buen humor.—Doncel y Valladares, los redactores del Laberinto, varios articulistas de los Españoles pintados por si mismos,— oh! gente toda de buen humor, bebedores y calaveras si los hay.—¡Qué vida, amigas mias, qué vida! eso es gloria y lo demás patarata.—Y asi esplicándose toma su sombrero y parte á la plazuela de Santa Ana á pasarse por la fonda de Próspero: pero no á comer con tal compañía, si no á mirar por los alambrados que dan á la calle, si hay en las salas de comer alguno de los citados, á quienes mira y escucha desde fuera para poder mañana contar con quien comió ayer. Este llega al fin á creerse el mismo grande amigo de todos los Poetas; cuenta sus vidas como las oye de bocas

tan fidedignas como la suya, embelleciéndolas siempre con alguna circunstancia que las marque mejor; y cualquiera que oiga concluirá por creer que los Poetas son una raza de hombres perjudiciales en todos sentidos que pasan sus dias y sus noches en largos festines, en ridículas disputas y desafios, y continuos y escandalosos espectáculos. A estos imbéciles deben la mayor parte de los poetas una crónica escandalosa de que jamás han sido los héroes, y de ellos hay que oye contar su propia historia sin conocer siquiera el lugar en que nació ni los lances y escenas en que su nombre figura.—Estos tampoco son individuos que pertenecen al tipo del Poeta, sino al del tonto.

Tampoco hablo de aquel otro mancebo que hace diez años que se ha plantado en los veinte y cinco, que ha hecho una ó dos escursiones hasta Paris, donde ha adquirido un modo de hablar, de vestir, de andar y de vivir en fin, sino muy acomodado á las costumbres del pais en que nació y vive, muy á propósito para hacerse *remarcable*. De allí ha importado consigo una ciencia universal infusa y el título que mas de moda le pareció, el de Poeta. Conoce á Alejandro Dumas se cartea con Chateaubriand, ha comido mil veces con V. Hugo, ha enseñado á su esposa (de V. Hugo) varias canciones andaluzas (que ni ella, ni él, ni V. Hugo han entendido jamás); ha tomado el té en varias ocasiones con la elegante Mme. de Devant (Jorje Sand); ha dado algunos útiles consejos á Frederic Soulié, sobre sus *Memorias del diablo*, y se ha visto suplicado por los empresarios del teatro francés para que se estableciera en el mismo Paris, con el objeto de que les ayudase á dirigir su teatro. Escribe en todos los periódicos por amistad con sus directores, por darles reputacion firmando sus columnas. Todas las hermosas de Madrid le confian su ALBUM, el cual se encarga de llenar por la estrecha amistad que le une á todas las notabilidades. Da exactas noticias de cuanto pasa en la capital y provincias de España con respecto á las artes, y conoce todas las *joyas* que encierran los liceos y teatros caseros de la nacion; es decir, todas las muchachas bonitas que desgarran tan lindamente las comedias, que solo debieran *ejecutarse* en los teatros, á quienes perjudican estas hermosas, mágicas é inspiradas actrices, que siendo muy poco para elevarse á ARTISTAS, se consideran mucho para descender á CÓMICAS.—(Y sea dicho de paso, ahora que estamos en ello; todavía no hemos visto salir de estas sociedades artísticas ningun actor que se haya ganado para el arte). De estos teatros caseros es el panegirista este mancebo de quien voy hablando: y él es el que hace aparecer en los periódicos los artículos laudatorios de sus sacrílegas representaciones, cuyos artículos vienen generalmente á parar en unas detestables coplas á los ojos de la fulanita, al cabello de la menganita, y á la deliciosa sonrisa de la citanita, que serán á mi ver los mejores dotes de actriz que poseerán, cuando por ellos solo se les encomia. Este no entra tampoco en el tipo del Poeta, sino en los tres juntos del *aficionado*, del *artista* y del *mentecato*. Réstame ahora, lector pacientísimo, decirte lo que es un Poeta, segregado de estos otros entes de quienes te he hablado y con los cuales no es justo que le confundas.

El Poeta, pues, es un individuo de nuestra raza humana que ve la luz en el

lugar que el sumo Hacedor le destina para nacer, en la aldea ó en la corte, en la tierra ó en el mar, y en medio de una familia noble ó plebeya, opulenta ó miserable, como todos los demás hombres. Recibe la educacion que le dan, y vive sujeto á todas las vicisitudes de la fortuna, ni mas ni menos que el resto de sus hermanos; pero dotado de corazon fogoso y brillante imaginacion empieza á ver y juzgar las cosas con alguna diferencia de lo que las ve y juzga el comun de las gentes. Sus padres ó tutores le dedican á la carrera que mejor les parece, poniéndole bajo la direccion de los mejores profesores, pero él adelanta poco en los estudios graves y echa mano de otros libros que no son los de su facultad. Poco á poco su lectura despierta en su imaginacion ideas nuevas cuyo gérmen habia siempre sospechado y poco á poco se decide á estender sobre el papel sus informes pensamientos, reduciendo á palabras sus deseos, sus esperanzas, sus ilusiones de muchacho. La historia, la retórica, la geografía... todo lo que aprendió en el colegio, ó á solas con los libros y escritos que le cayeron en las manos, viene entonces en su ayuda. Pronto concibe que sus ideas pueden espresarse propia y elegantemente; que la riqueza y armonía de su lengua pátria le está brindando con una fácil versificacion, cuyo desempeño no le embaraza mucho, porque su propio instinto hace brotar de su pluma sus conceptos en versos de todas medidas, que él va reconociendo conforme los va viendo escritos delante de sus ojos. Desde aquí su aficion á la poesía, desarrollada completamente, le hace imponerse modelos que imitar, estudios que cultivar, y obras que emprender. Aquí tienen principio sus dudas y desconfianzas: algunos versos ó discursos suyos han sido celebrados ya por amigos, ya por estraños, pero siempre como pasatiempos de chico; y esto que no satisface su corazon, le obliga á avanzar con ansia y fe por el camino que él mismo se ha trazado. Lee cuantas obras literarias encuentra, asiste á cuantas sociedades artísticas conoce, escucha á cuantos cree con reputacion de literatos y Poetas, y ensaya á sus solas la manera de poner en práctica las teorías que ha aprendido de ellos, ó la imitacion de las obras que han sometido al fallo del público y que han sido de este bien recibidas. Desde este momento solo le falta ya un cuarto de hora de buena suerte: y si le busca con asidua tenacidad le encontrará seguramente. Un amigo que le presenta en un liceo, una señora que le recomienda á un empresario de teatros, etc. etc., le ponen en estado de mostrar al mundo modestamente una obra de su ingenio. La sociedad le escucha con gusto, ó tal vez le aplaude con entusiasmo; el empresario se paga de la obra y se la hace leer en una reunion *ad hoc*, y hé aquí su momento feliz. Su produccion agrada á este comité, se determina su representacion, (ó su impresion segun el género de la obra); por medio de ella establece su conocimiento con las personas cuyos nombres está acostumbrado á venerar, y el muchacho pasa á ser hombre, y el estudiante á Poeta. En este dia empieza para él una nueva era.

El teatro es en este siglo el objeto de la ambicion del Poeta, porque una obra dramática reporta mas gloria y mas utilidad que otra alguna, y el jóven ha echado ya sus cuentas para el porvenir. Este es el Poeta; el que cuenta con hacer de la poesía su profesion y su ocupacion de toda la vida. Ansioso de reputacion

y del aplauso en su pais canta sus glorias en inspirados poemas, ensalza sus héroes en históricas producciones dramáticas, y celebra ó critica en satíricas comedias las virtudes y ventajas, ó los vicios y manias de las costumbres de su sociedad y de su siglo. El público recompensa sus fatigas con sus aplausos, y su pais le agradece lo que hace por su gloria, en nombre de los héroes que celebra y las hazañas que canta, colocando su nombre entre los nombres que darán honor á su centuria.

Por lo demás el Poeta no se distingue en nada del resto de los hombres. Sus costumbres están en armonia con sus afecciones, sus caprichos, ó sus convicciones como las de todos los demás. Tal vez (lo que sucede á menudo) sus escritos estan en oposicion con su caracter; y un hombre grave metódico, severo y de buenas costumbres se complace en pintarnos las escenas mas bulliciosas, mas cómicas ó mas desordenadas, al paso que otro alegre, feliz é inconsecuente nos retrata al vivo grandes cuadros trágicos y profundas y misteriosas pasiones, en que la virtud y el heroismo juegan los principales papeles. Como todas las personas que ejercen una profesion se disgusta de las que continuamente le cuestionan sobre la suya y le hacen hablar de ella en lugares y horas incompetentes.

No usa de sus facultades poéticas sino en las ocasiones y asuntos que lo requieren: y jamás emplea sus conceptos en adular al poder, en celebrar la injusticia, ni en favorecer sórdidas ambiciones. Recibe modestamente las recompensas ó distinciones con que las academias, las autoridades ó los gobiernos premian sus talentos y parte su gloria como su bolsillo, con los que valen tanto como él sin mirar jamas si les da la parte mas considerable. Alegre ó melancólico, juicioso ó calavera, bueno ó malo en una palabra el Poeta es siempre Poeta, por mas que sea su vida sedentaria ó activa, su educacion esmerada ó abandonada, sus gustos y costumbres ejemplares ó reprensibles, y borrascosa ó monótona la historia de sus pasados dias. Esta historia corre generalmente entre el vulgo desfigurada por los mentecatos que creen que por conocer á los hombres célebres, se colocan á su altura: como si el comer con un gran general, vivir con un gran orador, tratar con un gran músico pudiera infundir valor en sus mezquinos espíritus, dar elocuencia á sus lenguas infamadoras, ó hacer producir á su estéril talento una brillante sinfonia, ó un solemne miserere. Pero este es riesgo que corren todos los hombres que se distinguen en algo, y que le toca al Poeta no por Poeta sino por hombre distinguido.

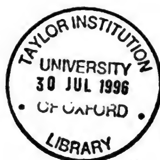
Este artículo se alargaria demasiado si nos detuviésemos mas en él; haré no obstante una última observacion, y es, que casi todos los Poetas alcanzan fama de calaveras y disipados, y la mayor parte de ellos con razon; pues como sus trabajos son mas de inspiracion que de conviccion frecuentemente les ocurre pasar largos dias en la inaccion y en la holganza, en cuyos dias no siempre son santas sus ocupaciones, arrastrados por su caracter voluble y sus exajerados pensamientos, aunque esto no pasa de una vaga teoría desmentida por muchos ejemplos.

Y aqui concluye mi artículo del Poeta ¡oh lector benévolo! el cual ya que no

satisfaga mi conciencia, puede acaso darte una idea ligera de los Poetas; si es que no te han hecho dormir sus periodos desaliñados. En cuanto á los nombres de los que hoy viven en este trabajado suelo de España, tu los podrás deletrear si has tenido la bondad de leerme con atencion. Quiero, sin embargo de esto que sepas que los autores de *Guzman el Bueno*, *Detras de la Cruz el diablo*, *Los amantes de Teruel*, *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, *No ganamos para sustos*, *el Diablo Mundo*, (poema) *Simon Bocanegra* y otros largos de enumerar serán siempre tenidos como verdaderos Poetas, sea cualquiera su vida, su reputacion y su fortuna; y por mas que sus envidiosos y detractores les disputen los derechos á semejante título, sus nombres pasarán con sus obras á la posteridad, y no les faltarán tarde ó temprano ni una corona de laurel para su sepultura despues de su muerte, ni un admirador durante su vida mientras pueda latir el corazon de

J. ZORRILLA.




TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
30 JUL 1996
OF OXFORD
LIBRARY

